

ELIA BARCELÓ
ALAN DEAN FOSTER



PREMIO UPC 1993
NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN



UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE CATALUNYA



NOVA
CIENCIA FICCIÓN

Lectulandia

En 1993, el Premio Internacional UPC de Ciencia Ficción consolidó su bien merecido prestigio. Elia Barceló, la gran dama de la ciencia ficción española, obtuvo el galardón con *El mundo de Yarek*, una interesante narración sobre un xenosociólogo desterrado a un mundo sin vida. Una historia brillantemente narrada que, además, reserva al lector una interesante e inteligentemente concebida sorpresa final.

Un año, pues, importante para la ciencia ficción española, en el que Elia Barceló tuvo que competir con finalistas tan famosos como Alan Dean Foster, Michael Bishop o Gregory Benford, César Mallorquí, Rodolfo Martínez y Miguel Gómez. El segundo premio de 1993 fue para el norteamericano Alan Dean Foster por *Nuestra señora de la máquina*, novela concebida como un thriller en la que se narra la caza y captura de un curioso grupo mafioso que lleva a cabo extorsiones utilizando una Virgen vengadora y temible. Una idea sugerente, contada con buen pulso por un escritor famoso por sus populares novelizaciones de películas de gran éxito. Completa el volumen *Baibaj*, de Gustavo Santos y Henry Humberto Rojas, estudiantes de doctorado de Ingeniería Química, que presenta una historia de aventura de trasfondo ecologista en la que no se olvidan los viejos poderes del planeta.

Lectulandia

Elia Barceló

Alan Dean Foster

PREMIO UPC 1993

Novela Corta de Ciencia Ficción

ePub r1.2

Yorik 21.12.13

El mundo de Yarek

Elia Barceló, 1994

Título original: *Our Lady Of The Machine*

Alan Dean Foster, 1994

Traducción: Pedro Jorge

Baibaj

Gustavo Santos y Henry Humberto Rojas, 1994

Editor digital: Yorik

Corrección de erratas: Rov

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRESENTACIÓN

Por tercera vez acudimos a la cita anual que hermana nuestra colección con el PREMIO INTERNACIONAL UPC DE CIENCIA FICCIÓN. Este premio anual, convocado por primera vez a finales de abril de 1991, es ya, pese a su juventud, el premio más importante de la ciencia ficción en España y, parafraseando al autor y especialista británico Brian W. Aldiss, está llamado a ser «el premio más importante de la ciencia ficción en Europa»

El Premio UPC de Novela Corta de Ciencia Ficción de 1991

En 1991 se celebraba el 20 aniversario de la Universitat Politècnica de Catalunya (UPC), y se quiso aprovechar esa circunstancia para dar mayor alcance a algunas actividades ya habituales en la UPC. De hecho, la convocatoria en 1991 del primer PREMIO UPC DE NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN puede considerarse continuadora de anteriores convocatorias de certámenes culturales promovidos y organizados por el Consell Social de la UPC presidido por Pere Duran i Farell.

Aunque la tradición de concursos literarios promovidos hasta entonces por el Conseil Social de la UPC se centraba en el relato corto, en 1991 la oportunidad del 20 Aniversario de la UPC aconsejó plantear por primera vez en la universidad española un premio de novela de ciencia ficción. Para favorecer la presentación de originales, se eligió la forma de la novela corta, de una extensión en torno al centenar de páginas, forma que además goza de gran predicamento en la ciencia ficción y en la que se gestaron obras tan características del género como la FUNDACIÓN de Isaac Asimov o DUNE de Frank Herbert.

El primer Premio UPC de Novela Corta de Ciencia Ficción fue convocado a finales de abril de 1991 y tuvo muy buena acogida. Aunque se podía concurrir a él con obras escritas tanto en castellano como en catalán, la mayor parte de las 71 novelas presentadas fueron redactadas en castellano. El premio se convocaba abierto a todo aquel que presentara una narración ajustada a las bases, que establecían simplemente la extensión (entre 75 y 110 páginas) y la temática: «narraciones inéditas encuadrables en el género de la ciencia ficción».

El certamen, dotado con un millón de pesetas y una posible mención de 250.000 pesetas, reserva también la posibilidad de un premio especial para la más destacada de las narraciones presentadas por los miembros de la UPC (estudiantes, profesores y personal de administración y servicios). Gracias a un acuerdo verbal entre la UPC y Ediciones B, las bases del certamen anunciaban ya que «la novela ganadora sería publicada por la UPC a través de Ediciones B dentro de su colección “NOVA ciencia ficción”» en un volumen como éste.

Las novelas ganadoras del premio de 1991 se publicaron precisamente en el número 48 de esta colección, un interesante volumen que agrupa una buena muestra de la más actual ciencia ficción española, pues incluye MUNDO DE DIOSES, de Rafael Marín Trechera y EL CÍRCULO DE PIEDRA, de Ángel Torres Quesada ganadoras ex-aequo del primer premio, y también LA LUNA QUIETA, de Javier Negrete, brillante vencedora de la mención especial del jurado. El título genérico del volumen es PREMIO UPC 1991 (NOVA ciencia ficción, número 48, 1992).

Como no podía ser menos, la entrega del premio se realizó en un acto académico especial que tuvo lugar el martes 3 de diciembre de 1991, con la presencia del doctor Marvin Minsky quien disertó sobre «Inteligencia artificial y ciencia ficción». Quizá para algunos asistentes fuera una sorpresa descubrir que el doctor Minsky —reputado especialista en Inteligencia Artificial, campo que él contribuyó a crear, se revela un experto conocedor y amante del género de la ciencia ficción, al que en 1992 aportaría su primera novela, The Turing Option, escrita en colaboración con Harry Harrison.

El Premio internacional UPC de Ciencia Ficción de 1992

Convocado también por el Consell Social de la UPC, con el respaldo del rector de la universidad, doctor Gabriel Ferraté i Pascual, el PREMIO INTERNACIONAL UPC DE CIENCIA FICCIÓN adquirió en 1992 una nueva dimensión. En su primera convocatoria, en 1991, el premio se circunscribía al ámbito español, y admitía únicamente originales escritos en cualquiera de las dos lenguas oficiales de Cataluña; pero, a partir de la edición de 1992, el premio se hizo internacional, con lo que pudo admitir también originales escritos en inglés y francés.

De nuevo el éxito acompañó a esta iniciativa del Consell Social de la UPC. En 1992 se presentaron un total de 83 novelas, en su mayor parte procedentes de Cataluña (39% del total) o del resto del estado español (25%). Pero más de un tercio (el 36% exactamente) procedía del extranjero con una amplia distribución geográfica: Estados Unidos (12 novelas), Francia (6), Gran Bretaña (3), Australia (2), Hungría (2), Argentina (1), Canadá (1), Israel (1), Rumania (1) y Suiza (1). La distribución por lenguas mostró un natural predominio del castellano (61%), seguido del inglés (22%), el francés (11%) y el catalán (6%).

El premio lo obtuvo el norteamericano Jack McDevitt con NAVES EN LA NOCHE, una maravillosa y poética historia sobre el encuentro de dos seres solitarios. La mención fue para la primera novela de Mercé Roigé, quien presentó al certamen PUEDE USTED LLAMARME BOB, SEÑOR, una novela de factura clásica acerca de un robot en busca de su identidad. El volumen correspondiente, PREMIO UPC 1992

(NOVA ciencia ficción, número 56, 1993), se completó entonces con la intencionada especulación del catedrático Antoni Olivé sobre un traductor universal portátil en ¿QUIÉN NECESITA EL PANGLÓS?

La decisión del jurado y la entrega de los premios se hizo pública, con cierto retraso, el miércoles 27 de enero de 1993 en un solemne acto académico presidido por el rector Gabriel Ferraté. Eje central del acto fue una interesante conferencia a cargo de Brian W. Aldiss, conocido autor y ensayista británico, quien disertó sobre «La ciencia ficción y la conciencia del futuro».

Quaderns UPCF

Con el Premio de 1992 resultó evidente que algunas de las novelas finalistas merecían ser publicadas, aun cuando no pudiera hacerlo la colección NOVA de Ediciones B. La solución la ha aportado la Asociación de Ciencia Ficción de la UPC que responde al nombre de UPCF (Unidos Por la Ciencia Ficción). Con la ayuda económica del Consell Social de la Universitat, la UPCF ha editado unos Quaderns UPCF que recogen las mejores narraciones de autores hispanos presentadas al premio. Se han publicado hasta ahora las mejores finalistas de 1992: LA VARA DE HIERRO, de César Mallorquí (Quadern UPCF, número 1) y ESTADO CREPUSCULAR de Javier Negrete (Quadern UPCF, número 2). El tercero y más reciente de los Quaderns aparecidos hasta la fecha, es la edición bilingüe (castellano y catalán) de una interesante narración de corte dickiano que no llegó a la final por su reducida extensión que incumplía las normas. Se trata de TERRA NON DESCOBERTA de Carme Abella (Quadern UPCF, número 3).

En cualquier caso, dadas las escasas posibilidades que tienen los autores españoles de publicar sus narraciones de ciencia ficción, los Quaderns UPCF (con portada a todo color, diseñada y dibujada por Antoni Garcés) constituyen una inestimable ayuda para conocer la buena ciencia ficción que escriben nuestros autores. Puesto que el tiraje es reducido, los Quaderns UPCF sólo pueden encontrarse en las librerías de los Campus de la UPC o, si alguien lo desea, pueden ser solicitados al Grupo Interface Editor (P.O. Box 206l, Andorra) que, además de editar BEM, «la» revista de la ciencia ficción española, ayuda a la UPCF en la difusión de los Quaderns. Si quieren un consejo, no se los pierdan: novelitas como las de Mallorquí y Negrete son, además de divertidas y sugerentes, imprescindibles para el buen aficionado.

El Premio internacional UPC de Ciencia Ficción de 1993

En 1993 el éxito acompañó de nuevo a esta iniciativa del Consell Social de la UPC. Esta vez se presentaron un total de 90 novelas, la mayor parte procedentes de Cataluña (44% del total) o del resto del estado español (20%); pero más de un tercio (el 36% exactamente) procedía del extranjero con una amplia distribución geográfica: Estados Unidos (11 novelas), Francia (6), Bulgaria (3), Canadá (3), Nueva Zelanda (3), Argentina (2), México (2), Austria (1) e Irlanda del Norte (1). La distribución por lenguas mostró un natural predominio del castellano (62%), seguido del inglés (20%), el catalán (9%) y el francés (9%).

La decisión del jurado y la entrega de premios se hizo pública el primero de diciembre de 1993 en un solemne acto académico que contó con la presencia del presidente del Consell Social de la UPC, Pere Duran Farell y del rector Gabriel Ferraté.

El jurado, como en la edición de 1992, estuvo formado por Lluís Anglada, Miquel Barceló, Pere Botella, Josep Casanovas y Domingo Santos. El contenido del acta con el fallo del jurado (traducida del original catalán) es el siguiente:

El jurado del Premio internacional UPC de ciencia ficción 1993, reunido en la sede del Consell Social el día 2 de noviembre de 1993 para deliberar sobre la entrega de los premios ha decidido otorgar:

— el primer premio de 1.000.000 de ptas. a la obra:

El mundo de Yarek,

de Elia Barceló (Innsbruck, Austria)

— una mención de 250.000 ptas. a la obra:

Our Lady of the Machine,

de Alan Dean Foster (Prescott, Arizona, EE. UU.)

El jurado desea hacer constar el éxito de participación de esta convocatoria internacional (90 originales recibidos) y hacer mención de las siguientes obras por orden de apreciación:

Cri de Coeur, de Michael Bishop (Pine Mountain, Georgia, EE.UU.)

La casa del Doctor Petalo, de César Mallorquí (Madrid)

Soon Comes Night, de Gregory Benford (Irvine, California, EE.UU.)

Los celos de Dios, de Rodolfo Martínez (Gijón)

Más allá del Ecuador, de Miguel Gómez (Puerto de Santa María)

El jurado ha decidido repartir la mención UPC entre las siguientes obras:

Baibaj, de Gustavo Santos y Henry Humberto Rojas (Barcelona), y

Las trece estrellas, de Alberto Abadía (Barcelona)

Y, a los efectos oportunos, firman el presente certificado.

Tras la presencia de Marvin Minsky y Brian W. Aldiss en las anteriores ediciones del Premio UPC, en 1993 fue el británico John Gribbin el encargado de dictar la conferencia invitada en la ceremonia de entrega de premios. El conocido divulgador científico, doctor en Astrofísica por la Universidad de Cambridge, miembro durante cinco años del equipo editorial de la prestigiosa revista Nature y, también, autor de ciencia ficción, disertó con gran amenidad sobre Science Fact and Science Fiction. El título sugiere una inversión del orden de los términos del subtítulo de una revista clásica en la ciencia ficción: Analog: Science Fiction and Science Fact que editaran el mítico John Campbell y, posteriormente, Ben Bova y Stanley Schmidt.

No es posible reproducir aquí la conferencia del doctor Gribbin, pero sí podemos ofrecer una somera traducción de las notas previas que John Gribbin hizo llegar a los organizadores del premio, en las que anunciaba en líneas generales el contenido de su disertación:

CIENCIA REAL Y CIENCIA FICCIÓN

Cuando se me pidió que presentara este premio, pensando en el hecho de que he sido educado como científico (doctorado en Astrofísica, Cambridge, 1973), y ahora escribo ciencia ficción (INNERVISIONS, Penguin/ROC, 1993); supongo que el comité esperaba que les explicara cuán importante es que la ciencia sea tratada correctamente en la ciencia ficción. Si es así, se sentirán decepcionados. No estoy interesado en poner en la ciencia ficción los conocimientos adquiridos en mi formación científica. Me parece que es mucho más interesante poner en mi ciencia los elementos adquiridos de mi bagaje (como lector) en la ciencia ficción. Y, de hecho, así es como llegué a obtener mi doctorado en astrofísica.

Prácticamente aprendí a leer con la ayuda de *Astounding*, y fue de sus páginas de donde saqué las primeras impresiones de lo que era un científico. Entonces no se me ocurrió que fuera posible ganarse la vida escribiendo ciencia ficción, pero la idea de llegar a ser un científico me parecía atractiva. Y así lo hice. Naturalmente, gravité hacia los temas más extraños y poco comunes: los agujeros negros, el gato de Schrödinger y cosas así.

Nunca fui demasiado bueno en la actividad científica pero, cuando me eliminaron del juego, logré arreglar las cosas para seguir en contacto con la ciencia escribiendo sobre ella. Entonces me di cuenta de que lo que escribía podía haber salido de las mismísimas páginas de *Astounding*. Los peniques fueron llegando y, con algunos cambios menores y alterando ciertos nombres para proteger al culpable, podía empezar a vender el mismo tipo de cosas, pero ahora bajo la etiqueta de ciencia ficción.

El punto central de todo esto reside en lo que pensemos que significa la «S» en la SF. A mí me interesa la ficción especulativa, de la misma forma en que estoy

interesado en la ciencia especulativa^[1]. La especulación científica es, a menudo, mucho más extraña y absurda que cualquier cosa soñada por los escritores de ciencia ficción. Citaré como testimonio la historia de los mini agujeros negros, que se presentó en artículos científicos serios y, después, fue recogida por la ciencia ficción. O el conocido caso del robo que hiciera Larry Niven de la idea de Frank Tipler sobre una máquina del tiempo de cilindro rotatorio.

Pero la especulación no tiene por qué proceder del reino de la ciencia «real». Lo importante (dando por supuesto la necesidad de personajes, trama y todo lo demás) es que una historia sea autoconsistente dentro del marco de una determinada especulación, y que esa especulación aporte algo a la esencia misma de la historia, sin limitarse a los efectos especiales. No estoy diciendo que no me gustara *La guerra de las Galaxias*, sólo que no es SF, sino tan sólo un western del espacio. Sin embargo, *Regreso al futuro* (especialmente la segunda parte) cumple mis criterios de lo que es SF. Como ya he comentado antes, esos criterios hacen que Terry Pratchett sea un escritor de SF «hard». Pratchett define los parámetros en los que opera su especulación, se ciñe a ellos y consigue con ello llevarnos por caminos totalmente inesperados.

Hay otro motivo por el que me siento tan atraído por la ciencia ficción como por la ciencia real: los resultados inesperados. Albert Einstein no se creyó sus propias ecuaciones cuando éstas le decían que el universo tenía que estar en expansión. Lord Kelvin probó que no había ningún mecanismo conocido por la ciencia (la ciencia del siglo XIX) que permitiera que el Sol se mantuviera caliente más de 100 millones de años. Los investigadores del Instituto Tecnológico de California (CalTech), al intentar probar de una vez para siempre que el viaje en el tiempo es imposible, descubrieron que, en realidad, es algo permitido por las leyes de la física. Esto es algo claramente ridículo, e indica con total precisión una imperfección de las leyes de la física: ¡es tan estúpido como la idea de que el universo está en expansión!

Mi ejemplo favorito es el impecable razonamiento del filósofo griego Anaxágoras, en el siglo V antes de Cristo. Si les cuento que los griegos pensaban que el sol era una masa de hierro incandescente de 55 kilómetros de diámetro que sobrevolaba la Tierra a 6.500 kilómetros de altura, podrían ustedes pensar que los griegos eran muy estúpidos, pero ¿lo eran realmente?

Al medir la altura angular del Sol desde distintos lugares de la Tierra, Anaxágoras fue capaz de utilizar la geometría más simple (triangulación) para calcular que el Sol se halla a 6.500 kilómetros de altura (en unidades de hoy), simplemente a partir del supuesto de que la Tierra era plana. Como, a veces, caen del cielo masas de hierro incandescente en forma de meteoritos, Anaxágoras infirió que el Sol era también una masa de hierro incandescente. Y de la altura angular del Sol, sabiendo la distancia, llegó a la conclusión de que tenía unos 55 kilómetros de diámetro. Ésta es una bella

deducción científica derivada con lógica de una única suposición falsa (?). Podría ser la base de una impresionante narración de ciencia ficción (cifra INNERVISIONS). Por lo tanto, ¿se trata de ciencia ficción o de ciencia real? ¿Será algún día, pongamos por caso, la teoría del Big Bang la base de una buena historia de ciencia ficción, en lugar de ser ciencia real?

Otra de las cosas que me intrigan es la forma en que trabaja una mente científica. Los científicos de primera línea, como Anaxágoras, trabajan exactamente de la misma forma que los mejores autores de ciencia ficción. Piensan en una idea loca (o no tan loca), y después la siguen para ver lo que implica. He estado en sesiones de «tormenta de cerebros» (*brainstorming*) con físicos y astrofísicos y he sido coautor de SF en algunas ocasiones. ¡No hay ninguna diferencia! Lo que me lleva a suponer que toda la estructura de la ciencia moderna es, en realidad, una ficción autoconsistente. Eso que parece explicar lo que ocurre es, estrictamente, una quimera de la imaginación colectiva de un grupo de escritores especulativos a los que llamamos científicos.

Este es un tema tan intrigante que lo he explorado en mi último libro que, por alguna razón, la editorial ha vendido como ficción. Siguiendo las ideas aquí expuestas lo escribiré como un artículo científico y lo ofreceré a una revista académica de prestigio para que lo publiquen. Por lo tanto, ¿dónde se encuentra la interfaz entre ciencia ficción y ciencia real? No la hay. No hay ninguna línea divisoria, como tampoco la hay entre las moléculas de nitrógeno y las de oxígeno en el aire que todos estamos respirando ahora mismo.

La presente edición

Y llegamos al momento difícil de esta presentación: como editor debo justificar mi decisión de no incluir en este volumen todas las narraciones premiadas en la convocatoria 1993 del Premio UPC de Ciencia Ficción. Y, además, debo justificar mi elección.

Existe un acuerdo, nunca escrito, entre Ediciones B y la Universitat Politècnica de Catalunya para publicar en NOVA ciencia ficción las narraciones «ganadoras» del Premio UPC. Dadas las bases de premio, se supone que se trata de tres posibles novelas cortas: la ganadora, la finalista y la que obtiene la mención como «mejor narración presentada por un miembro de la UPC».

Pero, con excepción de la edición de 1992, el jurado del Premio UPC ha galardonado no tres, sino cuatro narraciones. Dos obtuvieron el primer premio ex-aequo en 1991 (MUNDO DE DIOSSES de Rafael Marín Trechera y EL CÍRCULO DE PIEDRA de Ángel Torres Quesada); y otras dos se han repartido, en 1993, la mención a la mejor narración presentada por un miembro de la UPC (BAIBAJ de Gustavo Santos y

Henry Humberto Rojas y LAS TRECE ESTRELLAS de Alberto Abadía).

Al preparar el volumen del Premio UPC de 1991, dejé fuera del libro (NOVA ciencia ficción, número 48) la narración TAN SÓLO UN ERROR de Rafael Mallor Plou, estudiante de arquitectura de la UPC. La voluntad de no alargar exageradamente el volumen justificó entonces mi decisión de editor, facilitada también por las características de los premios concedidos y por las calidades respectivas de las novelas.

En 1992, no hubo problema, las narraciones premiadas fueron tres y las previsiones se cumplieron.

En el caso que hoy nos ocupa, la situación es distinta. Esta vez el jurado del Premio UPC 1993 ha querido repartir el premio en metálico correspondiente a la mención a la mejor narración presentada por un miembro de la UPC. De nuevo existen cuatro narraciones candidatas a aparecer en este volumen previsto para sólo tres de ellas. Y, aunque podría decidir publicar tan sólo las dos más destacables (los premios mayores) siguiendo la tradición establecida en 1991, he decidido publicar tres de esas narraciones. Esta vez la elección debe ser justificada ya que, en función de mi responsabilidad de editor, he tenido que elegir entre las dos novelas que han obtenido la mención destinada a los miembros de la UPC.

No quiero ocultar que una posibilidad a mi alcance era incluir las cuatro narraciones en el volumen. No haberlo hecho supone una decisión personal que, aunque dolorosa, me siento en la obligación de tomar en función de mi responsabilidad como editor de NOVA ciencia ficción. Una responsabilidad que me obliga a exigir un determinado nivel mínimo de calidad en las narraciones que se publican en esta colección.

Hay que entender que el Premio UPC de ciencia ficción es, de alguna manera, dos premios en uno. Por una parte, escritores noveles o veteranos de todo el orbe compiten para obtener el premio mayor dotado con un millón de pesetas. Pero por otra, existe un segundo nivel del certamen, que permite premiar con una mención de 250.000 pesetas a la mejor narración presentada por un miembro de la UPC. Nada impide que un relato escrito por un miembro de la UPC compita por el premio mayor, pero la realidad es que la dimensión internacional del premio hace francamente difícil que sea así.

Por ejemplo, en 1993 Elia Barceló y Alan Dean Foster compitieron con otras ochenta y ocho narraciones entre cuyos autores se encontraban reconocidos profesionales como Michael Bishop o Gregory Benford, que han obtenido ya varios galardones del prestigio del Hugo o el Nebula. Por otra parte, la mención destinada a la mejor narración presentada por un miembro de la UPC, se dirimió entre tan sólo diez narraciones, todas ellas presentadas por aficionados que, posiblemente, presentaban su primera novela corta. El nivel de calidad que cabe esperar es,

lógicamente, distinto.

El jurado de la edición de 1993 del Premio UPC, en lo que hace referencia a la mención a la mejor narración presentada por un miembro de la UPC, tuvo dos narraciones como finalistas (dos es un mínimo ineludible para no predeterminar el premio...). Aunque siempre existe la posibilidad de declarar desierta esta parte del Premio UPC, el jurado decidió repartir el importe de esa mención entre las dos finalistas, las aparentemente mejores entre las diez narraciones que optaban a ella. Una forma como otra de estimular futuras participaciones en el certamen.

Pero, bajo mi única y exclusiva responsabilidad, he decidido incluir en este volumen tan sólo una de estas narraciones. Ambas, BAIBAJ y LAS TRECE ESTRELLAS son primeras novelas y ambas lo acusan tal vez en distinto grado. Pero, en mi opinión, BAIBAJ resulta claramente superior a LAS TRECE ESTRELLAS. Sé que Alberto Abadía, el autor no publicado (como ocurriera años atrás en el caso de Rafael Mallor), se sentirá en cierta forma discriminado. Me interesa poner de manifiesto aquí que tal posible discriminación se debe únicamente a mi decisión personal como editor y que ni la UPC ni Ediciones B pueden ser considerados responsables de ello.

Estoy convencido de que si Alberto Abadía sigue con su actividad de escritor me agradecerá en el futuro que no se haya publicado «profesionalmente» su primera novela. Ante la riqueza narrativa de EL MUNDO DE YAREK o de NUESTRA SEÑORA DE LA MÁQUINA, la primera novela de Abadía destacaría, exagerada e incluso cruelmente, por sus abundantes fallos, que no dejan de ser lógicos y justificables en una primera novela. Debo reconocer que mi primera intención, llevado por la mejor voluntad, fue publicar las cuatro narraciones premiadas pero, al preparar este volumen, no conseguí superar con éxito la relectura de LAS TRECE ESTRELLAS. Dicha novela necesitaría, para su edición profesional en NOVA ciencia ficción, de una meditada reescritura o de una agresiva «corrección de estilo». Y no cabe esta posibilidad en este volumen que debe publicar las novelas tal y como fueron presentadas al Premio UPC.

Por otra parte, la edición «profesional» de LAS TRECE ESTRELLAS constituiría un agravio comparativo con respecto a otras narraciones españolas presentadas al Premio UPC que tampoco se verán premiadas con la edición «profesional». Estoy pensando en novelas para mí tan destacables como LA CASA DEL DOCTOR PETALO de César Mallorquí o LOS CELOS DE DIOS de Rodolfo Martínez, francamente muy superiores a LAS TRECE ESTRELLAS y por las cuales sus autores no han obtenido ni siquiera el premio en metálico con que ha sido agraciado Abadía. Ojalá dicho premio le sirva para perseverar en sus esfuerzos y mejorar en sus futuras novelas.

Las novelas publicadas

En tan larguísima presentación no quiero dejar de incluir un breve comentario sobre las novelas cortas aquí publicadas.

En un año que resultará histórico para la ciencia ficción española, el Premio UPC 1993 lo obtuvo Elia Barceló con EL MUNDO DE YAREK, una interesante narración sobre un xenosociólogo desterrado a un mundo sin vida. Una historia brillantemente narrada que, además, reserva al lector una interesante e inteligentemente concebida sorpresa final.

Poco debo decir de Elia Barceló, la gran dama de la ciencia ficción española. Los lectores de esta colección han tenido oportunidad de leer sus mejores novelas cortas y relatos en SAGRADA (NOVA ciencia ficción, número 19). Elia vive en Austria, donde trabaja como profesora de narrativa española en el Departamento de Lenguas Románicas de la Universidad de Innsbruck. Sus aficiones principales son la literatura y el teatro aunque, me temo, nada de lo humano le resulta ajeno.

Sobre EL MUNDO DE YAREK sólo diré que el jurado del Premio UPC se manifestó unánime sobre el hecho de que debía ser la novela ganadora. Y eso a pesar de que, entre los finalistas, se encontraban obras de autores ya consagrados en la ciencia ficción mundial como Michael Bishop, Gregory Benford o el mismo Alan Dean Foster. La simple lectura de EL MUNDO DE YAREK les convencerá de que, pese a todo, el jurado tuvo fácil esta decisión.

La mención de 1993 recayó en Alan Dean Foster por NUESTRA SEÑORA DE LA MÁQUINA, novela concebida como un thriller en la que se narra la caza y captura de un curioso grupo mafioso que lleva a cabo extorsiones utilizando una Virgen vengadora y temible. Una idea sugerente, contada con buen pulso por un escritor famoso por sus populares novelizaciones de películas de gran éxito. Foster estaba en Africa y no pudo acudir a Barcelona para recoger el premio pero, a través de la agregada cultural del consulado norteamericano en Barcelona, el premio le fue remitido por valija diplomática.

Sobre NUESTRA SEÑORA DE LA MÁQUINA sólo comentaré su amenidad y la potencia de su idea central, esa virgen que sirve para una extorsión mafiosa. Es una novela divertida.

Sí quiero comentar la difícil y acertada traducción que ha realizado Pedro Jorge. Como sea que el texto original en inglés está salpicado de palabras en español, el traductor ha decidido innovar y hacer exactamente lo inverso. En la traducción se han puesto en inglés las palabras que en el original estaban en castellano, en una propuesta novedosa que persigue transmitir al lector español la misma sensación que

pueda recibir un norteamericano al leer el original. Ustedes dirán si hemos acertado...

La tercera de las novelas publicadas es BAIBAJ, se trata de una narración que es, a la vez, la primera novela y la primera colaboración de dos autores jóvenes: Gustavo Santos y Henry Humberto Rojas, ambos estudiantes de doctorado en el Departamento de Ingeniería Química de la UPC. Ni que decir tiene que, tras las interesantes obras de Barceló y de Foster, la novelita de Santos y Rojas tiene otro tono, como no podía ser menos. En cualquier caso me atrevo a augurar que, si perseveran por ese camino y pulen el difícil oficio de escribir, tal vez nos hallemos ante otro tándem como el que ya forman Redal y Aguilera en la ciencia ficción española y que, todo hay que decirlo, es una forma de escribir habitual en la ciencia ficción mundial

El desarrollo de BAIBAJ es sencillo aunque se adivina una amplia ambición en los planteamientos de esa historia de aventura con trasfondo ecologista y que no olvida los viejos poderes del planeta. Con la excepción de la novela de Olivé premiada en 1992, es lo mejor que los miembros de la UPC han presentado al premio hasta hoy.

Y nada más, sólo constatar que las previsiones que hiciera Brian W. Aldiss en la edición de 1992 se van cumpliendo, y el PREMIO INTERNACIONAL UPC DE CIENCIA FICCIÓN se consolida, a cada año que pasa, como el mejor y más importante premio de ciencia ficción no sólo en España, sino en Europa. Para la edición de 1994, el límite de recepción de novelas concursantes se ha adelantado hasta el 20 de julio de 1994, única forma de atender con justicia al creciente número de novelas concursantes. De las mejores trataremos en el futuro volumen de NOVA ciencia ficción sobre el Premio UPC 1994 al que les remito. Hasta entonces.

MIQUEL BARCELÓ

EL MUNDO DE YAREK

Elia Barceló

A mi madre, por el tiempo.

Al reino del oso siberiano, por la idea.

A Cide Hamete Benengeli, por Naiele O.

A Klaus, Ian y Nina, por ser la cuerda de la cometa.

La tierra era árida, como una antigua manta de campaña arrugada y raída. Un paisaje de lomas sin fin que el plastividrio del móvil de aterrizaje fingía de un violeta sucio y que de hecho sería un pardo amarronado cuando se encontrara en la superficie.

Habían dejado atrás altas cordilleras cubiertas de nieve, riscos pelados de roca calcárea, profundas barrancas sin rastro de vida; habían sobrevolado incluso un desierto de arena infinita, pura y muerta.

Estaban descendiendo. Hacia la nada. Hacia su exilio.

—Ya puede ir eligiendo el lugar de aterrizaje, Yarek. —La voz del piloto era impersonal, distante, como si ya lo hubiera abandonado en ese mundo solitario.

Yarek se pasó la mano por la frente intentando conjurar un dolor de cabeza que era ya casi parte de sí mismo y se forzó a mirar con más intensidad. ¿Qué más daba? ¿Qué más daba ya todo?

Al norte la tundra invernal, al sur los desiertos, había estudiado los mapas que, aunque deficientes, no dejaban lugar a dudas. La única franja medio habitable del planeta era ésta. Intentó interpretar el paisaje buscando una torrentera que recogiera las aguas de deshielo.

—Ahí mismo. En esa pequeña explanada, junto al río seco.

El piloto empezó a girar, descendiendo hacia el punto indicado.

Un suelo pedregoso, agostado, sin rastros de vegetación. Por encima un cielo despiadado, limpio de nubes, de un azul clarísimo, donde una mínima luna mostraba su creciente al borde de una loma en el horizonte lejano.

La maniobra fue suave. Los patines tomaron tierra y el piloto procedió a abrir el compartimiento de carga, sin apagar el motor.

Yarek permaneció sentado, inmóvil, mirándose las manos.

—La temperatura exterior es de menos treinta grados Celsius, sin viento. En cuanto monte el refugio y empiece a funcionar la calefacción se sentirá como en casa.

Sintió cómo se le torcían los labios en una sonrisa amarga y no contestó. «Como en casa...» La ironía era deliberadamente cruel.

El piloto había bajado del aparato y se afanaba en la parte posterior descargando el equipo de supervivencia con una prisa insultante.

—Abajo, Yarek. Tengo que irme.

No servía de nada retrasar el momento de salir al exterior. Era cuestión de minutos el tener que enfrentarse con la realidad de aquel mundo que iba a ser el suyo.

—¡Yarek! —Esta vez la voz del piloto sonó como un ladrido.

Su nombre, ese nombre que había sido pronunciado a lo largo de su vida con ternura, con respeto, con admiración, con devoción incluso, se había convertido en un epíteto de desprecio, en un insulto incluso a sus propios oídos. Se levantó y empezó a

ajustarse la mochila con toda la rapidez que le permitían sus músculos endurecidos por el miedo para no tener que oír su nombre pronunciado en ese tono.

Nunca había creído que en el momento definitivo llegaría a sentir miedo. Había supuesto que la desesperación y la pena rabiosa que lo habían consumido durante los últimos meses bastarían para borrar el terror a la soledad. Pero no era cierto. La pena y la desesperación habían perdido importancia. Sólo quedaba el miedo, un miedo inhumano, bestial, paralizante.

Dio la vuelta al móvil con un esfuerzo titánico y se encontró con que el piloto había vuelto a ocupar su puesto ante los controles.

—Acuérdese de mantener en marcha el localizador, Yarek. Dentro de veinte años, si sigue con vida, podrá enviar la señal. Alguien vendrá a recogerle. Si no se recibe esa señal, asumiremos que ha muerto. ¿Todo claro?

Asintió con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra. El desprecio en los ojos azules del piloto era un puñal de hielo.

La puerta del móvil se cerró con un chasquido sordo, como la tapa de un ataúd.

—Por favor... —se oyó murmurar—. Por favor...

El piloto no podía oírlo. Daba igual. La situación no habría cambiado de todos modos. Sólo su humillación se hubiera hecho más profunda.

El ruido del motor acelerado le rasgó el estómago como un cuchillo de sierra.

—¡No me dejes aquí! —gritó sin proponérselo—. ¡No me dejeeees!

El móvil se alzó del suelo elegantemente, con suavidad ingrátida.

—¡Por favor...! ¡Por favooooor!

Al alzarse sobre las lomas, su pulida superficie reflejó por un instante la luz del sol que aún no había remontado el horizonte y, durante unos segundos, Yarek tuvo la impresión de que era una estrella la que lo había abandonado en aquel mundo sin nombre. Luego dejó de verlo y sus ojos se posaron en sus propias manos enguantadas tendidas hacia el cielo en un atávico gesto de imploración, una petición de ayuda que nunca sería atendida.

Se dejó caer sobre el suelo pedregoso y polvoriento y se echó a llorar.

Un viento repentino le heló las lágrimas sobre la cara y le hizo buscar con los ojos la loma por la que el sol estaba a punto de salir. Unos quince minutos más, calculó, y su propio cálculo le sonó ridículo, pueril. ¿Qué importancia tenían quince minutos en veinte años?

Aunque no serían veinte años. No pensaba vivir tanto tiempo. Había venido con el propósito de acabar con su vida en cuanto completara para sí mismo su proceso de catarsis. Tenía que comprender, aceptar, perdonarse si podía. Luego habría tiempo para morir. Tenía mucho tiempo. Era lo único que tenía en abundancia.

Empezó a desempaquetar sus pertenencias, un proceso tan mecánico, tantas veces repetido, que sus manos trabajaban con independencia de su cerebro. ¿Cuántas veces

habría montado un refugio? Cientos, probablemente. En la oscuridad, a la luz del día, con frío, con calor, en selvas tropicales, en desiertos de hielo, en ciénagas, en playas infinitas de espumas azules, solo, en compañía.

En compañía. Rechinó los dientes. Eso era algo que nunca volvería a tener. Nunca más una mano amiga, una pelea, una discusión, un chiste. Nunca más un cuerpo cálido a su lado, una sonrisa, un insulto. Nunca más.

Empezó a montar la instalación eléctrica, los paneles solares, el calentador de agua. ¡Cuántas comodidades para un exiliado, para un futuro cadáver! O quizá no tan futuro.

«Soy un ex vivo», pensó y la construcción lingüística le arrancó una sonrisa. «Un ex xenólogo, ex director de investigaciones, ex miembro de la Academia Interplanetaria de Estudios Ahumanos, ex especialista en vida alienígena, ex ciudadano de la Confederación de Mundos Habitados, ex esposo de Nora Freeman, de Tilda Maier y de Nakembe Dubois. ¿Ex humano, quizá? Reducido a una supervivencia animal en un mundo desierto. ¿Hasta qué punto puede eso borrar la humanidad de un ser?»

Trató de bloquear la dirección de su pensamiento. Vida animal. Vida inteligente. ¿Con qué criterios? ¿Con qué derecho podía decidirse? Se había dado cuenta demasiado tarde. Demasiado tarde para salvarse a sí mismo. Demasiado tarde para salvar a los buitres, a aquel puñado de seres desaparecidos para siempre que la Comisión Investigadora se empeñaba en llamar «aarea» porque un cerebro de oro se había inventado el nombre. Ellos nunca se habían llamado a sí mismos. O quizá sí, pero no habían querido, podido, sabido comunicarlo a los humanos que los destruyeron. «Que los destruimos», se corrigió. Tal vez él hubiera tenido razón después de todo. Tal vez no eran más que animales. Animales extintos, ahora.

Cerró la puerta aislante y se puso a trabajar en la calefacción. Era un buen refugio. El mejor modelo, el más moderno. Construido sobre raíles circulares para que pudiera orientarse hacia el sol, instalado para aprovechar el viento y cualquier otra fuerza de la naturaleza que existiera en su entorno: mareas, corrientes de agua, movimientos sísmicos... Veinte metros cuadrados: instalación higiénica, cocina, cama, una mesa, dos sillas. Dos. Una roja y una azul. Para mejorar el ánimo de su ocupante. La mesa era verde claro, como siempre. Las paredes amarillo pastel. Un ambiente de kindergarten para un genocida convicto.

Empezó a destapar cajas: medicinas, grabaciones, un pequeño ordenador de última generación, alimentos comprimidos para más de cincuenta años, un equipo de fabricación de agua, un equipo de reciclaje de prendas de vestir. Casi doscientos kilos de mundo civilizado a su disposición en medio de un erial entre los sistemas poblados.

Llevaba horas trabajando. Se había propuesto hacerlo todo con lentitud extrema,

para tener algo en qué ocuparse el mayor tiempo posible y, sin embargo, ya casi había terminado. La rutina se había encargado de ello. Normalmente no había tiempo que perder, había que darse prisa en la instalación para salir a explorar, recoger datos, procesarlos, reunirse a contrastar opiniones, redactar un informe, decidir, clasificar para el archivo central, desmontar, olvidarse, cambiar de mundo, volver a montar.

Ahora no.

Ahora ya nunca.

Las lágrimas volvieron a asomar sin previo aviso y tuvo que cerrar los ojos con todas sus fuerzas para cortarles el camino.

Dio un tirón al anillo de oro con el que se había atravesado el lóbulo de una oreja, saboreando el dulce dolor del tejido de cicatrización al ser desplazado de su lugar. Era importante recordar que debía trabajar en sus heridas, las otras, las de dentro. No podía dejar que todo cicatrizara antes de haber sido limpiado. Para eso servía el aro de oro. Para recordarle lo que tenía que hacer.

Llevó la mesa junto a una de sus dos ventanas, la que ahora estaba orientada al oeste, y puso el ordenador sobre la superficie verdosa. Acercó la silla azul y acarició suavemente la tapa del aparato buscando, como siempre, un nombre para él.

«Buitre», susurró, y en su mente surgió una marea de imágenes que le devolvieron al planeta TX21-Radon, posteriormente conocido por Viento. Recordó la tensión de inminencia que les hizo sentir la atmósfera de Viento; algo que despertaba en ellos recuerdos olvidados de su infancia y primera adolescencia. La sensación de que todo es posible, de que uno va a ser eterno en un mundo que inaugura una primavera perpetua, de que faltan días para que la naturaleza eclosiona y surjan hojas, flores, aguas y pájaros por todas partes, de que uno puede volar persiguiendo su sombra, o su sonrisa.

Nunca se habían sentido así: tan vivos, tan fuertes, tan mágicos. Un mundo que era un milagro de rocas blancas, inmensas praderas de hierba ondulante y grandes ríos perezosos y azules. Un mundo que estaba pidiendo a voces ser colonizado por humanos felices deseosos de fundar familias numerosas para que los niños corrieran libremente por sus mares de hierba infinita y volaran cometas al viento del atardecer.

«¿Cómo pude equivocarme?», pensó por millonésima vez. «¿Cómo pudimos equivocarnos todos, equivocarnos tanto?»

«Porque queríamos creer que estaba deshabitado. Porque no deseábamos compartir aquello con nadie. Ni siquiera con un puñado de buitres carroñeros que nos contemplaban impasibles desde sus altas torres de roca con esos ojos como cuentas de cristal.»

Eran hermosos aquellos buitres, a su manera. Dos veces mayores que los buitres terrestres, con una envergadura de siete metros, el cuerpo cubierto de plumas negras y azules, la cabeza casi plateada, como un yelmo de acero.

Viento estaba lleno de vida: insectos, aves, reptiles, algunos mamíferos. Todos devorando y siendo devorados en la eterna rueda de la supervivencia. Un planeta virgen brillando al sol.

Miró por la ventana, hacia las lomas que cerraban su horizonte y la tristeza se abatió sobre él como una losa. ¡Qué distinto era Viento de este planeta sin nombre que sería su tumba! ¡Qué ironía haberse pasado los años clasificando vida para acabar aquí, en un desierto mineral sin más perspectiva que ir enloqueciendo lentamente! No. Eso nunca. Mejor muerto. Muerto y enterrado.

Sintió una carcajada histérica surgiendo del fondo del diafragma.

¿Quién iba a enterrarlo? Tendría que cavarse su propia tumba y dejarse morir dentro, con los ojos abiertos al cielo azul del atardecer, un atardecer como el de ahora, punteado de estrellas que se reirían de su impotencia y de su dolor.

Se puso en pie violentamente y decidió salir a caminar un poco. El aire de la tarde sería frío y le aclararía los pensamientos.

El silencio de la noche incipiente era sobrecogedor, la oscuridad sería pronto total, impenetrable. Yarek caminó en círculo girando de tanto en tanto la cabeza para confortarse con la luz del refugio, que había dejado encendida. El frío le cortaba la respiración y le hacía temblar de rabia. Siempre había detestado el frío. Siempre había dicho que cuando se jubilara se retiraría a un planeta de eterno verano, algún lugar con playas cálidas y abundancia de vida vegetal.

Giró de nuevo la cabeza. El refugio brillaba en la negrura como una diminuta estrella caída en la nada, aguardando. Su hogar.

Volvió sobre sus pasos a toda velocidad y, demasiado hundido para comer nada, se metió en la cama.

Sus sueños estaban llenos de pájaros. Grandes pájaros que planeaban en un cielo rosado deslizándose su negra silueta sobre las nubes incandescentes. Él volaba con ellos algunas veces, sostenido por la voluntad de las aves gigantes que le mostraban su reino, los mares de hierba desde mil pies de altura, los grandes ríos que describían amplios meandros de plata como interrogantes sin respuesta sobre la superficie de Viento.

Los buitres observaban su vuelo con sus ojos de cristal, serenos, antiguos, sabios. Observaban su caída en perfecto silencio, sus vanos esfuerzos de remontar los picos que se acercaban a velocidad vertiginosa amenazando aserrar su pobre cuerpo humano con sus dientes blancos. El suelo corría a su encuentro con ansia de amante y él sabía que era el final pero no le importaba mientras los buitres estuvieran ahí, mirándolo en silencio. Y entonces alguien gritaba. Un poderoso graznido que rasgaba el amanecer con su clamor de triunfo. Y se despertaba.

Se sentó en la cama parpadeando en la oscuridad, con la boca seca y las manos

húmedas y vacías.

Conciencia de sí mismo. Negativo.

Capacidad de autocrítica. Negativo.

Sentido del humor. Negativo.

Capacidad de adueñarse de su espacio y adaptarlo a sus necesidades. Negativo.

«Animales, maldita sea. Animales. Bellos. Económicos. Perfectamente adaptados a su entorno. Pero animales.»

Encendió la luz y tomó un par de concentrados alimenticios y media botella de agua. Habría dado cualquier cosa por un cigarrillo pero ése era uno de los vicios que había dejado atrás. Una penitencia. Una más. Después de pensarlo un segundo, tomó un somnífero y volvió a la cama. Esta vez no soñó.

Lo despertó el sol sobre la almohada. Llevaba un solo día en el planeta y ya estaba deseando salir de allí, pero no había nada que hacer. Había venido a quedarse.

Aún acostado se puso a pensar qué podría hacer con el día que empezaba y se encontró luchando con el deseo de tomar otro somnífero y dejar que el tiempo pasara sin su participación. Rechazó la idea. Fue hasta la mesa, se sentó frente a Buitre y comenzó a elaborar una lista de posibilidades, sus eternas listas que tantos comentarios jocosos le habían valido a lo largo de su vida.

Inspeccionar el terreno.

Buscar minerales de utilidad. (*¿De utilidad para qué, para quién, Yarek?*)

Buscar vida del tipo que sea: vegetal, animal, inteligente. (*¿Inteligente, Yarek? ¿Aquí?*)

Escribir un diario (*¡Venga ya!*)

Suicidarme.

Se quedó mirando el último punto de su lista. De hecho era lo único que tenía algún sentido, pero era demasiado pronto. No iban a vencerlo en veinticuatro horas. Y además no podía matarse sin más; tenía que saber por qué. ¿Por desesperación? ¿Por aburrimiento? ¿Miedo? ¿En castigo por su crimen? ¿Qué crimen, cielo santo? ¿Qué crimen?

Genocidio. Contribución consciente al exterminio de una especie alienígena inteligente con la intención de beneficiarse a sí mismo y a la especie humana. Ésa había sido la acusación.

¿Beneficiarse a sí mismo?

En el juicio se había discutido largamente su opción de compra sobre el valle de Nir, una deliciosa pradera en el hemisferio norte de Viento, mil doscientas hectáreas de rocas, hierba y río, dos cascadas y un bosquecillo ridículo de árboles enanos. Ese había sido el precio de su decisión final sobre la inteligencia de los aarea, según el fiscal del Gobierno Federado. El precio que los especuladores estaban dispuestos a

pagar por el derecho a colonizar Viento con familias de granjeros.

¡Ridículo!

El equipo de abogados de la defensa había tratado de convencer al Gran Jurado de que, para tratarse de un soborno, era estúpidamente bajo. Yarek les entrega un planeta y ellos le dan a cambio mil doscientas hectáreas de terreno. Mil doscientas hectáreas que tendría que pagar de su bolsillo. ¡Absurdo!

Era cierto que el Comisionado del Gobierno, en la primera entrevista que mantuvieron en Viento, había lamentado, muy diplomáticamente, que el planeta estuviera cerrado a la colonización hasta que pudiera establecerse con seguridad si la colonia de buitres era vida inteligente o no. Que había expresado su deseo de que no lo fueran, de que los humanos pudieran instalarse allí, compartiendo el planeta con todos los animales que lo poblaban cuidando, por supuesto, de no alterar su equilibrio. Que había insinuado que él, Yarek, podría construirse allí una casa donde pasar sus años de retiro, ya que el planeta parecía gustarle especialmente. Pero eso había sido todo. Nada de sobornos, ni órdenes veladas. La decisión había sido suya. Sólo suya. Y de su equipo, que después de votar unánimemente la clasificación final de los buitres como vida animal, empezaron en el juicio a expresar dudas sobre sus conclusiones y a echarle a él la responsabilidad de la decisión definitiva. Al fin y al cabo él era el jefe de la expedición, el asesor delegado del Gobierno, él tenía la última palabra, la decisiva.

Se puso a teclear furiosamente aunque sabía que Buitre podía recibir órdenes verbales. La palabra escrita siempre le había parecido más adecuada a la reflexión y, a pesar de que ahora no intentaba reflexionar sino sólo averiguar cuáles de las funciones de la máquina le estaban prohibidas, prefería que esas prohibiciones aparecieran por escrito y en silencio a que una voz anónima le informara de sus limitaciones.

Un par de horas le bastaron para darse cuenta de que la pena de ostracismo era perfectamente coherente: podía recibir todo tipo de informaciones, estar al día de las últimas publicaciones de su campo y otros doscientos más, leer las últimas aportaciones a la Biblioteca de los Mundos sobre cualquier tema que deseara, pero no podía comunicar a nadie sus opiniones, ni enviar sus artículos, ni mostrar su existencia a ningún otro ser. Tampoco podía hacer ni recibir llamadas. Yarek había muerto para el mundo exterior.

Durante los cuatro días siguientes se mantuvo alejado de Buitre. Pasaba el tiempo fuera del refugio a pesar del frío, tratando de hacerse una idea personal de su mundo antes de contrastar los datos recogidos con los que poseía la biblioteca central. No aprendió mucho porque no estaba acostumbrado a hacer una exploración sin contar con asistentes especializados en las distintas disciplinas de interés xenológico: geólogos, biólogos, botánicos, meteorólogos... todos los que hasta ahora habían

podido decidir que en algún momento las grandes extensiones nevadas del norte se fundirían y convertirían su zona por un tiempo indefinido en una especie de parque acuático. Las rocas tenían marcas de agua corriente por todas partes. Había encontrado también algo que podría ser, quizás, un atisbo de madrigueras de alguna clase de animal pequeño, tipo roedor, y que posiblemente hibernara durante los largos inviernos. Tendría que estar atento a su aparición.

Lo que se le escapaba por completo era qué podrían comer aquellos animales; la región era totalmente estéril, sin rastro de vida vegetal de ningún tipo, cosa bien extraña considerando la cantidad de agua que durante un tiempo regaría la zona. Lo que le llevó a la conclusión de que quizá su refugio estuviera en peligro. Tendría que ampliar sus exploraciones buscando un lugar más adecuado para trasladarlo.

Cuando al cabo de esos cuatro días contrastó con Buitre sus impresiones, se dio cuenta de que había avanzado más en su exploración de campo que los humanos que le habían precedido. Y vio por qué. Los datos almacenados en la biblioteca habían sido obtenidos en dos vuelos de aproximación llevados a término en dos misiones separadas por doce años. Ninguna de las dos había tomado tierra en el planeta y sus observaciones habían sido recogidas en tres sesiones de trabajo, tiempo base. O sea, que lo único que sabían era que el planeta tenía un aire respirable, una gravedad terrestre, una ausencia lamentable de vida, cosa que a nadie parecía haberle extrañado dadas las temperaturas medias, siempre bajo cero, y una patética escasez de minerales deseables.

En un estadio de desarrollo que permitía a los humanos elegir entre millares de planetas, el suyo no podía resultar menos apetecible. La abundancia había vuelto caprichosos a los seres civilizados que ya sólo se planteaban la colonización de mundos paradisíacos. Mundos como Viento.

Estuvo a punto de solicitar información sobre los nuevos establecimientos humanos en Viento y decidió olvidarlo. ¿Para qué? ¿De qué le iba a servir saber cuántas familias se habían instalado ya, si había empezado la producción de cereales, si habían erigido un monumento al recuerdo de los buitres? Ahora que ya no existían, el Gobierno había dado luz verde a la colonización; no iban a dejar perder un planeta como Viento para perpetuar el recuerdo del genocidio de Yarek.

¿Por qué se empeñaban en llamarlo así: «el genocidio de Yarek»? Él se había limitado a certificar, en su calidad de experto en la materia, que los buitres eran vida animal, no inteligente. Eso era lo que se esperaba de él. Se había limitado a cumplir con su obligación esforzándose por lograr una objetividad máxima, como siempre. Había seguido todos los criterios comúnmente aceptados y todos se habían mostrado negativos. ¿Qué más se le podía exigir?

Habían destrozado un par de nidos viejos, ya desocupados, eso lo había admitido desde el principio. Si luego Miller, la niña mimada de la lingüística actual, había

presentado la tesis de que las marcas e incisiones hechas a golpe de pico en esos nidos de arcilla eran de hecho una escritura, él no tenía la culpa. Ninguno de sus lingüistas había ni remotamente sugerido tal hipótesis. Los expertos en cerámica y alfarería habían comentado una sorprendente afinidad con viejas culturas terrestres, pero nada más. Un simple comentario a la hora del café de las cuatro, el rito más antiguo del equipo Yarek, el único momento en que todos se reunían para charlar distendidamente durante una hora sin tener la impresión de que estaban presentando un informe. Algo que reforzaba el espíritu de grupo y permitía que la imaginación se echara a volar durante un rato, libre de las limitaciones del trabajo científico.

Miller se lo había inventado todo. Eso estaba claro. Pero se lo había inventado condenadamente bien. A cualquiera que no hubiera leído los viejos textos de las altas culturas desaparecidas le sonaría creíble. Pero Yarek también los había leído. Por eso sabía que aquellos fragmentos que Miller había logrado «traducir» eran un refrito de muchos pasajes de textos olvidados. Sin embargo, a pesar de que había pasado a sus defensores toda la información pertinente, no habían conseguido convencer al Gran Jurado. Aquellos hombres y mujeres (y los cuatro miembros de otras especies inteligentes que asistían al juicio en calidad de observadores) se habían dejado llevar por la idea de que, en la base, los mitos de los distintos pueblos en los primeros estadios de desarrollo de la civilización suelen ser convergentes. Y Miller les había vuelto a vender a la diosa madre, una diosa de la fecundidad, y las genealogías inacabables de «Fulano engendró a Mengano y Mengano a Zutano» hasta el infinito, además de dos o tres líneas más sin apenas sentido «por tratarse sólo de una traducción fragmentaria debida a la dificultad de la tarea», se había excusado. Había prometido presentar los textos completos en un plazo de cinco años; tiempo suficiente para inventarse cualquier cosa, considerando, además, que en cinco años ya nadie se acordaría de los buitres ni de su mundo.

Ahora Miller estaría en Viento, instalada muy cerca del valle de Nir, junto a los restos de la mayor comunidad de buitres del planeta, disfrutando del aire y el sol, bañándose en el río, dando gracias a todos los dioses por la estupidez colectiva de una especie que le había permitido tomarse unas vacaciones de cinco años para estudiar la lengua de una comunidad muerta que no podría oponerse a sus conclusiones. Y él, en cambio, estaba aquí, en Yermo, soñando con pájaros de siete metros de envergadura que nunca más volverían a volar. Era injusto. Era terriblemente injusto.

Apagó a Buitre en un arrebato de furia, acarició levemente su tapa con un amago de disculpa y salió al exterior, a ver anochecer.

Al cabo de dos semanas Yarek sucumbió a la tentación de la RV en contra de lo que se había prometido a sí mismo desde que recibió su sentencia. Se había jurado que no leería más que los libros antiguos que siempre le habían proporcionado la paz

mental que tanto necesitaba o informes modernos sobre el desarrollo de la ciencia actual. No caería en el abismo de los seriales de tridi, no haría el amor con mujeres inexistentes, no participaría en persecuciones ficticias ni correría aventuras imaginarias. Todo eso estaba por debajo de su dignidad. Todo eso era para los desocupados y cretinos que no sabían qué hacer con su vida real. No para Yarek. Yarek estaba por encima de esa basura.

Estuvo conectado sin interrupción durante dos días, el tiempo límite de seguridad. La grabación se desconectó automáticamente avisándole con fría amabilidad de que debía alimentarse y descansar; el sistema volvería a estar a su disposición dos horas más tarde.

Fue como una patada en los testículos. Como un imbécil babeante se había colgado de una realidad falsa que le había hecho creer que estaba de nuevo entre personas, aunque el diálogo estuviera predeterminado, las mujeres no fueran de su gusto y las aventuras fueran miserables clichés urdidos por una máquina combinatoria de estructuras narrativas para seres con un coeficiente de inteligencia de 35.

Se levantó de la cama totalmente anquilosado, con un regusto amargo en la lengua y un profundo desprecio de sí mismo en la boca del estómago. Se tragó un comprimido alimenticio y se hizo un chequeo rutinario. «¡Magnífico, Yarek!», se dijo a sí mismo. «Has encontrado el modo perfecto de suicidarte. Lento, eso sí, pero dulce. Una muerte gloriosa y admirable. Cuando vengan, si es que vienen algún día, encontrarán el esqueleto del gran Yarek conectado a la tridi, muerto con una sonrisa en los labios, muerto entre una escena de sexo y una de asesinato, como cualquiera de esos viejos locos de las residencias para ciudadanos de avanzada edad. Y a ti ni siquiera te delatará el olor a podredumbre. Podrás empapar las sábanas gota a gota, año tras año, hasta que no queden más que huesos.»

Había perdido dos kilos y la medimáquina le informaba de que necesitaba recuperar fluidos corporales. Por lo demás, su cuerpo seguía funcionando bien.

Aquella noche las pesadillas volvieron a repetirse con precisión de reloj. Volaba con los buitres. Caía. Despertaba.

Luego soñó que estaba en pie sobre uno de los riscos donde los buitres hacían sus nidos. Estaba sentado en uno de ellos. Acurrucado. Mirando fijamente a la distancia, como lo había visto hacer a ellos tantas veces. Los buitres planeaban por debajo de él, apoyados en la fuente térmica de la escarpadura, grandes alas extendidas, deslizándose sin esfuerzo, como si no pesaran.

De repente uno de ellos plegó las alas contra el cuerpo, como hacen las águilas cuando se lanzan contra su presa, y empezó a descender. Pero los buitres no cazan. No era una presa lo que buscaba aquel buitre.

Cayó como una piedra. Casi antes de que él pudiera comprender lo que estaba

pasando. Y cuando lo entendió, el buitre era una mancha sanguinolenta contra las blancas rocas al pie del risco.

Luego fue otro el que plegó sus alas. Luego otro.

Yarek los miraba aterrado, incapaz de ayudar, incapaz de moverse. Ahora sabía que era un sueño pero no conseguía despertar.

Había decenas de pájaros. Cientos. Miles. Todo el cielo estaba lleno de buitres que pasaban rozando el nido desde el que él contemplaba impotente aquel suicidio en masa. Pasaban junto a él sin mirarlo, sin registrar su presencia. Y un poco más abajo plegaban las alas y caían. Como fardos lanzados desde un avión. Hasta que se estrellaban contra las rocas y las pintaban de rojo. Hasta que todo el paisaje se volvió escarlata.

Y despertó sollozando.

Era la primera vez que soñaba el suicidio de los buitres. Hasta esa noche su cerebro no le había ofrecido ese puesto de observación privilegiado, ese espectáculo de primera mano. Había habido cadáveres en sus sueños, muchos cadáveres, pero no habían sido más que eso: cuerpos sin vida, cascarones de seres cubiertos de plumas que habían perdido su brillo, ejemplares grandes y bellos en lo mejor de su edad, pollos de buitre con un plumón ralo y gris, viejos decrepitos y medio calvos, machos, hembras, nidos abandonados que el viento arrastraba, pero nunca esas imágenes de seres vivos muriendo ante sus ojos.

Sentía deseos de aullar de impotencia, de golpearse la cabeza contra las rocas hasta que el dolor anulara los recuerdos de aquellos dos años pasados en Viento estudiando a los buitres. No fue capaz. Se imaginó saliendo del refugio a dar gritos en la noche gélida con sus miles de estrellas impasibles y él mismo se sintió ridículo; eran muchos años de guardar la compostura, de ser un hombre público, de ser Lennart Yarek, el gran Yarek que había dado tres nuevas especies inteligentes a la Confederación de Civilizaciones Galácticas.

Ninguna de las tres había hecho nada por él, ninguna había pronunciado una sola frase en su descargo. Al parecer para ellos era evidente que cualquiera hubiera sido capaz de darse cuenta de que eran especies inteligentes y civilizadas, que no hubiera sido necesaria la opinión de Yarek para que sus planetas no fueran ocupados y utilizados con total impunidad. Se negaban a reconocer que sólo su palabra se había interpuesto entre sus apenas reconocibles civilizaciones y la marcha arrolladora de una colonización humana.

Pasó revista a las grabaciones holográficas que había traído consigo intentando encontrar algo que le atrajera lo suficiente como para alejarlo de la tentación de la RV.

El nombre de Macbeth jugó con su atención unos segundos: una obra antiquísima en la que se debatía el complejo de culpa, el asesinato y la ambición de poder. Negó

con la cabeza contestándose a sí mismo. Demasiado cercano a su propia situación. En otro momento.

La lista parecía no tener fin a pesar de que eran todas tan antiguas en texto y técnica de grabación que resultaba increíble que aún se conservaran tantas. Pero ninguna le interesaba. Las conocidas, por conocidas; las otras porque no se sentía con ánimos de arriesgarse. Desconectó el buscador, se tragó un somnífero y se metió en la cama deseando poder apagarse a sí mismo como se apaga una luz.

Le llevó mucho tiempo encontrar un emplazamiento ideal para su refugio; no sabía cuánto porque había dejado de contar los días. Buitre le avisaría cuando hubieran pasado veinte años si él aún estaba ahí para recoger la señal; hasta entonces no importaba.

Le llevó mucho más tiempo trasladar todo el equipo hasta la loma elegida y un esfuerzo muscular tan grande que había noches en las que no había podido dormir de puro agotamiento, noches en las que todos sus músculos vibraban como si estuvieran conectados con un cable eléctrico, pero de alguna manera se sentía mejor, menos dependiente de los somníferos, menos inclinado a la auto-compasión. A pesar del frío, pasó varias noches casi en el exterior, dentro de la pequeña tienda térmica donde la temperatura era de cinco grados sobre cero en lugar de los menos veinticinco de fuera. Él, que siempre se había considerado un individuo físicamente duro, comprobó con sorpresa que empezaba a endurecerse de verdad, que hacía demasiado calor dentro del refugio, que su dependencia de máquinas y fármacos se iba borrando, que su anhelo de conversación era menos urgente. No sabía cuánto duraría ese estado de equilibrio pero eso era lo de menos; lo importante era que de momento se encontraba mejor, que los sueños no eran tan frecuentes ni tan angustiosos, que podía respetarse a sí mismo de nuevo.

Empezó a correr por las mañanas hasta recuperar los veinte kilómetros diarios de sus buenos tiempos y se impuso una rutina de trabajo compensando el manual con el intelectual. Un par de veces por semana se preparaba platos complicados mezclando los pocos alimentos no prensados de que disponía; una vez cada quince días se conectaba a la RV, a programas insulsos que no lo excitaban demasiado. Algunas noches dormía en el exterior para hacer de la vuelta al refugio un placer deseado. Empezó a estudiar historia de las religiones y a adentrarse tímidamente en los laberínticos senderos de la teología, una disciplina a la que siempre había prestado poca atención. «Si hay un Dios —se dijo—, es ahora cuando de verdad lo necesito.» Y comenzó a buscarlo en los viejos escritos de todas las especies. Tenía la seguridad de que sería la búsqueda más larga a la que podía entregarse y disponía de mucho tiempo, días y días que iban pasando lentamente, iguales, iguales.

Una mañana, al salir de la tienda, encontró el paisaje cubierto de nieve y la visión lo dejó clavado en el lugar donde se encontraba... Por alguna extraña razón había

vivido todas aquellas semanas pensando que iba de cara a la primavera, soñando en un cambio de la temperatura y del terreno. Ahora, al ver que se había equivocado, que posiblemente aquello que había tomado por invierno había sido el único verano que Yermo estaba dispuesto a ofrecerle, sintió de nuevo la rabia y la impotencia como una espumosa marea teñida de rojo. Si en el verano lo mejor que podía esperar eran veinticinco grados bajo cero, ¿qué traería el invierno? Ya ni siquiera podría correr al levantarse o pasar las noches en la tienda, su prisión se haría aún más estrecha y sus limitaciones más duras, su vida cotidiana sería la de un preso incomunicado del siglo XX, abocado a la desesperación y a la locura.

No le podían hacer eso. No le podían hacer eso a él, a Yarek. Él era uno de los más distinguidos científicos de su tiempo. Su lista de publicaciones, si hubiera aparecido impresa en papel, llenaría un volumen de más de doscientas páginas. Su opinión era recabada en todo el Sector Humano; se le consultaba en las decisiones más delicadas, en los casos más difíciles. Había dado su vida por la xenología, había prescindido de una existencia privada en favor de la ciencia. Si sus tres matrimonios habían fracasado y su único hijo había renegado de él, cambiando voluntariamente de nombre, había sido por su profesión, para poder estar siempre disponible, para que nada lo distrajera de su servicio a la humanidad.

Con su mente hubiera podido brillar en cualquier otra disciplina, pero desde muy niño supo que no había nada más importante que la xenología, que todas las demás ramas del saber eran meras auxiliares de la suya o profesiones mercenarias de utilidad inmediata que se agotaban en sí mismas.

Y éste era su pago: un planeta desierto a su disposición y el olvido de su propia especie. Y el desprecio. Y el horror.

Entró en el refugio con el estómago revuelto y la lengua seca, se conectó al sistema médico de mantenimiento, se tumbó en la cama y cerró los ojos. Había programado la máquina para dos meses de vida latente. Lo pensó unos instantes y la reprogramó: tres meses.

Se había asegurado de que todo funcionara a la perfección; la máquina era autosuficiente y estaba controlada por Buitre, el refugio estaba sellado como una tumba antigua, las agujas y sondas en posición, no tenía que temer ningún tipo de intrusiones y, si se había equivocado en sus cálculos y toda la nieve hundida de las montañas del norte le pasaba por encima en el caso improbable de que alguna vez llegara el deshielo, tampoco se perdería mucho. No había nadie en el universo a quien de verdad le importara su vida. Ni siquiera a él mismo.

Antes de que surtieran efecto los sedantes, se sorprendió tratando de hallar la razón por la que, en casi cincuenta años de vida, de una vida plena y activa, no había conseguido hacerse un solo amigo que mereciera ese nombre. Tenía buenas relaciones con cientos de colegas en decenas de mundos, era reconocido y respetado

en multitud de instituciones y establecimientos públicos, había conseguido el amor de montones de mujeres cuyos nombres ya ni siquiera podía recordar, había sido el maestro indiscutible de gran cantidad de sus colegas más jóvenes y había luchado por ellos, apoyando sus carreras hasta que fueron capaces de sostenerse solos..., pero no tenía amigos.

Quizá fuera efecto de los sedantes pero se veía incapaz de traer a la memoria un solo nombre de una persona que lo amara desinteresadamente, por ser él mismo, no el gran Yarek, el xenólogo, el maestro incomparable, el director fuerte y seguro, el marido influyente y poderoso, el amante generoso e incansable. ¡Ingratos! ¡Ingratos todos! ¡Carroña desagradecida que no se había atrevido siquiera a enviarle un mensaje de apoyo durante la vista!

«Saldré de aquí —susurró entre dientes, mientras iba perdiendo la conciencia—. Saldré de este agujero y os lo haré pagar. A todos. A todos.»

Cuando volvió a abrir los ojos el refugio giraba y giraba a su alrededor de forma enloquecedora. Sintió una arcada monstruosa en el fondo del estómago y trató de girarse para vomitar en el suelo temiendo ahogarse con su propia bilis. No pudo. Tuvo que quedarse donde estaba, luchando contra las náuseas, esperando que la cama se inclinara lo suficiente en el recorrido automático que le había sido instalado para evitar las úlceras de decúbito. Se tragó varias veces el líquido amargo que se le agolpaba en la boca y quemaba la garganta mientras sufría los escalofríos del despertar que ya había olvidado.

Sólo en dos ocasiones anteriores se había entregado a la animación suspendida y, ahora podía recordarlo, las dos veces había despertado jurándose a sí mismo no volver a pasar por ello al precio que fuera. Había sido un imbécil. Había vuelto a caer en ello con la esperanza de ahorrarse tres meses de cárcel, tres meses de invierno polar, como aquellos animales extintos... los... osos, se llamaban. ¿Para qué todo? En el exterior la nieve y el hielo seguirían cubriéndolo todo y él tendría que esperar sin esperanza a que las cosas cambiaran. A que cambiaran para convertirse en lo que ya conocía: las lomas reseca y polvorientas de sus carreras matutinas, los agujeros ocasionales, que, estúpidamente, había tomado por madrigueras, el perpetuo cielo despiadado, las noches engañosas en las que las estrellas parecían estar al alcance de la mano.

Los sueños habían sido espantosos. Ésa era otra cosa que también había olvidado: que en animación suspendida la vida onírica continúa y se potencia.

Había soñado en el juicio una y otra vez; pesadillas circulares que no terminaban nunca, que se enlazaban enroscándose sobre sí mismas volviendo siempre al pálido rostro del fiscal, un rostro de máscara primitiva, que le hacía preguntas y más preguntas que no podía contestar. ¿Por qué destruyó toda la evidencia antes de salir

de Viento, Yarek? ¿Por qué borró todas las grabaciones con sus copias? ¿Por qué ordenó destruir todos los restos de la civilización aerea que se encontraba en poder de su equipo? ¿Por qué mintió en sus conclusiones? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Y él temblaba, sudaba, sollozaba descontroladamente mientras el fiscal crecía y crecía ante sus ojos convertido en un titán justiciero, en un gigante de fábula que lo devoraría bajo la mirada aprobadora de cientos de miles de personas que, lentamente, iban tomando aspecto de buitres.

Por fin la cama se inclinó lo suficiente como para permitirle vomitar sin riesgo, pero la náusea ya había pasado, así que dio a Buitre la orden verbal de que lo ayudara a sentarse. Tuvo que repetirla tres veces porque ni él mismo era capaz de oír su voz formulando la orden. A la tercera, Buitre obedeció convirtiendo la cama en una especie de sillón.

Yarek se miró las piernas enflaquecidas, los brazos flojos a pesar de que la máquina había ejercitado sus músculos a intervalos regulares, las venas que se marcaban en las manos y apartó la vista, disgustado.

Vio por la ventana que las ramas del arbolillo estaban cubiertas de nieve y cerró los ojos violentamente. Aún era invierno. En el exterior aún era invierno y él estaba solo y débil y se sentía como un moribundo que, sin embargo, no consigue morir.

Abrió los ojos de nuevo, aterrorizado.

¿El arbolillo? ¿Qué arbolillo? Yermo era un planeta desértico.

Se aferró a la cama con las dos manos, parpadeando locamente. Era otra pesadilla. Había soñado que despertaba en el refugio pero seguía inconsciente y su cerebro le estaba fabricando imágenes que no conseguía distinguir de la realidad. «No importa —se tranquilizó—. No importa. Antes o después despertaré; uno siempre despierta antes de que el sueño lo destroce. Es cuestión de esperar, de aguantar.»

La máquina emitió un zumbido y, con un ligero tirón, sacó las agujas y las sondas. Yarek se quedó quieto, respirando cuidadosa, concentradamente, fascinado por la gota de sangre que se iba formando en su brazo izquierdo hasta que la máquina la aplastó contra un pequeño apósito que hizo desaparecer en seguida.

Otro zumbido y la pantalla de Buitre se iluminó con un listado de constantes vitales humanas cuyas líneas terminaban todas con un O.K. La medimáquina se retiró contra la pared y las puertas del armario se cerraron.

Yarek, en uno de los accesos de absurda tozudez que le habían valido su fama de inflexible, continuó mirando la pantalla de Buitre aunque su mente no registraba en aquellos signos ningún significado real. Era sólo una maniobra para no tener que mirar por la ventana y admitir que aquello que había creído ver en el exterior no era parte de un sueño sino que se trataba pura y simplemente de una alucinación, una imagen de algo inexistente creada por su ansiedad y su deseo de compañía.

Le daba miedo. Siempre le había producido pánico la idea de no ser capaz de

distinguir entre la realidad y lo inexistente. Y si ahora era capaz de ver un arbolillo nevado donde él sabía perfectamente que no había ninguno, pronto tendría también alucinaciones sensoriales de todo tipo y acabaría creyéndose que Yermo era un paraíso por pura fuerza de voluntad. No. No de voluntad. Si fuera eso, podría acostumbrarse a la idea. Lo malo era que la voluntad consciente no tomaba parte en el proceso. Lo que le dejaba impotente de miedo era que, aunque lo había deseado miles de veces, nunca había intentado voluntariamente ver cosas que no existían.

Yermo era un desierto. Ésa era la realidad. La única.

En Yermo no había árboles, ni pájaros como los que le estaba pareciendo oír ahora, ni ruido de agua corriente. En Yermo no había nada y, si ahora él lo veía de otro modo, eso sólo indicaba hasta qué punto se había deteriorado su cerebro en unos meses. Quizás en el tiempo de la animación suspendida porque en las primeras semanas pasadas en Yermo nunca había observado ni siquiera un espejismo.

Quizás habían preparado la medimáquina para estimularle las alucinaciones. ¿Como recurso compasivo? ¿Como castigo adicional? ¿Quiénes? ¿Sus enemigos?

Se mordió el labio inferior casi hasta la sangre mientras se tironeaba de la barba. ¿Se estaba volviendo paranoico? ¿Iba a empezar ahora a hablar de «ellos», a echarle la culpa de todo lo que le estaba pasando a un colectivo anónimo de enemigos imprevisibles?

No. Si era capaz de pensar en la posibilidad de estar desarrollando una paranoia, quedaba bastante claro que aún no había sucedido. Tenía alucinaciones, de acuerdo, pero había que considerar que se acababa de despertar de la animación suspendida y aún no tenía la cabeza clara. Ahora se trataba de inspirar profundamente para oxigenar bien el cerebro, girar la cabeza despacio y con seguridad hacia la derecha, posar la vista en el pedazo de realidad que enmarcaba la ventana y comprobar que aquel arbolillo fantasma no había existido nunca.

Se acomodó mejor en el sillón, inspiró profundamente, contó hasta tres, giró la cabeza despacio, los ojos bien abiertos, y el arbolillo nevado que creía haber visto... seguía allí, frente a sus ojos, una tracería de delicadas ramas casi negras contra el pálido cielo de la mañana. Sólo que no estaba nevado. Los copos blancos, que casi ocultaban en algunos lugares la grácil curva de las ramas, eran flores.

Echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos e inspiró hasta el límite de sus pulmones sintiendo que estaba a punto de soltar la carcajada o de echarse a llorar.

Consiguió dominarse y clavó de nuevo la mirada en la ventana, que ahora le ofrecía la imagen del árbol desde un ángulo ligeramente distinto. En una de las ramas inferiores, un pajarillo no mayor que su mano, de un marrón sedoso y brillante, picoteaba entre las flores.

Yarek se incorporó un poco, probando sus fuerzas, se dio cuenta de que aún sería incapaz de caminar hasta la puerta para ver por sí mismo aquel milagro y casi se

alegró. No estaba muy seguro de querer salir al exterior antes de tener la certeza de que lo que estaba sucediendo era real.

Pidió a Buitre que le comprimiera las imágenes que la cámara exterior había recogido en los últimos meses. «Yo puedo tener alucinaciones, una cámara no», se dijo a sí mismo. La pantalla se iluminó mostrándole el paisaje que tan bien conocía: la tierra muerta, los copos de nieve cayendo pesados, verticales, cubriéndolo todo con un grueso paño, las ventiscas más tarde, terribles nevadas que casi habían cubierto el refugio durante horas antes de fundirse a su alrededor dejando un muro de hielo por toda vista. Luego, en un proceso de semanas, que en su pantalla se resolvía en segundos, la nieve volviéndose traslúcida, cristalina, goteando lentamente desde el muro a la tierra, ofreciendo poco a poco la imagen de un paisaje enfangado, de tonos chocolate, en el que iban apareciendo manchas de un verde tierno.

Yarek había participado varias veces en unas reuniones dedicadas a la confección de tests de confluencia en las que se había decidido utilizar un sistema de expresión plástica. Un artista empezaba a pintar un paisaje a la vista de todos los sujetos y lo interrumpía en un punto de su desarrollo. Luego los sujetos continuaban la pintura teniendo a su disposición los mismos colores y, cuando habían terminado, se medía el nivel de confluencia entre las obras.

Él siempre se había sentido fascinado por las grabaciones de los distintos procesos. La cámara recogía y comprimía el desarrollo de cada obra y lo mostraba en unos segundos a los espectadores que observaban el nacimiento de un paisaje pintado desde el lienzo vacío a la obra terminada.

Era así ahora en Yermo. Como si la mano de un pintor desconocido, usando sabiamente su paleta, estuviera creando un paisaje ideal ante sus ojos alucinados. El suelo marrón se iba volviendo primero verde y luego, aquí y allá, surgían puntos de color: amarillos intensos, rojos encendidos, extensiones redondeadas de un violento azul genciana, toques de blanco luminoso, flores y más flores que la cámara no captaba en detalle, tallos que crecían y crecían alargándose, dividiéndose en ramas, convirtiéndose en arbolillos que se cubrían de flores y de hojas tiernas.

Pidió a Buitre que ralentizara un poco las imágenes: como si un ser invisible acabara de soltarlos de sus jaulas, la pantalla se llenaba de pájaros que cruzaban veloces por el cielo que en segundos cambiaba de color, del alba al ocaso en un delirio de malva, rosa, melocotón, amarillo, naranja, azul, verde, violeta, negro terciopelo punteado de estrellas. Surgían grandes mariposas blancas, pequeños roedores de un marrón avellana, un animal de gran tamaño cruzando la imagen en unas décimas de segundo...

Yermo se había convertido en un paraíso en tres semanas de tiempo real. Eso decían las imágenes que había obtenido la cámara y las cámaras no mienten, luego era eso lo que le esperaba en el exterior en cuanto tuviera la fuerza suficiente para

ponerse en pie y abandonar el refugio.

Pidió la lectura del termómetro: dieciocho grados sobre cero y hacía apenas dos horas que había amanecido. Probablemente subiría a veinticinco a lo largo del día. Y habría riachuelos por todas partes, tal vez un lago o un estanque. Con peces quizá, ¿por qué no?

«Sí, Yarek, ¿por qué no? Y danzarinas desnudas con flores en el pelo que vendrán a darte la bienvenida a la puerta del refugio. ¿No ves que es ridículo? ¿No ves que es absolutamente imposible?»

Pero la grabación estaba ahí, ante sus ojos, y su ventana le mostraba otra vista del paraíso en que se había convertido Yermo y el corazón se le iba detrás de aquella naturaleza recién estrenada que se llenaba de vida por momentos. No era posible y, sin embargo, estaba ahí, al alcance de sus ojos, de sus manos, de todo su cuerpo enflaquecido por la animación suspendida.

Pasó las siguientes horas alternando entre la grabación y la realidad que le ofrecía la ventana siguiendo el recorrido circular del refugio, observando atentamente.

No creía en milagros. En todos sus años de viajes e investigación había visto fenómenos extraños e incomprensibles, pero nunca habían pertenecido a la categoría de lo milagroso. Antes o después habían sido explicados. Siempre.

Sin apartar la vista de la ventana, dio a Buitre una orden verbal:

—Busca paralelos con el desarrollo de este planeta. Quiero saber si hay algún otro lugar donde haya sido registrado este mismo fenómeno.

En otros tiempos habría sido necesario indicarle a Buitre a qué se refería exactamente con «desarrollo» y «fenómeno», darle parámetros exactos de temperatura, humedad, duración, para obtener una respuesta aproximada al problema que deseaba solucionar. Ahora ya no. Buitre sabía exactamente lo que Yarek esperaba y su velocidad era sorprendente.

—Es posible establecer un paralelo con una zona del hemisferio norte del planeta madre.

—¿Con qué grado de confluencia?

—Con mis datos actuales, noventa y dos por ciento.

—Déjame ver.

La pantalla se llenó de datos y Yarek se abismó en el estudio de una zona subpolar en un planeta que nunca había visitado.

La noche fue terrible.

El silencio de Yermo, ese silencio de tumba que había sido tan inquietante al principio, había quedado roto por la irrupción de la vida y en varias ocasiones se había despertado con un sobresalto al oír el grito de un ave nocturna, el silbido del viento, otros sonidos cuya procedencia no era capaz de identificar. Luego había vuelto a dormirse para soñar con pájaros que volaban sobre su cabeza lanzando

chillidos, buscando caza. Pero esta vez no eran buitres. Sabía que no eran buitres aunque no recordaba qué otra cosa eran.

Casi al amanecer otro sonido lo había sacado del sueño, un sonido que no se atrevía a reconocer ni siquiera ante sí mismo.

Se había acurrucado en la cama como un niño que se sabe demasiado mayor para despertar a sus padres y confesar que está aterrorizado pero es demasiado pequeño como para darse la vuelta y volverse a dormir. Como un niño se había encogido con la espalda pegada a la pared y los ojos fijos en la puerta, rezando sin palabras y sin voz para que lo que caminaba en el exterior, fuera lo que fuera, no se acercara a él.

Había tenido miedo de pasar veinte años en un mundo deshabitado pero ahora era terror lo que sentía al pensar en enfrentarse con lo que había creído oír. Porque era imposible que existiera. Y si existía, a pesar de ser imposible, era monstruoso.

Al levantarse se sentía mejor, algo más fuerte. Hizo unos ejercicios ligeros de estiramiento, se lavó, preparó un gran desayuno y sólo después de haber recogido los restos y haberse vestido, se acercó a la ventana con un vago sentimiento, mezcla de esperanza y aprensión, de que quizá los fenómenos del día anterior se hubieran desvanecido durante la noche.

Todo seguía igual aunque daba la impresión de que la naturaleza se había desarrollado mientras él dormía, de que todo era más grande, más fuerte, más vivo.

Tendría que salir. Sabía que tendría que salir y verlo con sus ojos, sin cristal aislante, sin temperatura controlada, sin protección. El aire debía de estar lleno de polen, ¿y si resultaba alérgico? Podía haber animales peligrosos. Tendría que ir preparado. ¿Había armas con cargas anestésicas en alguna parte de su equipo? No lo habrían previsto, Yermo era un planeta estéril, pero sin armas no podría salir del refugio y enfrentarse con... ¿qué? Sus pensamientos se confundían en una maraña de curiosidad, dudas y miedos que lo llenaban de inquietud. Él nunca se había sentido así. Él siempre había tenido la mente clara, siempre había sabido qué hacer. Yarek era un organizador nato.

Pensó por un momento qué hubiera hecho Yarek, el Yarek de antes en una situación similar y sintió una oleada de serenidad, de control perfecto: seis equipos de dos personas, tres de botánicos, tres de zoólogos, traje de máximo aislamiento a pesar de las lecturas favorables del sistema de medición, salidas de una hora con vuelta a la base para informar, recogida de muestras de todo tipo para el resto del equipo, técnicos medioambientales pegados a sus pantallas, barrido de todas las frecuencias... resultados de los primeros análisis a las 15.30, reunión a las 16.00, coincidiendo con el café, para informar y contrastar opiniones.

Con una lenta sorpresa se dio cuenta de que posiblemente él no habría salido al exterior, no el primer día. El trabajo siempre era demasiado urgente como para salir a pasearse sin más; eso se hacía más tarde, cuando ya había resultados concluyentes,

cuando se habían enviado los primeros informes y todo el personal tenía una pequeña pausa para plantearse la dirección de sus investigaciones, cuando se podía excluir razonablemente la posibilidad de un peligro inmediato.

«El jefe de la expedición no se pondrá en peligro físico siempre que sea evitable.» Constaba así en la reglamentación del trabajo de campo. Siempre había sido así, no lo había inventado él pero le parecía razonable.

¿Cuánto tiempo hacía de la última vez que no había sido jefe de expedición? Cerca de veinte años, por supuesto. Pero eso no quería decir que no se hubiera puesto en peligro cien veces, o que le asustara hacerlo. Era sólo que...

Que el jefe era demasiado valioso para arriesgarlo sin necesidad. Botánicos había miles, lingüistas, microbiólogos..., pero ¿cuántos Yarek? Uno. Uno sólo. Eso era. Todo y todos dependían de él; de su experiencia, de sus decisiones, de su palabra. Por eso no habría salido el primer día. Ni el segundo.

Se apartó de la ventana y se instaló frente a Buitre. Ahora sólo se tenía a sí mismo; no podía arriesgarse innecesariamente y aún tenía mucho que aprender; Yermo seguiría ahí cuando estuviera listo pero todavía no lo estaba. Todavía no.

A media tarde empezó a sentirse inquieto. Le resultaba casi pueril estar encerrado en su refugio cuando fuera brillaba el sol y la brisa hacía danzar las ramas de los árboles arrancando pétalos rosados que fingían una frágil nevada. Debería salir aunque fuera sólo unos minutos para instalar la cámara un poco más lejos en un intento de recoger más información sobre aquellos sonidos que había creído escuchar durante el duermevela y que, probablemente, hubieran sido producto de su sueño. Si por la noche se repetían y la cámara no registraba nada, podría saber con seguridad que se había limitado a imaginarlos y eso le tranquilizaría considerablemente. Pero aún no había recogido bastantes datos y no disponía siquiera de un pequeño robot auxiliar que hubiese podido hacer el trabajo por él, de modo que la cosa estaba clara: o salía y empezaba a adueñarse de su mundo o se quedaría en el refugio hasta la llegada del invierno buscando excusas para justificar su inexplicable cobardía.

Con la mano ya en el descodificador de la puerta, se arrepintió de su decisión. Si en una expedición rutinaria hubiera ordenado a su gente llevar un traje de máxima protección, era totalmente absurdo no hacerlo cuando se trataba de su propia vida, de manera que volvió sobre sus pasos y pidió a su equipo de reciclaje un traje P-10 sabiendo que no estaría listo hasta la mañana siguiente. Pero en la base no importaba, era sólo cuestión de horas. Se tumbó en la cama y solicitó la Primavera de Vivaldi, como concesión al estado de ánimo de Yermo.

Tendría que ir pensando un nuevo nombre para el planeta de las sorpresas.

Cuando se extinguieron las últimas notas, Yarek se había quedado dormido. Como de costumbre, soñó con pájaros. Buitres esta vez; pollos de buitre que

aprendían a volar lanzándose temblorosos desde sus altos nidos, aterrizando penosamente unos metros más abajo ante la fija mirada de sus madres. Yarek los contemplaba también retorciendo un cable ensangrentado entre las manos, un cable cuya finalidad no comprendía y del que no se podía desprender. Desviando un poco los ojos, veía a un par de buitres, machos adultos, afilándose el pico en sus nidos de roca y arcilla, dejando unas marcas en la superficie que le infundían un curioso desasosiego, como si tuviera que ser capaz de comprender su significado y no pudiera hacerlo. Luego los buitres levantaban los ojos hacia él en una sincronización perfecta que puso de punta todo el vello de su cuerpo y, abriendo el pico para mostrar una lengua rojiza, como un pedazo de sangre coagulada, estallaban en carcajadas. Carcajadas humanas, frescas, infantiles.

Infantiles.

Abrió los ojos de golpe como una muñeca de museo y el sonido seguía ahí, vibrando en la oscuridad del refugio, atravesando las paredes de plástico reforzado y metal, clavándose en algún punto de su cerebro como un estilete envenenado. Eran risas humanas. Risas infantiles. Lo que venía del exterior, lo que ya le había parecido oír la noche antes, era real y, aunque se trataba de algo totalmente imposible, sonaba como si varios niños se estuvieran riendo a coro con unas risas francas, frescas, desinhibidas.

Un impacto en la pared del refugio lo hizo sentarse en la cama como un antiguo muñeco de resorte, todos los músculos alerta. Luego un claqueteo, como una lluvia de granizo contra las paredes, seguido de otra explosión de carcajadas.

Estaban tirando piedras contra su refugio. En el exterior, en mitad de la noche, en Yermo, un grupo de niños tiraba piedrecillas contra su refugio. Tenía que estar soñando. No había otra explicación plausible. «Pueden ser monos —le sugirió una voz interior, mucho más serena—. Algún tipo de primate.»

«Los primates no se ríen. Y además, ¿de dónde iban a salir?»

No se atrevía a encender la luz. No tenía forma de saber cómo reaccionarían aquellas criaturas, fueran lo que fueran. Pero no podía ignorar los acontecimientos y darse la vuelta en la cama a pesar de que tenía la seguridad de que el refugio era inexpugnable. Su traje estaba listo, habían pasado más de ocho horas, pero en el exterior era aún noche cerrada y no le serviría de mucho salir a explorar en la oscuridad.

Se levantó de puntillas y se acercó a la ventana: la pequeña luna iluminaba apenas el paisaje y era imposible distinguir el movimiento entre las sombras. Fue a colocarse un visor nocturno y volvió a mirar: un grupo de figuras de un metro de estatura se alejaba con rapidez en dirección a las lomas del sur. Creyó ver cuatro o cinco formas pero no podía determinar qué clase de seres eran. Por lo demás, el mundo estaba tranquilo.

Pidió un informe de daños: negativo. Suspiró aliviado, se vistió, tomó un desayuno ligero y se sentó frente a Buitre a dictar un informe de lo sucedido hasta el momento aguardando el amanecer.

Cuando hubo corregido la primera versión del informe, el sol llevaba más de una hora en el cielo, los pájaros llenaban el aire con su algarabía y las mariposas se ajetreaban entre los campos de flores. De las figuras nocturnas no había rastro en todo lo que permitían ver sus dos ventanas.

Yarek había consultado con Buitre y había llegado a la conclusión de que podría fabricar un arma anestésica usando sus suministros médicos pero tomaría tiempo y no había forma de predecir si sería efectiva. Como siempre, la decisión era sólo suya.

Se preparó un café y se sentó junto a la ventana a tomarlo tratando de establecer un cálculo de posibilidades. El traje estaba sobre la cama, blanco, elástico, perfecto.

Yarek dejó la taza y empezó a vestirse. Tenía que salir. Era lo único que tenía algún sentido.

Echó una mirada circular a su refugio como si tratara de grabarse en la memoria cada detalle de aquellos pocos objetos que eran ahora su vida, su mano enguantada se agarrotó unos segundos en la manija de la compuerta y al final, con una corta inspiración, marcó la clave descodificadora con la izquierda y dio un innecesario tirón con la derecha.

Sus pies, enfundados en botas de una sola pieza, se hundieron en un mar de hierba que le llegaba a los tobillos y estaba salpicada de margaritas naranja, apenas más grandes que la uña de su dedo meñique. Volvió a cerrar herméticamente y se giró frente al mundo primaveral que, inexplicablemente, le resultaba más ominoso que la árida desnudez que había conocido a su llegada.

Echó a andar entre las flores aplastando la hierba con sus botas blancas, siguiendo la dirección aproximada del grupo de figuras nocturnas, tratando, con su entrenamiento de años, de no pensar, de no hacerse ideas sobre el aspecto y las intenciones del grupo de estudio, de no construir barreras ni prejuicios. Cuando los encontrara, juzgaría, no antes.

Tuvo que saltar varios riachuelos de aguas rápidas, transparentes y, con toda seguridad, heladas; se detuvo en numerosas ocasiones a grabar imágenes de los árboles de unos dos metros de alto que crecían aislados aquí y allá, de flores que recordaban a los tulipanes y a los lirios de fuego.

Se sentía cada vez más absurdo dentro de su traje aislante porque cada vez que controlaba las lecturas en el visor del casco se le hacía más evidente lo innecesario de la protección.

Al remontar una loma de poca altura vio a sus pies un lago tan perfectamente azul que parecía un cielo invertido; tendría unos cuarenta metros de diámetro y en su extremo sur se divisaba un bosquecillo de un tipo de árboles que aún no había visto

en su exploración. El amplificador de su casco le acercó la imagen: entre el bosque y la orilla se extendía una estrecha playa de arena blanca salpicada de huellas de diferentes tamaños de pies humanos desnudos.

Yarek se sentó en una piedra y clavó la mirada en la playa. Aparte de las huellas no se veía nada más. Ni rastro de movimiento. El grupo debía de haber salido a cazar, a recolectar o a cualquier otra cosa en la que basaran su supervivencia, pero lo que estaba claro era que se trataba de un grupo más numeroso de lo que él creía. Fijó el amplificador en las huellas y pidió a Buitre una estimación.

Según patrones humanos, los individuos más grandes podían medir hasta dos metros con un peso aproximado de setenta kilos. Las diferentes huellas indicaban siete adultos y once niños. No había más datos.

Desde su posición no se observaba nada que pudiera parecer una construcción, ni objetos de uso cotidiano, ni embarcaciones, ni restos del uso del fuego. Si efectivamente eran humanos, o habían perdido todos sus conocimientos, o no los habían alcanzado aún. O todo lo que tenían estaba escondido en algún lugar. O, sencillamente, parecían humanos pero eran otra cosa.

«Bien, Yarek —se dijo—. Ahora estás en tu elemento. Tienes un misterio. Resuélvelo. Ese es tu trabajo.»

«Mi ex trabajo. Ya no soy xenólogo. No soy lo bastante bueno, ¿recuerdas? Ya nadie se fiaría de mis conclusiones.»

«No tienes que dar cuentas a nadie. Estás solo en Yermo. Solo con ellos. Puedes hacer lo que quieras. Ignorarlos y encerrarte en tu refugio a esperar el invierno o salir a su encuentro y establecer una relación del tipo que sea. Tú decides.»

Se encogió de hombros y empezó a bajar el flanco de la loma. No tenía nada mejor que hacer.

Los encontró a media tarde, cuando las sombras empezaban a alargarse y la hierba de las colinas distantes parecía una alfombra de terciopelo. Eran veintisiete y se hallaban diseminados en una amplia zona arrancando y comiendo bayas amarillas que él había visto durante todo el día y había guardado en su bolsa de muestras.

No se inmutaron al verlo aparecer. Los más cercanos a él, dos machos y una hembra, se apartaron unos metros hasta el siguiente arbusto y siguieron alimentándose. Yarek grabó sus imágenes para posterior estudio. Eran altos, delgados y de piel blanca, con cabellos abundantes, largos y lacios, de un rubio cobrizo, los ojos intensamente verdes, muy brillantes, las facciones delicadas, con pómulos altos y narices estrechas. Todos iban desnudos y todos parecían jóvenes, apenas salidos de la adolescencia.

Tenían que existir individuos viejos, era evidente, y si no estaban allí, eso podía significar que tenían algún tipo de asentamiento en otro lugar y que los jóvenes

tendrían que recoger frutos para alimentarlos, pero de momento se estaban limitando a comer sin recoger nada; ni siquiera tenían ningún tipo de recipiente tejido, trenzado, de cerámica... nada.

La luz empezó a tomar tintes anaranjados y Yarek se encontró debatiendo la cuestión de si debía regresar al refugio —unas tres horas de marcha en línea recta— o quedarse junto al grupo tratando de seguirlos cuando se retiraran. De momento no parecía molestarles su presencia pero eso no quería decir que le permitieran acompañarlos a su guarida.

Decidió quedarse.

Si no encontraba resistencia, intentaría ganarse la confianza de los más jóvenes para acercarse al grupo. Luego ya se vería.

Poco a poco, la tribu fue replegándose, sin dejar de comer lo que encontraban a su paso, en la dirección general del bosquecillo junto al lago. Yarek los seguía sin ocultarse, caminando lentamente en su traje blanco. Había captado algunas miradas de los más pequeños pero no se atrevía a hacerles gestos hasta haberse formado una idea de su código de expresión corporal y la mímica facial no le servía de nada porque ellos no podían ver su rostro tras el cristal del casco. Se sentía un poco ridículo y un poco sobrehumano, como un astronauta del siglo xx entre un grupo de monos. Se preguntó qué pensarían hacer ahora, si existiría algún poblado en el bosquecillo donde los más ancianos esperarían junto al fuego asando peces sacados de los torrentes o si los jóvenes se limitarían a tumbarse en cualquier lado a esperar el nuevo día. No quería que sus deseos empañaran su capacidad de juicio pero no podía evitar ilusionarse con la idea de que quizá fuera un pueblo nómada, venido de los desiertos del sur, que, aunque terriblemente primitivo, pudiera convertirse en un interlocutor.

El Gobierno Federado tendría algún sistema de vigilancia implantado en Buitre; era totalmente impensable que lo hubieran abandonado allí sin dejarse una posibilidad de ponerse en contacto con él en caso de necesidad. Él dictaría sus informes y, si sus ilusiones resultaban ciertas, y había descubierto una civilización humanoide, por primitiva que fuera, estaba claro que el Gobierno sería informado inmediatamente y enviarían a un equipo de investigación y contacto. Esa podría ser su salvación. Había perdido a una especie pero había encontrado otra. Podría ser una compensación.

Llegaron por fin al bosquecillo y lo atravesaron en silencio y en una oscuridad casi total, los pequeños caminando junto a los adultos, formando un grupo cada vez más compacto. Al poco rato se abrió un claro ante ellos y los humanoides se repartieron en grupos de cuatro o cinco individuos, se acomodaron bajo los árboles y se dispusieron a dormir. No había cabañas, ni fuego, ni nada que recordara a una primitiva civilización humana. Yarek suspiró y se dejó caer al pie de un árbol

desocupado. Si sus ideas resultaban erróneas, habría encontrado a unos animales con los que entretener sus largos años de destierro pero nada más. Ni conversación, ni enseñanzas mutuas, ni esperanza de que el Gobierno enviara ninguna delegación. Pero era mejor que nada, en cualquier caso; por lo menos tendría algo que observar.

La noche se le hizo eterna. Dormir enfundado en el traje le resultaba incomodísimo y los sonidos del bosque, tan cerca y sin ningún tipo de protección, le causaban un enorme desasosiego. Llevaba demasiados años alejado del contacto directo con los alienígenas que estudiaba y había perdido la costumbre de dormir siempre en guardia, de modo que apenas durmió.

Al amanecer, cuando realmente empezaba a quedarse dormido, los humanoides se dispusieron a empezar el día.

Desde su puesto de observación, bajo el árbol, algo alejado del grupo, la escena parecía una ilustración de libro antiguo: la luz entre malva y gris, los cuerpos gráciles del pueblo desconocido, casi etéreos en la semipenumbra, como elfos legendarios, el rocío brillando sobre la hierba, las madres recorriendo con manos hábiles el cabello de los hijos, el silencio apenas roto por el piar de los primeros pájaros... Si aquellos seres hubieran vestido túnicas plateadas y alguien hubiese entonado una melodía, aquel bosque hubiera podido ser el Lothlórien de las antiguas baladas, la mágica corte del rey Laurin o el bosque de Galadriel.

Pero todo aquello no era más que un exceso de literatura primitiva, ecos de sueños desaparecidos, fantásticos reflejos de humanos olvidados que sólo un puñado de estudiosos como él conservaban aún en su cerebro. Aquello no era más que una mañana común en un planeta perdido en que un grupo de animales, curiosamente parecidos a una de las principales especies galácticas —la humana—, se entregaba a la rutina de su existencia cotidiana.

Se puso en pie y emprendió la marcha tras ellos. Durante todo el día observó su vida sin participar. Los vio bañarse y jugar en el lago, buscar bayas, semillas y raíces, tumbarse al sol, defecar, salir huyendo en una ocasión para escapar de una amenaza que él no llegó a registrar... actividades que hubieran podido ser fascinantes en otras circunstancias pero que a él le dejaban un amargo sabor de boca. De todas formas grabó casi tres horas de su ciclo natural y dos más de otras especies animales que iba encontrando.

Había un tipo de roedores, de pelo casi negro listado de crema, que parecían encontrarse siempre cerca de los humanoides sin que los unos interfirieran en la vida de los otros y que atrajeron su atención por su cantidad y la curiosidad que demostraban por él. Tanta, que en una ocasión llegó a sentir miedo cuando casi dos docenas de individuos se congregaron a sus pies mirándole con ojillos brillantes y negros. Por fortuna consiguió dispersarlos con gritos y palmadas y no volvieron a acercarse tanto a él. Los niños humanoides, que contemplaban la escena, debieron

encontrarlo muy divertido porque se pasaron el resto del día haciendo palmas como le habían visto hacer a él.

A la caída de la tarde el grupo se instaló junto a un arroyo a media hora de marcha de su refugio y Yarek decidió darse un descanso y abandonar su observación por el momento. Tenía la impresión de que no le quedaba mucho más que observar desde su punto de vista de mero curioso. Se había pasado dos días tratando de hacer coincidir alguno de los criterios universalmente aceptados para la vida inteligente con las actividades del grupo y no lo había conseguido. Ahora lo mejor sería aislarse durante un tiempo y reflexionar sobre lo observado. Tal vez en las grabaciones encontrara algo que le había pasado desapercibido al natural. Y además estaba deseando quitarse el traje y las sondas de evacuación, sobre todo las sondas, y quería lavarse y dormir en su cama y comer algo sólido y escuchar música.

Entró al refugio de buen humor a pesar de todo, dando gracias al cielo por sus comodidades civilizadas. En los antiguos textos se idealizaba la vida en los bosques pero al parecer nadie se había planteado lo molesto que resultaba dormir en el suelo. Y cuando se decidiera a quitarse el traje para salir al exterior, habría que añadir la humedad y el fresco de la noche, los peligros desconocidos, la monótona dieta de bayas y raíces —los humanoides no parecían ser capaces de cazar o pescar—, y el tedio infinito de una vida orientada únicamente a la supervivencia, sin comunicación verbal, sin artesanía, sin música, sin sentimientos matizados, sin nada de lo que separa la vida animal de la inteligente.

Dictó informes durante una hora y, ya casi de noche, dejándose llevar por un impulso de autoafirmación, abrió la puerta del refugio, sacó una de sus dos sillas de plástico, y se instaló a la entrada con un vaso de agua en el que burbujeaba, deshaciéndose, un comprimido de cerveza sintética.

Por un momento el olor del mundo de afuera estuvo a punto de darle dolor de cabeza; era un olor casi olvidado a humedad, vegetación, flores abiertas, excrementos animales probablemente, agua corriente. Tardó unos segundos en identificarlo: era olor a vida. A vida en estado natural.

Sonrió para sí mismo. Lo habían enterrado en un desierto y el desierto había florecido para él. Como una mujer a la que todos desdeñan por fría y distante y que luego se revela en la intimidad de su cuarto como una amante apasionada. ¡Idiotas! ¡Confinar a Yarek en un planeta estéril sin saber que era el mundo de las dos caras, como el antiguo dios Jano!

Ianus. El dios del umbral. De la paz y de la guerra, del futuro y el pasado.

Hizo una nota mental de cambiarle el nombre a Yermo; ahora se llamaría Ianus; ahora que él era el único que sabía de su doble naturaleza. Y habría que ponerle nombre a los humanoides élficos que vagaban en las frondas. Y a los pequeños roedores curiosos.

Soltó la carcajada. Por primera vez desde el comienzo de su carrera se sentía realmente como un dios, con derecho a nombrar su mundo. Por lo común ése era trabajo de los lingüistas y de las varias comisiones encargadas de confeccionar las listas de nuevas adquisiciones. Ahora no. Ahora Yarek no tenía por qué contar con nadie; nombraría su mundo como quisiera, como en el mito de Adán y el Paraíso perdido. «El hombre dio nombre a los animales en el principio...» Dio un largo trago a su vaso de cerveza sintiéndose agotado y feliz, como si hubiera sido él, en persona, el que había construido todo el planeta. Un roedor se acercó a su silla desde el círculo de sombras y empezó a olfatearle los pies calzados con zuecos. Después del primer sobresalto, pensó ofrecerle alguna migaja de su comida e, inmediatamente, se decidió en contra. Si apenas había podido quitárselos de encima por la mañana, se volverían insoportables en cuanto aprendieran que el Extraño regalaba comida. Antes o después lo aceptarían como parte natural de su entorno y dejarían de molestarle. Reprimió el deseo de pasarle la mano por el pelo, suave y brillante bajo las luces exteriores del refugio, y se limitó a mirarlo. El roedor, con una cómica cara de concentración, lo observaba a su vez hasta que se cansó y se puso a mirar hacia el interior de la vivienda. Yarek, alarmado de pronto al pensar que pudiera metérsele en casa, se puso en pie de golpe y el animalillo huyó hacia la oscuridad.

Antes de acostarse, se hizo un chequeo en la medimáquina, recogió con un suspiro de satisfacción los resultados, y decidió llamar iloi a los humanoides en un vago homenaje a un oscuro escritor del siglo diecinueve. A los roedores los llamó sherta, sin ninguna razón, haciendo uso de su real capricho.

Cuando despertó, no recordaba lo que había soñado.

Pasó los siguientes días viendo las grabaciones hasta que se las supo de memoria y dando cortos paseos sin traje protector intentando familiarizarse con la naturaleza que le rodeaba. El cambio sufrido por el paisaje era tan grande que a veces tenía la impresión de estar viviendo dentro de un sueño; ya nada recordaba a las lomas peladas que había conocido a su llegada: la vida lo había invadido todo y, con ella, los colores, los olores, los sonidos, el movimiento incesante. Los arbolillos habían perdido ya sus flores y estaban empezando a producir unos frutos pequeños y ovalados que posiblemente acabarían convertidos en algún tipo de nuez. Daba la impresión de que la naturaleza de Ianus trabajaba a marchas forzadas, como temerosa de que llegara el invierno a traición y la sorprendiera sin acabar su ciclo. Yarek se preguntaba a cada momento cuánto duraría el milagro y, sobre todo, cómo se produciría la transformación, a dónde irían a parar los árboles, los lagos, los pájaros, los sherta, los iloi. Sobre todo los iloi.

¿Llegaría un día en que al despertar todo habría desaparecido, como un espejismo o tendría unas semanas, unos días de otoño apresurado para despedirse del paraíso?

¿Se marcharían los iloi de la noche a la mañana para volver a las tierras del sur de donde probablemente habían salido y no regresarían hasta después del invierno o se retirarían a alguna montaña desconocida a pasar la estación de los hielos en alguna cueva subterránea? A él no le constaba que no conocieran el fuego. Quizá lo utilizaban sólo en la época de los grandes fríos, ocultos en algún refugio natural en la frontera entre las tierras áridas y los desiertos.

Había tantas preguntas sin respuesta, tantos misterios por resolver que se sentía ignorante e inadecuado, peor que un estudiante de primer año, cargado de teorías inútiles que no podía verificar.

Al cabo de tres días de retiro voluntario volvió a acercarse a los iloi, esta vez sin traje. No hubo ningún problema para que lo aceptaran en el grupo pero tardó casi una semana en que reaccionaran frente a él. Al principio lo ignoraron, como habían hecho la primera vez, luego los más pequeños empezaron a acercársele y a tocarlo y lentamente fue haciéndose con un círculo de niños que lo seguía a todas partes imitando fielmente sus movimientos. Solía quedarse con ellos durante unas horas y luego regresaba al refugio para librarse del acoso de sus nuevos amigos y sentirse de nuevo humano. A veces los visitaba diariamente, otras dejaba pasar varios días dependiendo de la fluctuación de sus esperanzas con respecto a ellos.

Llegó al lugar donde los iloi estaban comiendo hojas de una planta verde grisáceo a la que aún no le había puesto nombre y, como la última vez, cinco días atrás, los niños salieron a recibirle entre chillidos y carcajadas. Siempre le sorprendía lo que eran capaces de crecer en unos días, como los árboles, como la hierba. Ahora parecían casi preadolescentes mientras que los adultos de su primer encuentro habían perdido ligeramente la elasticidad de la plena juventud.

Como siempre, los contó de una ojeada: veinticinco. Una hembra estaba herida aunque no de gravedad; se apreciaban marcas de garras en su espalda y cojeaba ligeramente. Yarek sintió un escalofrío al verla porque acababa de darse cuenta de que había algo en Ianus contra lo que debía estar en posición de defenderse y no lo estaba. No poseía una sola arma. De ningún tipo.

Sacudió los hombros como para librarse de las inquietantes imágenes que se estaban formando en su mente y, al instante, todos los jóvenes iloi copiaron el gesto entre risas. Yarek sonrió también y se sentó en la hierba para su sesión de imitaciones. Era el único punto de contacto que había encontrado y estaba dispuesto a seguirlo hasta el final. Los niños, once cachorros de ambos sexos, se sentaron a su alrededor tratando de colocar las piernas en la misma posición que él. Unos metros más allá, media docena de shertas los observaban masticando parsimoniosamente las ramas tiernas de una planta cubierta de bayas azules que no parecían interesar a los iloi.

Yarek empezó la sesión del día con una sucesión de sonidos: «a» y «o» repetidos

alternativamente hasta la saciedad con pausas de cinco segundos para permitir a los niños que los captaran y pudieran imitarlos. Los iloi, que esperaban gestos como en ocasiones anteriores, se quedaron perplejos y permanecieron en sus puestos, cada vez más inquietos pero sin hacer el menor intento de imitar a su maestro.

Pasados tres minutos sin obtener resultados, Yarek cambió de táctica, profundamente descorazonado por sus intentos fallidos de hacerles emitir sonidos humanos, y se metió un dedo en la nariz. Al momento todos le imitaron sonriendo de oreja a oreja.

«Parecen elfos de cuento pero son cretinos totales», pensó Yarek.

Luego se puso una mano sobre la cabeza. Once manos se posaron sobre cabelleras revueltas y no muy limpias. Luego otra mano. Once manos más.

Continuaron así durante casi una hora hasta que los alumnos empezaron a dar muestras de falta de atención y Yarek, poniéndose en pie, dio por terminada la clase.

«Imitación gestual. Todo lo que he conseguido ha sido una maldita imitación gestual. Con eso no llegaré jamás a ningún sitio.»

Dio una patada al suelo y, por descuido, destruyó la entrada de una madriguera de shertas. Pensó por un instante agacharse a abrir de nuevo el agujero y rechazó la idea con un bufido. Se sentía demasiado frustrado para molestarse por una madriguera más o menos; iría hasta el lago a nadar un rato. El verano no iba a ser eterno y tenía que aprovecharse, así que echó a andar cuesta abajo suponiendo que los niños le seguirían como solían hacer.

No fue así. Al darse la vuelta para ver qué estaban haciendo, se dio cuenta de que varios de ellos rodeaban el lugar que él había destruido y estaban arreglando el destrozo.

Se quedó de una pieza. Aparte de las clases de imitación, era la primera vez que veía a los iloi hacer algo que no les reportara un provecho inmediato en su lucha por la supervivencia. ¿Habría descubierto algo similar a los sentimientos humanos de ayuda y compasión o sería una muestra de una relación simbiótica entre sherta e iloi que hasta entonces le había pasado desapercibida?

Esperó donde estaba a que terminaran de arreglar la madriguera y se dirigió de nuevo hacia el lago volviendo la cabeza, pero esta vez no le siguieron. Se limitaron a ignorar su presencia como hacían cuando algún joven miembro del grupo defecaba en el mismo lugar en que los otros estaban comiendo. Un comportamiento social en el que había puesto grandes esperanzas pero que, hasta el momento, no le había llevado a ninguna parte.

Llegó hasta el lago, se quitó chaqueta, camisa, pantalones cortos y botas y se lanzó al agua que seguía estando helada a pesar de la cálida temperatura exterior. Si no querían acompañarle era asunto de ellos. No se iba a molestar porque unos cuantos cachorros tuvieran algo mejor que hacer que ir a chapotear con un humano. Recorrió

el lago dos veces con el corazón bombeando a toda potencia intentando compensar su frustración con rapidez y esfuerzo físico.

Se dio la vuelta para nadar de espaldas y tuvo que salir a toda prisa porque, por primera vez desde que estaba en Ianus, el cielo se había cubierto a una velocidad de locura y estaban empezando a caer las primeras gotas. En unos minutos el mundo se había vuelto gris y en unos minutos más, Yarek, que apenas se había entretenido lo justo para vestirse, ya casi no era capaz de distinguir el camino a casa entre la cortina de agua que le golpeaba con una fuerza inaudita.

«Ellos lo sabían», se dijo entrecortadamente mientras jadeaba colina arriba hacia el refugio. «Los malditos iloi lo sabían; por eso no han querido bajar conmigo hasta el lago. Lo sabían y no han hecho nada por impedírmelo.»

Se equivocó dos veces de camino y, cuando por fin alcanzó el refugio, la lluvia comenzaba a amainar y él tenía la sensación de que estaba húmedo y helado hasta por dentro del cuerpo. Cerró la puerta, subió al máximo la calefacción, y empezó a frotarse con todas sus fuerzas, temiéndose lo peor.

Por la noche, a pesar de la medimáquina, de la calefacción, del alcohol que había ingerido, se sentía tembloroso y febril, le dolía la cabeza y tenía la sensación de que todos los huesos se le habían vuelto blandos.

Pasó la noche entre pesadillas que no podía recordar cuando despertaba cada dos o tres horas y, al amanecer, la medimáquina le informó que sería conveniente suspender su actividad durante un período de tres a cinco días para poder luchar contra su enfermedad con mayor eficacia. Yarek se encontraba tan mal que dio la orden. En ese momento lo que menos le importaba en el mundo eran los iloi.

Había pasado casi una semana cuando, aún resentido, se puso en camino hacia sus protegidos. No se habían producido cambios radicales en el paisaje, pero Yarek tenía la sensación de que la eclosión de la naturaleza había pasado ya de su punto álgido y pronto empezaría a declinar. Habían madurado los frutos que, efectivamente, se habían convertido en una especie de pistachos y habían atraído a toda clase de animales que se ocupaban en descascarillarlos y comerlos de inmediato o transportarlos al subsuelo donde servirían de alimento para el invierno.

Los sherta no eran una excepción. Había docenas de ellos al pie de cada árbol recogiendo y guardando en la boca lo que los pájaros dejaban caer.

Yarek agitó al pasar uno de los arbolillos y una granizada de pistachos marrones cubrió el suelo a su alrededor. Los sherta acudieron de todas partes para recogerlos y sus agudos chillidos le acompañaron hasta que remontó la loma.

Le resultaba curiosa la manera en que la naturaleza había dispuesto la supervivencia de las distintas especies. Si los sherta necesitaban esos frutos para sobrevivir durante el invierno, ¿por qué no habían sido dotados de alas o de un

sistema trepador que les permitiera subir a los árboles? Por cuestiones de equilibrio ecológico, probablemente. Quizá no fuera necesario que sobrevivieran muchos individuos para la próxima estación.

¿Sería igual con los iloi? ¿También a ellos les habrían sido negadas las capacidades que les permitirían alcanzar lo que necesitaban? ¿Y qué había del siguiente paso en la evolución? ¿Tendrían que esperar durante generaciones sin fin hasta desarrollar un lenguaje, descubrir el uso del fuego, aprender a protegerse de la intemperie, crear mitos, forjar imperios?

No todas las especies inteligentes habían seguido la misma pauta, por supuesto. Dos de ellas no conocían la escritura y carecían de sistema jerárquico reconocible pero en principio era un patrón bastante común y, dentro de él, los iloi estaban tan lejos del primer paso como un vulgar chimpancé terrestre. Más lejos incluso porque varios chimpancés habían conseguido aprender a comunicarse con sus entrenadores mientras que los jóvenes humanoides no habían llegado siquiera a imitar un simple sonido vocal.

Oyó a los iloi antes de verlos y lo que creyó entender le cortó la respiración. Habían tardado más de una semana en ser capaces de imitarlo, pero lo habían conseguido. Ellos, que siempre habían sido criaturas mudas salvo algún gruñido ocasional, estaban gritando «oos» y «aaas» totalmente inequívocas. Que eso tuviera algún significado era otra cuestión pero la evidencia de su aprendizaje era innegable.

A toda carrera, se lanzó loma abajo, con auténtico anhelo de encontrarse entre ellos. Podía tardar años, pero les enseñaría a hablar.

Los vio ya desde lejos, en una pequeña explanada junto al riachuelo Telma, uno de los tres que abastecían el lago, pero en esta ocasión ninguno de los niños corrió a su encuentro. De hecho, los niños habían desaparecido y sólo tras unos minutos de perplejidad logró aceptar que aquellos jóvenes machos que se gritaban entre sí, eran los mismos preadolescentes de la semana anterior. Las niñas, ya convertidas en hembras adultas, con pechos redondos y caderas suaves, dentro de la esbeltez típica de la especie, estaban sentadas a la orilla del agua con el cabello cubierto de hojas y flores, contemplando fascinadas la lucha verbal de los machos.

No hacían falta muchos conocimientos de zoología para darse cuenta de que estaba asistiendo a un ritual de cortejo que culminaría con la elección de pareja y la copulación.

No les había enseñado nada. Aquello no era una muestra de su capacidad de imitación y aprendizaje. Era tan antiguo como el mundo. Un comportamiento genéticamente implantado que no se manifestaba hasta que los individuos estaban hormonalmente maduros para ello.

Tragándose su decepción, sacó la grabadora de la bolsa y empezó a registrar metódicamente los distintos enfrentamientos entre los machos, intercalando imágenes

de las hembras excitadas, sonrientes, atentas al desarrollo y resultado de los combates sonoros.

Se recordó a sí mismo en Viento, sentado en unas rocas alabastrinas junto con Vera, la zoóloga jefe de su equipo, grabando el ritual de cortejo de los buitres, su vuelo majestuoso, sus caídas en picado para arrancar un par de plumas del yelmo de plata del contrincante, el ridículo anadeo del macho vencido para señalar que no deseaba continuar la lucha.

Vera había creído en él. Había sido la primera en dar su opinión con toda franqueza, mirándolo a los ojos: «Son unos animales sublimes, Yarek. Si en este mundo hubiera humanos primitivos, estoy segura de que habrían representado a sus dioses en forma de buitre. Pero son animales, no me cabe la menor duda.»

Luego, en el juicio, con los labios apretados y la piel cenicienta, ya no estaba segura de nada. Había contestado entrecortadamente a las preguntas del fiscal y había acabado sollozando y pidiendo perdón por su error. Y, antes de abandonar la sala, lo había mirado durante unos segundos, como implorante.

El suicidio de los buitres le había destrozado, igual que a la mayor parte de los miembros del equipo. Pero ella había confesado su error y él no. Eso era todo.

Había sido hermoso, en Viento, contemplando a los buitres en aquella roca, acariciando su nuca mientras ella grababa las imágenes de los pájaros gigantes.

Sintió tensarse todos sus músculos de pura nostalgia. Nostalgia del pasado. De Viento. De la piel de Vera. De la libertad y la belleza de su trabajo.

Aquella misma noche, o quizá hubiera sido otra, todas las noches de Viento se confundían en un diluvio de estrellas fugaces y brisas perfumadas, habían hecho el amor sobre la hierba. Él y Vera. Como hacían ahora los iloi ante el objetivo de su grabadora, al aire libre, con el cielo por sábana.

Pero no. Los iloi no hacían el amor. Copulaban. Cumplían con una exigencia reproductora que nada tenía que ver con el amor, con el mundo del sentimiento y las pasiones, reservado tan sólo a las especies más desarrolladas.

Vera se deslizaba como seda entre sus brazos. Vera y su larga melena negra. Los recuerdos se le confundían. Vera era rubia y llevaba un corte de pelo casi militar. ¿Entonces quién? ¿Sun Li, la oceanógrafa, desocupada en Viento, que se había limitado a disfrutar de unas largas vacaciones y a convertirse en fuente de placer y de alegría para sus compañeros? ¿Mireille?

Viendo a los iloi, con sus cabellos de cobre y sus largos cuerpos blancos, que ningún sol parecía ser capaz de broncear, todas las mujeres de su vida se confundían en una sola, una única forma femenina sin nombre y sin rostro que ponía un ahogo en su pecho.

Guardó la grabadora y emprendió la marcha hacia el refugio deseando poder huir de sí mismo como se huye de un lugar cargado de malos recuerdos para no volver

más.

Ya en la puerta de casa, encontró un montoncillo de pistachos junto a la entrada. Los deshizo de un puntapié y se encerró en su prisión deseando tener a alguien a quien dar un soberbio puñetazo.

Durante dos semanas evitó a los iloi estableciendo una rutina de paseos por los alrededores del refugio, estudio de los últimos informes sobre planetas recién descubiertos, sesiones de tridi, dictado de observaciones sobre Ianus y masturbación ocasional.

Sus sueños habían vuelto a llenarse de buitres y de imágenes obscenas. Su mente volvía una y otra vez a antiguos recuerdos de enamoramientos eternos, períodos de pasión, matrimonios, orgías, acompañantes profesionales pagadas por el Gobierno para relax de sus mejores especialistas en viajes de asesoramiento, la piel color café de Nakembe, su tercera esposa, las uñas doradas de Ilii, que le había enseñado la técnica del orgasmo suspendido, los pechos gloriosos, y posiblemente falsos de aquella mujer que había conocido en Geles y cuyo nombre ya había olvidado, un desfile inacabable de fragmentos de cuerpos femeninos. Siempre eran fragmentos, imágenes apenas entrevistas, recuerdos de un contacto, de un olor. Sin palabras, sin historia, sin hilación.

Como un adolescente, no podía apartar sus pensamientos de todas las veces en que un cuerpo de mujer lo había hecho feliz y, si durante el día conseguía refrenarlos, de noche acudían en tropel disfrazados de símbolos, de plumas, de sangre, de muerte.

Vivía más de noche que de día combinando en sus sueños fragmentos de su existencia pasada, de sus recuerdos, de sus obsesiones, de sus anhelos no cumplidos. Sus noches eran caóticas pero intensas mientras que su vigilia estaba llena de shertas chillones que saltaban entre sus pies, pajarillos azules que había llamado pintos y se atrevían a comer pistachos de su mano, lecturas que cada vez le interesaban menos y música barroca acompañada de cerveza sintética y frustración.

Había leído en uno de los boletines una noticia mínima que lo había dejado insomne durante casi dos días: se había descubierto un planeta riquísimo en recursos de todo tipo y, ahora que Yarek no estaba disponible, se debatía sobre el nombramiento de un xenólogo jefe de expedición que asesorara sobre la existencia de vida inteligente autóctona. Los nombres que se barajaban eran de tres de sus alumnos: Méndez, Lundgren y Varela. La nota no decía nada más y Yarek se consumía en un delirio de impotencia.

Eran buenos profesionales los tres, sin lugar a dudas, pero incapaces de asumir una responsabilidad de ese calibre. Marta Méndez era quizá la mejor pero su tendencia a la arrogancia y la autopropaganda la hacía prácticamente incapaz de organizar un equipo que trabajara sin fricciones. Él la conocía bien, había sido tres

veces su segunda esposa, y había tenido que prescindir de ella para no quedarse sin los especialistas en quienes más confiaba. Erik Lundgren era bueno pero débil, incapaz de tomar una decisión rápida y mantenerla. Tommi Varela era justo lo contrario: irascible, imprevisible, dado a correr riesgos innecesarios y a tomar decisiones por pura intuición que, si se revelaban erróneas, no tenía escrúpulos en achacar a presión de su equipo. Ninguno de ellos valía para xenólogo jefe y los cretinos del Gobierno tenían que saberlo. Sólo a él podía habersele encomendado esa misión y él estaba encerrado en Ianus mojando las sábanas como un colegial al pensar en una tribu de animales malolientes con aspecto humano; pero al menos eso era algo que sus colegas nunca sabrían. Cuando lo recordaran, recordarían al gran Yarek nimbado por la luz del martirio, exiliado en un planeta muerto por haber tenido la fuerza de mantener su opinión, de haber defendido sus creencias hasta el fin. Los buitres eran animales. Punto. Y a su modo de ver, el que se hubieran suicidado en masa no probaba en absoluto su inteligencia. En la Tierra también había existido una especie, los lemmings, que se entregaban periódicamente a suicidios en masa y a nadie se le había ocurrido nunca defender la tesis de que fueran equiparables en inteligencia a los seres humanos. Pero ése era otro de los argumentos que había fallado en el juicio.

Pidió a Buitre que desconectara la grabación que había estado pasando incesantemente por la pantalla. Ya casi le resultaba repugnante ver a los iloi con su aspecto etéreo y legendario embistiéndose entre la hierba y las flores. Y la escena de los gritos era todavía más insoportable. Él era capaz de gritar más y mejor pero era humano y, por tanto, se encontraba muy por encima de todos ellos. No se iba a rebajar a servirse de una de aquellas hembras por mucho aspecto de elfo que tuvieran.

El pensamiento le cortó la respiración y la mano que sostenía el vaso de plástico empezó a temblarle desconsoladamente. Se levantó de un salto y se lanzó a caminar por el refugio a pasos largos, como una fiera enjaulada, negándose a aceptar como propio el pensamiento que acababa de formular aunque algo en su interior le decía que todos los sueños de las últimas noches no eran más que una manifestación de ese deseo.

Salió del refugio, aunque ya había oscurecido, tratando de calmar con ejercicio y aire fresco el ansia que sentía. Nunca se había dado tanto asco. Nunca había pensado en un animal como pareja sexual aceptable. Sin embargo ahora... Su deseo era evidente, su excitación también; era absurdo negárselo a sí mismo y no había nadie de quien tuviera que ocultarlo.

¿Iban a conseguir que cayera tan bajo después de una vida como la suya? ¿Sería eso parte del castigo de Yarek? ¿Habría un equipo de grabación esperando en alguna parte, dispuesto a recoger su humillación para mostrarla al universo? No era imposible que lo hubieran preparado todo para ensuciarlo a ojos de la opinión

pública. No sería la primera vez que se preparaba una campaña de difamación contra alguien que hubiera caído en desgracia y una cosa así acapararía los titulares de todas las agencias de información. Después de eso, Yarek estaría mejor muerto.

Llegó a uno de los bosquecillos sin ser consciente de ello, perdido en estériles pensamientos de venganza. Sus botas hacían crujir los montones de cáscaras de pistacho que cubrían el suelo pero por lo demás el silencio era total. Un poco más arriba, a su derecha, las formas blancas de los iloi vagaban entre los árboles agitando las ramas con aire ausente, como si fueran sonámbulos. Le dio la impresión de que el grupo se había reducido o quizá sólo se habían disgregado de momento.

Trató de ignorarlos pero sus pasos se dirigieron hacia ellos sin intervención de su voluntad. Alzó la mano en un gesto de saludo y varias manos se alzaron en respuesta. «En imitación», se corrigió.

Los cuerpos de los iloi eran casi fosforescentes en la penumbra azul. Las hembras tenían el vientre hinchado. Todas menos una. Una que había seguido moviendo la mano en su dirección cuando los otros habían vuelto a su tarea de agitar las ramas más altas.

De repente tenía mucho calor, un calor enfermizo.

Miró a su alrededor, sabiendo que era una locura, y empezó a desnudarse, sintiendo el fresco de la noche invadir lentamente su piel. No se quitó las botas.

La hembra seguía de pie frente a él, cada vez más cerca con cada paso, mirándolo a los ojos, esperando.

Algunos machos se acercaron a ella, como arrojando su soledad, y se quedaron inmóviles a dos pasos de su espalda, esperando también.

Por un instante, Yarek sintió el olor de su propio cuerpo: sudor, sexo, miedo. Luego dejó de sentir. Algo atávico, profundamente enterrado en el interior de sí mismo, rompió las barreras de cincuenta años de civilización y se apoderó de sus músculos. Echó atrás la cabeza y gritó: un alarido largo, profundo, poderoso, casi un rugido de fiera.

Los machos agacharon la cabeza y se alejaron sin contestarle.

En la oscuridad, Yarek dio los pasos finales hacia la hembra que sería suya por derecho, apretó los brazos en torno a su cuerpo, cerró los ojos y el mínimo resto de mente civilizada que aún parpadeaba débilmente en su consciencia, se apagó como una luz.

Los recuerdos de su vuelta al refugio se le escapaban como arena entre las manos. Le acudían imágenes de sí mismo tropezando en la oscuridad, poseído del deseo de escapar del lugar de su vergüenza, la sensación del agua helada del torrente con la que se había frotado la cara y las manos una y otra vez en un vano intento de borrar aquel contacto que quemaba como el fuego, sus manos temblorosas contando los

sedantes, ya en el refugio, con la puerta herméticamente cerrada y todas las luces encendidas. Luego el sueño como un pozo inacabable y en algún momento del día siguiente, o quizá de otro día, la certeza de haber contraído una enfermedad incurable, como había sido el caso de tantos humanos en la antigüedad que, xenólogos, a su manera, se habían arriesgado a tener una relación sexual con animales parecidos a otros que creían conocer. Palabras olvidadas como sífilis, sida, ross, se insinuaban en su mente y volvían a retirarse dejando tras de sí un desierto calcinado por el miedo y la vergüenza.

No se atrevía a acercarse a la medimáquina. Si de alguna manera lo estaban vigilando, lo sabrían inmediatamente y la burla no tendría límites. Si cerraba los ojos, oía sus carcajadas de triunfo, los cuchicheos saltando de corrillo en corrillo en cualquier acontecimiento social. Y la máquina no podría curarlo, no sin la ayuda de sofisticados sistemas médicos que pudieran identificar el virus y luchar contra él.

No tenía salida. Estaba acabado. Ya ni siquiera podía respetarse a sí mismo. Sus días se consumían lentamente en los límites de sus paredes de plástico y metal, siempre atento a la aparición de los primeros síntomas.

Por las ventanas veía a los shertas acarreando montones de hierba cortada hacia sus madrigueras preparando el largo sueño. El invierno se acercaba, hasta él lo sentía en los huesos, y traía su muerte firmemente sujeta en sus mandíbulas de hielo. El regalo de Ianus al primer humano en pisar su superficie.

Día a día la hierba se iba volviendo amarilla mientras las temperaturas bajaban y las nieblas cubrían el paisaje hasta mucho después de salir el sol, los torrentes iban menguando de caudal y en unas semanas el lago no sería más que un hoyo de agua enfangada que acabaría por ser absorbida definitivamente dejando sólo una hondonada pedregosa como recuerdo.

Un par de días atrás, desde la puerta del refugio, que ahora rara vez abandonaba durante más de una hora por miedo a que los síntomas se le presentaran estando demasiado lejos de casa, había visto a los iloi bailando una extraña danza desprovista de música en torno a los árboles de pistachos, ahora ya pelados. Las hembras, con el vientre deformado por la maternidad, parecían arañar el suelo con los pies mientras los machos daban vueltas y más vueltas en torno a los árboles dando recias patadas al suelo como si quisieran grabar sus huellas en la tierra aún blanda. Quizá fuera un ritual de despedida antes de emprender la marcha hacia el sur en una carrera contrarreloj dificultada por los cachorros que pronto nacerían.

Era profundamente absurdo que su ciclo de reproducción estuviera orientado hacia el invierno, que sus hijos nacieran en el peor momento del año, cuando el alimento era inexistente y las temperaturas feroces. Pasó por su mente el hecho de que, al principio de la primavera, había habido niños entre ellos pero su cerebro no estaba en condiciones de analizar datos. Los iloi, como los sherta, como los pintos,

como todos los demás animales de Ianus, conocidos y desconocidos, no eran asunto suyo. Ahora lo único que le importaba era decidir si iba a someterse al chequeo de la medimáquina y, de un modo mucho más lejano, saber en cuál de aquellos tres cretinos habría recaído finalmente la responsabilidad de la investigación. Era remotamente posible que si él sobrevivía, y una vez que los de la comisión del Gobierno se hubieran convencido de que ninguno de ellos era lo bastante fiable, enviaran una misión de rescate en su busca para ponerlo al frente del equipo. Si el planeta valía la pena, querrían tener al mejor. Y él era el mejor. Todavía. Así que tenía que estar en forma.

Sacó la medimáquina del armario y solicitó un chequeo total aunque sabía que serían varias horas de inmovilidad, de agujas y sondas y ventosas pero no soportaba más la incertidumbre. Tenía que saber cómo se encontraba, cuánto tiempo tenía. Si le quedaba tiempo.

Cuando terminó el chequeo, Yarek tuvo la sensación de que nunca, en ninguna circunstancia de toda su vida anterior, había experimentado una felicidad tan completa y tan pura.

Estaba sano. Total y absolutamente sano. Perfecto.

Se sentía tan feliz que improvisó una danza de júbilo con Buitre y la medimáquina por únicos testigos mientras su mente se lanzaba a hacer planes y proyectos como en los buenos tiempos pasados.

Dedicaría el otoño a disfrutar de la cara yerma de Ianus, a dar paseos y a hacer ejercicio físico y el invierno a analizar las grabaciones de la vida animal y a dictar informes a Buitre. Comería regularmente y se mantendría al tanto de los últimos desarrollos en su especialidad, continuaría sus estudios de teología, quizás empezara también a aprender un poco de lingüística, que siempre le había interesado aunque de poco le sirviera con los iloi. Trataría de hacer hipótesis sobre el ciclo vital de Ianus y verificarlas con el paso de las estaciones, haría lo posible por dar respuesta a todos los interrogantes que planteaba el planeta y quizá, al término de su permanencia en él, fuese cuando fuese, estuviera en condiciones de presentarse como único y absoluto especialista en un mundo que podría perfectamente ser colonizado. Su mundo. El mundo de Yarek.

Sonaba bien. ¿Por qué no empezar a llamarlo así? Ni Yermo, ni Ianus. Sencillamente Yarek. ¿Quién tenía más derecho que él, su primer explorador? Pero tal vez fuera un poco prematuro. De momento seguiría usando Ianus en sus informes y dejaría que el planeta recibiera su nombre auténtico una vez que él lo hubiera abandonado con todos los honores.

Miró por la ventana y, aunque el mundo se había vuelto triste y gris, con los raquíuticos árboles tendiendo al cielo sus ramas desnudas y los sherta dando coletazos a la tierra que sonaba como un tambor, sintió que una sonrisa afloraba a sus labios.

Aquél era su mundo.

Salió a dar un paseo por un paisaje agostado que había perdido todas las marcas del paraíso que fue. Bandadas de pájaros volaban sobre su cabeza en formaciones regulares. Los pintos habían desaparecido. Los sherta lo ignoraban. No había ni rastro de los iloi.

Sintió una ligera contracción en la garganta al pensar en los iloi, caminando hacia el sur, cada vez más debilitados por el hambre, sus cerebros llenos de gestos absurdos e incomprensibles que el Extraño había implantado en largas sesiones de aprendizaje.

Casi lamentaba no haber podido despedirse. Pero regresarían. Regresarían cuando pasara el invierno y la naturaleza volviera a llenarse de vida y color. Y entonces todo sería mejor. Ya se le ocurriría algo.

Dio por terminado su paseo y se encaminó de nuevo al refugio porque se había levantado una brisa que casi se había convertido en huracán cuando cerró la puerta. Ianus estaba lleno de sorpresas.

No pudo dormir en toda la noche porque el viento parecía querer devorar el mundo. Nunca en su vida había visto un huracán de tal magnitud y sólo gracias a la técnica humana y, muy probablemente, a la suerte y a su instinto, que le había hecho situar el refugio con una alta loma a sus espaldas, consiguió sobrevivir sin ser arrastrado por el horrendo ciclón que sopló durante dos días sin pausa.

En Viento daba la impresión de que el aire nunca estaba quieto pero jamás pasaba de una fuerza soportable. En Ianus era asesino. Mil veces estuvo a punto de gritar al sentir el quejido de las delgadas paredes que le separaban de aquella bestia de aire que rugía en el exterior. Era imposible que los iloi sobrevivieran. Era imposible que nada sobreviviera en aquella locura que bramaba y silbaba al otro lado de sus ventanas. No se atrevía a tomar un somnífero y olvidarse de aquella pesadilla por miedo a no despertar, a no enterarse siquiera del momento en que el ciclón arrastrara por fin la débil cáscara que lo protegía, de modo que aguantó sentado alternativamente en la cama y en una de sus sillas a que el huracán cediera. Sus pensamientos, como el tumulto de la naturaleza, repetían los mismos temas: Viento y sus buitres, el nuevo planeta, los iloi, su venganza. Una y otra vez, incesantemente, hasta que la fuerza del huracán empezó a menguar y el vértigo de su mente se fue haciendo suave, lejano y, arrullado por las últimas ráfagas, se quedó dormido al fin.

Cuando despertó, el paisaje se había vuelto pardo, como al principio. Las lomas brillaban desnudas contra el horizonte azul y el cielo era cristalino y lejano, igual que el día de su llegada. El viento lo había arrastrado todo: árboles, hierba, cáscaras, nidos... todo. El milagro había durado quince semanas escasas, tiempo estándar. Pero había un atisbo de felicidad en la desolación porque ahora Yarek sabía que Ianus no estaba muerto. Ianus dormía, y bajo su superficie latía la vida en forma de semillas, de pequeños animales que hibernaban, de aguas subterráneas que seguían fluyendo. Y

sabía que en el sur, en alguna parte, los iloi, o algunos de ellos, habrían sobrevivido al huracán y volverían en la primavera, con el deshielo. El invierno sería largo pero habría un despertar y Yarek podía vivir con eso.

Preparó una mochila con la tienda térmica y los objetos más necesarios y, asegurándose de que el refugio quedaba herméticamente cerrado, se dirigió hacia el sur. Ahora estaba razonablemente seguro de no ir a encontrarse con desagradables sorpresas meteorológicas; conocía el otoño de Ianus y sabía que tenía semanas por delante antes de que llegara la nieve. Para entonces estaría de vuelta en el refugio con más información y más grabaciones que procesar y el paso del tiempo tendría un sentido.

Extrañamente, se encontraba joven y fuerte en aquel paisaje yermo, más de lo que lo había estado en la plena eclosión de la naturaleza. Su cuerpo y su mente conectaban con aquella desolación infinita, con la pureza de aquel aire transparente y frío, con la absoluta soledad que calmaba como un bálsamo sus recuerdos más dolorosos.

Al cabo de una semana de caminar por lomas, estepas y pedregales, se encontró frente a una alta cordillera nevada que le cerraba el paso hacia el sur. Los iloi debían de conocer algún sendero para atravesarla o pasaban el invierno en alguna cueva en lo profundo de las montañas. Lo más probable era que se encontraran casi a su alcance pero no tenía forma de llegar hasta ellos. Si se adentraba en las extensiones de nieve, corría el riesgo de morir allí; si daba media vuelta, no habría aprendido nada y le sobraría mucho tiempo en casa antes de la llegada del invierno en su zona.

Se colocó el visor y estudió minuciosamente la cordillera buscando un paso practicable aunque sabía que cualquier conclusión a la que llegara podía revelarse errónea. No había el menor rastro de movimiento o habitación.

Dio un suspiro de fastidio y siguió caminando hacia las montañas buscando tan sólo un lugar donde acampar durante la noche. Era la primera vez que se encontraba en un mundo que no hubiera sido cartografiado hasta en sus menores detalles y eso volvió a infundirle el odio sordo que se había convertido ya en parte de sí mismo. Prácticamente lo habían condenado a muerte, como en los tiempos antiguos, a una muerte lenta y sutil, como correspondía a una civilización altamente tecnificada.

Los vio al remontar la primera elevación de un antiguo valle glaciar: cinco cadáveres putrefactos, tres machos, dos hembras, que sólo por el color del pelo consiguió identificar como iloi.

Sintió el vómito pugnando por franquear la frontera de su garganta y desvió la vista hacia las cimas nevadas.

Estaba claro que ése era el camino hacia el sur de los iloi. Estaba todavía más claro que no conocían ningún tipo de ritual de enterramiento.

Cuando consiguió dominarse, sacó la grabadora de la mochila y registró unas

cuantas imágenes para posterior estudio. Ahora sí que tendría que regresar, aunque fuera tan sólo unos kilómetros; no iba a montar su tienda a unos cientos de metros de aquellos cadáveres.

Se ajustó la mochila y emprendió el camino de vuelta al norte con una extraña opresión en el estómago. Rápidas imágenes cruzaron por su mente: los iloi vivos y casi mágicos aquella primera vez, en el bosque, los cachorros imitando sus gestos, la hembra agitando la mano, como si lo saludara. Y ahora ya muertos. Muertos de inanición, de cansancio, de vejez, de enfermedad. ¿De enfermedad?

Se dio la vuelta hacia los cadáveres con la sensación de que una roca se había estrellado contra su pecho.

No era posible. No era posible que él hubiera tenido algo que ver con aquello. Era parte natural de su vida, igual que eran presa de aquellos monstruos dotados de garras que él nunca había llegado a ver. No era posible que él hubiera contagiado a aquella hembra de algo que había resultado mortal para los iloi. Esas cosas sólo sucedían en los mitos antiguos. A él no le había pasado nada a pesar de su miedo. ¿Por qué tenía que haberles ocurrido a ellos? Era absurdo.

«Genocida», dijo una voz en su mente; una voz que creía ya muerta. «Has vuelto a hacerlo, Yarek. Has vuelto a matar. Por negligencia, por falta de información, por error, por la excusa que elijas darte a ti mismo, pero has vuelto a hacerlo.»

«Los iloi volverán en la primavera», insistió la otra parte de su mente. «Todo lo que está vivo tiene que morir. No es culpa mía.»

«No, Yarek, por supuesto. Tú nunca tienes la culpa de nada, ¿verdad?»

Tenía que averiguar cuál había sido la causa de su muerte. No podía volverse a casa sin más, con esa pregunta en su corazón, pero tampoco quería acercarse a aquellos cadáveres a recoger muestras de tejido putrefacto que su medimáquina pudiera analizar más tarde. No podía. No quería acercarse a esas cosas retorcidas y malolientes que habían sido sus compañeros de paraíso. Y podía ser peligroso. Él no llevaba ningún traje protector y lo ignoraba todo de aquella especie. ¿Y si habían muerto de algo contagioso?

Se pasó el dorso de la mano por la boca sabiendo que podría frotar y frotar durante horas sin conseguir borrar el asco de sus labios.

En ese momento, un ruido seco, como el rodar de una piedra, le hizo dar un salto y buscar un arma que no tenía. Se agachó buscando una roca puntiaguda, cualquier cosa con que poder defenderse de la fiera hambrienta que merodeaba por los alrededores venteando su olor a humano vivo, lleno de sangre caliente y fresca.

Su mano se cerró sobre una piedra en forma de huso, un arma ridícula, esperando con el corazón desbocado.

Desde detrás de los cadáveres una forma se alzó, vacilante. Una pobre forma de vientre hinchado y miembros esqueléticos que agitaba la mano como en un saludo.

Sintió que se le doblaban las piernas y tuvo que dar un par de pasos para no caer porque, por mucho que tratara de convencerse de que no era cierto, algo en su interior sabía que aquella iloi era la misma que había tratado de olvidar durante las últimas semanas.

Dominando el impulso de echar a correr, levantó la mano y contestó a su saludo. La hembra empezó a acercarse, tropezando en las piedras sueltas de la torrentera mientras Yarek pensaba aceleradamente buscando una solución. Estaba claro que era la única superviviente de su grupo, por lo menos de este lado de las montañas. Los otros o habían muerto o la habían abandonado porque no podía seguir su paso, dada su gravidez, y si él no hacía algo por ayudarla, no pasarían muchos días hasta que también ella muriera de agotamiento y desnutrición. Y con ella moriría su cachorro.

La hembra tenía los ojos hundidos en profundas ojeras amoratadas y sus costillas se dibujaban con claridad a ambos lados del vientre tenso. Al abrir la boca, en un amago de sonrisa, Yarek vio que había perdido dos dientes. Llevaba el cuerpo embadurnado de algún tipo de grasa que posiblemente le ayudaba a mantener algo de calor y que olía de un modo repugnante.

Llegó a su altura y se acuclilló a sus pies, los luminosos ojos verdes, ahora velados, fijos en los suyos, implorando una ayuda que no esperaba recibir.

Yarek acercó una mano a sus revueltos cabellos y la hembra agachó la cabeza como si temiera un golpe pero se quedó donde estaba, temblando imperceptiblemente, esperando.

Él sacó un paquete de raciones, lo abrió y lo extendió junto a ella, buscó su manta y, tras unos segundos de deliberación, se la puso por los hombros. Luego se dio la vuelta y echó a andar a toda marcha.

No podía hacer más. Le había dejado alimentos y abrigo; ella estaba en su elemento; sabría qué hacer. No era responsabilidad suya, no podía cargarse con el peso de una hembra preñada hasta que llegara el buen tiempo, estaba fuera de toda cuestión. La no interferencia en el equilibrio natural de las especies era una de la máximas fundamentales de todo trabajo de campo. Bastante había hecho ya dándole objetos y alimentos civilizados a un animal que, probablemente, ni siquiera tendría el buen sentido de comérselos.

Caminó durante más de un cuarto de hora sin volver la vista atrás, concentrado en las sombras que el atardecer pintaba de tonos sangrientos, tratando de convencerse de que su decisión había sido la correcta. Por fin la curiosidad pudo más y giró un instante la cabeza: la hembra lo seguía. A gran distancia, pero lo seguía en su marcha hacia el norte. Tendría que caminar más de lo que se había propuesto y mucho más deprisa si esperaba perderla. Pero si anochecía antes de detenerse a montar el campamento, tendría que usar una luz y ella se orientaría en su dirección. Maldijo en voz baja y siguió caminando cuesta abajo por una especie de sendero natural lleno de

piedras sueltas que saltaban a su paso lastimándole los tobillos. Estaba cada vez más oscuro pero no podía detenerse hasta llegar al terreno llano que se adivinaba a sus pies en la penumbra.

Cuando por fin llegó abajo, con unas punzadas en el flanco que le cortaban la respiración, la hembra lo estaba esperando envuelta en la manta. La ignoró mientras montaba la tienda y siguió ignorándola durante el simulacro de comida, unos concentrados tragados con un par de sorbos de su cantimplora. Ella se limitó a quedarse donde estaba, mirándolo con ojos de animal herido, en completa inmovilidad y completo silencio. Cuando se metió en la tienda, ella trató de seguirlo pero, ante la firmeza del rechazo de Yarek, acabó conformándose con echarse frente a la entrada.

Al día siguiente compartió con ella su agua, después de varios intentos de enseñarla a beber de un vaso, y acomodó su marcha al paso de ella. Al fin y al cabo no era más que un pobre animal debilitado por las privaciones que posiblemente no sobreviviera al otoño; podía servirle incluso de compañía.

Tardaron dos semanas en volver al refugio y, cuando por fin regresaron a la zona en que los iloi habían vivido durante la primavera, la hembra, que ahora se llamaba Jara, no dio ninguna muestra de reconocer el paisaje. Se limitó a caminar junto a Yarek mirando la tierra a sus pies.

El refugio estaba en perfectas condiciones, lo que tranquilizó a Yarek considerablemente. Hizo entrar a Jara temiendo por la seguridad de su equipo pero la hembra se limitó a echar una ojeada a todas las maravillas desconocidas y, tras unos segundos de duda, se tumbó bajo la ventana respirando pesadamente. Al cabo de unos minutos, su olor lo había invadido todo hasta tal punto que Yarek se vio obligado a lavarla a pesar de sus gritos primero y luego de sus risas y, cuando estuvo limpia y vestida con una camisa de él, volvió a acurrucarse en su rincón con los ojos cerrados.

Las últimas semanas de otoño fueron tranquilas. Yarek se entregaba a su rutina cotidiana de paseos y estudios y Jara pasaba casi todo el día fuera, aparentemente reconciliada con sus vestiduras, dando vueltas y más vueltas a la zona en la que había transcurrido su infancia para volver con la puesta del sol, una expresión entre perpleja y desesperada en el rostro.

Yarek se acostumbró a su figura inmóvil junto a la ventana, a sus ocasionales explosiones de alegría sin motivo comprensible para él, a su respiración durante las largas noches, a su pelo cobrizo, ahora limpio y suave, que él peinaba y acariciaba cuando el peso de la soledad se hacía excesivo. Y se acostumbró a hablar con ella sin esperar respuesta. En las noches, cada vez más oscuras y más frías, se instalaba en la cama junto al cuerpo cálido y oloroso de Jara y le contaba su vida: su infancia, sus proyectos, sus triunfos, sus ambiciones, sus fracasos, sus más íntimos recuerdos que nunca había compartido con nadie. Y ella callaba, se arrebujaba contra él, que a veces

sentía en la espalda el movimiento del cachorro que llevaba en su vientre, y respiraba lenta, acompasadamente, hasta que se quedaba dormida, arrullada por el ritmo de sus palabras.

Yarek volvió a soñar pero ahora sus sueños eran diferentes. Ya no giraban sólo en torno a los sucesos de Viento sino que eran a veces absurdos e incomprensibles; divertidos y coherentes otras. Aparecían personas largo tiempo olvidadas, muertas incluso; lugares en los que había estado en la realidad y otros que sólo conocía de sueños anteriores. Se veía a sí mismo haciendo cosas que no había hecho durante años, algunas veces acompañado por Jara, que se había convertido en una mujer humana y le hablaba con una voz musical de cosas apasionantes que luego no conseguía recordar. Soñó también que sostenía a un bebé en sus brazos y lo presentaba a una colonia de buitres que, sentados en semicírculo en sus altos nidos de roca, lo contemplaban impasibles. Luego lo abandonaba en una piedra plana y los buitres se lanzaban contra él y lo desgarraban con sus picos hasta convertirlo en una masa sangrienta que Jara recogía sonriendo y volvía a colocarle en los brazos.

Sueños buenos. Sueños malos.

Pero al despertar siempre estaba el cuerpo caliente de Jara, cada vez más pesada, más torpe y más hermosa. Ahora que comía bien y estaba limpia y vestida, se había convertido en una belleza. Cuando volviera a recuperar su figura después del parto, encargaría a la máquina que le hiciera un traje de noche y celebrarían el nacimiento del bebé con música y champán.

Tenía grandes esperanzas en ese niño. Nacido fuera del grupo, sin nadie a quien imitar más que a él, quizá fuera posible convertirlo en un ser civilizado, enseñarlo a hablar, incluso. No tenía medio de saber cuánto faltaba para el parto porque no quería pasar a Jara por la medimáquina por miedo a descalibrarla y entorpecer su funcionamiento para cuando él la necesitara en el futuro, pero daba la impresión de que el vientre de la mujer había llegado al extremo máximo de dilatación.

No se equivocaba. Una mañana lo despertaron los aullidos de Jara que, medio encogida frente a la puerta, golpeaba inútilmente el descodificador en un vano intento de copiar los movimientos de Yarek para salir al exterior.

Se levantó apresuradamente y le abrió la entrada. Jara se perdió entre las lomas y sólo mucho después se le ocurrió a Yarek que hubiera sido conveniente filmar el parto para posterior estudio, pero cuando cogió la grabadora y salió a buscarla, se la encontró ya de regreso, con la cara llena de sangre y un bebé diminuto y semioculto entre sus brazos enganchado a su pecho.

Ya en el refugio comprendió que Jara había lamido a su hijo para limpiarlo al encontrar secos todos los ríos que quizá recordara. Cuando el pequeño se quedó dormido, Yarek lo separó, con cierta resistencia, del pecho de su madre y sólo entonces se dio cuenta de dos cosas que hasta ese momento se le habían pasado por

alto: que el cachorro era hembra y que era hija suya.

Durante un momento la evidencia lo dejó anonadado pero el parecido era innegable: el mismo pelo abundante y rizado, los mismos ojos azules, la misma piel de chocolate. La niña era tan parecida a él que casi le extrañó que Jara la hubiese reconocido como propia y la hubiese amamantado. En toda la historia jamás escrita de los iloi no debía de haber existido nunca un caso igual, digno de figurar en la categoría del mito: un poderoso dios caído del cielo que se une a la elegida y engendra una hija en ella antes de volver a su reino en las estrellas. «Pero a este dios le va a dar tiempo a conocer a sus nietos», pensó con una amargura no exenta de complacencia.

La pequeña era preciosa; resultaba difícil apartar la vista de la dulce carita dormida, de sus rizos brillantes y su pequeña boca provista aún de una especie de ventosa para agarrar mejor el pezón.

Jara se había dormido en el suelo, agotada. Yarek acostó a la niña en la cama y cubrió a la madre con una de sus mantas. Luego se sentó frente a la pantalla vacía de Buitre, enterró la cabeza entre las manos y dejó que surgieran todos los sentimientos que habían estado encerrados en su interior durante tantos años. Los recuerdos se habían borrado casi todos pero los sentimientos seguían ahí, calientes, casi vivos, en ese oscuro rincón de la memoria del que ahora salían poderosos, desafiantes: la inesperada angustia que le causó el anuncio del nacimiento de Sven en un hospital de Débora, la inseguridad al contemplar la pálida piel de Nora contra la azulada suavidad de las sábanas, su perplejidad frente a ese pedazo de carne que no conseguía sentir como propio, su deseo de salir cuanto antes de allí, de perderse en su trabajo, en su vida, su necesidad de afirmarse como el ser independiente que siempre había sido.

Se había negado a sostener a Sven sin ninguna razón aceptable, había salido del hospital murmurando excusas y no había vuelto a verlos hasta tres años después, a la vuelta de su misión en Hantor. Recordaba su ansiedad en el viaje de regreso, la solidaridad que sentía con los otros miembros casados del equipo que hablaban y hablaban de sus familias haciéndole desear reunirse por fin con la suya y comenzar una vida normal, más reposada, más llena de todo lo que no había tenido nunca. Luego el olor de quemadura que le produjo el rechazo de Nora y su petición de divorcio, la dolorosa sorpresa de saberse odiado con un odio tenaz y minucioso, la sensación de poder que experimentó cuando, tras dos años de combate jurídico, sus muchos contactos le valieron la custodia de Sven, que ya tenía casi seis y no conocía a su padre. Recordaba con toda claridad, como si lo estuviera oyendo, el llanto del niño en las noches, su propia rabia ante aquella intolerable conducta, aquella intrusión en su esfera privada que amenazaba destruir su vida y su necesaria serenidad, su absoluta incomprensión del mundo emocional de aquel niño, su

impotencia ante la imposibilidad de ganarse su amor, siquiera su aprecio. Recordaba el vacío helado que dejó en su vida la devolución de Sven renunciando a todos sus derechos sobre aquel niño que nunca había dejado de ser un extraño para él a pesar de los casi cuatro años que estuvo bajo su custodia, de los muchos regalos que le hizo, de las tantas veces que intentó convertirse en su amigo en todos los períodos de descanso entre sus viajes. Y luego él le había pagado renunciando al apellido Yarek, negándose a toda relación con él, proclamando ante el mundo que no era ni había sido nunca hijo suyo.

Desde entonces no había vuelto a pensar jamás en la paternidad, incluso cuando Nakembe, que sólo tenía veinte años cuando se casaron, se echó a sus pies llorando, mezclando como siempre cualquier asunto con el amor. «Si no quieres que tengamos un hijo es que no me amas lo bastante», le había dicho. Como si los hijos tuvieran algo que ver con el amor, como si el amor existiera realmente.

Ahí estaba ahora su hija, dormida en la cama, perdida en la felicidad de una vida sin conciencia de sí misma, de una existencia puramente animal. ¿Dónde estaba el amor? ¿Dónde había estado en el momento de concebirla?

Había sido producto de un impulso, del más poderoso instinto de la naturaleza que obliga por igual a animales y a seres civilizados. Ella estaba ahí y era su hija pero nunca esperaría de él más que la satisfacción de sus necesidades más urgentes: alimento, mientras no estuviera en condiciones de buscarlo por sí misma, quizá después defensa ante un peligro. Pero eso era todo. No esperaría jamás que le hiciera cumplidos, que le regalara juguetes caros, que abandonara su trabajo para atender a su capricho.

Él crearía una relación a su medida, una relación satisfactoria para ambos en mutua libertad, una relación nueva.

Se levantó de la mesa y la miró durante largo tiempo, buscando, sin encontrar, sentimientos de culpa o de vergüenza. La llamaría Nova y sería su hija. Sólo suya.

Las últimas semanas antes de la llegada del invierno fueron un tiempo de contradicciones con momentos de una felicidad exaltada, casi imposible, alternando con otros de furia y de frustración.

Jara salía con Nova por las mañanas, en cuanto él abría la puerta para su ronda de ejercicios, y regresaba apenas dos horas después con una expresión tan triste y desesperada que Yarek sentía lástima por ella.

Aún no lo había comprendido en todos los detalles pero estaba empezando a pensar que Jara se había quedado preñada fuera de tiempo, que posiblemente era la primera vez que un iloi nacía al final del otoño y, por tanto, toda la experiencia de su especie, genéticamente transmitida, se revelaba inoperante en las circunstancias. Jara esperaba encontrar bosques y riachuelos donde mostrar a su hija las bayas

comestibles, los vados seguros para jugar con el agua. Por eso salía todas las mañanas, con Nova encaramada a su hombro y regresaba transida de frío de una tierra yerma de la que había desaparecido todo lo que recordaba. Buscaba a los suyos y no encontraba más que a Yarek, buscaba a los sherta y se habían ido, miraba al cielo para señalarle a la pequeña el vuelo de un pájaro y no encontraba más que la inmensidad azul. El mundo que conocía había muerto.

Nova, sin embargo, era feliz. Ya se sostenía sentada y había aprendido a reírse y a jugar con las piedrecillas que Yarek colocaba en montones delante de ella. No echaba nada de menos porque no lo conocía y sólo a veces, cuando su madre dejaba caer la cabeza sobre el pecho y se quedaba inmóvil durante horas, parecía entristecerse también hasta que empezaba a palmotear las mejillas de Jara con sus manitas morenas y conseguía hacerla sonreír.

Por las noches Jara la ponía sobre su vientre y la miraba dormir mientras ella permanecía con los ojos abiertos en la oscuridad, ajena a Yarek y al entorno, sufriendo por la pérdida del mundo.

En otras ocasiones, sin embargo, como cuando salían los tres juntos a explorar la zona y a enseñarle a Nova los agujeros donde dormían los sherta, Jara reía y Yarek tenía la impresión de que eran casi una familia, una familia de colonos en algún planeta extremo que con el tiempo se convertiría en un paraíso.

Luego volvían al refugio cuando la temperatura bajaba demasiado y si Nova empezaba a llorar a causa de cualquier molestia infantil desconocida para él y se olvidaba de hacer sus necesidades en el montoncillo de arena que le había preparado, Yarek se sentía atacado de claustrofobia, encerrado con aquellos dos seres en veinte metros cuadrados y medía el refugio a grandes pasos dando gritos y manotazos a su alrededor. Ellas se ovillaban bajo la ventana mirándolo con los ojos desorbitados hasta que Yarek, una vez superado el ataque de furia, se sentaba frente a Buitre y se olvidaba de su presencia para enfurecerse de nuevo por asuntos lejanos que ellas no podían comprender.

El invierno llegó de golpe. Una noche se fueron a la cama después de un paseo por el exterior y a la mañana siguiente el mundo se había vuelto blanco y una cortina de nieve caía de las alturas ocultando el cielo.

Yarek sintió un ahogo en el pecho al verla. La esperaba pero no podía olvidar que un año antes había pasado tres meses en animación suspendida y eso le había hecho llevadero el tiempo. Esta vez tendría que estar consciente hasta la llegada de la primavera, encerrado en el refugio con un animal cada vez más imprevisible y un cachorro que crecía a paso de gigante y a quien había que controlar constantemente para que no estropeará ninguna pieza de su equipo.

Jara, que había estado dormitando, salió a la puerta y en su rostro se reflejó una

emoción que Yarek no fue capaz de interpretar. Una emoción tan intensa que todas sus facciones quedaron distorsionadas convirtiéndola en una extraña. Dio media vuelta y, abrazando fuertemente a la niña, salió al exterior, casi bailando.

Por unos minutos Yarek, de pie en el umbral, se contentó con verlas danzar alejándose del refugio, perdidas en el manso torbellino de nieve que recordaba al interior de un antiguo pisapapeles de museo. Era hermoso verlas así, echando atrás la cabeza, sonrientes, abriendo la boca para recoger los copos que les caían en la lengua, dando vueltas y más vueltas entre la nevada, sus siluetas cada vez más sutiles, más difuminadas por la distancia y la nieve. Jara no había sido hecha para pasar sus días encerrada en un refugio humano. Era una criatura salvaje, una manifestación de la naturaleza como los árboles y la lluvia.

Decidió dejarlas disfrutar de su mundo ahora que aún podían y volvió dentro.

Tres horas después no habían regresado y la nieve seguía cayendo como un diluvio silencioso, vertical, imperturbable, borrando las huellas de la danza de las últimas iloi del verano.

Se enfundó en su traje más cálido y salió a buscarlas con una linterna. El mundo era un negativo de la oscuridad sin dirección y sin meta. Empezó a gritar sus nombres y no percibió ni siquiera un eco de su propia voz.

Con la respiración entrecortada y sudando dentro del traje, recorrió una y otra vez el contorno del refugio llamando, gritando, tanteando el suelo con los pies, buscando una huella, una referencia. No había nada. El invierno se las había tragado, como si nunca hubieran existido.

Le empezó un dolor de cabeza que se le clavaba en los ojos y le impedía pensar. Sólo sabía que tenía que encontrarlas. Que sería su muerte si no lo conseguía, si pasaban una noche fuera del refugio. No pensó que también lo sería para él. Eso había dejado de tener importancia. En esos momentos en Ianus sólo existía su voz gritando dos nombres: Nova y Jara.

Cuando las encontró, estuvo a punto de pasarlas por alto. Tenía los ojos llenos de lágrimas que se le congelaban en las pestañas y le impedían la visión. No era más que un montón de nieve formado por el viento, uno más como muchos otros.

Lo tocó con el pie y le pareció oír que un gemido salía del interior de la nieve. Se tiró al suelo y empezó a cavar con las dos manos.

Nova estaba acurrucada contra su madre y lo miraba con los ojos entrecerrados; Jara parecía dormida. La sacudió con toda su fuerza hasta que abrió los ojos clavando en él una mirada que era como un taladro de odio y que lo dejaba impotente y tembloroso.

La mujer se debatió débilmente cuando Yarek arrancó a la pequeña de su abrazo y la metió dentro de su traje térmico. Luego volvió a cerrar los ojos y toda la fuerza del hombre no fue bastante para volverla a sacar de su sueño.

Sabía que tenía que volver al refugio y conseguir como fuera que Nova entrara en calor si esperaba que sobreviviera, pero no podía dejar a Jara dormida en la nieve. No sería capaz de encontrarla al volver y, si lo lograba, ya habría muerto. Y tampoco podría dejar sola a la niña en el refugio; el riesgo era demasiado alto.

Se quedó allí durante unos minutos, mirando el cuerpo inmóvil de Jara que la nieve iba cubriendo poco a poco, sin poder creerlo y sin poder llegar a una decisión. Nova se había dormido contra su pecho.

«Si la dejas ahí, te haces cómplice de asesinato.»

«No es asesinato. Es suicidio. Es su voluntad. Yo no puedo hacer nada.»

«¿Suicidio otra vez, Yarek? ¿Otro animal que se suicida? ¿Desde cuándo tienen voluntad los animales para poner fin a su vida?»

El cuerpo de Jara ya no era más que un bulto bajo la nieve. Yarek tenía la sensación de que la nariz se le rompería en pedazos si intentaba frotársela. Él también se estaba quedando congelado y allí ya no había nada que hacer.

Aseguró el cuerpecillo de Nova contra el suyo, echó una última mirada a lo que había sido Jara y emprendió la marcha hacia el refugio mientras las lágrimas, descontroladas, ponían un recuerdo de calor en su rostro.

Las primeras semanas del invierno pasaron con rapidez aunque los días, tomados uno a uno, se le antojaban eternos. Nova olvidó pronto a su madre pero no era una criatura hecha para estar encerrada durante tanto tiempo y en ocasiones sus crisis de llanto y sus espantosas pataletas lo obligaban a salir al exterior con ella aunque sólo fuera durante unos minutos. A la vuelta, Nova se tumbaba en el rincón que había sido de Jara, apoyaba la cabeza en los brazos y lloraba bajito hasta que se dormía.

Yarek había perdido ya toda esperanza de educarla a su manera. Nova tenía toda la educación que necesitaba, una educación contenida en sus genes y que la había preparado para un mundo absolutamente distinto, un mundo de aguas y árboles y compañeros de juegos, así que ahora no podía hacer más que crecer y madurar, prisionera de unas circunstancias que jamás entendería, como el último animal de una especie vegetando en el último zoológico.

En los buenos momentos, Yarek jugaba con ella, le enseñaba a imitar gestos, le ponía vestidos que él mismo diseñaba, le mostraba imágenes en Buitre que la hacían palmoear de alegría y le permitía escoger la música que quería oír. Otras veces Yarek la olvidaba durante horas mientras trabajaba en sus informes, dictando hipótesis sobre Ianus o estudiando las últimas comunicaciones en el campo de la xenología. La dirección de los trabajos de campo en el nuevo planeta aún no había sido adjudicada y eso era algo que daba a su vida algo cercano a un sentido. Si aún no se habían puesto de acuerdo, eso quería decir que Yarek aún tenía partidarios, que aún podía esperar por improbable que pareciera.

Yarek maldecía y confiaba, esperaba, estudiaba mientras Nova miraba por la ventana al muro de hielo que era todo lo que abarcaba la vista y se iba convirtiendo en adulta a medida que avanzaba el invierno.

A veces, como Jara antes que ella, Nova se ovillaba a sus pies y él pasaba su mano una y otra vez por su cabello, tan diferente al de su madre, y así pasaban las horas, lentas, elásticas, como si el tiempo se estirara hasta tocar la nada. Yarek había dejado de usar la tridi porque no se atrevía a dejar a Nova tanto tiempo sin vigilancia; había dejado también de usar la medimáquina salvo para algún rápido chequeo cuando ella dormía y ya apenas pensaba conscientemente en Viento. Tenía la sensación de que todo aquello había desaparecido entre las sombras de su pasado, como un sueño especialmente intenso que, con los años, se va desdibujando en la memoria.

Algunas noches volaba aún con los buitres, pero al despertar sólo tenía conciencia de haber estado allí, formando parte de ellos, en un tiempo sin tiempo; eso era todo. Tampoco quería ahondar más en ello; creía posible que la parte rebelde de sí mismo hubiera empezado a perdonarle y eso le proporcionaba una paz que no deseaba cuestionar en la vigilia. Como la herida de su oreja, también la de su alma se había cerrado y, con ella, un período de su vida. Todo lo que ahora tenía estaba en el presente y, aunque era poco, era suyo y no le hacía sufrir. Él, que siempre había vivido para el futuro, incapaz de apreciar nada que no fuera la próxima realización de sus deseos, proyectos y planes, se había acostumbrado al presente de Ianus, al invierno perpetuo que parecía haberse instalado para siempre en su corazón.

Su mente se revelaba de vez en cuando y le proporcionaba varios días de actividad intelectual en que sentía la necesidad de sentarse frente a Buitre y reclamar su lugar en la comunidad pensante del universo. En esos días, dejando a Nova de lado, se concentraba en complejos informes de nuevos descubrimientos y nuevas teorías que lo espoleaban en su propio trabajo de campo y lo mantenían en tensión durante horas esperando que pronto llegase la primavera y, con ella, la siguiente ocasión de estudiar a los iloi que volverían con el deshielo.

Esta vez todo iría mejor. Esta vez, apenas aparecieran, llevaría a Nova a conocer al grupo y participaría en su vida, aprendería sus costumbres, observaría minuciosamente sus prácticas, redactaría un informe definitivo sobre esa nueva especie, desconocida aún para sus colegas.

En un impulso de actividad, pidió a Buitre las grabaciones del ritual de cortejo que hacía meses que no había visto. Nova, en su rincón, se concentraba en colocarse sobre la cabeza todas las ropas que la rodeaban en un montón de colores.

En la pantalla aparecieron los rostros de las jóvenes iloi del verano adornadas con flores y hojas, atentas a la grito de los machos. Esta vez Yarek se había propuesto establecer la secuencia fonética que utilizaban aunque siempre había tenido la

impresión de que la alternancia de «o» y «a» era totalmente arbitraria.

En cuanto los primeros gritos resonaron en el refugio, Nova dejó caer las ropas con las que había estado jugando y clavó en Yarek una mirada de asombro sin límites.

Yarek, sorprendido a su vez, le hizo señas de que se acercara y ella, tras un instante de duda, rompió en una sonrisa luminosa y coqueta que se correspondía punto por punto con las de las iloi que Buitre presentaba.

Caminando pausadamente, de una manera totalmente desacostumbrada en ella, Nova se acercó a él, los ojos brillantes, las manos jugando con los ridículos adornos que se había colocado en la cabeza. Yarek sintió una punzada en la boca del estómago. ¡Qué estúpido había sido! ¡Qué absurdo no haberse dado cuenta de que Nova había llegado a la edad en que, en un desarrollo normal de su vida, los jóvenes machos habrían empezado a competir por sus favores! Y no había hecho falta más que el sonido adecuado para que Nova adquiriera conciencia de su necesidad.

Allí estaba ahora, a su lado, mirando fascinada la pantalla donde aparecían rostros de seres que ella reconocía como iguales, llamándola, atrayéndola, hablando directamente a una fuerza enterrada en el fondo de sí misma, a la fuerza más poderosa de la naturaleza.

Nova no era capaz de distinguir entre la realidad presente y la realidad de la pantalla; para ella, lo que se estaba desarrollando ante sus ojos era tan real como la presencia de Yarek y el muro de hielo que rodeaba el refugio. La pobre criatura estaba esperando, con todo su orgullo de hembra, a que uno de los ganadores la eligiera a ella al término de su combate verbal. Era demasiado cruel. Yarek desconectó la grabación y la miró sin saber qué decirle.

Nova no separó la vista de la pantalla, ahora oscura. Siguió esperando hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas y sólo entonces desvió la mirada hacia Yarek en una muda imploración que llenó a Yarek de ternura, impotencia y miedo. ¿Qué podía hacer él? ¿Cómo explicarle a aquel animalillo en forma humana que todo lo que acababa de ver no eran más que recuerdos almacenados de una realidad perdida en el tiempo? ¿Cómo decirle que una de aquellas jóvenes iloi era su propia madre, ahora enterrada bajo dos metros de nieve? ¿Cómo hacerle entender que para ella no habría ritual de cortejo, ni machos jóvenes con los que aparearse sobre la hierba tibia, ni baños en el lago, ni bayas dulces ni pistachos crujientes? Ella había nacido fuera de tiempo, hija del invierno y de la soledad, de piel morena y pelo ensortijado, producto de la desesperación de un humano enloquecido por el desprecio de mil mundos. ¿Cómo decirle eso?

Le acarició la melena rizada, tendida como una aureola sobre su cabeza, puso las manos sobre sus hombros, intentando que la intensidad de su mirada le comunicase la dura realidad y acabó besándola en la frente, abrumado por la pena. No era más que un pobre animal herido pero era también su hija y su única compañía. Y una mujer en

el umbral de la vida adulta.

Dejó caer los brazos y se alejó de ella. Tendría que sufrir. No había otro remedio. Antes o después llegaría la primavera y entonces conocería a otros de su especie, vagaría por ellos por bosques y praderas, dormiría bajo el cielo, tendría un hijo, tal vez.

«Si para entonces aún es fértil —se dijo, en contra de su pensamiento consciente—. Si al ritmo que sigue su desarrollo, aún está viva cuando suceda todo eso, cuando llegue el deshielo, cuando vuelvan los suyos. Si ellos la aceptan a pesar de ser un Yarek en versión femenina y, para entonces, vieja.»

Apoyó la frente contra la ventana sintiendo el frío en la piel.

«¿Y qué puedo hacer yo? Su existencia es culpa mía, de acuerdo, pero no puedo hacerme responsable de su desgracia. Yo la salvé. Si no hubiera sido por mí estaría muerta, como su madre. No puedo reparar un error cometiendo otro. ¿De qué serviría?

»Quizá la harías feliz.»

»¿Feliz? ¿Primero engendro una hija en un animal de forma humana y luego hago feliz al cachorro cometiendo la misma indignidad?»

Nova se había puesto a cuatro patas y, con la cabeza enterrada entre los brazos, daba gemidos cortos y agudos moviendo las ancas circularmente, muy despacio.

«Está claro lo que pide. ¿Se lo vas a dar, Yarek?»

«Es mi hija, maldita sea. Incluso si no fuera un animal, seguiría siendo hija mía. Es incesto, ¿no lo ves? El más antiguo tabú de la humanidad.

»¿Te preocupa eso, Yarek? ¿De verdad? ¿Y qué hay del genocidio? ¿Y el asesinato? ¿No son esos también antiguos tabús de tu especie?

»He pagado ya. He pagado y seguiré pagando durante mucho tiempo. Con soledad, con dolor, con pesadillas, con toda mi vida y mi carrera, con todo lo que soy. ¿No es bastante?»

La otra voz no contestó.

Nova seguía gimiendo en el suelo, sin mirarlo.

Yarek tomó la decisión que en las semanas siguientes llegó a considerar como la más heroica de su vida: le inyectó a Nova un sedante suave, sacó la medimáquina y la conectó a ella para nueve semanas de animación suspendida.

Ni siquiera se molestó en averiguar si la máquina quedaría inútil para uso humano después de haberse reajustado a las exigencias de mantenimiento biológico de un iloi; lo único que le importaba era que, cuando llegara el deshielo, Nova tendría la edad adecuada para encontrar pareja y disfrutar de Ianus con los suyos. Él sobreviviría en soledad, como siempre había hecho.

Yarek volvió al refugio con una sonrisa maravillada en los labios y el corazón tan

ligero que casi se sentía flotar sobre la hierba. Las maravillas del día pasado en el mundo exterior, en la primavera que había vuelto a explotar a su alrededor como un milagro, le habían derretido el alma entumecida como la luz del sol había fundido el hielo del invierno.

Desde la llegada de la primavera, Yarek había observado a los nuevos iloi siguiendo su evolución día a día para determinar el momento preciso en que su hija tuviera exactamente la misma edad del resto de los jóvenes y pudiera intentar unirse a ellos. Había sido un tiempo difícil, doloroso, un tiempo en el que Yarek miraba la forma dormida de la muchacha e imaginaba todas las posibilidades a su alcance rogando, sin saber a quién, que todo funcionara con ella como había funcionado con él mismo el año anterior.

Ahora sus deseos se habían cumplido: Nova había sido aceptada entre los iloi y Jara estaba viva y lo había reconocido.

Le había costado aceptar la evidencia en los primeros minutos pero había acabado por rendirse, maravillado, a los hechos: Jara había sobrevivido a su tumba de hielo. Los iloi debían de tener un ciclo vital similar al de los sherta, que también habían salido de sus madrigueras invadiendo el suelo de Ianus con su actividad. Al parecer, todo lo que estaba vivo y no emigraba, como los pájaros, se limitaba a hibernar durante el invierno. Lo que resultaba milagroso era el sistema de los iloi, que no se refugiaban en cuevas o guaridas subterráneas sino que, posiblemente, hacían como había hecho Jara y se limitaban a dejarse cubrir por las nieves hasta la llegada del deshielo. Entonces salían las hembras, ya a punto de parir los cachorros que habían sido engendrados durante el verano y en quince o dieciséis semanas florecía una generación de iloi. Si su hipótesis era acertada, Nova tendría aún una oportunidad de procrear o por lo menos habría vivido una estación completa con su pueblo.

Se sentía tan feliz que casi lamentaba ser humano y que su maldito raciocinio se impusiera constantemente entre sus sensaciones y sus sentimientos.

Los iloi eran animales, ahora estaba totalmente seguro, pero podían ser interpretados, con un poco de habilidad, como el pueblo más natural, inocente, pacífico e ideal de todos los que se conocían. Eran como, según los mitos, debían de haber sido los humanos en el Paraíso: puros, bellos, perfectamente ignorantes, en armonía total con su entorno. Criaturas de Dios.

Imaginó por un instante lo que sucedería con ellos si sus informes llegaban a hacerse conocidos y alguien decidía que Ianus era accesible a la colonización humana y el pensamiento le dio náuseas. Los hermosos iloi, lavados, perfumados y bien vestidos, se convertirían en animales de lujo, en muñecos vivientes para ricos ciudadanos ociosos con la ventaja, además, de que su corta vida los haría enormemente deseables. Ni los más aburridos de sus conciudadanos podrían cansarse de un nuevo juguete que dura apenas unos meses.

Su mente se llenó de imágenes del Ianus primaveral convertido en un lugar de vacaciones para grandes millonarios que invadirían sus bosques y sus lagos jugando a un mundo élfico con las criaturas de ojos verdes y cabellos de fuego, disfrazándolas de hadas, cargándolas de joyas rutilantes y sonoras, dándoles a comer bocados de productos extraños a su mundo, bañándose con ellas en ríos de temperatura controlada, plantando flores estériles, para no alterar el equilibrio ecológico, de perfumes espesos y dulzones, llenando sus noches de lunas falsas en todos los colores y de luces sin fuego para iluminar las tinieblas de los bosquecillos creando un mundo de fantasía en el que pasar unas semanas al año y distraer así el eterno aburrimiento de una existencia sin finalidad. Veía ya los enormes hoteles subterráneos construidos a toda prisa durante el otoño, las infinitas extensiones herbosas convertidas en campos de golf, los caballos clonados construidos para durar un solo verano, las playas artificiales que se pondrían en seco antes de las primeras nieves, los planeadores solares invadiendo el cielo transparente de Ianus en los largos días del estío, las tiendas y pabellones de telas multicolores que salpicarían los bosquecillos para recreo de sus nuevos dueños, el traslado de todos los animales peligrosos a zonas de creación artificial convenientemente apartadas de las áreas de vacaciones.

La felicidad que sentía al volver al refugio había desaparecido dejando en su lugar una amargura desconocida. Todo aquello no estaba más que en su pensamiento pero por un instante había sido tan real que no conseguía sacárselo de la cabeza.

Con un poco de suerte, durante veinte años, dieciocho ya, los iloi y su mundo podrían quedar a salvo. Luego ya... antes o después alguien estaría en el planeta el tiempo suficiente para darse cuenta de sus posibilidades. Quizá un equipo de geólogos o cartógrafos o quién sabe qué, pero antes o después se sabría y entonces no habría manera de detener el proceso. Si Ianus quedaba clasificado como planeta colonizable, el procedimiento sería lento porque no era de los más deseables pero, si se le registraba como mundo de recreo, la conversión podía ser completa en menos de un año. Y nadie podría hacer nada para detenerla.

Sólo él.

Sólo Yarek podría al menos intentarlo. Y tenía que ser ahora. Ahora que aún era dueño absoluto de su mundo.

Le llevó sólo tres días pensarlo y tomar su decisión. Tres días en que apenas durmió, horrorizado ante la enormidad de lo que representaba aquello: un corte brutal con todos sus principios, con toda su forma de ver la vida, una contradicción absoluta con la ética que había marcado su existencia.

No había más salida que la mentira, una mentira monstruosa que reclamaría toda su habilidad, todos sus conocimientos y muchos años de su vida si quería hacerla completa y bien trabada.

Tendría que inventar una civilización alienígena en todos sus detalles, incomprensible pero coherente, una filosofía basada en el devenir cotidiano, en la inexistencia de pasado y futuro, una religión consecuente con esa actitud, una lengua escrita cimentada en conceptos eternos sin ninguna practicidad inmediata ya que los iloi ni conocían el lenguaje oral ni lo desarrollarían en los próximos siglos, una lengua basada en verbos sin conjugación y sin pronombres, en ese caso, sin sustantivos particulares, con una especie de adjetivos matizadores de verbos que no llegaran a ser adverbios en el sentido común a las lenguas humanas y muchos otros detalles que se le irían ocurriendo al correr de los años. Una empresa sobrehumana. Una empresa digna de Yarek.

Borró de Buitre todos los informes que había dictado a lo largo de sus días en Ianus y, aunque pensó destruir la máquina, no lo hizo porque sabía que aún le haría falta para construir la civilización iloi. Sin poder decir por qué, estaba seguro de que había sido efectivamente abandonado a su suerte en aquel planeta sin ningún tipo de vigilancia; las enormidades que ya había cometido habrían justificado una intervención exterior que no se había producido ni llegaría a producirse jamás. Estaba solo y solo tendría que construir toda la evidencia, pero ahora Buitre le era indispensable.

Tecléo furiosamente una enorme lista de puntos que habría que tomar en consideración. El último decía:

—¿Desactivar el localizador?

No le dio respuesta por el momento. Aún no estaba preparado para renunciar a su vida futura, a la posibilidad de volver a empezar en otra parte después de Ianus. Pero ya decidiría. Le esperaba un gran trabajo en los próximos dieciocho años. Un trabajo de demiurgo.

En toda la historia de la humanidad era la primera vez que un hombre, un solo hombre, fuera del mito y la literatura, iba a construir un mundo. El mundo de Yarek.

Sonrió. En el exterior, los iloi andarían buscando las primeras bayas y, en unos días más, el aire se llenaría de gritos de cortejo.

Volvió a sonreír y, dejando que sus dedos planearan un instante sobre el teclado de Buitre, puso manos a la obra.

—¡Esto es una tomadura de pelo, señores! —El furioso taconeo de Dorotea Cortés había precedido a sus palabras y el golpe de la carpeta estrellándose sobre la pulida superficie de la mesa de juntas les puso fin.

Tres de los cuatro pares de ojos que habían seguido su estrepitosa entrada — Dorotea Cortés conservaba el estilo agresivo que había estado de moda en su juventud, treinta años atrás— se desviaron de ella para posarse en la figura del presidente, la Muy Honorable Mariemma O’Neil, esperando su reacción. Todos

sabían que las dos mujeres no se llevaban particularmente bien.

—¿Tendría Su Gracia la bondad de precisar ese concepto?

Cortés se mordió el labio inferior y, ajustándose a la sugerencia del presidente, cambió de registro lingüístico sin ninguna dificultad:

—El informe de que disponemos ha sido narrado de una manera intolerablemente valorativa, con unas pretensiones literarias de las que hubiera podido prescindirse en aras de una mayor objetividad. El estilo induce con frecuencia a error y presenta supuestos pensamientos, ideas y conclusiones del sujeto mismo sin que tales puedan llegar a verificarse de ninguna manera. Hacia el final del informe el ritmo se acelera y la minuciosa presentación de la supuesta vida interior del sujeto se comprime hasta casi desaparecer mientras que el narrador nos ofrece cada vez con mayor desfachatez sus propias valoraciones forzándonos a aceptarlas como válidas porque no tenemos con qué contrastarlas. Sinceramente, no me parece una base seria para el debate, Señorías.

—Anímate, Dorotea —respondió Moshe Goldberg desde el otro extremo de la mesa—. Tampoco el debate es serio.

O'Neil clavó la vista en Goldberg que, sonriendo con candor infantil, a pesar de sus ochenta años, esbozaba ya un gesto de disculpa por el comentario.

—El presidente desearía conocer la opinión del Muy Honorable Juez Donovan al respecto —dijo O'Neil.

Donovan alzó los ojos de las finas gafas de montura dorada que estaba limpiando para mantener las manos ocupadas y contestó, como pillado en falta:

—¿Eh? Sí, sí, por supuesto. Ese informe ha sido redactado por Naele O., la última palabra de lo que disponemos en sistemas sintetizadores de pensamiento y percepción humanos. Todas Sus Señorías han recibido también un listado completo de los datos independientes con los que N.O. ha elaborado esa narración que, creo superfluo decirlo, es mucho más agradable de leer, además de más comprensible que el enorme conjunto de datos de que disponemos. Si alguna de Sus Gracias considera que las conclusiones de N.O. son erróneas en alguna situación determinada, siempre le queda abierto el camino de estudiar en detalle las lecturas de esa situación concreta y elaborar una conclusión personal aunque creo mi deber añadir que la interpretación interrelacionada de criterios tales como la presión arterial, temperatura corporal, aumento de actividad de glándulas sudoríparas, producción de ácidos estomacales, tensión muscular y otras constantes fisiológicas, sumadas a la interpretación de imágenes mentales, asociaciones propias del individuo, esquemas lingüísticos verbales y mentales, estimulación sensorial de todo tipo y los más de quinientos factores que entran en consideración en cada segundo de actividad del individuo en cuestión hacen casi imposible la tarea para un cerebro simplemente humano. Lo que, evidentemente, no impide a nadie intentarlo. En cuanto al problema de las últimas

páginas, Su Gracia tiene toda la razón pero N.O. ha recibido órdenes de pasarnos el informe en el momento en que exista una base suficiente que nos permita deliberar y una alta instancia que no considero necesario nombrar ha decidido que no se nos puede conceder más tiempo. Tenemos que llegar a una decisión con la información de la que disponemos en estos momentos.

—Sin embargo me molesta pensar que la interpretación de esa máquina es lo único de lo que disponemos —insistió Cortés.

—N.O. no es una máquina, Señoría, es un dispositivo sintetizador de...

—Eso ya lo ha dicho antes Su Gracia —interrumpió el presidente.

—Mis disculpas. Y si tranquiliza a Sus Señorías en alguna medida, ese informe ha sido verificado y, caso de haberse hecho necesario, corregido y complementado por otros tres sistemas similares de dos generaciones diferentes.

—Todos ustedes han recibido los listados complementarios a los que aludía el señor Donovan, ¿no es así? —intervino el presidente de nuevo.

Los cuatro presentes afirmaron con la cabeza rápidamente tratando de que se pasara por alto el hecho de que ninguno había considerado necesario llevarlos consigo a la reunión y apenas si habían lanzado una ojeada superficial a los casi trescientos kilos de material impreso.

—Entonces procederemos bajo el supuesto común de que todas nuestras deliberaciones hasta la obtención del veredicto se habrán de basar exclusivamente en el informe redactado por N.O. en nuestro beneficio. ¿Alguna objeción?

Dorotea Cortés alzó la mano:

—Deseo que conste mi reserva sobre la objetividad del informe.

—Constará en el sumario, Su Gracia. Procedamos. Esta reunión, a puerta cerrada, constituye, como todos ustedes saben, la última posibilidad que las leyes de la Federación de Mundos Humanos contemplan para la revisión del veredicto dictado contra Lennart Yarek. No creo necesario recordarles, aunque voy a hacerlo, que nosotros cinco, Gran Juez Dorotea Cortés, Gran Juez Joe Donovan, Gran Juez Moshe Goldberg, Gran Juez Joao de Sousa y yo misma, Gran Juez Mariemma O’Neil, constituidos en Tribunal Supremo de la Federación, somos última e inapelable instancia y que nuestro veredicto, unánime, será definitivo.

»Nuestras deliberaciones deberán orientarse a dictaminar, más allá de toda duda razonable, si Lennart Yarek mintió deliberadamente en su clasificación final de la especie que llamaremos aarea, habitantes del planeta conocido por Viento, causando con ello el suicidio en masa de esta especie.

Moshe Goldberg, que ocupaba el extremo de la mesa, a la izquierda del presidente, levantó la mano a la altura de la oreja en un curioso gesto, conocido por todos los jueces.

O’Neil pulsó un botón en el panel que tenía delante y preguntó casi con

resignación:

—¿Qué hay, Moshe?

—Que empiece a ponerme nervioso toda esta parafernalia jurídica que te has empeñado en imponernos como si estuviéramos en un serial de tridi. No te ofendas, Mariemma, pero creo que todos tenemos muy claro para qué estamos aquí y todos conocemos más o menos las opiniones al respecto de todos los presentes. Esto es una reunión a puerta cerrada. No se protocolará más que el veredicto y una síntesis de nuestras deliberaciones así que no veo por qué no podemos hacer de esta reunión algo distendido y, en lo posible, amistoso.

—Opiniones —pidió sucintamente O'Neil.

Hubo varios encogimientos de hombros acompañados de alzamientos de cejas.

—Está bien, entonces. Prescindiremos de tratamientos y demás. ¿Qué pensáis?

—Lo que ya he dicho antes. Que esto es, como decía Dorotea, una tomadura de pelo a todos nosotros aunque por otras razones que las que apuntaba. No nos hemos reunido aquí para revisar la evidencia y decidir si Yarek es culpable o inocente de un crimen que, vamos a ser sinceros, a nadie le importa un pimiento ya. Todos sabemos que nos han hecho reunir para dar una apariencia de legalidad y elegancia a la rehabilitación de Yarek que va a tener lugar de todas maneras, independientemente de nuestro veredicto, porque nuestro Gobierno necesita a un xenólogo de primera fila que, a ser posible, tenga algo que agradecerle. Que la base de nuestras deliberaciones sea una historieta llena de incoherencias narrada por una máquina es algo que se halla a la altura exacta del papel que nos toca representar.

—Goldberg, N.O. no es una máquina y su narración no es una historieta. Te aseguro que se ajusta en todo a la verdad aunque, por supuesto, no todo lo que es cierto es también narrable. Siempre hay que llevar a cabo una selección de materiales.

—Selección que lleva a cabo la querida N.O. O quien esté detrás de ella, ¿me equivoco?

—N.O. tiene órdenes de narrar lo que pueda ser relevante para nuestras deliberaciones. Sería imposible encerrar en menos de cien páginas un año de pensamientos, sentimientos, asociaciones... y sería espantoso de leer.

—Sí, ya dijo no sé quién que la literatura era el arte de la omisión, pero se trata precisamente de eso: de que no es o no debería ser literatura, sino evidencia jurídica.

—Cortés recorrió las caras de los presentes buscando un apoyo que no encontró.

—Lo de las incoherencias es algo que depende del punto de vista del observador, el lector en este caso —continuó Donovan como si Cortés no le hubiera interrumpido.

—Me gustaría que centráramos nuestra discusión en el comportamiento de Yarek que, al fin y al cabo, es la única base de que disponemos para juzgar. Tanto si nuestro veredicto final agrada al Gobierno como si no, no estoy dispuesta a convertir esta revisión del proceso en una función de circo. Opiniones.

—En el informe, tal como está, nos aparece la imagen de un hombre alternativamente hundido en la desesperación y perdido en delirios de megalomanía. Yo no he encontrado en ningún momento la certeza absoluta de Yarek para consigo mismo de haber cometido un crimen deliberado. Hay arrepentimiento, sí, pero en cuanto a que su error ha causado el fin de una especie. No hay nada que induzca a creer que haya mentado deliberadamente en su informe. Mi opinión es que el Gobierno puede continuar confiando en él y esperar de su profesionalidad que no vuelva a cometer un error de esa magnitud. Y que conste que me revienta darle la razón al Gobierno y contestar lo que ellos quieren oír, pero sinceramente, no encuentro razones de peso para juzgarle culpable. —Goldberg volvió a acomodarse en su sillón.

—Sin embargo queda bastante claro en su perfil psicológico que se trata de un hombre con muy pocos escrúpulos morales. Alguien que se preocupa en primer lugar de sí mismo y su propia carrera, para quien la consideración debida al otro, sea quien sea este otro, tiene muy poco valor. —De Sousa hablaba pausadamente, tratando de sonar lo más objetivo posible.

—Pero ayudó a la iloi y educó en lo posible a la pequeña, prescindiendo de su propia comodidad —apuntó Donovan—. Y sus escrúpulos morales no fueron tan escasos como para no arrepentirse de haber tenido relaciones sexuales con un ser al que consideraba un animal y en ningún momento llegó a considerar la posibilidad de cometer incesto.

—Me gustaría que no nos apartásemos de la cuestión principal —interrumpió Cortés—. No tenemos ningún derecho a juzgar el comportamiento privado de Yarek y todos sabéis que yo me opuse desde el primer momento a que se le hiciera objeto de una investigación que sigo considerando ignominiosa.

—Pero que, como bien sabes, fue aprobada por su único familiar vivo con el objeto de intentar la reivindicación del buen nombre de su padre en una última apelación.

—No creo que un hijo tenga derecho moral ni jurídico sobre el núcleo más privado de la conciencia de un hombre. Aparte de que en mi opinión, irrelevante en las circunstancias, los motivos de ese hijo se orientan más bien hacia asuntos, digamos, crematísticos.

—Ese tampoco es el meollo de la cuestión, Dorotea —cortó O’Neil con expresión cansada—. Tenemos que decidir sobre su competencia como xenólogo y sobre su posible crimen.

—Su competencia profesional está fuera de duda.

—Error, Dorotea —terció De Sousa—. ¿Qué clase de xenólogo es Yarek que no ha sido capaz de ver más allá de sus narices en cuanto se ha encontrado sin sus especialistas? Un hombre de papel que no ha sabido darse cuenta de lo que realmente

importaba, que no ha visto que los sherta, como él los llama, son una especie inteligente que incluso utiliza a los iloi para sus fines por medio de un limitado pero efectivo control telepático, como tú bien sabes. En cuanto le echó la vista encima a un grupo de seres de aspecto humano, se concentró en ellos como hubiera hecho cualquier ciudadano sin ningún tipo de entrenamiento xenológico, ignorando el resto de su entorno.

—Tú mismo has dicho que el hombre estaba desesperado y medio enloquecido por la soledad.

—Eso lo he dicho yo, Dorotea —intervino Goldberg.

—No importa. Creo que en eso estamos todos de acuerdo —concedió De Sousa.

—A mí lo que me resulta curioso es que en ningún momento se haya planteado la cuestión de que lo que le está sucediendo sea tan poco coherente en sí mismo —dijo Goldberg, casi pensando en voz alta.

—Varias veces se refiere al mundo que le rodea como si se tratara de un sueño, si hemos de creer al narrador del informe. —Cortés repasaba las páginas que tenía delante.

—Eso es perfectamente normal. —Donovan se había vuelto a quitar las gafas y las limpiaba metódicamente con un pañuelo amarillo—. No hay nada que le permita saber dónde se encuentra, todo ha sido construido usando y combinando elementos ya conocidos y su ordenador hubiera podido darle todos los paralelos existentes si Yarek hubiera tenido interés en conocerlos. Y en cuanto a lo de la coherencia, ¿a ti te parece que nuestra realidad, la de todos los días, la que conocemos o creemos conocer, es efectivamente coherente en sí misma? ¿No has pensado nunca que la realidad que nos rodea y que consideramos la única puede muy bien no serlo?

—Lo de las incoherencias... ¿no sería más bien asunto del programador de la historia-base, o como quiera que se llame esa profesión? —intervino De Sousa, que hasta entonces había escuchado en silencio.

Todas las miradas volvieron a Donovan, el único de ellos que poseía conocimientos sobre el asunto.

—Sinceramente, no acabo de comprender eso de las incoherencias. El guión narrativo que fue preparado por los especialistas como punto de partida para el mundo de Yarek no prevé la existencia de lo que estáis llamando incoherencias. Lo que se dan son estímulos a los que Yarek reacciona y a partir de los cuales obtenemos una base fiable para nuestras deliberaciones. Que a nosotros nos parezca más o menos aceptable el cambio de clima, la aparición y desaparición de flora y fauna, la existencia de los humanoides y todo lo demás es algo que depende de nuestro punto de vista de lectores. Cuando uno se encuentra de golpe junto a un volcán en erupción, lo normal es tratar de sobrevivir no de plantearse hasta qué punto es coherente con la realidad el que ese volcán se haya vuelto activo. ¿No os parece?

—Os ruego una vez más que no divaguemos hacia la filosofía o el psicoanálisis aficionado. ¿Mintió o no mintió sobre los buitres? —O’Neil parecía estar perdiendo la paciencia.

Donovan y Cortés movieron negativamente la cabeza mientras Goldberg se encogía de hombros y De Sousa afirmaba lentamente.

El presidente se pasó la mano por la larga peluca rubia y suspiró:

—Necesito una buena ilustración de las dos respuestas.

—Alguien que, con una integridad profesional como la de Yarek y ese amor desmedido a su carrera, es capaz de arriesgarlo todo en beneficio de unos seres que podrían ser destruidos por la injerencia humana, no habría sido capaz de mentir declarando no inteligentes a los buitres. Él sabía muy bien que clasificándolos como animales no les hacía ningún favor; lo hizo por pura integridad. —Dorotea Cortés se apartó de los hombros los rizos negros azulados de su peluca y volvió a clavar la vista en el informe.

—Un hombre que miente de la manera en que ha empezado a hacerlo con respecto a los iloi, llegando incluso a destruir sus propios informes sobre el pueblo objeto de estudio, es capaz de mentir en cualquier circunstancia si sirve a sus fines. —De Sousa esperó unos segundos y, en vista de que nadie añadía nada, extendió las palmas de las manos y volvió a encogerse en su sillón.

—Hay que reconocer —dijo Donovan tras una pausa— que las mentiras, caso de ser tales, serían cualitativamente distintas, muy distintas.

—¿Por ser sus finalidades diferentes, Joe? ¿Porque en un caso estarían motivadas por el egoísmo y en otro por un altruismo siempre discutible? —Goldberg miraba intensamente a Donovan, como perplejo por la posibilidad de que para el otro los fines pudieran ser usados como disculpa para el medio utilizado.

Donovan se pasó la mano por el escaso cabello gris:

—Sé, por supuesto, que eso no tiene el menor peso jurídico pero hay que considerar que cuando uno está cumpliendo sentencias por genocidio tiene cierta tendencia a andarse con pies de plomo, Moshe. ¿O no te parece que Yarek tendría serios motivos para considerarse culpable de genocidio si sus sospechas sobre el comportamiento humano en Ianus, caso de ser clasificado como mundo de recreo, se confirmasen? Entonces sí que sería directamente responsable de la muerte, o la explotación o la ignominia de un pueblo.

—De una especie animal —precisó De Sousa—. Una especie animal de aspecto humano que sólo en su cerebro enfermo es una civilización inteligente.

—¡No lo es y Yarek lo sabe perfectamente! —Cortés tenía dos puntos rojos en las mejillas que destacaban en su rostro perfectamente pálido.

—Pero finge que son equiparables a la especie humana.

—Por su bien. Para su propia protección.

—Pero finge.

—¡Sí!

—Luego miente.

De Sousa empezó a quitar invisibles hilillos de la manga de su traje, una vez demostrado su punto de vista. Goldberg cabeceaba sonriendo sin apartar la vista de Cortés que estaba sacando unas pastillas de una pequeña caja de laca y temblaba visiblemente.

—Todos sabemos que en el caso de los iloi ha mentido y se propone seguir haciéndolo y todos, estemos de acuerdo con ello o no, somos capaces de comprender el porqué, pero eso no nos permite concluir que en el caso de los buitres haya mentido en su informe final. —Donovan hizo una pausa para inspirar profundamente—. También sabemos todos que el único propósito de esta revisión del caso es establecer si la Federación puede confiar en Yarek, en su criterio y su integridad, para encomendarle la misión de investigar el nuevo planeta y sus habitantes. ¿Por qué no dejamos de regodearnos en las miserias de un ser humano ni mejor ni peor que cualquiera de nosotros en las mismas circunstancias y decidimos de una vez si lo dejamos cumplir su condena o lo liberamos de su mundo para que vaya a sacarnos las castañas del fuego en ese planeta sobre el que hay que decidir, y pronto? Está claro que nadie tiene suficiente entidad para sustituir a Yarek en esa misión. También está claro que el asunto corre prisa.

Se hizo un silencio de varios minutos en el que todos los jueces miraban al vacío dándole vueltas a sus pensamientos.

El presidente pulsó un botón en el panel de mando y la pared que tenía detrás se hizo diáfana. A través del cristal, o quizá sobre la pantalla, era difícil de saber con certeza, los cinco jueces vieron el cuerpo de Yarek flotando en el único tanque de vida virtual que había sido perfeccionado en toda la Federación de los Mundos Humanos, el tanque que lo mantenía unido a Ianus y en involuntario contacto con el resto de la civilización.

En un tanque cilíndrico de cinco metros de altura cruzado en todas direcciones por un sutil entramado de finísimos cables casi transparentes que terminaban en cada milímetro de su piel, el cuerpo desnudo de Yarek vibraba imperceptiblemente. Sus ojos, abiertos, quedaban semiocultos por dos ventosas traslúcidas terminadas en un cable delgado que se perdía tras su cabeza afeitada.

Crucificado en su red de seda, Yarek parecía la presa de alguna sofisticada araña venida de algún mundo donde la realidad era un entrecruzamiento de planos en constante fluctuación.

Todo su mundo estaba contenido allí: la primavera paradisiaca, el invierno interminable, los iloi, los sherta, Jara, Nova. Y todo su mundo, interior y exterior, era incesantemente recogido e interpretado por sistemas como N.O. para ser entregado a

sus jueces, los que ahora contemplaban su forma aparentemente inconsciente, tan lejano de ellos como si realmente se encontrara a millones de kilómetros de los mundos poblados.

Todos los jueces, a excepción de Donovan que era el único jurista con amplios conocimientos teóricos sobre la vida virtual, sintieron un principio de náusea.

—Un juez debe ser capaz de mirar al reo sobre quien dicta sentencia —dijo el presidente en voz más baja de lo que hubiera querido.

Goldberg sacó un pañuelo del bolsillo y, apretándolo contra la boca, se puso en pie con piernas temblorosas y se dirigió al lavabo. De Sousa desvió la mirada de la imagen de Yarek para concentrarse en el movimiento de sus manos que se abrían y se cerraban como seres independientes. Donovan suspiró y empezó a limpiar sus gafas. Sólo Cortés continuó mirando el cuerpo del xenólogo mientras, apretando firmemente la lengua contra el paladar, trataba de contener las lágrimas.

Era la primera vez que se había usado realidad virtual sobre un reo y el derecho a la salvaguarda de la propia percepción de la realidad estaba tan anclado en sus mentes y sus corazones después de casi quinientos años de haber sido incluido en la Declaración de Derechos Humanos que todos sentían la monstruosidad de lo que estaban contemplando y la repulsión de participar en ello de algún modo.

—Se levanta la sesión —dijo el presidente—. Continuaremos dentro de treinta minutos.

Todos abandonaron la sala, vacilantes.

O'Neil permaneció en su puesto, de espaldas a Yarek, con la vista clavada en el pulido tablero de la mesa. Todo aquello era efectivamente una farsa en la que ellos cinco, los más eminentes juristas de la Federación, tenían un papel meramente accesorio y, mucho peor, mercenario. Como bien había resumido Moshe, su función se reducía a proporcionar una coartada al Gobierno que prácticamente había decidido resucitar a Yarek para encomendarle una misión que no podía encargarse a nadie más.

No se trataba de decidir si había mentido o no, si se había hecho culpable de genocidio o no. Ahora que Viento había sido colonizado, los buitres les importaban un rábano; habían cancelado incluso la subvención de Miller para estudiar su supuesta cultura perdida.

Ya en el momento en que se había declarado cerrado el primer proceso, mientras las redes informativas enviaban a todos los mundos imágenes de la nave y la cámara sellada en la que Yarek, en animación suspendida, viajaba a su exilio, se había decidido intentar su rehabilitación de otra manera, violando incluso uno de los más elementales derechos humanos. Yarek nunca había salido de Mundo Gobierno para no arriesgarse a perder tiempo trayéndolo desde su lejano planeta de exilio después de su rehabilitación, una rehabilitación que se daba por hecha. Toda la revisión del juicio tenía como único objeto mantener una decorosa imagen pública frente a las

otras especies inteligentes a las que también les importaba un rábano el destino de los buitres pero que en los últimos tiempos habían añadido a sus listas de planetas colonizables menos objetos que los humanos.

Si Yarek era enviado al nuevo mundo sin una revisión del proceso que lo exculpara definitivamente, las relaciones diplomáticas con las otras especies se resentirían considerablemente. Por eso ellos tenían que representar su papel siempre que llegaran a la conclusión que el Gobierno esperaba: «Yarek es inocente en cuanto a una intención premeditada. Cometió un error, un único error en una carrera de aciertos. Todos cometemos errores. Yarek ha pagado y puede reintegrarse al servicio de los Mundos.» Ese era exactamente el veredicto que se esperaba del más alto tribunal de la Federación. Y eso era exactamente lo que a ella, como jurista y como ser humano, le daba de patadas en el estómago.

Sabía, por supuesto, ¿cómo ignorarlo después de cincuenta años de práctica jurídica?, que no se trataba de llegar a la verdad. Con el tiempo había dejado incluso de creer en la existencia de algo llamado Verdad, con mayúsculas. Pero creía en las leyes y en los procedimientos y no estaba dispuesta a pasarlos por alto en beneficio de nadie.

Se puso en pie y se dirigió al lavabo, a refrescarse la cara y, si era posible, también las ideas. No le quedaban más de diez minutos.

A las 17.00 en punto los cinco jueces se hallaban de nuevo reunidos en la Sala de Juntas y, aunque pálidos, todos habían recobrado un aspecto digno.

—Señorías, amigos míos, tengo el deber de informaros de que la decisión sobre el futuro de Yarek ya no está en nuestra mano.

Los cuatro la miraron como si no pudieran dar crédito a sus oídos.

—¿Se han atrevido? —la voz de Cortés quedaba casi ahogada por la rabia, pero esta vez nadie la miró despectivamente; era una rabia que todos compartían, un insulto a su dignidad profesional—. ¿Se han atrevido esos hijos de puta del Gobierno a arrebatarnos la competencia?

—No pensarán que vamos a quedarnos de brazos cruzados ante esta infamia. —De Sousa parecía haber doblado su tamaño; su voz se había hecho todavía más suave que de costumbre.

—Lucharemos. Se lo habrás dicho, Mariemma, ¿verdad? Estamos todos de acuerdo, me figuro. Lucharemos, ¿no? —Los ojos de Goldberg iban de uno a otro de sus colegas.

Donovan parecía anonadado pero no tan sorprendido como los demás.

El presidente esbozó una sonrisa triste:

—No será necesario. El Gobierno no ha tenido nada que ver en ello; probablemente están siendo informados en este momento y justo por eso nuestra

decisión, la única que nos queda, debe ser rápida, antes de que puedan relevarnos de la tarea, y absolutamente unánime.

»Me explicaré: Yarek ha desactivado el localizador renunciando con ello a ocupar de nuevo un puesto en nuestra sociedad. A todos los efectos Yarek ha muerto para la Federación de Mundos Humanos. Se ha suicidado para nosotros aunque siga vivo en Ianus. Nosotros no tenemos jurisdicción sobre los muertos.

En el silencio subsiguiente empezó a oírse, muy bajito primero, secundada luego por los otros, la risa de Goldberg.

—Yo sé de unos cuantos que no se van a reír —dijo Donovan cuando empezaron a ceder las risas.

—Si ahora emitimos un veredicto de culpabilidad definitiva, Yarek tendrá que cumplir su condena de veinte años en Ianus. Es su deber y su derecho. Nadie puede hacer nada.

—Pero Ianus no existe —dijo Cortés, oscilando entre un nuevo ataque de risa y un sollozo que se le enganchaba en la garganta—. Lo desconectarán y será su muerte.

Donovan negó con la cabeza:

—Ianus existe mientras Yarek esté conectado al tanque. Si el Tribunal Supremo, es decir, nosotros, emitimos un veredicto de culpabilidad que en este caso es irrevocable, el tanque seguirá funcionando hasta que se cumpla su condena por lo menos. E incluso quizá sea posible ampliar esa condena a cadena perpetua, de por vida.

—No es posible, en una apelación, dar a un reo una pena mayor que la que obtuvo en el juicio previo; eso lo sabes tú tan bien como cualquiera de nosotros —informó De Sousa.

—Lo es si juzgamos a Yarek por delito de traición y felonía. —Goldberg exhibía una sonrisa que iluminaba todo su rostro hasta al punta de la barba.

—¿Contra quién?

—Contra la Federación de los Mundos Humanos en la persona del pueblo iloi a quienes, premeditadamente, ha clasificado como seres de inteligencia equiparable a la nuestra sabiendo que no lo son.

—Pero ese pueblo no existe —casi gritó Cortés.

—Para él, sí —intervino Donovan—. Si su interacción con esa realidad era base suficiente para una revisión del proceso y un nuevo veredicto, también lo es para un nuevo crimen y una nueva acusación.

Todos se miraron sonriendo como conspiradores.

—¿Alguien recuerda un precedente de una acusación presentada por el mismo juez que llevaba el caso? —preguntó O’Neil echando una mirada rápida al reloj y empezando a teclear buscando la información pertinente.

—El pueblo de Nueva Australia contra Ríos y Walker. Es exactamente lo que

necesitamos si tuviéramos que justificar el procedimiento. —La sonrisa de Cortés era triunfal.

—Eres una enciclopedia, Dorotea.

—Un estudiante mío está haciendo un trabajo de investigación bastante absurdo sobre casos curiosos. Por suerte ése me llamó la atención.

—Entonces podemos proceder —concluyó O’Neil, satisfecha mientras sus ojos rastreaban hábilmente los datos que había mencionado Dorotea y que acababan de aparecer en su pantalla.

—¿Y si el Gobierno se niega a seguir proporcionando los fondos necesarios para el mantenimiento de la vida virtual? —preguntó de Sousa.

—El Gobierno quedaría en una posición bastante incómoda, sobre todo frente a nuestros aliados extraterrestres pero también frente a la opinión pública que este tribunal se encargará de tener debidamente informada. No olvidemos tampoco que hace más de quinientos años que quedó abolida la pena de muerte en todas sus formas; desconectar el tanque sería tanto como asesinar a Yarek y hacerlo regresar a esta realidad pasando por encima del veredicto del Tribunal Supremo es algo a lo que no se atreverían jamás. Sería demasiado peligroso para la estabilidad política de la Federación; francamente impensable.

»Desde un punto de vista puramente económico, toda su fortuna, al no tener herederos, no hay que olvidar que su hijo, aunque lo sea de facto no lo es de iure, quedó consignada a un fondo del que disponen sus abogados para promover la apelación, si hubiere lugar, y para facilitar sus condiciones de vida durante el cumplimiento de su pena si se estimara necesario. Pensad que Yarek y todos los que trabajan a sus órdenes partían de la base de que su pena de exilio era efectiva en el plano de lo que comúnmente se acepta como real. Hubiera podido hacerse necesario su traslado a un hospital en caso de peligro de muerte. —O’Neil hablaba con su mejor cara de juez inescrutable pero sus ojos brillaban.

—O sea, que el pobre hombre puede acabar pagándose su propia vida virtual —comentó Goldberg, maravillado.

—¿No es eso, en la base, lo que hacemos todos, Moshe? —Donovan se había colocado las gafas sobre la nariz y lo miraba sin pestañear.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? —preguntó el presidente.

El silencio duró un par de minutos.

—¿No es una crueldad lo que vamos a hacer? —la pregunta de Cortés sonó ingenua pero era exactamente la misma que cada uno de ellos se estaba planteando.

—Yarek ha elegido. Está construyendo su propio mundo. Vive en la naturaleza una parte del año, en la civilización la otra. Tiene un campo inacabable para desarrollar sus actividades profesionales, tiene compañía, tiene todo lo que puede desear. Y, por encima de todo, la elección ha sido suya.

—¿Funcionará el programa adaptándose a los cambios que él introduzca? — insistió Cortés.

—Tienes la prueba en el informe. El programa tiene una infinita capacidad de combinar estructuras narrativas. Yarek vivirá en una interacción incesante —contestó Donovan.

—En una novela —añadió Goldberg, y su voz sonó triste.

Donovan no contestó. También los otros guardaron silencio.

—¿Estamos de acuerdo? —volvió a preguntar el presidente.

Cinco manos se alzaron mientras cinco gargantas pronunciaban un «sí». O'Neil conectó la grabadora:

—«Yo, Mariemma O'Neil, Gran Juez y Presidente del Tribunal Supremo de la Federación de Mundos Humanos, reunida en sesión ultrasecreta, a puerta cerrada, con los cuatro Grandes Jueces de la Federación, habiendo juzgado a Lennart Yarek en última instancia por el delito de traición y felonía, emito el veredicto de culpable y dicto contra el dicho Lennart Yarek sentencia irrevocable de exilio permanente a cumplir en el mismo lugar en el que se halla hasta el fin de sus días. Las deliberaciones de este Alto Tribunal permanecerán secretas durante un período de tiempo no inferior a trescientos años.

»A todos los efectos presentes y futuros, este caso se considera cerrado.»

Durante los siguientes quince minutos los cinco jueces estamparon sus firmas y códigos en todas las copias impresas y grabadas del veredicto que acababan de emitir. Cuando ya se preparaban para marcharse, en el panel de mandos del presidente se iluminó la señal ámbar de máxima prioridad. O'Neil esbozó una sonrisa traviesa.

—Tenemos visita, Señorías.

—Es una lástima que hayan llegado tarde —comentó Goldberg estirándose el chaleco.

—Me temo que además de visita, vamos a tener problemas. —De Sousa había recuperado su expresión ligeramente avinagrada.

El presidente sonrió de nuevo, miró a De Sousa y luego a los demás, uno tras otro, y volvió a sentarse.

—Los problemas son la sal de la vida, Joao.

Luego, cambiando el tono de voz y presionando el botón que autorizaba la entrada de los representantes del Gobierno, rogó con voz sonora:

—Tomen asiento Sus Señorías. Los honorables representantes del Gobierno Democrático de la Federación de Mundos Humanos esperan conocer el veredicto del Tribunal Supremo.

NUESTRA SEÑORA DE LA MÁQUINA

Una historia de Franja Montezuma
Alan Dean Foster

Título original:
OUR LADY OF THE MACHINE

Traducción:
Pedro Jorge

I

—¿Dios lo hizo matar porque se negaba a pagar?

—Eso es lo que dice la viuda.

Ni el más mínimo rastro de una sonrisa iluminaba la expresión en el rostro del Capitán. En el mejor de los casos hubiese sido una irrupción extraña. Cooperman no sonreía a menudo. No era una de las obligaciones de su puesto.

Cárdenas diseccionó lo que le había contado y dejó que su atención vagase más allá de su superior. Desde la oficina situada a media altura de la triangular torre de la policía podía ver buena parte del sofocante Nogales e incluso parte de la Franja. Factorías de montaje y diseño se desperdigaban a lo largo del desierto como retorcidos cables metálicos, los músculos del mayor conglomerado urbano industrial que el mundo había visto. Las resguardadas estructuras brillaban en la tarde con furia de cromo y bronce, a medida que el inflexible sol las pintaba con tonos rojos y dorados.

Ocasionales racimos de apretada y marcada vegetación, que señalaban la posición de un parque o de una jocosa zona ribereña, ponían una nota de verde protesta contra las olas de calor que reflejaban el pavimento y el muro, el puente y la torre. Los nervios de la carretera y los tendones de las líneas de alta capacidad de transporte por inducción mantenían unidos los lazos energéticos del comercio.

En medio de ese incansable fervor mercantil las personas se aventuraban erráticamente de un edificio a otro, corpúsculos y células moviéndose a través de tubos acondicionados, minúsculas mentes individuales vitales para la perfecta salud económica del global organismo comercial. Gracias al incansable ingenio y energía de esos individuos la Franja había crecido hasta ser el motor que movía una fracción considerable del PNB mundial.

El inspector Ángel Cárdenas la conocía íntimamente en su mayor parte y se sentía por completo a gusto en sus ardientes y febriles concurrencias y callejones, aunque pocas veces encontrase algo o alguien que le gustase.

Cuando fue consciente de que el Capitán le esperaba, volvió a fijar la vista en el hombre sentado al otro lado de la mesa. Cooperman parecía ansioso, a pesar de ser un hombre difícil de inquietar. Era evidente que esperaba alguna respuesta a la información que acababa de dar. Cárdenas se aclaró la garganta.

—Shawn, no soy un hombre particularmente religioso. Pero si lo fuese, tengo la impresión de que me resultaría difícil creer en una Deidad que se rebaja al chantaje.

—Chantaje, no —le corrigió severamente Cooperman—. No haber contribuido al apoyo de los pobres.

—Ah, sí. Los pobres extorsionistas. —La amarga sonrisa de Cárdenas hizo que el

punto de caída de su impresionante bigote se elevase ligeramente—. Estaría bien empezar con un hecho o dos, incluso una pista honesta. ¿Tenemos algo más en que apoyarnos aparte de los chillidos teológicos de viudas semihistóricas?

—Muy *a few*. —El Capitán rebuscó por entre una pila de impresos como si se tratase de un aborigen en busca de gusanos hasta mostrar finalmente una copia impresa a su invitado. Cárdenas la cogió y leyó con cuidado, sin que sus trasplantados ojos azul hielo se saltasen nada en la chismosa página.

—Al principio hubo un buen número de denuncias. —Cooperman mordió los últimos restos de una uña—. Las quejas usuales. Entonces se acabó la información. No pudimos comprobar las fuentes habituales, porque no hay fuentes habituales para este tipo de cosas.

Cárdenas arrugó la nariz, doblando así el bigote.

—Cuando la gente de la calle tiene claro que los federales no pueden evitar que los ciudadanos sean asesinados, los supervivientes tienden a volverse poco comunicativos con gran rapidez. —Se inclinó para arrojar la copia impresa. Aterrizó suavemente sobre el montón—. Éste es un asunto pequeño. Estrictamente local. ¿Por qué yo? No estoy aburrido.

Cooperman lo estudió desde la profundidad de unos ojos hundidos del color de la tierra quemada, unos ojos que se habían paseado por encima de muchos cadáveres antes de ser relegados a trabajos de oficina.

—Eres nuestro mejor intuitivo, Ángel. Ésta no es la típica trama de extorsión. Sé que parece superficialmente sencillo, pero hay algo muy complejo en todo esto, y lo peor es que se está extendiendo. Ya sabes cómo funciona este plan de protección y extorsión; convences o te cargas a algunos de los más reacios y el resto viene solo.

Cárdenas asintió. Alargó la mano para acariciar un perro que no estaba allí y se detuvo a medio camino, preguntándose si el Capitán se habría dado cuenta.

—Vamos, Shawn. Dime la *truth*. ¿Por qué yo?

El Capitán tosió llevándose el puño a la boca.

—El encargado de desechos de Mondaroko Tools en Nog East recibió un memo en su Dimail recordándole que ni él ni su bendita compañía hacían nada por ayudar a los indigentes de su distrito, y que Dios estaba disgustado por la situación, así que sería mejor que se arrepintiera y contribuyera con su parte. Rápido. Casi como un sermón eclesiástico un poco raro. Alguien les hizo el signo de la cruz y dibujó una línea en el proverbial cuello corporativo.

Cárdenas se tiró del labio inferior mientras sacudía la cabeza.

—No conozco a Mondaroko Tools.

—Son la division de precision de Wurtemberg Kraftwerk GBN.

Lo cual explicaba mucho, comprendió Cárdenas. Se suponía que los federales locales debían vérselas con las extorsiones callejeras, pero cuando pequeños

criminales empezaban a meterse con grandes multinacionales como Wurtemberg Kraftwerk, entonces se suponía que debía intervenir *Regional Enforcement* y poner las cosas en su sitio.

—Alguien se cree demasiado importante —comentó.

Cooperman resopló.

—Si crees que tienes a Jehová de tu lado, ¿por qué no intentar sacarle algo de *money* a las grandes multinacionales? ¿Por qué limitarte a exprimir restaurantes, traficantes de chips y genetistas?

—Empiezan con poco —comentó Cárdenas—. Puede que no tengan la seguridad de que Dios esté de su lado. Sería como asegurar su apuesta con el cielo. —Se movió en la silla, intentando captar lo que Cooperman no decía—. ¿Cómo la palmó el infortunado tendero?

El Capitán se reclinó incómodo y movió una mano de forma casual.

—En dos ocasiones se les pidió que contribuyesen. Un alzacuellos con hábito. ¿Sabes?, un padre. —Sonrió con afectación—. Quien esté jugando a esto busca la consistencia.

—Gusta de la consistencia. ¿Por qué no lo denunciaron?

—Pensaron en quejarse, pero visitaron al párroco de su vecindario y lo discutieron con él. No sabía nada sobre ese tipo o sobre la Orden que decía representar: «Nuestra Señora de la Máquina.» Escucha esto. El párroco les aconseja no pagar y llamar a la jefatura local. Así lo hicieron. El mecanopadre volvió dos veces. A la tercera les advirtió que a Dios le molestaba que ellos prosperasen mientras otros morían de hambre. Siguiendo el consejo que les habían dado, le dijeron que fuese con viento fresco.

—¿Qué pasó luego?

El tono de voz de Cooperman se hizo más agrio.

—Dos días más tarde cerraban la tienda alrededor de las once cuando, según la viuda, una visión se manifestó en medio del local.

Cárdenas señaló algunas posibilidades.

—Una proyección de holoimagen. Difusión óptica estática. Vídeo coherente-confluyente. Una cena podrida. Hay *lots of* explicaciones plausibles.

—Claro que las hay —admitió con rapidez el Capitán—. La viuda dice que se trataba de una mujer vestida con una túnica vaporosa, blanca y brillante. El color y la textura de la crema iluminada desde dentro, dice. Demasiado suave para ser una escultura. Afirma que tenía una expresión triste. Flotó hasta ellos y les reprendió por su avaricia. Su marido no se impresionó e insistió bien alto y claro que no iba a pagar dinero honesto para protegerse de trucos de magia. Luego se volvió para coger el teléfono y llamarnos. La viuda dice que, en ese momento, la imagen puso la mano sobre la cabeza de su marido y éste se derrumbó.

Las cejas de Cárdenas se alzaron. Cooperman le miró sin parpadear.

—El informe forense dice que fue un paro cardíaco. El tipo murió en el acto. Su viuda insistía y sigue insistiendo que estaba sano como un caballo. Su historial médico lo confirma.

—¿Y luego?

—La imagen se echó hacia atrás, unió sus manos como si fuese a rezar y le dijo a la viuda que lo sentía por su marido, pero que las necesidades de los pobres no podían ser confiadas durante más tiempo a los caprichos del espíritu humano. Luego se persignó y desapareció. —Hizo una pausa—. No soy experto en hologramas y no tengo tiempo para mantenerme informado de las novedades en ese campo, pero sólo he oído hablar de un artefacto capaz de hacer algo así.

—Una proyección táctil —murmuró Cárdenas. Un escalofrío recorrió su columna, el fantasma de un helado recuerdo.

Cooperman asintió.

—Material estrictamente militar, y experimental en su mayor parte. Exceptuando un solo incidente oficial que sucedió en nuestro distrito. En el que resulta que tú estabas implicado.

—No es probable que lo olvide —dijo Cárdenas—. ¿Se ha preguntado a las compañías relevantes?

—Tanto GenDyne como Parabas insisten en que apenas han comenzado a desentrañar los secretos del túnel subox que descubriste en ese caso, y mucho menos cómo superar y desarmar los sistemas de guardia táctiles que sus finados, llorados y autoabsorbidos especialistas dejaron en su despertar psíquico.

—Da la impresión de que alguien más ha aprendido a ejecutar y visualizar un táctil independiente. ¿Una fuga militar?

El Capitán movió la cabeza impacientemente.

—Ya lo hemos comprobado. Varias veces. —Esta vez sí sonrió—. Primero, los chicos de tecnología militar niegan que ni siquiera estén investigando en algo así y, cuando insistes, te dicen que incluso si estuviesen investigando en algo así su seguridad es tan estricta que ni una molécula de información sobre eso en lo que no están investigando podría escapárseles.

Cárdenas suspiró.

—Así que tenemos que seguir trabajando en la hipótesis de unos diseñadores independientes. Como esos dos que se absorbieron a sí mismos.

—U otra cosa —musitó el Capitán en voz baja—. Algo nuevo. Sal a las calles, Ángel. Ausculta el asfalto. Vete a lo *very fat* y habla con los traficantes mestizos. Comprueba identidades. Yo estoy bastante ocupado con los viejos secuestros, violaciones y abusos de animales. No necesito a los Kraftwerk, Fordmatsus y GenDyne sobre mis espaldas. Nadie de mi edad y con mi presión arterial merece eso.

Cárdenas echó atrás la silla y se levantó para irse.

—Rezaré por ti, Shawn.

El atormentado Capitán no le sonrió.

II

Paily Huachuco había cogido una sucia tienda en la avenida 223 y, con trabajo duro y astucia, había convertido ese palacio de las cucarachas en el modesto nido de la música que exhibía orgulloso una señal de neón en la fachada que gritaba Musik-Niche. Eso fue hace cinco años. Ahora había cuatro horteras y chillones Musik-Niche en Nogales del Norte y del Sur. Ahora Paily soñaba con dos tiendas más mientras negociaba los locales en los centros comerciales de Lochiel y Cibuta. Un vistoso abogado de un enorme sindicato le había hablado de la posibilidad de establecer una cadena. La oferta había sido tentadora, pero la pérdida de poder que la acompañaba no lo era. Mejor ser un bajo independiente que un eunuco bien pagado.

Quizá dentro de diez años pensaría en la posibilidad de extenderse por todo el país. Pero en estos momentos se divertía demasiado.

A través del vidrio polarizado podía contemplar el primer piso de su tienda principal donde repetidores rápidos, obreros, subadultos y ninlocos con buena disposición se mezclaban con jóvenes ejecus y sararimanes, montadores y maskeadores, para revolver entre todos el nunca superado stock de Musik-Niche. Holovitrinas sensoriales Motionmax giraban sobre sus cabezas, tentando por igual a los clientes masculinos y femeninos con simulas tridi de pechos, culos y curvas, y en ocasiones incluso con música.

Los ejecus y los montadores solían buscar discos ya pre-programados, mientras que los clientes más jóvenes estaban más dispuestos a experimentar. Flotaban por entre el vasto, actualizado a cada hora, catálogo de ritmos y melodías, voces e instrumentos, del febril establecimiento, creando así su propio disco de acuerdo con las últimas modas. Todo el mundo es un compositor, reflexionaba Huachuco. Todo el mundo es un cantante y músico, mezclador y realizador. Como sus competidores, Musik-Niche servía un caliente y desordenado guiso musical y visual del cual los clientes podían, cómoda y tranquilamente, extraer los trozos y fragmentos que con mayor dulzura revitalizasen sus sentidos.

Pero si lo preferían, uno de los expertos de la tienda podía ayudarte a ensamblar tu propio disco a medida. Una cucharada de reggae, media taza de tamba, guitarra y juego de samisen al gusto, hornéese a 3/4, se riega con baterías y sintetizadores y gratínese cuando esté listo. Sazónese con letras de la inmensa biblioteca ROM de Musik-Niche y, bravo, tío, tú también puedes ser una estrella.

O juega sobre seguro y a la moda y compra premezclado. Eso daba incluso más

dinero que la música al gusto en que estaban especializadas las tiendas de Huachuco.

Sonó la puerta y Cina entró contoneándose. Era bonita, eficiente y había estado a su lado desde la apertura de su segunda tienda. La había nombrado vicepresidenta encargada de comunicaciones entre oficinas y piernas.

Se pasó la mano por su rubio implante quirúrgico.

—Ese alzacuellos está aquí otra vez. Recuerdas, ¿el padre?

—Cina, te dije que te encargaras de él. —Paily golpeó la mesa con los dedos—. No tengo tiempo para hablar con limosneros. Intento reducir el margen de la próxima entrega de Hokusai en otro 25 por ciento y parece que intento escalar el Monte Olimpo sin traje a presión. Los malditos intermediarios no quieren cortar ni un octavo ni en una sola *song*, ni siquiera en las que no *understand* las letras.

—No quiere hablar conmigo y tampoco se va —dijo Cina inamovible.

Huachuco consideró por un momento hacer que el odioso pedigüeño fuese arrojado al asfalto pero, si en realidad era un hombre de Dios, aunque su horario y sus maneras jodiesen, alguien podría verlo. O aun peor, grabar todo el incidente. No necesitaba ese tipo de publicidad, máxime cuando intentaba seguir creciendo con las nuevas tiendas.

—*Shit*, que pase. Me encargaré de él.

Cina se esfumó. Su hueco en la puerta fue ocupado segundos más tarde por un hombre bajo que vestía un traje de negocios marrón. Había retirado la capucha para mostrar el alzacuellos blanco. Su pelo era corto, negro y cortado con regla, y tenía más de *iridian* que el típico habitante de Franja.

—¿Por qué sigue acosando a mi gente? —dijo Huachuco desafiante, sin darle al otro la oportunidad de hablar primero—. No, no se siente. No tengo tiempo para visitas y, si lo tuviese, no lo malgastaría con usted. No se ofenda.

El alzacuellos observó a su anfitrión con calma. Su actitud era evidente y rayaba en lo condescendiente. Huachuco decidió al instante que no le gustaba.

—Todos deben buscar tiempo para la obra de Dios, hijo mío —declaró solemnemente el visitante. Poseía un tono de voz chirriante y acusador en el que cada palabra se rompía como trozos de vidrio. No ayudaba en nada a ganarse las simpatías del impaciente auditorio.

—No soy su hijo, padre, y no creo en Dios. Soy un hombre de negocios. Creo en los contratos y en el índice de cambio.

—Dios también regenta un negocio: el negocio de salvar almas. Aquellos que desvían su mirada de las acuciantes necesidades de los pobres deberían ver la suyas propias.

—Oiga, me preocupo por los pobres. Tenemos grandes rebajas cada dos semanas. Le propongo una cosa: ¿por qué no trae a sus feligreses el próximo sábado a nuestra próxima oferta a mitad de precio? Les dejaré entrar quince minutos antes que a la

masa. Por supuesto, si tiene algún feligrés.

—En nuestra orden no predicamos en los obscenos claustros de las grandes iglesias. Hacemos nuestro trabajo con tranquilidad mientras reclutamos individuos importantes como usted, de forma que las generosas contribuciones hechas en nuestro nombre lleguen directamente a aquellos que las necesitan.

—¿Quizá gente como ustedes? Vamos, salga de aquí. Tengo trabajo que hacer. Vaya a vender su mercancía a la estación central. Si vuelvo a verle por aquí haré que mi equipo de seguridad le ponga más cerca del cielo durante al menos tres segundos. Ese es el tiempo que estará en el aire antes de besar el pavimento —se inclinó sobre su mesa.

Con una expresión tan dura como su alzacuellos, el visitante se volvió para salir.

—A nuestra Señora no le gusta la gente que se burla del Señor.

—Suenan bien. Estoy seguro de que alguno de nuestros profesionales podrá componer un disco para usted. Pero si no va a comprar nada, mejor que se largue. Verá los carteles en el piso de abajo. No vagabundear.

Con la boca tan apretada como las carnes de un modelo en pantalones cortos, el traje marrón se fue. Sin gritar ni insultar, cosa que Huachuco le agradecía. Le cansaban las obscenidades sin consideración. Ya sabía que el asfalto paría algunos evangelistas extravagantes. Desde los tradicionales milenaristas hasta los más de moda como los Océánicos y Surfistas del Silicio. Debería dictar un memo a seguridad para que fuesen más selectivos con el tipo de personas que dejaban pasar. Si llevabas un negocio debías andarte con ojo o si no los Igualadores se te echarán encima, diciendo que no has admitido por igual y sin prejuicios a lesbianas zurdas rastafaris trisómicas, o algo similar.

Las tiendas Musik-Niche no cerraban nunca, pero el personal administrativo trabajaba a horarios normales. Todos menos Huachuco, quien permanecía con frecuencia en su despacho hasta altas horas de la madrugada. Así es como se construía un negocio: siendo el primero en abrir y el último en cerrar. Era tarea del jefe el dar ejemplo. Además Huachuco disfrutaba de su trabajo. Le gustaba escribir memos, examinar hojas de pedidos y negociar sus locales y las licencias.

De pronto, la luz se hizo mucho más brillante en su oficina.

Era exquisita y etéreamente hermosa, y flotaba a varios centímetros del suelo mientras le contemplaba con pena. Ni una sola imperfección ni una sola arruga mancillaban su rostro, la nariz poseía una rectitud semítica y los grandes ojos acuosos se desbordaban llenos de profunda preocupación. La túnica immaculada, pura como un cristal perfecto de calcedonia, le cubría desde la cabeza a las sandalias según los usos de épocas remotas. No lucía joyas ni ningún otro adorno artificial. No los necesitaba.

Huachuco se reclinó y estudió la aparición.

—Buena, muy buena. Debo admitir que eres la mejor holoimagen que he visto nunca. Aunque debes serlo para convencer a tanta gente. ¿O crees que no oigo la cháchara de la calle? Dime, ¿dónde está el proyector? Es difícil creer que sea portátil; tienes demasiada densidad. Quizá regeneración de estado estable: eres perfectamente opaca. Deben haber pirateado alguna línea de algún edificio cercano. ¿Deben robar *crunch* además de potencia? Mantener tu configuración, por no hablar de moverte, debe consumir muchísima masa.

—No tienes fe —la voz de la imagen era amable y recriminatoria.

—Has acertado —levantó su voz ligeramente—. Escuchen, *scumbag*, cuando abrí mi primera tienda cada dos noches me las tenía que ver con algún *idiot* que intentaba sacarme dinero de protección, o deseaba ver qué podía robar. Después de enviar el primer par al hospital y uno al depósito se corrió por el asfalto la voz de que era mejor no meterse con Paily Huachuco. Supongo que no habéis vivido lo suficiente en este vecindario como para que os haya llegado el cuento. No soy un tendero imbécil al que podéis asustar con palabras y hologramas —inclinándose, pulsó casualmente un interruptor de su mesa. Un zumbido llenó la habitación.

—¿Saben lo que he hecho? Primero, es una línea directa con la comisaría local. Mis amigos los federales se pondrán en camino en treinta segundos. Segundo, he activado una estructura distorsionadora a mi alrededor. Si algo electrónico intenta atravesarla, holo, virus, bacteria, cargas letales, queda frito como si se tratase de un pollo eléctrico. Si queréis probar con gases, tengo una máscara en mi mesa que puedo ponerme con más rapidez de lo que vosotros podríais escupir. No veo que vuestro holo lleve ninguna pistola, así que no os diré cómo me defiende de eso. —Miró la hora—. Mejor os dais prisa, los federales llegarán en cualquier momento.

La imagen seguía mirándolo con pena. En ese momento se abrió la puerta y el encargado de noche asomó la cabeza. Huachuco se apresuró en tranquilizar a su empleado.

—Mira esto, Benny. Quiere oraciones y dinero. Pero apuesto a que no adivinas qué quiere *first*.

Con los ojos bien abiertos el anciano se persignó reflexivamente, para disgusto de su jefe.

—¿Seguro... de que sólo es una proyección, Pailey?

—¿Bromeas, Benny? ¿No me digas que tú también te lo has tragado? Los federales llegarán pronto. Asegúrate de que entren lo antes posible. Si esta cosa sigue ahí colgada durante uno o dos minutos más puede que consigan localizar el emisor. Ese será el *end* de nuestra agencia de recaudación más persistente e irritante.

A medida que se acercaba a él, la imagen mostraba calma y serenidad.

—Esto se pone interesante. —Huachuco estaba tranquilo, expectante—. He conectado el distorsionador. ¿Se fragmentará en un montón de bonitas chispas, o

simplemente desaparecerá?

—Paily... —comenzó a decir el encargado.

—Tómame un calmante, Benny. Vuelve al trabajo. Dile a todo el mundo lo que pasa para que no se asusten cuando los federales entren corriendo.

El encargado de noche vaciló, incapaz de apartar la vista de la beatífica figura.

La aparición entró en contacto con la pantalla de distorsión. Y la atravesó.

No hubo ningún fogonazo de luz, ninguna alteración centelleante de la estructura de la holoimagen. Se limitó a atravesar la pantalla como si ésta no existiese. Huachuco entrecerró los ojos mientras tendía la mano hacia el cajón de su mesa. Cuando la sacó no portaba una pistola sino una pequeña caja rectangular de plástico. Tenía varios botones por el lado en que la sostenía y luces en la parte alta. La esgrimió delante suyo como si fuese un pobre Van Helsing preparándose para rechazar el ataque de un persistente fantasma.

—¿Sabes qué es esto? —escupió con voz todavía firme—. Es un disruptor de campo. Tocas con un extremo una caja, una placa, un comunicador, una proyección de cualquier tipo, y envía una carga estática coherente de vuelta por toda la red hasta la fuente de control. La hace puré. Comparado con esto una pantalla de distorsión normal no es sino un juguete. Aléjense de mí o destrozaré toda su operación con sólo apretar un botón. —Se inclinó hacia su izquierda para echar un vistazo más allá de la forma femenina—. Benny, comprueba si ya han llegado los federales.

El encargado descubrió que no podía moverse.

Una delicada mano femenina se extendió hacia el dueño, quien comenzó a echarse hacia atrás en su silla, con el vacilante disruptor ante él. Brillantes dedos se cerraron sobre la caja. Uno de ellos tocó la piel de Huachuco. Sintió la presión, ligeramente cálida pero más fría que la producida por una mano humana.

El disruptor empezó a fundirse, y el plástico fluyó ardiente por su mano. Lo arrojó a un lado cuando sintió que le quemaba los dedos.

—¡Benny!

El encargado lo presenciaba todo sin moverse.

La expresión melancólica del immaculado rostro cambió cuando sus dos brazos se adelantaron para abrazar a Huachuco. Éste, con la boca abierta, la miró atónito. Luego se arqueó, sólo una vez, y cayó sobre la silla, con la cabeza colgando a un lado, casi como si se hubiese fundido un poco; no como el disruptor.

La figura angelical se fue acercando a Martínez y alargó la mano.

—Por favor. Por favor, Dios —murmuró con sorprendente y nueva intensidad—. Tengo mujer y dos hijos.

La Virgo Gloriosa colocó su palma brillante sobre su frente. El encargado sintió una presión infinitamente suave que levantaba su cabeza. La Madonna le sonreía.

—Aquellos que ayudan a los que se han propuesto ayudar a los necesitados no

tienen nada que temer, en este o en el otro mundo. Y aun menos tienen que temer de mí. —La voz era la encarnación de la música, pura y refrescante como el agua de las montañas. Luego se desvaneció en la nada.

Los federales irrumpieron en la oficina con las armas listas. Uno de ellos fracasó al intentar que Ben Martínez dejase de rezar y se levantase mientras otro examinaba el montón que fue Paily Huachuco. Fue un examen breve, sólo lo justo para estar seguro de que su corazón se había parado.

III

La esquelética figura del traje marrón echó la capucha hacia atrás para estudiar mejor la fachada de la tienda. Era nueva, el local había sido remodelado y acondicionado sólo dos semanas antes. No había ventanas, pero era de esperar en un negocio especializado en vender armas y otros medios activos de autoprotección. Si tal establecimiento sobrevivía en un vecindario tan peligroso debía ser rentable. Lo suficiente para donar un pequeño porcentaje de sus ingresos mensuales a una buena obra de caridad. Comprobó que el alzacuellos estuviese recto y se dirigió a la entrada.

Por lo que podía apreciar, las medidas de seguridad del establecimiento eran muy, muy avanzadas. Ya en la primera entrada había sido seguido por vídeo mientras otros sensores buscaban armas escondidas. Sólo cuando el sistema quedó satisfecho fue admitido a la segunda puerta, construida a prueba de misiles.

El local era mayor de lo que esperaba y estaba lleno de clientes. Muy halagüeño. El personal mixto masculino y femenino parecía ocupado y competente. Sin duda estaban muy dispuestos a probar los artilugios que vendían. Atraído por su figura, decidió acercarse a la empleada femenina más atractiva, mientras su mente se divertía con pensamientos eclesiásticos.

—Discúlpeme, señorita, ¿dónde puedo encontrar al dueño?

—¿Hay algún problema, padre? —Era amable sin pasarse de respetuosa.

—No, ninguno. Sólo deseo hablar con él sobre la posibilidad de contribuir a nuestra Orden y su programa de Ayuda Pública.

Ella lo miró con complicidad.

—Que tenga suerte. *Boss* Cárdenas no es muy suelto con el *money* que digamos, ya sea con el suyo o con el de la empresa.

—Sin embargo, debo intentar convencerle.

La empleada se encogió de hombros y conectó el intercomunicador.

—*Wasted time*, pero es su tiempo. Veré si quiere recibirle.

El visitante fingió ignorar la conversación siguiente, hasta que la vendedora volvió a hablarle.

—Dice que como somos nuevos en el vecindario le concederá tres minutos.

—Lo he oído. ¿Por dónde, por favor?

Ella se inclinó ligeramente sobre el mostrador y señaló.

—En la parte de atrás, pasando el congelador de bioarmas. ¿Supongo que no estará interesado en una pistola de Chile? Nos sobraron algunas de la inauguración.

El visitante sonrió con tolerancia.

—No tengo necesidad de artilugios tan violentos. Mi Señora cuida de mí.

—Me alegro de oírlo. Por suerte no cuida de todo el mundo o me quedaría sin trabajo. Si me disculpa, trabajamos a comisión y creo que he visto un tipo con dinero.

El Alzacuellos mostró la palma para despedirse.

—Te bendigo, hija mía —*me gustaría bendecirte durante una hora en un suelo duro*, pensó groseramente, *pero eso no estaría bien considerando mi disfraz*. First los negocios.

La negra puerta interior estaba vigilada por un gigante oscuro que lucía un traje caro y una mirada penetrante. La forma belicosa de una pistola automática formaba un abultamiento prominente en sus caderas. A pesar del alzacuellos de la capucha, el visitante sufrió un cuidadoso examen visual antes de continuar. No había necesidad de cachearlo en busca de armas, los sensores de la entrada ya se habían ocupado de ello.

La oficina interior estaba ocupada por una gran cantidad de tecnología. Nada en la habitación daba la idea de un despacho; sólo una mesa ocupada por un hombre bajo pero musculoso que parecía estar entre los cuarenta y cincuenta años. Un enorme y caído bigote, que le prestaba el aspecto de un perdiguero, subrayaba unos ojos azules y una pequeña pero sobresaliente barbilla. Vestía un elegante traje de negocios gris con rayas verticales rosas en el lado derecho y una camisa de filigranas a juego. Cuando saludó, los tres inmensos anillos del dedo medio de la mano izquierda se movieron como si fuesen de platino y no de plata. El visitante concibió mayores esperanzas.

—Tome asiento, padre. —El dueño señaló una silla vacía—. ¿Qué puedo hacer por usted? —El tono era suave y tranquilo, el tipo de voz que te hace sentirte como en casa. Su actitud era amistosa.

Evidentemente la dependienta se había equivocado. Puede que esta fuese una donación fácil, pensó el visitante al sentarse.

—*Mister Cárdenas*, represento a una Orden religiosa local que se dedica a servir a los pobres de Franja. A los necesitados les damos comida, alojamiento, medicinas y, en ocasiones, dinero para adquirir esos elementos básicos que no podemos proveer. Ya que no somos una institución reconocida nacionalmente nos vemos obligados a sobrevivir de la caridad de los comerciantes locales. El suyo es un nuevo establecimiento en nuestra parroquia, y parece que le va bien.

—Gracias. Sí, nos va bien —le informó Cárdenas.

—Entonces, quizá pudiese encontrar la forma de contribuir a nuestra causa regularmente.

El dueño parecía pensativo.

—Deje que le cuente una historia. Cuando era muy joven, mi madre murió. Le pedí a Dios que le dejase vivir. Sobrevivió durante varios meses, llena de dolor por culpa de un cáncer que todavía no habían encontrado en el genoma. Sólo cuando murió acabó su sufrimiento. Diez meses después, mi padre fue asesinado por un ninloco drogado en libertad condicional. Desde ese día tengo la impresión de que no me interesa ni su iglesia ni ninguna otra. Por lo tanto, no contribuiré a su Orden. Ahora puede irse.

—Por favor *Mister* Cárdenas. Le pido que lo reconsidere. No importa lo que opine de nuestra iglesia, piense en los pobres.

Los ojos azul hielo brillaron inesperadamente en aquella plácida cara.

—Tiene diez segundos para salir de aquí antes de que mi guardaespaldas le deje incapaz de pedir dinero a nadie, y menos a mí.

La violencia de la respuesta cogió al visitante desprevenido. Pero no durante mucho tiempo. Se levantó para irse.

—A Nuestra Señora no le agradan los que hablan indiferentemente de los necesitados. Comprendo su historia...

—No —dijo Cárdenas con dureza—. Límitese a salir de aquí y quedarse fuera.

—Dios puede convencer, así como sanar —declaró el visitante mientras se dirigía hacia la puerta—. Aunque no lleva mucho tiempo entre nosotros, puede que haya oído de otros en esta parte de la Franja a los que se les resolvieron dudas de similar carácter.

—No llevo aquí tiempo suficiente para oír algo más que *Thank you* de mis proveedores, y nunca escucho los rumores de la calle. *Farewell*, padre. Que tenga mejor suerte en otra parte.

Con un ronroneo, la puerta se cerró pesadamente tras el visitante.

Saludó al guarda que le miraba fijamente y se dirigió rápidamente hacia la salida. Evidentemente, ese Cárdenas no era de esos que podían ser reclutados con meras súplicas. Pero si sufría un encuentro fatal, una empresa como la tienda de armas podría fracasar. Eso no convenía a los intereses de la Orden. Los muertos hacían pocos donativos.

El visitante tenía la impresión de que el traficante de armas era un tipo franco. Escéptico, eso estaba claro, pero una vez convencido, sumiso para siempre. El visitante sonrió. Él y sus hermanos se tomarían su tiempo para rezar por eso.

A sus espaldas, el guardaespaldas y la dependienta deliberaban con Cárdenas.

—Si es un cura de verdad yo soy un caniche consentido —confesó la mujer—. Lo que decía estaba bien, pero sus ojos recorrían mis pechos la mitad del tiempo y no

tenía bendiciones en mente. Lo podías ver en su cara. Maldita sea, casi lo podías oler. —Puso cara de desagrado al recordarlo—. Cierta tipo de hombres llevan la lujuria como si fuese colonia barata.

—Gracias, Darcy —dijo Cárdenas—. Es obvio que tiene práctica. Creo que su actuación fue buena, pero no perfecta. Se veían con claridad sus orígenes. —Miró a su izquierda—. ¿Alguna idea, cabo Fennel?

—La sargento Delacroix tiene razón —dijo el gigante—. Evidentemente es una estafa. Me apuesto la pensión a que los pobres de la calle de esta parte de la Franja no ven ni un solo crédito de esa «Orden». La grabación es buena. Si este tipo tiene antecedentes, tendremos información sobre él mañana por la mañana. Puede llevarnos algo más de tiempo en caso contrario.

Cárdenas asintió.

—Antes de irse llegó, más o menos, a amenazarme con el mismo tipo de visita fatal que purgó al tipo de la tienda de música el mes pasado.

—¿Algo en lo que podamos fundar una acusación, señor? —preguntó el gigante.

—No. Demasiado listo para algo así. No dijo nada que fuese un delito. Todo estaba implícito. Aun así, la amenaza era muy real. Nunca me equivoco en esas cosas. —Los agentes no se lo discutieron. Todos conocían la reputación de Cárdenas.

La sargento parecía seria.

—Todos los aparatos están listos. Si algo extraño se manifiesta estaremos preparados.

—Mejor que lo estemos —dijo Cárdenas—. Ha mordido el anzuelo. No quiero muertes en esta operación.

—De acuerdo, señor. No se preocupe. —La sargento se volvió para dirigirse a su puesto. La masa de esteroides la siguió, vacilando en la puerta cuando estuvo seguro de que su compañera no podía oírle.

—¿Inspector?

Cárdenas miró al cabo.

—¿Sí, Lukas?

—Bien, señor, exactamente no sé cómo decirlo. Es que... mi familia es católica, señor, y me preguntaba si era posible... —Se paró, con el aspecto de un hombre que ha perdido una lente de contacto en lugar de las palabras.

—¿Qué se pregunta, Lukas?

El hombre parpadeó incómodo.

—¿Esto no será una manifestación de la verdadera Virgen, verdad, señor? Verá, he leído los informes y he examinado la descripción de los testigos, especialmente la del encargado de noche de la tienda de música...

—Lukas, ¿de verdad cree que la Virgen se rebajaría a pedir dinero para esos falsos curas?

—No, señor, por supuesto que no, pero el ejecus de la tienda de música tenía una pantalla de distorsión y un disruptor, y no se salvaron. No funcionaron. Cualquier tipo de holoimagen, incluso una táctil, debería quedar destruida cuando entrase en contacto con cualquiera de esas defensas, aun más por las dos a la vez.

—Agente Fennel, ¿está seguro de poder cumplir con su deber en esta misión?

El cabo se enderezó.

—Sí, señor.

—Entonces, vuelva a su puesto y deje de pensar tanto.

El gigante asintió y salió, pero sus inquietudes eran todavía muy evidentes. Podía engañar a sus compañeros haciéndoles creer que estaba tranquilo, pero no a Cárdenas. No a un intuitivo entrenado.

Las cosas iban mal, pensó Cárdenas, cuando tu propia gente empezaba a dar crédito a lo más extravagante. Ésa era la realidad de la moderna supratécnica. Totalmente convincente. La idea de que la Virgen se dedicara al negocio de la extorsión era tan absurda como que apareciera en el huerto de pacana de un agricultor, una noticia que había oído en los informativos unas cuantas semanas antes.

Esta zona del mundo había informado de tales manifestaciones durante siglos. Se veían Vírgenes en nubosas ramas de árboles o en las sombras de las paredes, o en la reflexión lateral de espejos de baño mal instalados. Había apariciones de Vírgenes varias veces al año a (normalmente) granjeros para quienes el método científico y las técnicas normales de análisis les eran tan misteriosas e incomprensibles como el funcionamiento interno de un vehículo moderno. Cuando los resignados especialistas entraban en escena para aplacar el inevitable estallido de fervor teológico, aparecía con rapidez una explicación natural para cada suceso.

Ésta era, simplemente, más compleja que las otras y se necesitaría más tiempo para explicarla. La única preocupación para los explicadores era que se trataba de algo mucho más mortal que una sombra en la pared o una calabaza de extraña forma.

IV

No tuvieron tiempo para ver lo que había sobre su insistente padre en los ficheros, porque la esperada aparición se manifestó antes de poder terminar de examinarlos. Para tratarse de un ente santo, pensó Cárdenas, responde con sorprendente rapidez a sus suplicantes.

Se recuperó con rapidez de la sorpresa que sintió cuando apareció en su oficina sellada y, supuestamente, a prueba de imágenes. Ya sabían que podía atravesar medidas convencionales de seguridad por la forma en que había penetrado activamente las defensas mantenidas por el finado fundador de la floreciente cadena de boutiques musicales Musik-Niche. En cuanto a su aspecto, era exactamente cómo

había sido descrita por los testigos supervivientes tales como el encargado de noche de la tienda de música y la viuda del tendero.

Un espectáculo impresionante, decidió por fin. Tradicional y sin embargo sensacional, más que suficiente para convencer a los incautos. Y, si se podía creer en las declaraciones, capaz de verdaderas proezas de manipulación física. Eso era lo que realmente le intrigaba. A lo largo de su carrera había tenido algunos encuentros sin precedentes con proyecciones táctiles: matrices electrónicas más-que-virtuales capaces de interactuar con objetos sólidos, incluso con personas. Debía admitir que la brillante mujer de tamaño natural en su simulada túnica blanca era más impresionante que todo lo que había visto antes.

—Te han hecho muy bien —puso el dedo sobre el interruptor situado bajo el brazo de su asiento. Nadie sabía cómo el espectro se las había arreglado para matar a varios hombres perfectamente sanos, pero en cualquier dirección que fuese el encuentro, Cárdenas no engrosaría la lista. Si tocaba el interruptor el sillón en el que reposaba caería al sótano.

—Te ríes de mí —la voz encajaba perfectamente con la imagen, pero las voces eran fáciles de sintetizar y encajar con una holoimagen. La tactilidad corporal activa era un logro infinitamente más ambicioso.

—En absoluto. Era un cumplido.

—No crees en mí —declaró la Virgen flotante.

—Estoy dispuesto a que me convenzas. —En cierta forma era cierto.

El fantasma se volvió hacia la pared blanca que daba a la parte principal de la tienda.

—Negocias con la violencia.

—¿Te preocupa eso? —El dedo de Cárdenas masajeó suavemente el interruptor de seguridad.

—Por supuesto.

—Y sin embargo aceptarías dinero de mí, dinero obtenido con la venta de armas.

Bajo cejas de marfil tallado unos ojos claros se llenaron de imponderable reflexión.

—No. No tomo ni pido nada para mí. Es para beneficiar a aquellos que me sirven. En aras de los necesitados y los pobres, sí, no rechazaría ese diezmo. Hasta que llegue la hora en que la violencia sea borrada del mundo tomaré de los pecadores para ayudar a los necesitados. Después de todo, incluso en el cielo ha habido violencia, cuando Miguel y el Espíritu Santo expulsaron a Satán y a sus seguidores.

—Los ciudadanos que compran aquí suelen encontrarse en medio de conflictos de menor importancia. Debes comprender, por supuesto, que necesito algún tipo de demostración de tu naturaleza divina antes de que entregue los frutos de mi trabajo a aquellos que dicen servirte.

La extasiada encarnación no vaciló.

—Ven conmigo y tendrás tu prueba. Perdido está aquel que vacila.

No recuerdo que esa cita esté en la Biblia, pensó, pero no dijo nada.

Retrocedió instintivamente cuando vio que una luminosa mano blanca se le acercaba. Aunque no parecía haber ninguna amenaza, no había forma de intuir una proyección. La razón le sugería que no le haría daño; al menos, no esta vez. Había expresado un cierto deseo de ser convertido, un creyente vivo es más rentable que un escéptico muerto.

Decidiéndose, se levantó de la silla, rechazando la seguridad que representaba, y adelantó su propia mano. Los dedos albos y flexibles envolvieron los suyos. Sintió una mansa presión que le llevaba hacia la puerta. La presión de los dedos era curiosamente real, adecuadamente etérea, y no el resultado de una proyección subliminal. Por primera vez sintió que sus escépticas convicciones se agitaban un poco.

Aunque, un programa táctil muy avanzado debería ser capaz de algo así. Tan suave era la presión que estaba seguro que podría zafarse en cualquier momento. No lo intentó ante el temor de que ese acto activase una parte menos amigable del programa. Se dejó llevar.

Fennel se preparó en cuanto el fantasma emergió con el inspector a remolque, pero una señal de Cárdenas le hizo mantener las distancias y las manos lejos de las armas. A medida que el hombre y la manifestación recorrían la tienda, murmullos de confusión y reconocimiento se elevaban de entre los preocupados clientes. Se produjo un agitado y común huir hacia la salida que el personal, todos federales, no hizo nada por evitar.

Un agente fingió miedo y se unió a los clientes en busca de la salida. Cárdenas le felicitó mentalmente por esa rapidez de reflejos. Se podían haber disparado alarmas internas en la Virgen si todos los clientes hubiesen huido mientras que todo el personal se quedaba, dependía de la complejidad de su programación de análisis y observación. La huida precipitada del agente debería asegurar al programa y a cualquiera que lo estuviese controlando que no había nada raro y que la tienda no era más de lo que aparentaba.

El espectro se acercó a una de las vitrinas para mirar las armas en el interior.

—Tanto esfuerzo dedicado a fabricar medios de muerte. Pero en esta época no está a mi alcance prohibir o interferir. Sólo socorrer a los pobres.

La figura, después de soltar a Cárdenas, se dirigió a la vitrina. La dependienta tras la caja de vidrio decidió que era un buen momento para poner algo de distancia entre ella y esos dedos brillantes. Retrocedió hasta que tocó la pared.

Dedos radiantes tocaron el vidrio y fundieron un agujero a través suyo. Se hundieron más para pulsar el interruptor que armaba una pistola automática

Rugersturm calibre 10 que reposaba en el primer estante. Hubo jadeos y un par de callados insultos cuando todo el mundo, Cárdenas incluido, buscó refugio.

El arma gimió. Cien pequeñas balas astillaron la caja y destrozaron la pared, las vitrinas cercanas y el suelo cuando el arma sin dirección disparó el contenido de su cargador en un entrecortado orgasmo destructivo de treinta segundos.

Cuando se disiparon los ecos de las explosiones, Cárdenas miró de nuevo y retiró con cuidado las manos de su cuello. Todos aguardaban a cubierto, en espera de lo que pudiese suceder a continuación. La beatífica figura giró lentamente para mirarle con ojos benignos pero críticos.

—Tanta violencia. —Se deslizó hasta otra vitrina cerca del fondo. Dos agentes que actuaban como vendedores corrieron en direcciones opuestas cuando la figura fundió otro agujero en una segunda caja y activó una granada respiratoria de demostración. Mientras el gas se extendía, el personal se dispersó, agarrándose la cara y tosiendo incontroladamente con mucosidades saliendo por los agujeros de la nariz. Cárdenas se levantó para seguirlos en su carrera por la calle pero una pálida forma femenina le cortó el paso.

—No te asustes. No te afectará. He extendido mi círculo a tu alrededor. —Y era cierto, el primer cosquilleo del gas no se repitió. A su alrededor su equipo táctico corría hacia la puerta mientras que sólo él permanecía sin ningún problema en medio de la tienda.

Una demostración impresionante, pero no necesariamente de origen divino.

—Déjame recordarte que puedo bendecir así como castigar —le informó el exquisito espectro. Esperaron a que el gas se disipase. Sólo cuando ya no fue una amenaza para el inspector comenzó la figura a disiparse.

—Ayuda a aquellos que lo necesitan y no te atormentes con tantas preguntas. Te bendeciré. —Y desapareció.

Así de sencillo.

Cárdenas avanzó a través del miasma que todavía persistía tosiendo un par de veces, y se quedó en la puerta para llamar a su personal que jadeaba en la calle. Algunos peatones curiosos habían reducido su marcha para mirar el ataque masivo de sinusitis pero recobraron su ritmo normal a medida que los afectados, uno por uno, se recuperaban y volvían a entrar en su lugar de trabajo. Uno por uno la puerta los readmitió cuando mostraron sus tarjetas de identidad.

Cárdenas los dispuso en medio de la habitación.

—Vigilancia a nivel verde —anunció un agente de ojos llorosos que hablaba a través de un pañuelo húmedo desde su puesto cerca de la puerta.

—No creo que eso tenga demasiada importancia si consideramos con lo que hemos de enfrentarnos —dijo el inspector a sus gangueantes asociados de ojos rojos—. Por el momento supondremos que podemos hablar en privado. ¿Todos lo visteis?

—Varios asintieron con la cabeza y otros tosieron. Ondeaban muchos pañuelos—. ¿Alguna idea?

—La mejor holoimagen que he visto nunca —comentó la animada sargento, y su opinión fue refrendada por varios de sus sufridos colegas.

Un agente examinaba el agujero que la aparición había hecho en la primera de las vitrinas.

—Fundido, señor.

—Pero no cogió el arma. —Señaló alguien. Ni la granada. Se limitó a activarlas.

—Su tacto es muy suave —les informó Cárdenas—. No creo que fuese lo suficientemente densa para levantar ninguna de las dos. Puede generar suficiente calor para fundir el vidrio blindado, pero no suficiente masa proyectada para elevar algo.

—Los ultrasonidos —especuló alguien— podrían provocar tanto presión como calor.

Cárdenas asintió, con el bigote agitándose.

—Es una posibilidad. Es una buena explicación para los agujeros en las vitrinas, pero la presión en mi brazo era demasiado firme para ser producida por ultrasonidos. Tampoco sentí calor de ninguna vibración. Hay algo más en todo esto. Algo nuevo, o al menos un descubrimiento que todavía no ha llegado al mercado.

—Propagaba verbalizaciones interactivas —comentó alguien más—. No venían de otra fuente independiente.

—No, y eso es también interesante. Y hay más. Hablamos en el despacho antes de que me llevase fuera. Aludió a la batalla en el cielo entre los arcángeles y los seguidores de Satán. Mi nombre de pila es Ángel, pero ni siquiera lo mencionó. Creo que una Virgen de verdad hubiese al menos recalcado la ironía. Por otra parte, uno pensaría que un espíritu que dice ser divino sabría que esta tienda no es sino un montaje y que todos somos federales y no ansiosos traficantes de armas.

—Eso no es concluyente —argumentó Delacroix.

—No, pero es interesante. Así como su tendencia a hablar con generalidades. Una deidad no haría tal cosa. Un avanzado programa de respuesta sí.

—El traficante o ejecutivo medios no se darían cuenta de esos detalles —señaló la sargento—. Quedarían hipnotizados por el holograma. ¿Es realmente un táctil, señor? He oído hablar de ellos, pero nunca he visto uno.

—Pocas personas que no sean militares los han visto —dijo Cárdenas—. Resulta que yo soy una de esas pocas. No son mágicos. Sólo unos programas replicantes increíbles que se mantienen gracias a una inmensa cantidad de *crunch*. —Su vista se dirigió a otro agente—. Stenopolous, que los robots topes inspeccionen de nuevo todas las conducciones de la Franja. Que miren si pueden encontrar indicios de que alguien esté sustrayendo mucho *crunch* de caridad. Si quien está detrás de todo esto

es lo suficientemente bueno no encontrarán nada, pero puede que tengamos suerte. Incluso el mejor se descuida de vez en cuando.

—Sí, señor —contestó el estusiasmado agente.

—El resto limpiad este sitio. Quiero abrir de nuevo mañana por la mañana. —La orden fue recibida con gruñidos. Significaba tener que sacar casquillos de las paredes, o al menos tapar los agujeros y pintar encima. Significaba arreglar las vitrinas rotas y eliminar todo rastro de problemas. El verdadero encanto del trabajo federal, meditó Cárdenas.

Sintió una presencia a su lado y se volvió para ver al cabo Fennel obsevándole solemnemente.

—¿Señor? —parecía vacilar.

—¿Qué pasa, Lukas?

—Bien, señor, no me gustaría que esto afectase a mi expediente pero... ¿recuerda lo que le conté antes? ¿Aquello de que venía de una familia muy religiosa y todo eso? —Se enderezó muy conscientemente—. Señor, respetuosamente me gustaría pedir ser relevado de esta misión.

Cárdenas fijó la vista.

—Lo dices en serio, ¿no, Fennel? —El agente asintió—. Bien. Daré las órdenes precisas. Puedes presentarte en tu puesto habitual mañana por la mañana en lugar de volver aquí. Ahora que sabemos a qué nos enfrentamos no creo que tenga que reemplazarte.

—Gracias, señor. Es que yo...

El inspector levantó una mano.

—No tienes que dar explicaciones, Fennel. Lo entiendo.

Fue evidente el alivio en el rostro del cabo.

—Gracias, señor. —Vaciló como si sintiese la necesidad de seguir justificándose—. Era muy real, ¿no?

—*You are right*. Pero no creo que fuese inmortal.

—¿No puede un programa replicante continuar por siempre, señor? ¿No es ésa una forma de inmortalidad?

Cárdenas frunció el ceño.

—Creía saber por qué pedías ser relevado de esta misión, Fennel. ¿Me equivocaba?

—No, señor. Sólo pensaba en voz alta. *Thank you* de nuevo. —Se volvió y fue a ayudar con la limpieza.

Un minuto más tarde, Delacroix estaba a su lado, señalando en la dirección del agente que se iba.

—¿Qué pasó, señor?

—Prudencia. Fe. Incertidumbre. A veces van juntas, sargento. —Se volvió con

brusquedad—. ¿Abriremos a su hora mañana?

—Sí, señor. Si no le importa que pregunte, ¿y ahora qué hacemos, señor?

—Vamos a hacer un donativo a esa Orden. Como ella sugirió.

La sargento parpadeó.

—Pero, señor.

—Y, a cambio, vamos a pedir un favor por parte del sirviente de la sagrada Virgen. Ahora que nos hemos convencido de su existencia e implicación personal en la causa de esta Orden, ves. Tan convencidos estamos que queremos extender nuestro donativo más allá del dinero, algo de carácter más personal.

—Oh. Ya veo, señor. Al menos, eso creo.

—Todo se aclarará, sargento —dijo Cárdenas mientras sonreía.

Y mejor que así fuese, pensó, o podría perder a otros aparte del honesto y sincero Fennel. O aún peor.

No había olvidado que ese táctil o lo que fuese podía matar con una sonrisa.

V

Cuando el Alzacuellos volvió al día siguiente quedó gratificado al observar las expresiones de incertidumbre y respeto en las caras de los dependientes. Aunque no conocía los detalles, era evidente que la manifestación había sido muy efectiva. Lo trataron con mayor cortesía y le condujeron a la oficina del dueño, aunque el guía fue alguien distinto del gigante del día anterior. Le parecía bien. El gigante le había parecido un arma cargada capaz de dispararse en cualquier momento.

—*Well*, veo que no ha tardado —dijo Cárdenas—. Tome asiento y le atenderé en un momento. —Desapareció tras una puerta camuflada y el visitante se puso cómodo.

El dueño reapareció un segundo más tarde con compañía. El visitante comprobó con deleite que la atractiva dependienta venía con ellos, pero la mirada en sus ojos y en la de sus compañeros no era muy invitadora. Tampoco había temor. Uno de ellos activó un dispositivo previamente oculto en la pared mientras otro se colocó visiblemente ante la salida. Mientras tanto, la mujer sacó un escáner portátil cuyo modelo reconoció muy bien el visitante y comenzó a escanearlo, mientras leía los registros. Dirigió su vacilante pose hacia el dueño.

—¿Qué significa esto, hijo mío? No lo entiendo.

—Su Virgen nos visitó anoche.

El Alzacuellos sonrió al sentirse en mejor terreno.

—Ah. Veo por su tono que le amonestó. Espero que nadie resultase herido.

—No, aunque alguien podía haberlo sido. Su Virgen es un poco fácil de gatillo.

—¿Qué mortal puede elucidar sus métodos? Ejecuta su voluntad como le parece más conveniente, adaptando su estrategia a las necesidades y circunstancias del

momento. No tiene mayor importancia. Al final todos comprenden su omnipotencia.

—Sí —admitió Cárdenas—. Fue una demostración muy convincente.

—Ah. ¿Así que contribuirá a nuestra Orden para que sigamos ayudando a nuestro rebaño?

—En cierta forma.

El visitante se sorprendió.

—¿Qué quiere decir con «en cierta forma»?

—Ya que usted nos bendijo, es justo que ahora nosotros le bendigamos a usted.

—Parece lógico —concedió el Alzacuellos a la defensiva—. ¿En que tipo de bendición ha pensado?

—La bendición de la información, padre Morales.

El visitante se enderezó.

—Mi nombre es Hermano Gutiérrez.

Cárdenas hizo un gesto a la dependienta. Con voz mucho más formal que la que empleaba antes leyó del portátil.

—Eduardo Morales. También conocido como Pablo Mancuso, Giuseppe Méndez, Arlen Roberto Rodríguez, Julio Ixtapa... y otra docena más. Nacido en el barrio de Nuevo Montoya en Gran Guadalajara hace treinta y uno o treinta y dos años, hijo de Velaz Morales y Sisipe Morales, apellido de soltera Santiago. Fugado o expulsado de numerosas escuelas; los nombres no importan. Arrestado tres veces por robo, una condena; tres veces por asalto, sin condenas; dos veces por intento de violación, una condena; dos por robo de vehículos, una condena... —Levantó la vista del portátil—. Tiene mucho de lo que arrepentirse, Hermano Morales.

—Me han confundido con otra persona.

—¿Really? —La sargento se acercó a él y le puso la cámara del portátil frente a la cara. El visitante parpadeó y apartó la vista, pero no lo hizo a tiempo. La sargento estudió el resultado.

—El examen retinal encaja en ambos ojos. ¿Todavía cree que estamos cometiendo un error? ¿Quiere que le saque algo de sangre y haga un análisis genético? El estado le pasará la factura.

Miró malhumorado al suelo, en una actitud súbitamente poco clerical.

—¿Y qué? Cualquiera puede reformarse.

—Drásticamente, por lo que se ve —murmuró Cárdenas.

Morales levantó la vista, sonriendo.

—Vale, admito quién soy. ¿De qué me van a acusar? ¿Pedir donativos bajo nombre supuesto? Adelante, acúsenme.

Delacroix volvió a mirar el portátil.

—Realmente pensábamos más bien en extraditarle a Jalisco. ¿U olvidé mencionar que hace tres años que lo buscan allí por asesinato?

Las pupilas del visitante se dilataron ligeramente. Sólo un intuitivo podía haberse dado cuenta.

—¡Todo ese *business* fue una trampa! Aun así, el muy chulo era un mangante. Merecía morir.

—Puede ser —admitió Cárdenas—, pero eso deben decidirlo los jueces de Jalisco. Ya que eres un perdedor nato puede que ignoren cualquier circunstancia atenuante a tu favor. Una carta de recomendación de mi parte podría hacerte mucho bien, *buddy*.

Con el aspecto de un terrier que ha sido atrapado en un callejón sin salida por un perro aún mayor, el visitante levantó los ojos para mirar al inspector.

—¿Haría eso por mí?

—Si nos ayudas, te sorprenderá descubrir lo amigable que puedo llegar a ser.

Se hizo el silencio. El Alzacuellos levantó la vista lentamente.

—Nada de lo que yo pueda decirles les ayudará. La Virgen es real.

—Venga, Morales. No somos tontos y sabes que no somos tontos.

—¡No, en serio! —Miró ansiosamente a su alrededor—. No sé si será realmente la Virgen, pero sí sé que es real. La he visto muchas veces. El Hermano Perote es quien la in... quien la invoca. Él sabe cómo.

Cárdenas intercambió miradas con sus asociados.

—Ese Hermano Perote, ¿es vuestro líder?

—Es el Padre Superior. Él es quien decide cómo se distribuyen los donativos. Quién recibe qué. Algo incluso llega a los pobres —añadió desafiante.

—Así mantienen la fachada —comentó con timidez uno de los agentes.

Cárdenas asintió.

—Cuéntame cómo funciona, Hermano. ¿Esas distribuciones se realizan en días determinados? ¿Todos os reunís a la vez en el mismo sitio?

Morales sacudió la cabeza.

—En el mismo lugar, sí, pero hay personas diferentes en las sesiones de oración en momentos diferentes. Depende de quiénes sean y de quien esté al cargo.

—¿Cuántos Hermanos hay en tu «Orden»?

El prisionero se encogió de hombros.

—No lo sé seguro. Perote no habla mucho de esas cosas.

—Por supuesto —murmuró otro de los agentes.

—En ocasiones hay veinte orando, en ocasiones más. Depende de quienes están trabajando en la calle.

—Bien —dijo Cárdenas—. Por lo tanto, un nuevo novicio no llamará demasiado la atención.

Morales se sorprendió.

—Federal loco. Te descubrirán en un segundo.

—No si he sido adecuadamente instruido en el ritual por un Hermano con experiencia, amigo. Tengo una memoria excelente. Haz lo que tengas que hacer una vez y lo recordaré. Palabra por palabra.

Morales sacudió la cabeza.

—No quiero la muerte de un federal en mi expediente.

—No voy a morir. Me seguirán continuamente, y llevaré armas. En cualquier caso no es asunto tuyo. Llegamos a un acuerdo y nada de lo que suceda después te afectará. ¿Trato hecho?

Morales miró a los otros federales.

—Todos ustedes son testigos. No soy responsable de lo que le suceda a este loco. —Se volvió para mirar a Cárdenas—. No es de Perote de quien tienes que preocuparte. Ella misma te matará. La Virgen. No le gustan los incrédulos.

—Ya nos hemos visto —respondió Cárdenas con tranquilidad—. Creo que podemos entendernos.

—¿No comprenden? Uno no razona con la Santa Madre. Te limitas a hacer lo que ella dice.

Cárdenas asintió paternalmente, como si se tratase de un chiquillo testarudo.

—Dime simplemente qué debo hacer.

VI

Los sastres de Suministro examinaron el traje de Morales y cosieron uno idéntico para Cárdenas en una noche. Debían trabajar rápido para evitar que los hermanos del ahora hablador Hermano Morales le echasen de menos. Morales estaba convencido de que Cárdenas sería descubierto a pesar de las lentes de contacto que habían convertido el poco común azul de sus ojos en un marrón vulgar. Era muy importante que el inspector estuviese preparado para dar la respuesta correcta a cualquier pregunta casual. Si uno de los diáconos o incluso el propio Perote se le enfrentaban, los agentes que le seguían debían actuar rápido.

Las instrucciones que Morales les había dado llevaron a Cárdenas hasta lo más profundo de una de la zonas comerciales más pobres de Nogales del Sur. El distrito se presentaba como una confusa mezcla de viejas estructuras, algunas incluso demasiado viejas, donde plantas de montaje baratas surgían por entre apartamentos prefabricados y algunas melancólicas casas de uno o dos pisos hechas a base de contrachapado y cementoforma. No abundaban las luces en las calles. Bandadas de ninlocos recorrían las esquinas de unas muy bien armadas y protegidas tiendas de comida y licores, mientras los ciudadanos normales, después de diez horas de dejarse la piel en las fábricas, iban directamente a casa y se quedaban allí. Incluso las putas del lugar parecían letárgicas.

Mientras buscaba la dirección, Cárdenas repasó la información que Morales les había suministrado sobre la naturaleza y las actividades de la Orden. *Wednesday* era el día normal de reunión, cuando se informaba sobre las donaciones con éxito, promesas de pagos, mercaderes e individuos reacios que requerían más trabajo, y demás. A veces se entregaban grandes sumas de dinero a los fieles. Cárdenas era ahora el Hermano Cárdenas. A menos que se pasase lista, y Morales había asegurado que eso era muy raro, estaba convencido de que podría infiltrarse con éxito en la reunión.

En caso de que sucediese algo inesperado, o si tuviese que retirarse con rapidez, un par de VTOL federales le seguían, ambos capaces de seguir los sensores electrónicos que habían sido discretamente insertados en su traje. Portaba un duplicado de la pistola que Morales llevaba, a sabiendas de que tendría que entregarla en la puerta. Pero si alguien como se suponía que era él se presentase desarmado, sería como aparecer desnudo en una reunión de monjas.

La fachada de la iglesia era nueva, un trabajo prefabricado rápido, evidentemente cortado, arreglado y ajustado a la medida. Había sido superpuesto a la entrada de un almacén situado al final de un callejón sin salida, lo cual daba a la fachada el aspecto de un televisor barato. La engañosa solidez de las brillantes puertas color cobre y el arco de entrada daban sin duda un aire de seguridad a los transeúntes, aunque el volumen del tráfico tanto peatonal como de vehículos en esta parte de la ciudad de noche era pequeño. La estación de inducción más cercana estaba a medio kilómetro. No era fácil llegar a la iglesia, y evidentemente así era cómo los Hermanos Fundadores preferían que fuese.

Se retrasó en las sombras hasta que un par de Alzacuellos descendieron de un autotaxi. Aceleró el paso para alcanzarlos. Antes de que pudiesen hacer ninguna pregunta inició la conversación, condimentándola con términos y palabras clave suministradas por el ahora locuaz Morales. Cuando alcanzaron la doble puerta de falsa madera, con sus falsos clavos de latón y agujeros de gusano, había intuido lo suficiente sobre sus acompañantes para inducir a los tres a hablar confiados, intercambiando con energía opiniones sobre asuntos difíciles y sobre ansiosos donantes.

Las réplicas de los nodos de seguridad que los técnicos habían encontrado en el traje de Morales permitieron que Cárdenas atravesase el enorme escáner del pasillo y penetrase en el santuario interior. Otros Hermanos se reunían allí, en una atmósfera de expectación y pocas santas conversaciones. Las mujeres, el alcohol y las psicodrogas de la farmacopea más rudimentaria se mencionaban más a menudo que Dios, las buenas obras y el servir a la humanidad.

Cuando llegó finalmente para poner orden en la reunión con un golpe de un semiserio órgano sintetizado, el Hermano Perote resultó ser algo diferente a lo que

Cárdenas esperaba. Aunque siempre sucedía igual. Era incluso más bajo que el inspector, de aspecto regordete y poco atlético, y probablemente rondando los treinta.

Gracias a la generosidad de los creyentes locales, mañana se haría una entrega especial a los fieles, declaró. El anuncio provocó los esperados y pocos clericales silbidos de agrado de los reunidos, así como un entusiasta estallido de aplausos. Discutieron los planes para el trabajo del mes siguiente, acompañados de invitaciones a incrementar las donaciones y las peticiones en un trescientos por cien. Después del informe económico, varios nuevos miembros fueron admitidos en la Orden sin demasiadas ceremonias. Perote se limitó a presentarlos y fueron recibidos con unas pocas obscenidades y pitidos.

La Orden no sólo parecía tener buena salud, sino que además estaba creciendo, notó Cárdenas, como era de esperar de una trama de extorsión que funcionaba. Aunque Perote intentaba hablar y actuar como los demás, evidentemente era mucho más inteligente que los acólitos que rodeaban al inspector. Cárdenas ansiaba registrarlo, pero mostrar un escáner en medio de la reunión de los Hermanos y apuntarlo a su líder probablemente sólo haría que la investigación tuviese un violento y prematuro final.

Hubo algunas charlas finales, así como una ronda de preguntas y respuestas antes de que la reunión acabase. Los Hermanos salieron por la puerta y subieron a taxis que les esperaban o a coches particulares. Como no era el tipo de persona que se queda a hablar de nada, Perote se había desvanecido cuando ya no tuvo nada más que decir. Al mirar la hora, Cárdenas se sorprendió de lo tarde que era. La reunión había durado más de lo que esperaba.

Se deslizó hacia el pasillo de la izquierda, donde se amontonaban embalajes y cajones vacíos restos de los días anteriores de la iglesia como almacén, y buscó uno sin sellar. Se metió dentro y nadó hacia el fondo de un mar de poliuretano hasta que pudo sostenerse. Se sentó y se dispuso a esperar.

Cuando su reloj marcó las tres de la madrugada, sacó las gafas de visión nocturna del bolsillo interior de la chaqueta y se las puso. Muy poca luz se filtraba a la iglesia, pero las gafas daban un aura mágica al oscuro paisaje. Sin hacer ruido, emergió de entre los cajones, se dirigió resuelto hacia el escenario con la confianza de saber que al menos uno de los VTOL volaba cerca, sobrevolando esa parte de la ciudad y siguiendo sus movimientos.

La plataforma estaba desierta, todos los aparatos electrónicos burdamente encajados en la tarima estaban apagados. El fondo del estrado consistía en una falsa pared construida con paneles de quasipiedra oscura. Al fondo se presentaba una vista oscura de suelos vacíos y unos pocos cajones desperdigados, una pequeña cocina que servía para nutrir a los fieles en aquellas ocasiones en que se precisaba alimento, un cuarteto de inodoros portátiles de los cuales surgía un desagradable olor y, a lo lejos,

una puerta. Nada más.

Del cinturón que llevaba escondido bajo la chaqueta sacó un pequeño tubo, del cual ajustó algunos controles de un lado, y pulsó el botón de la base. Se encendieron un par de lucecitas brillantes así como un pequeño panel. Al agarrar el aparato, tapó las luces mientras con la otra mano protegía el panel para seguir sus indicaciones.

El dispositivo le condujo al tercero de los cuatro lavabos portátiles.

Estaba cerrado con llave y en la puerta había un cartel de «no funciona». Miró sorprendido el aparato, volvió a comprobar la lectura, y se dispuso a trabajar. Otra herramienta sacada del cinturón le ayudó a abrir la cerradura. Giró la manija y miró dentro.

En lugar del supuesto trono agujereado había una escalera de metal que llevaba a las profundidades.

Descendió con cuidado. Los travesaños acababan en un estrecho pasillo que, a su vez, se abría a una amplia habitación llena con tecnología suficiente y lo suficientemente avanzada como para impresionar incluso a un ingeniero de una multinacional. Varios armarios cerrados emitían un continuo y plácido murmullo, lo que indicaba que su contenido estaba activado o al menos en modo de espera. Había un par de sillas, algunos mapas marcados en la pared, un montón de imágenes pornográficas apiladas indiferentemente en una esquina, una fuente de agua y un único y arrugado camastro.

Comenzó examinando el costoso equipo, empezando por el control de satélite. Estaba en activo y tibio. Aunque la lectura aparecía codificada estaba seguro de que podría ser decodificada con rapidez, identificando así al satélite y al receptor.

Se dirigía al siguiente montón de componentes cuando sintió una presencia, y vio la luz. Casi le cegó antes de que, buscando frenéticamente la correa, pudiese quitarse las gafas de visión nocturna.

Cuando por fin se las arrancó y se le aclaró la vista, la vio flotando entre la escalera y él, con pena dibujada en su etéreo rostro.

—No deberías estar aquí —afirmó la imagen—. Profanas los santos lugares.

—Al contrario —respondió con toda la calma que pudo—, respeto profundamente a quien haya establecido esta Orden. —Intentó ver más allá de la brillante figura—. ¿Quién te controla? ¿Qué alarma disparé?

—Ninguna alarma. Y nadie me controla. Sentí tu presencia y vine a ti. Éste no es tu sitio. No eres uno de los creyentes. Vienes a hacer el mal.

—No. Sólo busco la verdad.

La Virgen pareció vacilar.

—La buscas de forma oblicua.

—Ese es mi carácter. —Intentó anticipar lo que el temible fantasma podría hacer a continuación mientras metía los dedos en un bolsillo interior de la chaqueta. En él

se encontraba la unidad de comunicación que llamaría instantáneamente a los VTOL para que le ayudasen.

—Por desgracia, tu corazón me está vedado —le llegó como un críptico murmullo mientras sentía que algo le pinchaba en el cuello. Al girarse, vio una figura con capucha que se retiraba con rapidez. Intentó alcanzar el dispositivo de la chaqueta pero de pronto los dedos no le respondían. Los nervios y los músculos se habían paralizado.

Tuvo la impresión de que alguien le sostenía antes de que golpease el suelo, pero la conciencia se le escapaba con tal rapidez que no pudo estar seguro.

—Sed amables con él. No es sino una oveja que ha extraviado al rebaño. —Oyó que decía el espectro a su espalda.

—Sí, seguro —fue la seca y burlona respuesta masculina.

VII

Se despertó en un camastro no muy distinto del que había visto en la cámara subterránea. La apagada luz del día se filtraba a través de una pequeña e inalcanzablemente alta ventana que había sido agujereada en la pared de piedra que tenía enfrente. Era piedra real, se convenció pronto, no imitación.

El mobiliario estaba compuesto por el camastro en el que estaba acostado y una simple mesa de plástico sobre la que se encontraba una jarra llena de agua y un vaso. Con los músculos rígidos y doloridos se levantó de la raída manta y se desentumeció hasta que se convenció de que podía andar sin tirar nada. Al llegar a la mesa, se sirvió un vaso y bebió con cuidado. Tenía la garganta increíblemente seca. ¿Un efecto secundario de la droga que le habían dado? Descubrió que tiritaba un poco. Eso era a consecuencia no de las drogas sino de su condición, que en estos momentos era más desastrosa que la de la inadecuada manta. Le habían quitado hasta la última prenda de ropa.

Alguien te vino por detrás mientras tonteabas con el fantasma, se recriminó con furia. Se te pasó por alto un olor, un paso, el movimiento cauteloso de un cuerpo en el aire. ¡Vaya un intuitivo! Quizá debas presentarle la dimisión a Cooperman, salirte mientras estés vivo. Tendrías la pensión. Dejarlo mientras todavía puedes.

Una idea digna de ser tenida en cuenta, si no fuese porque tenía la sensación de que sus captores no le iban a dar la oportunidad de ponerla en práctica.

No pasó mucho tiempo antes de que sonasen unas palabras a través de un altavoz oculto.

—Me alegra ver que está despierto y en plena forma, inspector —fue el único y falso saludo antes de que volviese a hacerse el silencio.

Segundos más tarde la pesada puerta de madera chirrió al ser abierta. Por ella

entró un Hermano Perote muy tranquilo. Luchando contra el instinto de atacar, Cárdenas intuyó la presencia de dos hombres grandes a los lados de la puerta y suspendió la reacción instintiva.

Perote se apoyó en una esquina de la celda y se cruzó de brazos mientras estudiaba al prisionero. La desnudez no molestaba a Cárdenas, pero sí la situación. Así como la tranquilidad de su captor. Le daba el aire de una persona que lo tiene todo bajo control.

—¿Dónde están mis ropas? —Intentó aparentar autoridad aunque era consciente de que debía sonar muy poco convincente.

—No va a ninguna parte, así que no las necesita. Las hice examinar muy cuidadosamente. Y apareció lo que esperaba. Los sistemas de alarma y de alerta usuales, antenas cosidas al tejido; ese tipo de cosas. Le pusimos el traje a un maniquí y lo enviamos por un tubo de inducción de alta velocidad a San Antonio. Me imagino que estará a medio camino antes de que tus canguros se pongan lo suficientemente nerviosos para ir a investigar en persona.

Cárdenas siguió vigilando a su captor mientras se sentaba en el camastro. Sentía la mente todavía nublada, y el equilibrio impreciso.

—¿Dónde estoy?

—No en Kansas —bromeó Perote—. Tampoco en Nogales. ¿Cómo encontró la iglesia?

—Un informador —le dijo Cárdenas—. Habrá otros.

—Tal vez sí, tal vez no. Si queremos nos podemos mover con rapidez. ¿Quién fue?

Cárdenas le devolvió una sonrisa.

Evidentemente, Perote había supuesto esa respuesta.

—No importa, acabará diciéndonoslo. Una hora no es sino una *hour*. —Se detuvo para pensar en algo—. Nos lo dirá todo.

—Estoy entrenado para soportar todos los intentos de persuasión, tanto físicos como químicos. Al ser un intuitivo, normalmente puedo prever lo que va a suceder y prepararme.

Las cejas de Perote se alzaron.

—Nunca había conocido a un intuitivo. He oído hablar de vosotros, pero nunca esperé encontrarme con uno. Será interesante ver si tiene razón. —Sus ojos brillaron—. Podemos llegar a hacer cosas muy desagradables.

—No me hará hablar.

Perote se encogió de hombros.

—Entonces morirá.

—De cualquier forma, ya estoy *dead*.

—Sí, es cierto. No voy a mentirle, federal. Aquí no tengo por qué hacerlo.

—El enlace de satélite de Nogales conecta con una estación base en algún lugar. ¿Aquí?

Perote asintió admirado.

—Es rápido, tengo que admitirlo. Rápido y peligroso. Me alegraré de verle muerto. No es nada personal. Me he dado cuenta de que es el tipo de federal que podría causar muchos problemas.

Cárdenas no se dejó desviar.

—Genera el programa en su estación base. Aquí —Perote no hizo ningún comentario, pero tampoco lo negó—. Usa el enlace para llevarlo a Nogales. ¿Y entonces qué? ¿Antenas de alta capacidad montadas sobre camiones aparcados fuera de cada negocio que extorsiona?

—Es usted muy bueno —dijo Perote admirando la intuición de su prisionero.

—¿Por qué decidió usar una Virgen? He visto táctiles antes y éste es el mejor de todos. Tiene más control sobre la forma y el movimiento, y es capaz de mantener densidad. ¿De dónde saca el *crunch* y la energía?

—Para ser un hombre condenado está lleno de preguntas.

—No dudo de que usted planteará las suyas tan pronto como esté preparado.

La sonrisa volvió al rostro de Perote.

—Sabe, me cae usted bien, federal. Pero no lo suficiente como para dejarle vivir. Es usted un incrédulo.

—Y usted tan religioso como un mono lobotomizado.

—¿Ha intuido eso de mí? —Perote estaba disfrutando, pensó Cárdenas, como un coleccionista de mariposas sádico que saliera de caza una tarde de verano con sus alfileres y su frasco de veneno.

Asintió lentamente, agitando el bigote.

—Sí. También intuí que es lo bastante inteligente como para montar y controlar una operación como ésta, pero no lo bastante para haber diseñado la Virgen.

—No me avergüenzo de eso. Una de las características a las que atribuyo mi éxito es el no dejar nunca que el ego se interponga en el camino de los negocios. —Perote se separó de la pared. Estaba más calmado y más controlado de lo que había estado en la tarima del almacén-iglesia, reflexionó Cárdenas. Se preguntó qué droga tomaría.

—Antes suministraba componentes dudosos, chips de contrabando, nódulos desclasificados, cilindros de almacenamiento de proteínas y mucho más a un viejo loco que se hacía llamar Silvestre Chuautopec. ¿Ha oído hablar de él? —Cárdenas negó con la cabeza—. Era un hombre pequeño que vivía en las afueras de... aquí. —Su sonrisa se ensanchó—. Me fascinaba el trabajo que hacía y solía quedarme a mirarle después de acabar con los repartos. Al final se dio cuenta de mi interés y me preguntó si me gustaría ayudarle. En ocasiones precisaba de un par de manos unidas a un cerebro poco curioso.

—Supongo que encajaba usted a la perfección. ¿Qué me hace pensar que cometió un error?

Perote ignoró la pulla como si no fuese con él.

—El viejo Chuautopec había sido un esclavo durante veintitrés años. Trabajaba para Tamilpasoft Ltd., diseñando sistemas de acceso y comunicación. Luego se retiró, registró un par de patentes que le hicieron rico y se dispuso a trabajar en el sueño de su vida. Le llevó otros veinte años antes de generar el táctil de la Virgen. Eso es lo que me contó. Por supuesto, no estuve con él todo ese tiempo. Nunca olvidaré la primera vez que la vi. Pensé: «Esto vale la pena. ¿Cómo podré sacarle algunos créditos?»

—Voy por delante de usted.

Perote asintió.

—Olvido que hablo con un intuitivo. Debe disculparme. Los pobres Hermanos son más lentos que usted. Lo pensé mucho, antes de decidirme a usar el táctil con el tipo de gente simple entre los que crecí. Habiendo visto lo que podía hacer, pensé que los indecisos podrían ser convencidos con rapidez...y utilizados para convencer a otros.

Cárdenas se movió incómodo sobre la áspera tela.

—Sentí cómo el táctil tiraba de mí, y después cómo fundía el vidrio y activaba un arma que no podía levantar.

—¿Qué esperaba? Sin una fuente de colágeno maleable, lo único de lo que dispones es sonido, ondas y matrices de luz. El sonido te da todo el calor que quieras. Puedes usarlo para fundir cosas, y da verosimilitud a la forma humana. La presión que sintió requiere forzar un par de gigamontones de fotones a moverse en cierta forma. La presión de ondas es suficiente para convencer a alguien de que algo les toca, y para activar un interruptor sensible, pero no es suficiente para levantar objetos pesados.

—Luego podía haberme resistido a su empuje.

—Fácilmente.

La mirada de Cárdenas no se desvió.

—¿Cómo mata?

Perote examinó casualmente la parte anterior de su mano.

—La imagen es luz coherente y campos eléctricos. Puede transportar una gran carga subsidiaria. La suficiente para inducir taquicardia en un sujeto próximo. Detiene el corazón. O también puede alterar los impulsos cerebrales. Es un programa muy versátil.

—¿Por qué tengo la impresión de que usted es el responsable de ese aspecto en particular y no Chuautopec?

—Sabe, no es divertido mantener una conversación con un intuitivo. Anticipa

usted todas mis respuestas.

—¿Qué le parece a él que usted se haya apoderado de su invento?

—Estoy seguro que lo desaprobaba si estuviese vivo —Perote observó al prisionero con calma—. No intuyó esa verdad, ¿no?

—Lo hubiese hecho. —Cárdenas tembló de nuevo. No era de miedo. Hacía frío en la celda—. ¿Cómo supo que estaba en la estación de enlace?

—La Virgen me informó de que había un intruso, por supuesto. Cuando estamos en Nogales, algunos de los Hermanos y yo vivimos en el edificio de al lado. Mantenemos el programa en funcionamiento como medida de seguridad. Funciona.

—Llevaba nodos de seguridad para detectar y engañar a los sensores.

—Este táctil es demasiado complejo para eso. Realmente nunca está apagado, sino en modo de alerta. La llamo mi Virgen Versátil —sonrió—. Nuestra Señora mira por su rebaño.

—¿Por qué la Virgen? ¿Por qué no un monstruo de pesadilla, un pequeño dinosaurio, o algo aterrador?

—Eso es lo que yo hubiese diseñado, pero no soy Silvestre Chuautopec. Nadie lo es, o mejor dicho, lo era. Verá, era un hombre muy religioso, el viejo Silvestre. Un espíritu genial poco común en nuestra época. Quería darle a la gente algo que les inspirase en sus creencias, dar ánimos a los caídos. Nunca descubrí si su plan era hacer pasar su Virgen como real activándola al azar en algunas iglesias o, simplemente, iluminar a los creyentes mostrándoles el aspecto que podría tener la Virgen.

»Cuando trabajaba solía parlotear continuamente sobre cómo su invento iba a desatar un despertar religioso entre las masas, al mostrarles que las creencias religiosas tradicionales y las modernas tecnologías no sólo podían coexistir sino apoyarse las unas a las otras. El viejo bastardo no era un fraude. Realmente creía todo eso.

»Debía emplear lo que heredé después de que lo *kill him*. No es fácil asustar a nadie con una Virgen. No fue hasta que se me ocurrió la idea de armarla con una carga letal que descubrí la forma de intimidar a los escépticos. La charla religiosa sincronizada hace que los testigos crean que contemplan la ira de Dios. Después de verla actuar no estoy seguro de que sea menos efectiva que un monstruo —rió de nuevo, una risotada poco agradable—. Apuesto a que la recaudación de la iglesia crece por todo Nogales.

»Es un programa muy versátil. Le podemos dar una misión... condenar a un incrédulo, lo llamamos... y puede reaccionar y responder a medida que se desarrolla la situación, generando diálogos coherentes al momento. No hay forma de que pudiésemos hacer lo mismo por control remoto sin destruir el efecto. Se precisa demasiado *crunch* para mantener la matriz. ¡Y los requerimientos de energía! Debe

renovarse cada nanosegundo. Imagine.

»Y como el público en general está poco familiarizado con los táctiles y es bastante crédulo para empezar, la mayoría la aceptan como real. No tengo que *kill* tanta gente como sería necesario en una extorsión normal.

Cárdenas se mordió el labio.

—Me parece un uso mezquino de un glorioso descubrimiento científico. Evidentemente refleja las limitaciones de aquellos que lo utilizan.

—Oiga, conozco mis limitaciones. Es tan nuevo que nadie sabe qué hacer con él. Así que pensé empezar con algo sencillo. Una pequeña extorsión que se ocupa de poca gente. Mientras tanto, aprendo más y más sobre la forma de manipular el proceso. Me educó, federal.

»Si funciona, sé que puedo dedicarme a asuntos mayores y mejores. Cosa que espero hacer en su momento. ¿O pensó que quería dedicarme a sacarle dinero a pequeños tenderos durante la próxima década? —Apuntó con un dedo a Cárdenas—. Hay que saber de qué es capaz una tecnología antes de decidir cómo mejor emplearla. En eso estoy.

—Debe dormir mejor por las noches sabiendo eso.

—Duelmo muy bien, gracias. Los negocios van bien y mejorando. El *money* que hemos ganado con nuestra pequeña y elegante trama ayudará a financiar mayores y mejores cosas. Pero estuvo en la última reunión y ya lo sabe. Estuvo en esa reunión, ¿no?

De nuevo Cárdenas no dijo nada.

—No colabora demasiado. —Su sonrisa se amplió—. Ya lo arreglaremos.

—Todavía no entiendo cómo roba suficiente *crunch* para mantener la imagen.

—En Nogales eso haría sonar muchas alarmas, ¿verdad? Pero no estamos en Nogales, y las compañías de servicio de aquí no son tan estrictas con su seguridad. Son las maravillas de la comunicación moderna. Robamos lo que queremos aquí, generamos el programa, lo enviamos a Nogales por medio de un enlace de satélite pirata, lo transferimos al camión, y desde ahí lo hacemos aparecer en el sitio elegido. Si interceptan a mi gente o los descubren no hay nada particularmente incriminador ni en el camión ni en la iglesia que usted descubrió.

»Si sucede lo peor, lo único que tenemos que hacer es irnos de Nogales a otra base de operaciones. Mudarnos a Gran Laredo o Matamora. El equipo de allá es fácil de reemplazar. El elemento crítico es el generador del programa, y nadie va a encontrarlo. Considere que hemos concedido el honor, temporal, de romper por usted nuestra política de “nada de visitas”.

—Si no le importa, preferiría que no fuese así.

—Como quiera. —Perote se enderezó—. Creo haber contestado la mayor parte de sus preguntas. Ahora usted puede contestar algunas de las mías. Tengo curiosidad por

saber cuánto conocen los federales sobre esta operación, si saben algo.

Cárdenas permanecía tendido en el camastro con las manos tras la cabeza.

—De pronto no me siento tan hablador. Quizá después de cenar.

—¿Malgastar comida en un condenado? —Se abrió la puerta y entraron los dos hombres que el inspector había sentido. Uno sostenía una gran pistola, el otro una jeringuilla. Cárdenas se quedó tendido muy quieto, esperándolos.

El hombre de la jeringuilla se inclinó sobre él. El policía sonrió, cerró los ojos y, cuando el guardia fue a coger su brazo izquierdo, el inspector levantó los pies con sorprendente destreza para atraparlo y le golpeó sólidamente bajo la barbilla. Cayó hacia atrás, junto con una lluvia de dientes. La pistola atronó, pero falló porque Cárdenas saltó del camastro y se adelantó usando al guardia herido como escudo. Perote intentó bloquear la puerta pero Cárdenas saltó y le atacó con un hombro en la cara. Perote se desplomó con la nariz rota.

Había otros dos guardias esperando al final del pasillo. Cárdenas estaba encargándose de ellos cuando una jeringuilla se le clavó inmisericorde, en la espalda.

VIII

Corría por un largo corredor blanco. Muuuuuuy despacio, y sus pies apenas tocaban las baldosas de la superficie. Amigos y extraños, conocidos ocasionales y criminales a los que había encerrado, todos intentaban alcanzarle. Su padre, que había muerto cuando él tenía doce años. Su madre, que sonrió maternalmente y lo llamó su pequeño ángel antes de colapsar en una masa horrible de hongos pestilentes. El aventurero de su hermano mayor Félix, que había esquivado con éxito bombardeos y balas en Sudáfrica, cuchillos en Fenix y Choros, sólo para encontrar una muerte angustiada y dolorosa a causa del veneno de un pez que había pisado mientras vadeaba con su novia un soleado arrecife de coral en Kiribati.

Los amigos reemplazaron a la familia con rapidez, todos descomponiéndose y colapsando antes de que pudiesen alcanzarlo. Él mismo estaba en llamas y vio, desesperado, cómo pequeñas lenguas de fuego surgían de las puntas de sus dedos. Gritó y agitó las llamas, intentó invocar su entrenamiento, pero nada las apagaba. Ardiendo, corrió tambaleante por el corredor que se oscurecía. Se veían dientes al final, afilados como cimitarras, con sus aserrados bordes goteando ácido y pus. Intentó detenerse, volverse, correr en sentido contrario, pero ni sus pies ni sus piernas le obedecían. Las ansiosas mandíbulas se cerraron ante él como espadas mientras algo vasto e invisible gemía de expectación.

Un gran perro, en la forma familiar de un pastor alemán, corrió a su espalda y cerró sus dientes suavemente en su brazo, ignorando las llamas que salían de su piel ardiente. Quejumbroso, intentó reducir su velocidad, alejarlo de los chirriantes

colmillos.

En el lejano confín de su percepción creyó oír voces que gritaban.

—¡Échalo al suelo...! ¡Coge su pierna...!

Ardió durante horas, pero nunca penetró en la ansiosa boca. Entonces el fuego parpadeó y murió, dejándole quemaduras en toda la piel. La presión sobre su cuerpo desapareció, pero no las voces.

—Si no descansa —dijo una voz—, lo perderemos.

—¿Y? —dijo una voz seca y amoral que apenas podía ocultar una risita malvada.

—No le puedes sacar información a un muerto.

—La verdad es que no estoy seguro de que valga la pena molestarse, doctor. Pero le daré una oportunidad más. Si se muere, que le jodan. No puedo estar aquí *all day*. Debo volver con el rebaño, no me gustaría que los Hermanos se pusiesen nerviosos.

Colocaron algo en una silla que acercaron a la cabeza de Cárdenas.

—¿Puede oírme, federal? Voy a poner mi comunicador aquí. Dejo todos los canales abiertos. Cuando esté dispuesto a cooperar, simplemente empiece a hablar. El sistema es automático. Límitese a decir que quiere cantar y un menú le pondrá en el camino adecuado y abrirá un hermoso fichero nuevo para guardar todo lo que diga. Si coopera, le prometo que su próxima *agony* será mucho más confortable. Morirá tranquilo, incluso feliz. Pero no lo piense demasiado, ¿eh? Tengo que coger un avión.

Cárdenas sintió unos cuerpos que se alejaban. De nuevo le envolvió la oscuridad y tuvo pesadillas, pero eran casi agradables en su simplicidad.

Cuando despertó, la celda seguía siendo oscura y fría. Unos pocos rayos de luna entraban por la ventana. Estaba tendido en el camastro, desnudo, con las muñecas, cuello y talones atados al somier. Una de las ataduras de las muñecas estaba medio rota por las convulsiones. El lazo de su cuello le impedía levantar la cabeza y dar un vistazo a su alrededor. La tela de la manta estaba todavía húmeda con el sudor y todo su cuerpo tembló incontrolablemente. Estaba helado de pies a cabeza.

Perote tenía razón. Cárdenas no aguantaría otra sesión más. Incapaz de ignorar su vertiente profesional, se preguntó qué le habrían dado. ¿Una dosis masiva de Seicol? ¿Senyabutamina? ¿Nudocaína? Puede que una mezcla nueva; un cóctel siniestro diseñado para emancipar sus inhibiciones.

Seguramente por la mañana habría más preguntas y luego, cuando se negase a dar las respuestas, una fiesta de despedida. No era que Perote fuese particularmente malvado o siniestro, eso Cárdenas lo sabía. Simplemente no le importaba.

Se preguntó si la sargento Delacroix y el resto de sus guardias en el VTOL y en las calles de Nogales se habrían puesto lo bastante nerviosos por su falta de comunicación para ir a verle en persona, sólo para descubrir un maniquí con su traje camino de Texas.

Ni siquiera sabía cuántos días había permanecido inconsciente, o cuán lejos

estaba de Nogales. Muy lejos, estaba claro, para que sus captores tuviesen que usar un enlace de satélite para sus manejos.

Bien, había tenido una buena vida, y una carrera satisfactoria aunque no especialmente brillante. Así que no cumpliría los sesenta. No le importaba morir. Un federal prevé esa posibilidad y se prepara para ella desde el momento de la graduación en la Academia. Pero preferiría no sufrir el dolor que ahora sentía y, quizás aún más, la vergüenza. Había llevado su orgullo con tranquilidad, con su expediente para sostenerlo. Ya no. Descubrió que estaba más furioso que asustado.

Estaba atado, medio muerto y encerrado. Ya no era un hombre sino un montón de carne. Y no había nada que pudiese hacer.

Menos rezar.

Sistema automático, había dicho Perote. Un comunicador controlado por un menú. ¿Cuán abierto? ¿Cuán automático? Cárdenas podía usar un comunicador de la misma forma que una buena contralto podía interpretar a Puccini. Con la cabeza doliéndole por el esfuerzo que requería el pequeño movimiento, se volvió todo lo que pudo hacia la silla donde estaba la unidad de reconocimiento verbal.

—Nuestra Señora —comenzó, manteniendo la voz baja pero pronunciando con claridad. Su vista estaba demasiado nublada para enfocar al receptor, pero sabía que estaba allí. Recitó toda la jerga del domingo que pudo recordar de una niñez medio olvidada, cuando su madre solía enviarles a él y a su hermano a la escuela de la iglesia con uniformes almidonados y escrupulosamente planchados: las únicas prendas completas y sin manchas que poseían los chiquillos. Intentó usar frases de la Biblia, y también de manuales de comunicadores y de teoría de modulación.

De vez en cuando se detenía a proferir varios minutos de chachara falsa en caso de que alguien estuviese escuchando, esperando ganar tiempo de esa forma. Ocasionalmente gritaba, para que no pensasen que estaba lúcido y analizaran lo que pretendía hacer.

Por supuesto, no había ninguna garantía de que el comunicador estuviese conectado al táctil, pero si todos los aparatos de ese montaje estaban unidos, aunque estuvieran mínimamente conectados, y si el programa de la Virgen podía ser activado con la voz y respondía a palabras claves, había alguna probabilidad de que su febril emisión pudiese incidir en un nervio electrónico y activar algo más que un monitor cuyo trabajo era controlar una grabación.

Un táctil tan poderoso no podía responder a una sola situación. Debía ser capaz de actuar en gran cantidad de casos o no funcionaría efectivamente, no sería capaz de reaccionar por completo a estímulos no previstos. Aun más, debía ser capaz de reconocer una charla normal sin código. Palabras clave, por supuesto. Frases que le hiciesen manifestarse. ¿Qué tipo de código, qué frase en particular?

Perote era listo, pero como él mismo había admitido, no era Silvestre Chuaautopec.

¿Cuán flexible había hecho el viejo genio ecléctico su programa? Lo suficiente, por supuesto, si debía interaccionar efectivamente con la gente común, campesinos sin cultura.

Los criminales siempre hablan mucho cuando creen estar a salvo. Nada les gusta más que presumir de sus planes.

Su locuaz captor le había dado a Cárdenas un perfil breve del inventor del táctil, un desafortunado devoto. Alguien así haría uso de ciertas palabras para vitalizar su matriz, sus diseños. Palabras sacadas de la Biblia, charla piadosa de iglesia. Una jerga católica, se podría decir.

Una radiación cálida armonizó en la celda y la figura femenina flotó ante él.

—Me has llamado y he venido. ¿Te has arrepentido?

—Sí. Oh, sí, Santa Madre, me he arrepentido.

—Entonces llamaré a un Hermano para que oiga tu confesión —la figura comenzó a girar.

—¡Espera! —Era doloroso elevar la voz. Se preguntó si alguien le vigilaba o si de verdad había activado el programa y no una alarma del grabador. La puerta permaneció cerrada. Aunque no sabía de cuánto tiempo disponía, procedió con cuidado—. Primero necesito algunas aclaraciones.

La blanca Mater Dolorosa le miró desde arriba, con gentileza, con un aspecto celestial.

—Te ayudaré si puedo. Esa es mi función.

—¿Eres la Santa Virgen, la verdadera Señora?

—Lo soy. —El programa estaba seguro, no podía ser de otra forma si debía funcionar correctamente, pensó Cárdenas.

—¿No puede haber otra?

—Ninguna otra sino yo.

—Por lo tanto, ¿si te diese un código universal de replicación, no podrías duplicarte a ti misma?

La matriz femenina pareció vacilar. Cárdenas intentó no aguantar la respiración; intentó no mirar hacia el ominoso rectángulo de la puerta. Si alguien estaba escuchando y si ese alguien sospechaba lo que estaba a punto de... Con suerte, la mayor parte de ellos estarían durmiendo. En ese momento lo avanzado de la hora era su único aliado, la invisible Luna su única fuente de ánimo.

—Si eres la verdadera Virgen —continuó—, deberías ser capaz de hacer cualquier cosa, incluso crear otra como tú. Pero si no puedes hacerlo, entonces, no eres la verdadera Virgen y tu programac... tu verdadera identidad es ambigua. Inténtalo y quizá los dos aprendamos algo. —Y dijo el código.

Era un simple intento directo de bloquear todo el plan de extorsión, utilizando un código militar de logiteoría. No tenía ni idea de cuál sería el resultado si funcionaba.

Pero si era lo último que hacía, al menos tendría la sensación de estar haciendo algo.

Más allá de su celda una unidad muy compleja aceptó la transmisión del receptor y se la pasó al diabólico diseño del fallecido Silvestre Chuautopec. Los circuitos parpadearon. Al otro lado del estado de Sinaloa, medio pueblo se quedó a oscuras cuando un programa de robo desvió la corriente de la comunidad al sótano de una vieja casa en una villa en lo alto de Sierra Madre Occidental.

Hubo un fogonazo blanco cuando la iluminación dentro de la celda se intensificó. Cárdenas parpadeó y una segunda Virgen flotó cerca de sus pies. Idéntica a la primera. Continuó la respiración.

Las dos se contemplaron mutuamente. Cada una dijo simultáneamente, en el mismo tono benigno de voz:

—Soy la verdadera Virgen, la Santa.

Una estación de recarga de camiones en la autopista Transamérica número 41 parpadeó como si hubiese sido alcanzada por un rayo. Las luces de su interior se apagaron, dejando a doce camioneros y a un puñado de turistas insultando en tres lenguas. La conexión de corriente cesó y el transformador estalló.

En la ahora luminosa celda, cuatro Vírgenes emitían la suficiente luz para hacer que el maniatado Cárdenas cerrase los ojos. Al unísono el cuarteto se observó mutuamente y todas dijeron a la vez:

—Soy la verdadera Virgen; que nadie lo dude.

En el término municipal de Tepic se apagaron de pronto todas las luces de las calles. Una abrupta subida de tensión hizo estallar las del oeste de la ciudad, llenando de fragmentos de vidrio los cuidados jardines y las limpias calles. Por suerte, era tarde; las calles vacías de vehículos, y los patios sin niños.

La puerta de la celda se abrió de golpe, con un estruendo de la madera contra la piedra interior. Cubierto con ropa interior blanca y una camiseta de mangas cortas de algodón, apareció un medio dormido Perote respirando hondo y agitando un pistolón. Él y los que estaban a su espalda tuvieron que usar sus manos para protegerse del brillo.

—¿*What* mierda es esto? —gritó, vacilando en el quicio y bloqueando a los pistoleros a su espalda.

Las cuatro Vírgenes se volvieron hacia los recién llegados y dijeron al unísono:

—Soy la verdadera Virgen, del Espíritu Santo.

Cárdenas cerró con fuerza los ojos.

No había suficiente espacio en la celda para contener a las ocho Vírgenes. Algunas se quedaron en el pasillo. Una tropezó accidentalmente con el guardia que estaba al lado de Perote. El hombre se estremeció y se agarró el pecho. La pistola se le cayó de los dedos ahora flácidos, se echó contra la mohosa pared de piedra y se desplomó, sus ojos pidieron perdón y se quedaron vacíos. Perote se abrió paso por

entre la masa sin vida, la expresión enloquecida, los ojos abiertos, los pensamientos no muy distintos de los de sus menos imaginativos pero igualmente asustados socios.

—Soy la verdadera Virgen —corearon las flotantes formas refulgentes que llenaban la habitación y salían por la puerta—, que ha sido anunciada. —Con los ojos todavía cerrados, Cárdenas volvió la cabeza hacia la izquierda todo lo que pudo para tener al frente la fría pared de roca.

Dieciséis Vírgenes llenaron el pasillo y las habitaciones contiguas. Perote y sus secuaces se apresuraron a abandonar la venerable estructura, un venerable edificio de apartamento-cantina cerrado a cal y canto, y huyeron a pie o en coches. Los somnolientos habitantes de la ciudad, que no sabían a qué se dedicaban los frecuentes visitantes tras sus modestas paredes y brusca seguridad, se acercaron a sus ventanas para contemplar la conmoción, y observaron pasmados la multitud de Vírgenes incandescentes que salían flotando por ventanas y puertas.

Treinta y dos Vírgenes formaron un anillo alrededor del edificio. Sesenta y cuatro se extendieron por las calles. Cándidos artesanos y granjeros, trabajadores y técnicos, cerraron alternativamente puertas y ventanas, o se echaron de rodillas con las manos unidas con recuperado fervor. Ciento veintiocho Vírgenes radiantes marchaban por las sucias calles, precediendo a doscientas cincuenta y seis que se extendieron por el campo, sorprendiendo a ganaderos, vacas y ovejas por igual.

En Zacateca las estaciones de vídeo dejaron de emitir. Colima se quedó a oscuras. En Juchipila toda la energía requerida por una comunidad de treinta y dos mil se evaporó cuando la red superpesada enterrada en una pequeña montaña cercana chupó la energía de toda la porción oeste-central de la red nacional de Namericana.

Quinientos doce Vírgenes marcaron el paso por las calles, callejones y caminos de la villa de Yerba Alto, iluminando radiantes a los residentes, sonriendo a enloquecidos gatos y perros, dando bendiciones a niños de cabello oscuro y ojos muy abiertos.

Todos los electrodomésticos, circuitos, dispositivos, válvulas y juguetes en un radio de dos kilómetros explotaron, se quemaron, se fundieron, se cortocircuitaron, o se apagaron de cualquier otra forma. Sólo en la pequeña villa no se había hecho la oscuridad. Al contrario, brillaba con un fulgor pálido visible desde aviones a más de cien kilómetros de distancia.

Un vórtice de mil veinticuatro Vírgenes predicó con consideración a la sorprendida población, a aquellos que huían en confuso pánico y miedo, a los Hermanos de la Orden que escapaban, al furioso líder Perote que fue atropellado en la huida, y a Cárdenas que yacía prisionero en su celda, con los ojos cerrados, la cara llena de sudor vuelta hacia la pared, con el peso de la increíble luz sobre sus inútiles párpados.

—SOY LA SANTA MADRE, LA VERDADERA VIRGEN, LA QUE TRAE LA

LUZ Y LA SALVACIÓN —corearon las mil veinticuatro angelicalmente desde la calle, los campos y los tejados mientras los fotones cuidadosamente ordenados de Silvestre Chuautopec bailaron y la matriz central enloqueció.

A orillas del Pacífico, al norte de Acapulco la planta de energía paralela de Ketchtec, que conducía los gigavatios del termocline en el mar, parpadeó y ardió. Los conductos se licuaron, las medidas de seguridad saltaron, los inmensos transformadores gimieron. Con un jadeo electrónico y un crujido los sistemas de seguridad de la planta se pusieron de acuerdo y la desconectaron. La energía de dos estados desapareció. Varios pueblos quedaron a oscuras, en las ciudades se hizo el silencio y, durante unos momentos, el paisaje tuvo el aspecto de mil años atrás, desiertos y montañas y playas dormían en la oscuridad bajo la benigna sonrisa de la luna. Saltaron las luces de emergencia, se recuperaron linternas de los cajones donde hibernaban. En todas partes reinaba la confusión, la sorpresa, la furia, la incertidumbre, la mayor parte dirigida contra una compañía de energía que era inocente y estaba tan perpleja y sorprendida como sus inelectrificados clientes.

Se desvanecieron mil veinticuatro Vírgenes, al desaparecer la energía que habían estado consumiendo al quedar temporalmente cortadas de la red Namericana. El cuidadoso y desesperado razonamiento de Cárdenas había inducido la replicación, que finalmente había colapsado bajo el peso de su verdad.

Permaneció temblando en su celda durante seis horas más, mucho después de amanecer, hasta que un peatón, de camino al trabajo, oyó sus gritos roncos y débiles. Vacilante, el hombre penetró en la cantina y encontró a un Cárdenas atado y cubierto de ampollas y lo liberó. Luego fue en busca de algunos amigos, porque el inspector estaba demasiado débil para caminar. Las ampollas no las habían producido ni sus pesadillas ni las drogas que las habían inducido, sino la prolongada proximidad a la verdadera Virgen. A todas ellas.

Había quedado muy poco del generador y del resto del equipo de apoyo del sótano del edificio de apartamentos. Cualquiera que fuese el semimágico programa que hubiese contenido, había quedado frito cuando el sistema se había sobrecargado. Sólo la acción de los aspersores había aislado las llamas y salvado el edificio y a Cárdenas.

Los federales locales contactaron con sus amigos en Nogales, quienes cayeron inmediatamente sobre la iglesia para confiscar todo y a todos los que pudieron encontrar. Seguidamente fueron conducidos al camión y a su sorprendida tripulación por uno de los Hermanos más parlanchines que tenían en custodia. El Hermano Morales no era el único miembro de la Orden con la lengua larga.

No encontraron a Perote, pero Cárdenas sabía que acabarían dando con él, y pretendía estar cerca cuando apareciesen esos otros planes de extorsión.

Comer, beber, dormir, y las medicinas le restauraron. Su piel oscura le había

evitado quemaduras mucho peores que las que había sufrido, aunque tendría que andar de forma extraña durante unos días. Cuando pudo volver a Nogales, todos en el Departamento le avergonzaron preocupándose por su salud, y no porque fuese el inspector jefe del grupo. Cárdenas era apreciado sinceramente por sus colegas, sin que importase el rango.

—Vi a Charliebo —le soltó a Cooperman cuando éste se disponía a salir del apartamento del inspector después de haber visto el partido del domingo en el receptor de Cárdenas.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de Charliebo, mi pastor? El que quedó atrapado el año pasado en ese túnel subox que diseñaron aquellos dos ingenieros renegados. Lo convirtió en uno de sus mecanismos de defensa táctil para su sistema. Pobre Charliebo. Cuando estaba en lo peor de ese mal viaje era la única forma amiga en los alrededores. Intentó ayudarme.

El capitán apartó la vista avergonzado.

—Por supuesto, Ángel. Me alegro de que estuviese allí.

—Vale; sé paternal conmigo. Me pregunto, sin embargo, si sólo estaba en mi pesadilla. Todavía no han conseguido seguir toda la línea de ese túnel GenDyne-Parabas. Nadie sabe a dónde va, con qué está conectado y con qué no. Puede que exista una unión todavía por descubrir entre todas esas cibercosas. Nadie lo sabe en realidad. Simplemente las construimos, las vitalizamos y nos aseguramos de que hacen su trabajo. No sabemos qué hacen en su tiempo libre. Quizás no fuese todo un mal sueño, o un mal viaje. Puede que Charliebo estuviese realmente ahí, saltando de aparato en aparato, utilizando el túnel para intentar ayudarme.

—No sé de esas cosas, Ángel.

El inspector se recostó en su sillón, el recubierto de arcaico algodón, con los pies en alto, y con una arrugada mano sosteniendo un Tecate Primo frío.

—Nadie lo sabe, Shawn. Nadie lo sabe.

El capitán lo miró durante un rato, luego dejó que la puerta se cerrase tras él. Cárdenas leyó los números que flotaban en azul sobre el receptor. Las once y veinte. Hora de dormir. Tenía una semana más de baja administrativa para alejarse, recuperarse y no hacer nada, como le apeteciera. Mucho tiempo para pensar, y repensar y considerar.

Su vista se desvió a la caja de su casa, que ocupaba un nicho cerca de la pantalla de pared. Estaba en funcionamiento, dormida, esperando una entrada. Con su mano izquierda cogió el comunicador que estaba sobre la mesa al lado del sillón, lo conectó y se lo acercó a los labios.

—Nuestra Señora... —empezó. Los chivatos de la caja parpadearon, indicando que se recibía la transmisión, luego apagó el comunicador y lo dejó a un lado.

Una semana era demasiado tiempo para pensar, se dijo. Necesitaba volver a trabajar, a la realidad de la comisaría del distrito, al clamor y el olor de la calle. Se levantó de la silla y se dirigió al dormitorio. Al volverse creyó ver un parpadeo de luz blanca que venía de la carcasa metálica de la caja. Pero seguramente se equivocaba.

BAIBAJ

Gustavo Santos y Henry Humberto Rojas

A mi familia, sencillamente por todo.

A Sharky, por demostrarme que somos legión, aun cuando a veces creamos ser islas en el Universo.

A Carmen, por hacerme sentir tan vivo y por compartir conmigo unos años preciosos. Sabes que siempre seras alguien muy especial para mí.

A Marc, por la inocencia, la alegría, la picaresca, la ternura. Sólo puedo agradecer haberte conocido y lamentar haberme perdido parte de tu descubrimiento de la vida, corta pero intensa. Si fuiste una influencia tan benéfica con los demás como conmigo, ahora mismo debes estar jugando con los restos del Swift-Tuttle (parece que te llevaste contigo parte de él, ¿verdad?) o quizás alentando y vigilando el nacimiento de vida inteligente en alguna galaxia remota.

A todos los demás, por ayudarme a construir mi realidad.

GUSTAVO SANTOS

A Peggy, por ser esa persona tan especial que llena mi vida de alegría y por el amor que me brinda.

A mis padres, porque sin ellos no hubiese podido llegar hasta donde estoy ahora.

A mis amigos, que no importa el lugar del planeta donde se encuentren, siempre lo serán.

A todas aquellas personas que de una u otra manera participaron desinteresadamente en el desarrollo de este sueño.

HENRY HUMBERTO ROJAS

AGRADECIMIENTOS

Los autores desean agradecer el apoyo de la Universitat Politècnica de Catalunya, no sólo en cuanto a medios materiales sino también por la existencia del *Premio de Novela Corta de Ciencia Ficción*, evento que permite a gente como nosotros desbordar la imaginación y traducir sus más fantásticos sueños e ideas en palabras. Así mismo, agradecen las revisiones realizadas por sus compañeros y compañeras tanto de la universidad como de sus respectivos apartamentos, sufridos conejillos de Indias en el proceso. Quieren ofrecer un expresivo ¡Gracias! a todos aquellos que colaboran en el mantenimiento de la red de consumo eléctrico (¡Por poco nos vemos obligados a utilizar una bicicleta como dínamo!, cuando Catalunya y Andorra quedaron sin fluido eléctrico). También quieren expresar su agradecimiento al hecho de encontrarse en el inicio del Siglo de la Información, sin la cual no hubiese existido parte de esta novela. A pesar de ello, cualquier error, o cualquier contradicción, sutil o brutal, de las leyes básicas del Universo, ya conocidas o por descubrir, es directamente imputable a los autores. En esta novela se utilizan algunos descubrimientos científicos y teorías que no pertenecen a la ficción. El resto es resultado de la imaginación de los autores. La historia es evidentemente una ficción, y exceptuando algunos hechos, deseáramos que continuara siéndolo. Pero realmente no estamos muy convencidos de ello, teniendo en cuenta el claro desequilibrio existente entre desarrollo científico-tecnológico y ética.

En cualquier caso, deseamos que lo disfruten.

26 de agosto de 1993

Nota de los autores: Baibaj, en el dialecto de algunos nativos de la zona nororiental de Colombia, significa «¿Quién eres?».

Si encuentran ustedes este mundo malo, deberían ver alguno de los otros.

PHILIP K. DICK

La dificultad que nos presenta el lenguaje es que separa a la gente.

JOHN CAGE

I dtír na ndall is rí fear na leathshúile.

(En la tierra de los ciegos el tuerto es el rey)

Proverbio irlandés

Buscad la belleza. Es lo único que merece la pena en este asqueroso mundo.

RAMÓN TRECET

El ansia de lógica molesta. Demasiada lógica aburre. La vida elude la lógica, y todo lo que constituye sólo la lógica es artificial y forzado.

ANDRÉ GIDE

ERIC

Era mediodía y el sol caía a plomo sobre el cemento. El mes de febrero de 1997 pasaría sin duda a la historia como el más caluroso de la década. El aeropuerto de Rio de Janeiro era como un horno lleno de hormigas que luchaban en una batalla perdida, apenas sin fuerzas para oponerse a un rival tan lejano y sin embargo tan poderoso.

Sudaba copiosamente en la cola de la aduana, y la lentitud de los funcionarios aumentaba su nerviosismo. Se sentía molesto, enfadado, conteniendo a duras penas su cólera. La multitud y el mal funcionamiento del sistema de climatización elevaban la temperatura a un nivel sofocante. Además, no soportaba el calor. Era un problema con el que había tenido que vivir desde siempre, por lo que recordaba. Ya estaba deseando regresar a Helsinki, a la tranquilidad y las agradables temperaturas, a la puntualidad, la lógica y la eficiencia. Pero eso no sería posible hasta que obtuviera buenos resultados en la tarea que se le había encomendado.

Horas después aún se encontraba en la terminal del aeropuerto. El río humano fluía dirigiéndose a la salida, y él era una gota más en ese fluir. Cuando el cauce se amplió, nació un afluente rápido, decidido, de gente que sabía dónde iba. El río principal, turistas en su mayor parte, derivaba lentamente hacia el delta, arrastrando consigo su equipaje. Se encontraba inmerso en un afluente de trajes, corbatas y maletines, gente que escrutaba los márgenes buscando un cartel con su nombre. Algunos de ellos lo encontraron, probablemente mal escrito. Eric, en cambio, llegó al exterior sin que nadie le buscara, con cartel o sin él. Estaba desorientado, confuso, casi desmayado por el calor. La gente desparramándose en la salida, los coches haciendo sonar sus bocinas, los gritos en una docena de idiomas, la luz brillante y omnipresente del sol, el calor intenso que se reflejaba en suelos, paredes y techos, todo se agolpaba en su mente. Si no se centraba en algo concreto, sólido, iba a enloquecer.

—¿Taxi, *senhor*? ¿Desea un taxi, *senhor*? —Los taxistas competían por los pasajeros. Había encontrado un punto de referencia, un soporte.

—¡Sí! Sí, por favor, necesito un taxi. Aquí están mis maletas. —Entró en el vehículo, dejando que se encargaran de su equipaje. El aire acondicionado se conectó automáticamente. Se dejó llevar por la sensación gratificante de la brisa, disfrutando del flujo turbulento del aire. Empezaba a encontrarse mucho mejor, aunque sentía los

músculos de su cuerpo exigiendo reposo, y su mente también estaba necesitada de él.

—¿Dónde lo llevo, *senhor*? —repitió el taxista.

—Perdone, estaba distraído. Al Hotel Brazilian, por favor. —Supuso que, aunque nadie había ido a buscarlo, al menos tendría la reserva del hotel, ya que así constaba en la nota que recibió en su correo electrónico.

—De acuerdo, *senhor*. —El taxi inició una serie de contorsiones por el caótico tráfico de la terminal internacional, actuando más como una serpiente que como un artefacto mecánico.

Ya se sentía más relajado. Incluso había dejado de odiar a Norman Fremont, el director general de Geneptics Inc., por haberle enviado a un lugar que, para él, sería un infierno.

¡El viejo Freezy! No habría aguantado más de media hora bajo este calor. Habría enloquecido totalmente. Incluso le molestan las temperaturas del agradable verano de Helsinki Sería capaz de colgar el cartel de «Hogar, dulce hogar» en un frigorífico industrial.

De hecho, Eric sabía que era la persona idónea para el trabajo. A los 23 años era doctor en Ciencias Exactas y en Genética. Además hablaba con fluidez inglés, francés, español y japonés, y podía hacerse entender en gaélico, al menos en los condados del suroeste de Irlanda. Los estudios de Genética fueron casi una imposición de su *familia*. Él se sentía más a gusto en el mundo de los conceptos abstractos, en el complejo y cautivador universo de la Topología.

Había llegado a interesarse por la Genética al conocer la importancia de las estructuras en los procesos de la vida. En los últimos años, el estudio de la dinámica del caos y el análisis fractal habían empezado a aplicarse a casi todas las ramas del saber científico. Durante su doctorado en Boston se había realizado un descubrimiento que despertó su atención inmediatamente. Se descubrieron correlaciones fractales en las secuencias de nucleótidos del ADN, correlaciones que se extendían sobre miles de posiciones de pares de bases, en una especie de mecanismo de seguridad por redundancia. Además, el Centro de Investigaciones Avanzadas HARC en Houston, Texas, y el Instituto Affymax de Investigación ARI en Palo Alto, California, habían desarrollado una tecnología de secuenciación por hibridación, SBH, que incrementaba más de cien veces la velocidad de secuenciación del ADN. Utilizando estos descubrimientos, Eric y su grupo de investigación habían desarrollado un método de secuenciación muy eficiente, que había propiciado una reducción importante en las previsiones de finalización del Proyecto Genoma. Éste era un tema que realmente le apasionaba, mucho más que las prácticas en México, donde había visto y estudiado gran cantidad de «curiosidades» genéticas. Curiosidades tanto animales como humanas, estas últimas debidas a la consanguinidad, la elevada natalidad y la penalización del aborto.

Sabía que la labor que debía realizar en Brasil era crucial para su futuro y el de su *familia*. Estaba ansioso por impulsar esa labor. Olvidando conscientemente el inhóspito ambiente exterior, olvidando el cansancio que sentía, decidió dirigirse directamente a las instalaciones de Geneptics.

—Disculpe, he cambiado de opinión. Lléveme a Geneptics. —Eric supuso que el taxista sabría cómo llegar allí.

—¿Seguro que quiere que le lleve a ese lugar, *senhor*? No es un buen lugar para visitar. Si desea hacer un recorrido turístico puedo llevarle a O Morro de Corcovado, donde está el famoso Cristo Redentor, a O Monumento da Guerra, al lado de la Avenida das Nações, o a visitar el estadio de Maracanã. Y si desea cualquier otra cosa, en esta ciudad tenemos todo lo que pueda imaginar.

Observó con curiosidad al taxista. No sólo su voz había sonado diferente, una octava más alta. Sus pupilas, que Eric veía por el retrovisor, estaban más dilatadas de lo normal. Sus brazos estaban tensos sobre el volante, y había reducido la velocidad de una forma ligeramente brusca. Además, podía detectarse el olor del miedo, un olor casi atávico, primitivo.

—Quiero ir a Geneptics. Me esperan allí. —*Aunque no estoy muy seguro de esto último*—, ¿Se puede saber qué problema hay? —Eric estaba seguro de que no obtendría respuesta clara.

—Ningún problema, *senhor*. Pero se dicen cosas extrañas sobre esa empresa. La gente rumorea que allí se están haciendo experimentos con seres humanos. Además, últimamente parece que desaparecen más *meninos da rúa* de lo habitual, y la gente está nerviosa.

—Lléveme allí y no se preocupe. Todo esto no son más que rumores sin ningún fundamento. En Geneptics no pasa nada fuera de lo normal. —*Damn it! ¿Qué está pasando aquí? ¿Voy a tener que encargarme también de la seguridad? ¿Y qué más no funciona como debería? ¿Y qué tenemos que ver nosotros con la desaparición de chiquillos? Además, ¿por qué no ha ido nadie a buscarme al aeropuerto? Parece que me espera un duro trabajo.*

—De acuerdo, *senhor*. Usted sabrá lo que hace. Pero yo no pienso acercarme demasiado. Le dejaré cerca de la entrada.

—Está bien, de acuerdo. —Eric cerró los ojos e intentó relajarse. Inspiró profundamente, tratando de eliminar cualquier pensamiento consciente. Pero la conversación anterior se resistía a desaparecer. *La idea de instalar la mayor división de Geneptics en este país fue un error. Creo que nos va a provocar mas problemas que otra cosa.* Eric se sumió en los recuerdos...

Todo empezó a mediados de la década de los ochenta. La Ingeniería Genética se había convertido en el tema de moda. Tecnología punta, ciencia en expansión, tema

de polémica popular, discusiones sobre la ética de su libre utilización. La polémica se había recrudecido cuando se realizaron con éxito implantes genéticos en seres humanos, aun cuando éstos no fueran de carácter permanente. Ashanti Desilva, Cynthia Cutshall y sus familias estaban obviamente agradecidas por ese éxito. No era el hecho puntual en sí, sino las perspectivas de futuro, lo que provocaba más discusiones. ¿Dónde había que poner la frontera a la terapia génica en seres humanos? ¿Existía en realidad alguna frontera infranqueable?

Por otro lado, las batallas económicas por patentes en el campo de la Ingeniería Genética habían oscurecido el futuro. Se intentaba, y normalmente se conseguía, patentar plantas y animales transgénicos, modificaciones aparentemente beneficiosas para el ser humano, al menos a corto plazo. Podía justificarse hasta cierto punto tal situación, ya que era una extensión de la compulsión de los humanos de adaptar el medio a sus necesidades, en lugar de adaptarse ellos al medio. Pero lo que era, sin duda alguna, éticamente injustificable eran los intentos por patentar secuencias del ADN humano, algo así como decidir a qué empresa o particular pertenecían la producción de insulina, el sistema inmunológico, los riñones, el bazo, o incluso las neuronas de la humanidad. Había llegado un momento en el que cualquier decisión estaba supeditada a la economía. No a una economía global casi gaiana, que tuviese en cuenta factores algo más humanos, sino una economía a corto plazo, egoísta, local, personalista en muchos casos. Un sinsentido que se atacaba de forma tímida, algo desorganizada. Mucha gente era partidaria de una ética humanizada, pero parecía faltar algún mecanismo aglutinador. ¿Qué bando ganaría la batalla, la ética o la economía, la humanidad y el autocontrol o la soberbia y el caos?

Además, la mayoría de las noticias de alcance popular representaban normalmente la punta del iceberg, quedando ocultas a las mentes profanas muchas investigaciones que tendrían tanto o más impacto en el futuro.

En el principio de la década de los noventa, Tuomanen y colaboradores estudiaban la posibilidad de utilizar glicopéptidos para atravesar la barrera hematoencefálica y tratar con eficacia determinadas infecciones que afectaban al cerebro. En 1993, Nielsen, en Dinamarca, descubría el PNA, una proteína que podía transportar información y autorreplicarse y que, adecuadamente utilizada, podía bloquear la expresión génica. Era un gran descubrimiento, ya que implicaba la práctica eliminación de muchas, si no todas, las enfermedades de carácter genético. Parecía que el cáncer dejaría de ser un problema. En 1994, Fremont, Qian y Mikhailow publicaron un estudio experimental sobre el crecimiento de las conexiones nerviosas en el cuerpo calloso interhemisferial.

Un año más tarde se creaba Geneptics Inc., con sede en Helsinki, y los tres científicos formaban parte del consejo directivo. La empresa creció con rapidez, convirtiéndose tempranamente en la primera empresa mundial en el desarrollo de

productos y tratamientos en diversos ámbitos: tratamientos médicos en disfunciones del sistema inmunitario y en enfermedades de carácter genético, mecanismos de prevención y solución de problemas medioambientales, tratamiento de residuos. Cuando crearon, en 1996, la División de Investigación Genética Avanzada, decidieron ubicarla en Brasil porque económica y fiscalmente les convenía, y porque el país tenía una historia importante en investigaciones de este tipo.

Eric se dirigía ahora a Geneptics Brasil para hacerse cargo de la dirección de esta división, para impulsarla en la dirección adecuada, tal como deseaban Norman Fremont y el equipo directivo.

—¿*Senhor*? Es todo lo cerca que puedo llegar. —Eric salió de su abstracción al oír la voz del conductor.

—Está bien, no importa. ¿Cuánto le debo? —Eric sacó su billetera y consultó su reloj interno para calcular la duración del viaje. Según las tarifas debía costar alrededor de los 600 cruzeiros, si el viaje en avión y el calor no habían desajustado su sentido del tiempo.

—Son 650 cruzeiros, *senhor*. ¿Desea una factura?

—No, no es necesario. Tenga 700 y quédese con el cambio. Bájeme las maletas, por favor. —Eric le dio los billetes y descendió del taxi.

El conductor sacó las maletas del portaequipajes y las dejó a un lado de la carretera. Subió rápidamente al coche y, antes de acelerar para perderse en la distancia, se despidió gravemente.

—Adiós, *senhor*, y buena suerte. La va a necesitar.

Eric cogió las maletas y se dirigió hacia la entrada. El edificio principal de Geneptics se alzaba majestuosamente entre las instalaciones energéticas, los almacenes y los depósitos isotérmicos. Era un edificio de seis plantas, pero sólo tres estaban por encima del nivel del suelo. A diferencia de otras empresas más tradicionales, no había allí más animales que los perros encargados de la seguridad nocturna. Era algo de lo que estaba orgulloso: la Ciencia al servicio del hombre, pero sin olvidar la ética. Todas las pruebas se realizaban sobre cultivos estándar de las células apropiadas en cada caso, y las malfunciones de los cultivos se detectaban por diversas técnicas automáticas: media del potencial eléctrico, cromatografía líquida, resonancia magnética nuclear, resonancia de espín electrónico, etc. Desde que trabajaba en Geneptics, no había visto nada más drástico y sanguinario que algunos raspados a cerdos o conejos para obtener muestras de las células deseadas.

Se dirigió al edificio principal, cargado con su equipaje. Antes de franquear la entrada, bajo la distraída mirada de los dos guardias de seguridad, introdujo su tarjeta de identificación en la ranura y esperó. *Ésta es una de las situaciones que debo arreglar, pensó. Una simple tarjeta magnética, tan fácil de falsificar, un par de guardias aburridos y cansados... Habrá que instalar un sistema combinado de*

identificación dactilar y retina Poco después, las puertas principales se abrían, y traspasó el umbral, dispuesto a dinamizar las actividades de la división de Brasil.

El éxito consiste en alcanzar lo que se desea, la felicidad en desear lo que se alcanza.

Anónimo

LUIS ALFREDO

Normalmente trabajaba, como todos los empleados, hasta las 6.00 p.m. Pero aquel día, había decidido quedarse un poco más para adelantar trabajo. Terminó algunos experimentos, y luego fue a su despacho, en el cual tenía un terminal que estaba conectado directamente con el laboratorio. Actualizó la base de datos y se dispuso a escribir un informe con los resultados de sus experimentos de los últimos dos días. Media hora más tarde, se levantó de su asiento y se dirigió al frigorífico. Necesitaba beber algo, tenía la garganta seca y un poco de hambre. Se preparó un sándwich y lo acompañó con una Coca-Cola. *Qué bien se trabajaba allí a esa hora*, pensó. Sólo se escuchaba el eventual ladrido de alguno de los perros encargados de vigilar durante la noche el perímetro de la empresa.

Volvió a sentarse en su sillón y, mientras comía, se distrajo mirando a través de la ventana de su despacho. La noche era negra como el azabache y sólo se veían algunas estrellas en el firmamento. En medio de su distracción, se acordó de su familia que residía en Colombia, y se prometió que los visitaría en Navidad. Igualmente vinieron a su memoria recuerdos de su estancia en Suiza, donde había realizado sus estudios de máster en Genética. Era precisamente allí donde había comenzado esta nueva etapa de su vida, pues gracias a algunos de sus profesores, se le había permitido participar, a pesar de sus 23 años y poca experiencia en comparación con la de muchos de los concursantes, en las pruebas de selección de personal altamente calificado, realizadas en su universidad por Geneptics Inc.

Pero todo había ido bien, es más, había sido el mejor en las pruebas, y esto le hacía sentirse orgulloso de sí mismo. *Había valido la pena el esfuerzo de sus padres por educarlo*, pensaba. Su mayor sorpresa había sido el hecho de que le enviaran a la sucursal de Geneptics en Brasil, que en el ámbito científico se conocía como la fortaleza del conocimiento, ya que contaba con el mejor *staff de* científicos del mundo. Lo habían enviado allí para que trabajara en la División de Investigación Genética Avanzada.

También pensaba en lo rápido que pasa el tiempo. Ya era febrero y hacía tan sólo un mes que había llegado. Hasta el momento, su trabajo era de lo mejor. Sus jefes inmediatos estaban satisfechos con su desempeño, tanto que su opinión ya era casi una necesidad durante las reuniones que se llevaban a cabo cada viernes. Incluso

podía remitir sus informes directamente al jefe de la división, sin que éstos pasaran antes por otras manos. Entonces cayó en la cuenta de que el nuevo jefe de la división estaba al llegar, Se preguntó cómo sería, lo único que sabía de él era que se llamaba Eric, deseaba conocerlo, y comentarle algunas de sus ideas respecto al trabajo que actualmente desarrollaba.

El ladrido de uno de los perros lo trajo de nuevo a la realidad. Se dio cuenta de que sudaba copiosamente, y maldijo el sistema de aire acondicionado. *Claro que en medio del calor, que se pone de moda cada año por esta época y en esta parte del mundo, cualquier sistema de ventilación puede fallar*, se dijo. Aunque estaba seguro, como lo había escuchado en los medios de comunicación, de que febrero de 1997 sería recordado como el mes más cálido de la década, al menos en esta parte de la América Latina.

Se levantó de su asiento y se dirigió al sistema de refrigeración para regular la temperatura de su despacho. De nuevo ladró uno de los perros, y entonces pensó: *Los perros están algo inquietos esta noche, o ¿es que me lo parece?* Un momento después, escuchó el chirriar de unos neumáticos, pero era raro que no se divisara algún coche en la entrada, que él podía ver a unos 40 metros. Por algunos instantes no vio nada. Al cabo de uno o dos minutos vio que alguien atravesaba el portal principal. Se veía algo sudoroso y agotado. Arrastraba una maleta grande, y en su mano derecha llevaba un portafolios. Vestía elegantemente, muy al estilo europeo, era alto y de piel muy blanca. Se detuvo un momento, como buscando algo o a alguien con la mirada, como si estuviera analizando la situación y el momento en que se encontraba. Pasaron otros dos minutos, y el extraño se dirigió resueltamente al interior del edificio.

Luis Alfredo decidió ir a su encuentro. Se dirigió a su mesa de trabajo, para ordenar rápidamente algunos papeles, apagar su terminal de trabajo, deshacerse de la lata de Coca-Cola y de algunos residuos de su sándwich. No había terminado cuando alguien pasó cerca de la puerta de su despacho. Se sobresaltó y se preguntó si sería el individuo que había visto en la entrada del edificio. Apagó la luz de la lámpara, y se dirigió a la puerta cautelosamente. *No podía ser un ladrón, pues no habría podido entrar, ya que sólo se puede acceder a las instalaciones de Geneptics con tarjeta magnética, y exclusivamente a través de la zona de identificación donde, como mínimo, permanecen dos guardias de seguridad*, pensó.

De todos modos, estaba algo nervioso, pues era una situación nueva para él. Abrió la puerta sin hacer ruido, y se asomó al pasillo. No vio a nadie. Salió decidido a inspeccionar, no sin antes proveerse de un paraguas que tenía colgado en el perchero, y que le serviría para defenderse en caso de que fuese necesario. Escuchó algunos ruidos en la oficina del jefe de división. Se encaminó hacia allí, llegó hasta la puerta que estaba abierta. Entonces vio al individuo elegantemente vestido, el mismo del

portal, que estaba de espaldas. Mayor fue su sorpresa y sobresalto cuando sin darle tiempo a hacer nada, ni siquiera una pregunta, y sin siquiera darse la vuelta para mirarlo, el individuo dijo:

—Tranquilo, no soy un ladrón. —Y girando sobre sí mismo, quedó frente a él, mirándolo fijamente. Unos segundos después, el extraño volvió a dirigirse a él—. ¡Hola! —dijo—. Soy Eric Barterer, el nuevo director de la División de Investigación Genética Avanzada de esta sucursal de Geneptics. Espero no haberle asustado mucho. Pensaba que no habría nadie a estas horas. Decidí venir directamente del aeropuerto hasta aquí, para hacerme una idea general del sitio y de las instalaciones, espero me comprenda.

—Ah, sí. Yo soy Luis Alfredo Casas, trabajo desde hace un mes en esta división, y me place mucho conocerle. Claro que no esperaba que fuera en estas circunstancias, pero bueno, igualmente bienvenido a Rio de Janeiro, y espero que su estancia sea placentera.

—Espero que así sea —respondió Eric, y continuó revisando los documentos que tenía en la mano. Se desplazó a la ventana situada detrás del sillón ubicado tras el escritorio. Escudriñó con la mirada lo poco que alcanzaba a divisar de las instalaciones.

Luis Alfredo no atinaba a hacer otra cosa más que mirarlo, no sabía qué decirle. Nada le venía a la cabeza que le permitiera iniciar una conversación amena. Después de varios minutos, Luis Alfredo pensó en algo.

—¿Desea tomar alguna cosa?

Eric se dio la vuelta y lo miró. Se acercó al escritorio, descargó los documentos, abrió su portafolios, introdujo los documentos y volvió a cerrarlo. De nuevo, le miró y dijo:

—No, gracias, no quisiera molestarlo. Además, creo que he terminado aquí por hoy. Deseo llegar al hotel, tomar una refrescante ducha, y dormir. Aunque parece que habrá una tormenta, e imagino que el bochorno será mayor. ¿Siempre hace tanto calor aquí?, podría decirse que el infierno es menos cálido, ¿no cree usted? —Se miraron entre sí, y comenzaron a reír. Pero Luis Alfredo observaba que la risa de Eric era algo forzada, se notaba a leguas que le molestaba muchísimo el calor.

Salieron del despacho de Eric, y se dirigieron al aparcamiento de coches. Luis Alfredo se había ofrecido a llevarle y Eric había aceptado gustosamente. Se alejaron de las instalaciones de Geneptics y, mientras lo hacían, Eric puso a tope el aire acondicionado del automóvil. A Luis Alfredo le pareció un poco exagerado, pero no dijo ni hizo nada al respecto. Luis Alfredo se dirigió a la Avenida de las Naciones, la cual conduce al centro de Rio de Janeiro. Pasaron cerca del Parque de las Banderas, desde donde podía verse el imponente estadio de fútbol Maracanã. Ahora Eric parecía más relajado y tranquilo. Incluso su mirada era algo más cordial. Durante el

recorrido, los dos hombres hablaron entretenidamente de las cosas que veían a su paso, intercambiaron algunas impresiones y algunos chistes; incluso tuvieron tiempo y ánimo para detenerse en el bar-cafetería Banana Café, famoso en la ciudad y tomar algo.

Una hora más tarde, Luis Alfredo dejaba a Eric en su hotel y se dirigía luego, muy rápidamente por la Avenida Atlántica, bordeando las playas de Leblón, hacia su apartamento. Recordaba a Eric, y su extraña forma de ser, a veces muy cordial y otras tan cortante, tan frío. En fin, había sido una rara y larga noche, un torbellino de pensamientos desfilaban por su cabeza, necesitaba aclararse. *Nada mejor que una buena ducha y una buena cama para relajarse*, pensaba. Ya se divisaba, a lo lejos, un cúmulo de oscuras nubes y algunos relámpagos de la tormenta que Eric había vaticinado con tanto acierto. Aceleró su auto y se perdió en el horizonte.

El neurótico es el hombre que construye un castillo en el aire. El psicótico es el hombre que vive en él. Y el psiquiatra es el hombre que cobra el alquiler.

Anónimo

ESTABILIDAD

Una tormenta tropical aparece sobre el horizonte. Densos nubarrones negros convergen sobre Rio cabalgando a lomos del viento. En los últimos años han escaseado las tormentas, y las pocas que se producen son más ruidosas, con más cantidad de rayos y truenos, aunque con menos agua que anteriormente. Parece como si el pulmón sudamericano de la Tierra estuviese afectado de bronquitis. Pero esta vez es diferente, se huele en el ambiente que ésta puede ser la madre de todas las tormentas tropicales de la última década. Muchos animales se esconden en sus madrigueras, mientras depredadores oportunistas aprovechan el momento para cazar algún retoño despistado y asustado, separado de la camada. Algunos seres humanos sienten la tormenta cercana en su cuerpo, en forma de reuma, dolor en las prótesis, o migraña. Eric Fitzroy Barterer no tiene prótesis, ni problemas de reuma, ni sabe lo que es la migraña. En toda su vida no ha padecido ninguna enfermedad digna de mención. Habiendo crecido en un ambiente acomodado y sin riesgos apreciables, es una especie de moderno Juan Sinmiedo. Pero en este momento, gruesas gotas de sudor frío le caen por la cara desde las cejas, y tiene la espalda empapada. La mayor parte de sus músculos están en tensión, agarrotados. Su respiración es agitada, sus inspiraciones, rápidas y cortas. Está hiperventilado, y sus pulsaciones se han elevado considerablemente. Sus ojos grisazulados están inyectados en sangre, y sus pupilas se hallan totalmente dilatadas.

Hoy, como cada noche antes de acostarse, se ha puesto su pijama azul, un pijama clásico, con botones de concha y bolsillo superior izquierdo. También como cada noche, ha practicado con los sentidos potenciados que ahora posee. Últimamente es capaz de sincronizar sus hemisferios simplemente cerrando los ojos y exhalando lentamente el aire de sus pulmones. Su control sobre su sistema sensorial es famoso entre sus compañeros. Puede descodificar las variaciones en el tono de voz, las pausas, el ritmo, los armónicos. Interpreta correctamente el lenguaje gestual, las posiciones relativas de las extremidades, la orientación de la cabeza y de la mirada, los ritmos implícitos en cada movimiento. Y si la comunicación permite una proximidad mayor, también el olfato, el tacto o el gusto se integran para producir un esquema global de la información que está recibiendo. Es difícil engañarle ya que

percibe fácilmente cualquier contradicción en el mensaje que recibe.

Sin embargo, esta noche, al acercarse la tormenta, el sistema de climatización ha fallado, y el calor ha empezado a aumentar en su habitación. Este hecho, junto a las modificaciones atmosféricas provocadas por la tormenta, han provocado una ligera sobrecarga en el sistema sensorial de Eric. Su sistema nervioso ha reaccionado de forma errónea. El sistema simpático y el parasimpático han entablado una batalla abierta, el primero produciendo noradrenalina y estimulando, mientras el segundo contraatacaba produciendo acetilcolina para contrarrestar las acciones de su contrincante. Parece como si todos los aspectos e identidades que componen el núcleo de Eric estuviesen luchando por obtener el control, por instaurar la tiranía.

En este momento su mundo interno se parece a un elefante borracho cargado de porcelana caminando sobre un cable en lo alto de las torres gemelas del World Trade Center. Multitud de impulsos nerviosos se producen entre sus hemisferios, de una forma asincrónica.

Empieza a percibir multitud de sensaciones de una forma caótica. Siente un hormigueo en sus extremidades, como si las terminaciones nerviosas quisieran enviar un mensaje de auxilio al exterior. Siente escalofríos, tiene calor y frío, y suda intensamente, un sudor frío, muy salado. Sus ojos cerrados se ven asaltados por un baile de figuras de colores azules, verdes y amarillos. Sus oídos perciben un zumbido bajo e intenso, que proviene de todos lados a la vez que de ninguna parte. Su nariz, con las aletas dilatadas, husmea el ambiente.

Huele un sonido rojo centelleante, paladea un color disonante y anarmónico, ve una textura ácida y picante, toca un olor que suena a áspero y amargo. Percibe a π en la lámpara de pie, construye pentaominós con los dibujos de la alfombra, y fractales en el papel pintado de las paredes, visualiza las transformaciones del florero en una botella de Klein. Y él mismo es la botella, el florero y la pared. Es la lámpara de pie, y percibe difusamente otra lámpara, deforme, parecida a un extraño perchero azul, con una bombilla halógena inmensa, una lámpara de diseño, con botones de concha y bolsillo izquierdo.

Y es una flor, agitándose inquieta y sintiendo en todo su ser la tormenta que se acerca. Y la tormenta explota en una cascada de truenos y relámpagos. La lluvia cae, intensamente, con rapidez, como si hoy fuese su última oportunidad. Y la flor se agita. El balcón se abre violentamente, claudicando frente al viento. Y la lluvia entra en la habitación, refrescando la flor, modificando la composición de la atmósfera, limpiándola. Y, poco a poco, empieza a oír la lluvia, a oler los árboles cercanos... Siente que vuelve a tener dedos, manos y pies. Vuelve a notar su cabeza encima de los hombros, y siente que todo en su cuerpo está donde él recordaba que estaba.

El sistema de climatización vuelve a ponerse en funcionamiento, ruidosamente, asustándolo. Los animales vuelven a salir a campo abierto. Los seres humanos que

tienen la mala suerte de funcionar como barómetro descansan ahora tranquilos, sin que les moleste el reuma, las prótesis o la migraña. Y los restos cansados de la tormenta se alejan lentamente, como si les apenase dejar el lugar.

No somos la misma persona este año que el año pasado. Ni lo son aquellos a los que amamos. Tenemos suerte si, al cambiar, seguimos amando a una persona cambiada.

W. SOMERSET MAUGHAM

KAREN

Tenía en su piel ese color moreno, típico de las mulatas brasileras, de cuerpo esbelto que movía con gracia al caminar. No era hermosa, pero sí lo suficientemente atractiva para que cualquier hombre se fijara en ella. Había vivido en el Brasil hasta los 16 años y luego se marchó con sus padres a Londres. Le había dolido dejar su tierra, pues en ella había pasado su infancia y algunos de los mejores momentos de su vida adolescente. Decidió seguir los pasos de su madre y, al igual que ella, estudió periodismo, enfocándolo también hacia el mundo de la Ciencia. Realizó sus estudios en la Universidad de Manchester, fue de las alumnas más aventajadas, y vivía siempre agradecida con su madre, por las cosas que le había enseñado acerca del difícil mundo del periodismo.

Estaba sentada en su oficina, organizando los últimos detalles para la presentación de la emisión de su programa en la BBC de Londres: «Ciencia, Hombre y Tierra.» Programa que ella se había encargado de hacer popular dentro del mundo de la élite científica, por su objetividad y su alto conocimiento en las áreas que investigaba.

Justo en ese momento escuchó que alguien entraba en su despacho. Era Peter, redactor en jefe de su programa, quien había entrado sin golpear antes a la puerta, aun sabiendo que a ella le molestaba que no lo hicieran. Iba a decirle algo, cuando observó su mirada ansiosa y algo excitada. Peter arrojó sobre el montón de papeles que en ese momento ella revisaba un sobre cerrado con un membrete en el que se podía leer claramente Geneptics Inc.

Sólo le bastó echar una ojeada al sobre para saber de qué se trataba. Recordó entonces aquella reunión a la que había asistido dos meses atrás, la misma donde había conocido a ese hombre... Norman Fremont, sí, ése era su nombre, una persona algo extraña, aunque no más extraña que esa sensación de frío que se percibía en el ambiente. Él, en medio de la reunión, la había abordado halagándola por el buen trabajo que hacía al difundir los avances en materia científica que se sucedían día a día. Había sido después de la cuarta copa cuando le había insinuado que trabajara para él y su gran empresa durante dos años, como difusora exclusiva, no sólo para la BBC, sino para todo el mundo, de las diferentes clases de investigación que allí se

desarrollaban, al igual que de los logros que se obtuvieran.

La propuesta le había parecido interesante, pues quién mejor que ella sabía del gran potencial y desarrollo tecnológico de Geneptics Inc. Características que le habían valido para ser la primera en el ramo. Se imaginó ganando el Pulitzer de periodismo científico. Pensó también en lo rentable que resultaría trabajar para ellos; no es que tuviera necesidades, pero vaya cómo mejoraría su vida. Comprendió entonces la ansiedad en la mirada de Peter, pues él era el único al que le había comentado aquella conversación y, además, le había prometido que lo llevaría con ella si todo resultaba ser cierto y no el efecto alucinador de unos cuantos tragos de licor.

Tomó el sobre en sus manos, lo miró, lo repasó y por fin, se decidió a abrirlo. La carta que contenía comenzaba con un efusivo saludo por parte de Norman Fremont. Posteriormente, le recordaba la conversación previa que habían sostenido, y le dejaba entrever que su ofrecimiento era sincero, la elogiaba una y otra vez acerca de su trabajo y capacidades, y por último aparecía la propuesta en firme:

Karen, me agradecería mucho que aceptaras el trabajar con nosotros, creo que nos conoces lo suficiente para no tener que enviarte nuestras cartas de presentación. Tu trabajo, si lo aceptas, se desarrollaría en la principal de todas nuestras sucursales, que se encuentra ubicada en Brasil, muy cerca de Rio de Janeiro. Al llegar allí, serás recibida por el actual director, el señor Eric Barterer, el cual es uno de nuestros mejores hombres. Él se encargará de lo que necesites, al menos en un comienzo, para que tu trabajo se desarrolle sin el menor contratiempo. Seguramente allí verás cosas que tal vez nunca antes hayas visto, de ahí que te haya escogido, pues sé de tu objetividad y seriedad a la hora de informar a tu público. De manera que no te extrañes si en algunas cosas te pedimos un poco de discreción; espero que me entiendas. Nos agradecería mucho, a mis socios y a mí, que viajaras antes de finalizar el mes de mayo.

Esperando que te atraiga mi oferta, y que tu trabajo a nuestro lado te resulte provechoso, tu amigo y servidor

*NORMAN FREMONT
Director General
Geneptics Inc.*

Posdata: los pasajes aéreos te los haremos llegar en estos días, al igual que el contrato oficial, para que lo firmes.

Dobló la carta, la guardó en el sobre y miró a Peter. A él sólo le bastó mirarla para saber que aceptaría el nuevo trabajo y comenzó a dar saltos de alegría. Ella lo miraba

y, mientras lo hacía, un cúmulo de sentimientos, pasiones e historias vividas se volcaban en su mente... *Hacía cuatro años que no visitaba Brasil Estaba encantada de poder volver a poner sus pies en una tierra que, a pesar de haber vivido fuera de ella mucho tiempo, era la suya. Allí había nacido, allí se habían conocido sus padres, allí se había enamorado por primera vez, y también por primera vez había entregado su corazón...*

En ese entonces era muy joven, pero qué placentero era recordar cada una de esas vivencias. Ya estaba decidido, iría a Brasil, era su nuevo gran reto. Mostraría al mundo una vez más quién era Karen Daniela Foster Cucunuba. Peter la acompañaría, de esta forma no se sentiría sola. Su mayor inquietud residía en la naturaleza de las personas con las que trabajaría. Le había visto en una ocasión y le había parecido un hombre muy atractivo e inteligente, pero igualmente tuvo la sensación de que era un hombre frío y calculador. Ahora que iba a conocerle y trabajar con él, tendría tiempo para comprobar sus impresiones. Deseaba sinceramente equivocarse con respecto a lo de frío y calculador. Eric Barterer dejaría de ser un enigma para ella muy pronto. *Y de los demás, no tenía ni idea de quiénes eran, ¿cómo serían?, ¿tal vez como Eric? Pues bien, ya tendría oportunidad de averiguarlo...*

DINOSAURIOS

En el mes de mayo el calor es moderado según la gente de Rio. Sin embargo, el segundo sótano del edificio de Geneptics está intensamente refrigerado. La mesa de reuniones de la sala principal está rodeada por personas de apariencia nórdica, la mayoría sudorosas, la camisa arremangada, la corbata en el respaldo de las sillas. La mesa es redonda, pero un observador entrenado podría descubrir con facilidad la jerarquía de los componentes de la reunión.

En primer lugar existe una clara separación de edades. Norman Fremont, Yang Qian y Boris Mikhailow, de edad avanzada, están orientados triangularmente. El personaje central, Norman Fremont, es quien posee más poder, posiblemente una situación establecida a lo largo de los años. Las tres personas parecen fluctuar con la brisa de la refrigeración. En realidad se encuentran en la sala de reuniones de la sede central de Geneptics en Helsinki, y asisten a la reunión por medio de la telepresencia. Normalmente utilizan la holocomunicación, pero aún no se han instalado los sistemas receptores-descodificadores en Geneptics Brasil, y no querían arriesgar la seguridad de la reunión utilizando los sistemas públicos de comunicación, infinitamente agujereados y parcheados, donde impera la ley del byte más fuerte.

Los demás componentes de la reunión tienen sus sillas dirigidas hacia las tres imágenes, aun cuando existen leves diferencias entre ellos. Peter Runaway y Paul Spheris, ambos ingenieros, están conversando entre ellos animadamente sobre las diversiones que esperan encontrar en la ciudad, y parecen excluir tanto a Eric como a Mary Greenaway, doctora en Física y Matemáticas. Ésta última está revisando algunos documentos en su *siscom*, un sistema personal de comunicaciones, del tamaño de un paquete de cigarrillos, que integra videófono, correo electrónico, holocomunicación y enlace por satélite a cualquier aparato conectado a la Red Mundial de Datos.

Eric, que parece actuar como secretario de la reunión, revisa unas notas rápidamente. Después dirige su mirada hacia Norman Fremont, con una mezcla de respeto y urgencia.

—Si os parece bien podríamos empezar ya la reunión. —Todos modifican su postura, irguiéndose en su silla algunos, otros girando la cabeza hacia él o alzando la mirada de sus propios *siscoms*.

Norman Fremont carraspea suavemente, para llamar la atención hacia su imagen.

—Todos nos conocemos desde hace algún tiempo y sabemos porqué estamos aquí, así que voy a prescindir de las formalidades. Tan sólo os expondré las razones del proyecto que deseamos impulsar. En primer lugar, ya que alguno de vosotros ha mostrado cierta curiosidad por el origen del nombre de la empresa, os diré que es una contracción de Genética y Eptificación. Si lo deseáis, podéis consultar el término en la RMD, en libro-papel/novela/ciencia-ficción/pasado-reciente.

Eric observó a sus compañeros. Tan sólo Mary evidenció claramente reconocer la referencia. Sus cejas se elevaron ligeramente, y una leve sonrisa se dibujó en su redondeado rostro con una mezcla de sorpresa y diversión. Peter no reaccionó de forma apreciable, y Paul desvió la vista hacia Eric en un gesto de interrogación, como diciendo: «No entiendo de qué está hablando.» Norman Fremont continuó con su discurso.

—Está bien, os voy a dar una pista más clara: todos nosotros, y muchos más que se encuentran en Europa y en América del Norte, hemos sido eptificados. Veo que ahora comprendéis el significado de la palabrita. Yo fui uno de los primeros, con mis compañeros Yang y Boris aquí presentes y, desde entonces, el número ha ido creciendo, de forma lenta pero sin pausa. Alguno de vosotros ha sido mejorado recientemente, y es posible que os sintáis como dioses gracias a la información que sois capaces de captar-integrar-absorber, o gracias al control que poseéis sobre vuestro cuerpo, que os hace prácticamente inmortales.

Entre los jóvenes se produjo un audible murmullo de confirmación ante las últimas palabras de Norman Fremont. Peter y Mary mostraban también una expresión pensativa, seria en cierto modo. *Deben detectar algún armónico fuera de lugar en la voz de Norman*, pensó Eric. Y sabía cuál era la causa de esa variación vocal. Norman modificó la expresión de la cara, haciéndola más grave, frunciendo levemente las cejas y tensionando los músculos faciales.

—Desgraciadamente, en este proceso existe un pequeño problema, algo común a todo proceso complejo: no puedes controlar todas las malditas variables. No os voy a aburrir con los detalles, ya que no conocéis suficiente genética para entenderlo en profundidad. El problema es algo llamado «efecto de autostop» en la transmisión de la información genética. Es posible que, al efectuarse la transmisión, se transfieran otros genes, total o parcialmente, por proximidad. Normalmente esto no suele afectar de forma importante al resultado final. Pero no es así en nuestro caso. En nuestro proceso de mejora genética, hay algunos genes indeseables que se transmiten persistentemente de forma parcial.

Tanto Eric como los directivos observaban expectantes a Peter, Paul y Mary. Las caras de estos últimos eran en este momento bastante uniformes en sus expresiones. Sorpresa, asombro, duda y decepción, todo ello salpimentado con algo de ira. Este hecho demostraba su falta de práctica en el control de su cuerpo. Sin embargo, su

recuperación fue rápida en comparación con los seres humanos no modificados. Cuando consideró que la situación se había normalizado, Norman siguió con sus explicaciones.

—Como resultado de esos «autoestopistas», quedamos estériles, pero esto ha quedado superado con nuestras técnicas de clonación. El problema que más nos afecta es que no tenemos un control adecuado del hipotálamo, de los mecanismos reguladores de la temperatura. Por ello no soportamos el calor, por ello Yang, Boris y yo no estamos hoy físicamente en esta reunión. Sí, ya sé que vosotros lo soportáis mejor que nosotros, pero no creo que sea un dato significativo, a no ser que la edad agrave la situación. Por este motivo creamos esta División, parcialmente destinada a desarrollar productos de Ingeniería Genética de uso cotidiano en medicina y otros campos, pero en realidad dirigida a solucionar nuestro problema. Sin embargo, el consejo científico supervisor me ha informado que la solución, si existe, puede tardar más de diez años. Además, no parece que sea posible realizar nuevas modificaciones sobre nosotros, dicen que es como poner un parche sobre otro parche. Creemos que es demasiado tiempo, así que hemos convocado esta reunión para estudiar otras posibilidades.

Dicho esto, Norman Fremont dirigió una mirada a Eric, quien inmediatamente retomó su papel de secretario.

—Peter, Paul, Mary, ésta es una reunión abierta. Me gustaría que intervinierais de forma espontánea sugiriendo ideas propias o criticando las de los demás. Estamos seguros de que con vuestra ayuda conseguiremos alguna solución alternativa factible que no sea tan lenta.

Paul fue el primero en intervenir, después de intercambiar una mirada con Peter y Mary.

—Cuando se nos convocó a esta reunión, se nos expuso el problema del control de la temperatura, de la mala adaptación al calor, pero como si fuese algo que afectaba a un número reducido entre nuestra *familia*. Parece que la situación es más extensa de lo que nos dijeron. Si fuésemos tan sólo unos pocos, podríamos esperar diez años en el Polo Norte, suponiendo que las investigaciones en el campo genético dieran sus frutos en ese tiempo. Pero actualmente somos más de diez mil los seres humanos eptificados. Y, si no podemos esperar ayuda de la terapia génica, debemos buscar en otros lugares. Además, es bastante difícil que una empresa multinacional como la nuestra pueda funcionar sin supervisión directa. Actualmente se pueden hacer muchas cosas con la telepresencia, ya sea bidimensional u holográfica, pero la sociedad todavía no está demasiado habituada a esta forma de comunicación. Creo que la solución sería utilizar un polímero sintético como si fuese una segunda piel. Una piel que actuase de aislante térmico respecto al medio externo, un polímero que contuviese en su matriz reguladores de la temperatura. El único problema podría ser

la unidad de energía, pero podríamos integrarla en la estructura de los *siscoms*. Creo que sería factible y rápido. En menos de dos años podríamos tener el problema solucionado.

Peter aprovechó la pausa de Paul para exponer sus ideas. Le dirigió una mirada de disculpa, avisándole que iba a torpedear su propuesta, y recibió en respuesta una mirada de desafío y aceptación.

—Es una idea interesante, pero creo que no es viable. Técnicamente podrías fijar nanomáquinas en la matriz polimérica. Con ellas, el control de la temperatura sería posible. Pero el problema de la energía no es trivial. O bien utilizas un centro de energía, o bien dotas a cada máquina de su propia unidad energética. Situar el centro de energía en los *siscoms*, separado del sistema de regulación, es una apuesta doble o nada con la muerte. Sería difícil de miniaturizar para integrarlo en el polímero y, además, sería arriesgado depender de una única fuente de energía. En cuanto a las nanomáquinas, sus unidades energéticas son actualmente temporales, con el problema de autonomía que eso representa. Y ¿qué pasa con la respiración, la alimentación o la eliminación de residuos? Además, se supone que intentamos pasar desapercibidos, y no creo que una película polimérica como la que propones fuese indetectable.

Peter consultó su *siscom*, y en su cara apareció una expresión de preocupación al absorber los datos que estaba esperando desde el principio de la reunión.

—Acabo de recibir las simulaciones que había pedido. Lamento tener que decir que lo que iba a proponeros parece haberse ido al agua. Había pensado en depositar en la estratosfera partículas de polvo del tamaño adecuado para que hiciese de escudo parcial a la radiación solar pero que fuesen transparentes a la emisión de los infrarrojos terrestres. Podríamos haber provocado una explosión volcánica, de hecho hay antecedentes al respecto. En 1815, el Tambora de Indonesia arrojó 65 km^3 de polvo y cenizas a la atmósfera, y el verano siguiente el hemisferio norte había sufrido una reducción global de la temperatura de 4 grados. Las simulaciones que había hecho con mi computadora indicaban que era posible. Con sólo una reducción del cinco por ciento de la radiación solar, la temperatura podría descender hasta 5 grados, suficiente para iniciar una glaciación. Pero se me ha ocurrido, al empezar la reunión, simular mi sistema en el modelo meteorológico del ordenador que tenemos aquí. Según los resultados, parece que el sistema sería bastante inestable. No tuve en cuenta el efecto de los gases invernadero generados por la industria, que se encargarían de la radiación infrarroja. La conclusión que se extrae de la simulación es que no existe tal conclusión, el sistema puede tanto derivar hacia una edad glacial como hacia un calentamiento neto de la Tierra. Espero que Mary tenga algo más consistente que nosotros.

Mary agradeció con una sonrisa el paso de testigo que le había hecho Peter y se dirigió claramente a Norman Fremont al empezar a hablar.

—En realidad, vuestras propuestas sólo indican el poco tiempo que hemos tenido para pensar. No implican en modo alguno incompetencia, sólo apresuramiento. En mi caso, aunque el tiempo disponible ha sido el mismo, mis circunstancias personales me lo han puesto algo más fácil. Tengo un amigo, George Abramowski, un ser humano no epifinado. Es un físico y matemático muy brillante, a pesar de estar un poco loco. Está desarrollando una teoría-puente entre la Gravitación y la Cuántica que puede llevarle a una Teoría Unificada. Su teoría parece resolver la paradoja Einstein-Podolsky-Rosen y el problema de la geometría básica del Universo. Es bastante complejo y no lo entiendo demasiado bien, pero lo más interesante es que su teoría predice la existencia de una fuente de energía, inagotable aunque algo indómita, algo que él llama un agujero rojo.

—¡Muy bien! Ya has solucionado el problema de la energía mundial. —La ironía es clara—. Pero ¿qué relación tiene esto con nuestro problema? Además, no tengo muy claro qué es un agujero negro, y de los agujeros rojos no sabía ni que existiesen. —Peter estaba realmente sarcástico.

—El comportamiento de una estrella cuando se agota el combustible nuclear depende básicamente de su masa inicial en relación con la masa de nuestro Sol. Cuando una estrella supera el límite de Chandrasekhar, es decir, cuando tiene una masa superior a una vez y media la masa de nuestro Sol, tiene más influencia la fuerza gravitatoria que la presión de las reacciones nucleares, y la estrella puede convertirse en una estrella de neutrones, una supernova o incluso un agujero negro. Normalmente, una supernova se produce si la estrella está por encima de tres masas solares, y acaba por colapsar en un agujero negro si está por encima de las ocho masas solares, aunque los límites parecen ser algo difusos. Los agujeros negros, y los llamados agujeros blancos, que sería su equivalente en antimateria, son salvajes, descontrolados. Stephen Hawking postuló, a principios de los setenta, la existencia de agujeros casi-negros, George los llama agujeros azules, que podían perder algo de energía en forma de radiación gamma y rayos X. El agujero rojo de mi amigo George sería su equivalente en términos de antimateria. Según parece, la condensación controlada de antimateria puede entrar en fase con un agujero negro o azul, produciendo agujeros blancos o rojos resonantes, con lo cual tendríamos acceso a la energía que ese agujero absorbe. George postula su existencia ya que según la simetría del Universo que resulta de su teoría, deben existir estos agujeros blancos y rojos, negros y azules, para que el Universo esté autocontenido. La teoría de George predice que todas las partículas están altamente correlacionadas debido a su origen común desde el Big Bang, por lo que la estructura del Universo sería como una red extendida densamente bucleada, sería un Universo abierto. Supongo que os preguntaréis de qué sirve todo esto para resolver nuestro problema. Si me lo permitís, tengo algunas holosimulaciones que pueden servir para aclarar algunos puntos. Me he

permitido darle un nombre al proyecto, un nombre que es a la vez sugerente, algo irónico, y no demasiado claro: El Proyecto Dinosaurio.

Todos los asistentes a la reunión parecían haber dado ya su aprobación implícita a las ideas de Mary, pero Peter todavía hizo un intento por recuperar el protagonismo.

—Realmente sabes vender tus ideas, Mary. Casi he llegado a creer que tu amigo George tenía un «agujerito rojo domesticado» en su despacho. Ya sé que no has dicho eso, pero todo parecía tan real... Esa gran teoría universal, esa explicación de todas las fuerzas del Universo, que dejaría a los físicos sin trabajo... Si no me equivoco es la decimoquinta en los últimos diez años. Crees que George puede hacer realidad el comentario del físico y premio Nobel Max Born, quien en 1928 dijo a un grupo de visitantes de la Universidad de Göttingen: «La Física, como ustedes saben, estará acabada en seis meses.» Además, aun cuando es técnicamente posible controlar una cierta cantidad de antimateria, me parece muy difícil, por no decir imposible, que sea factible mantener estable una fuerza de tal magnitud.

Mary aguantó tranquila, sonriente, los ataques verbales de Peter. Cuando éste acabó, Mary le respondió con serenidad.

—Tus objeciones son comprensibles. De hecho, algunas de ellas se las planteé a George cuando él me explicó sus ideas. No, no existe por el momento ningún «agujerito», pero se han realizado experimentos que corroboran las hipótesis de George. La operatividad del proyecto depende principalmente de dos problemas: primero, ser capaz de mantener estable el campo electromagnético para evitar la desintegración de las antipartículas. Segundo, cómo asegurar que un número suficiente de antipartículas tienen su correspondencia con partículas pertenecientes a un agujero azul. El primer problema implica superar el umbral de densidad de antipartículas necesario para que nuestro agujero rojo particular entre en fase con algún agujero azul. Las ecuaciones de George permiten calcular que tal densidad es técnicamente posible, al menos para un «agujerito». Y ahora, si nadie tiene más objeciones, os expondré la forma de utilizar todo esto para solucionar nuestro problema.

Ante el silencio expectante de los presentes, Mary activó su unidad de holosimulación. Un primer holograma apareció sobre la mesa de reuniones. Representaba un balancín metálico típico de los parques infantiles. En un extremo, la Tierra, azul y blanca. Encima, un animal parecido a un Stegosauo, de aspecto cansado y débil, intentando mantener el equilibrio. En el otro extremo del balancín, un círculo irregular rojizo en una jaula luminosa dorada.

En resumen, todas las formas que existen, inestables y transitorias, son iluminadas en la reflexión por el poder de cada mente.

LAMA MIPHAN

ZURAB

Invierno en Verch'naja Bzib. Las montañas se recortaban sobre el cielo, intensamente azul. Casi se distinguía la roca más alta, el copo de nieve más elevado de la montaña cercana. La nieve despedía fuego a sus pies, pero no tenía frío a pesar de no llevar calzado. El viento soplaba miles de cuchillos helados, azotando las rocas, la helada vegetación. Sin embargo, su cara descubierta estaba tersa y sonrosada. Se sentó en una roca plana adoptando una postura de relajación en el tronco superior y echó hacia atrás la cabeza. Inspiró profundamente tres veces, exhalando lentamente el aire en nubecillas de vapor condensado. Con la última inspiración, su cuerpo redujo el tono muscular. La postura inicial se mantenía, pero el conjunto era más suave, más inanimado.

El esfuerzo de activar la resonancia exigía que se duplicara el envío habitual de glucosa. Pero en este momento la energía de su cuerpo era barata. Tenía que protegerse del frío, pero su aislamiento era muy eficiente. Sus pulsaciones se habían reducido de 40 a 3 por minuto, y su respiración de 14 por minuto a menos de 6 por minuto.

Extendió sus sentidos más allá de su campo de percepción local. Sintió la roca donde se encontraba, el agua intersticial semicongelada, incluso los microorganismos que aprovechaban parte del calor de su cuerpo para revivir y retozar. Era divertido centrarse en ellos un rato. Transmitían una sensación definida de urgencia en sus movimientos. Parecían tener como único objetivo batir su propio récord de procreación en millares por minuto. Pero esa sensación estaba distorsionada por la diferente escala de tiempo entre el observador y el observado. Seguramente, cualquier criatura que tuviese la misma diferencia temporal respecto a nosotros tendría la misma sensación al observarnos.

Decidió ampliar más su campo focal. Automáticamente redujo el nivel de detalle para evitar el riesgo de una sobrecarga sensorial. La sensación era a la vez impresionante y atemorizante. Impresionante por el tímido contacto con la vegetación, de la agitación de las plantas por el viento a la pesadez de las hojas por la nieve. Atemorizante por lo difícil que era mantener un núcleo de individualidad frente a la cascada de sensaciones que recibía, incluso en este paraje yermo y solitario.

Detectó un incremento importante del campo de conciencia. Se producía detrás de los riscos que había a la derecha de su cuerpo, casi en el límite de detección. Modificó la simetría de su percepción, de la esfera al elipsoide, centrando uno de los puntos focales en el risco. Esta vez descubrió un campo local más activo que el de plantas y rocas, que reaccionaba intensamente a su contacto. Reconoció fácilmente su patrón de resonancia. Se trataba de un perro, el pastor alsaciano que siempre acompañaba al extranjero. Ese reconocimiento trajo consigo las proyecciones visuales de ambos. Paradójicamente su campo visual no mostraba la nieve, la vegetación helada ni las montañas al fondo. Veía la entrada de su poblado, en el valle, el río crecido en primavera, los colores cálidos de la vida en erupción. Y distinguía, tal como ocurrió entonces, la llegada de un occidental que se acercaba al poblado junto a un perro.

Recordaba también su carácter inquisitivo, intensamente curioso. Se definía a sí mismo como Ciudadano del Mundo. Le gustaba viajar por lugares exóticos, interesarse por las diferentes costumbres de los lugares por donde pasaba. Solía residir largo tiempo en algunos de ellos. Había estado en el Tíbet, y convivido con los lamas. Había estado en la India, y también en Japón. Después se había dirigido a Abjasia, y finalmente le había encontrado. Tenía muchos planes para el futuro, conocer a los esquimales, a los tuareg, recorrer el Amazonas... Incluso le había comentado que desearía poder viajar al espacio, ir a Marte, o más allá, formar parte de la primera tripulación del *Enterprise*.

Eliminó la proyección e intensificó su campo de percepción, pasando más allá del alsaciano. A la vez, le envió señales claramente tranquilizadoras, ya que parecía estar bastante nervioso. Dirigió su percepción hacia donde el campo canino parecía centrarse. Entonces lo detectó. Era claramente una conciencia humana, una depresión importante en el continuum espacio-tiempo-mente. Se podía reconocer fácilmente el campo del extranjero gracias a los análogos que su mente realizaba para interpretar sus percepciones. Era una zona compacta, de un azul intenso sobre el fondo verdoso. Era un olor de almizcle entre naranjas, un Re bemol emergiendo de un conjunto de Fa sostenido. Era como el tacto del melocotón entre granito. Era ligeramente salado en un entorno picante. Sin embargo, había algo que no encajaba con su patrón de resonancia. En lugar de un elipsoide, el campo local del extranjero era un extraño poliedro que fluctuaba de forma asimétrica. Dedujo que existía algún problema importante. Tal vez el extranjero había caído desde algún risco cercano.

Si se hubiera tratado de alguien del valle, habrían conectado y conocería la extensión del problema. Pero el extranjero todavía no era capaz de integrar adecuadamente todos sus sentidos. Sería necesario acudir en su envoltura corporal. Contrajo su campo, concentrándolo en su núcleo. El cuerpo aumentó su tono muscular. La respiración, antes casi inexistente, incrementó su ritmo. Abrió los ojos,

asombrándose por enésima vez de la rapidez con que se producía el retorno. Había pensado en ello muchas veces, y nunca había encontrado una explicación satisfactoria. Una vez, hacía un par de meses, el extranjero le había hablado del caos y de la existencia de zonas llamadas atractores en los sistemas dinámicos complejos. Se trataba de estructuras dimensionales a las cuales tendía un sistema dinámico aún cuando partiese de puntos diferentes. En sistemas sencillos, lineales, esos atractores eran también sencillos, normalmente un punto, una espiral, una esfera compacta, pero en sistemas más complejos, que seguían dinámicas no lineales, la estructura de atracción, el atractor, podía tener la forma de una rosquilla, o formas aún más extrañas, algunas como una cortina de tela suspendida por un extremo. Se le había ocurrido la posibilidad de identificar su núcleo de conciencia con un atractor, y el extranjero lo consideró una hipótesis bastante interesante.

Se levantó y se dirigió hacia donde había detectado al alsaciano. Lo encontró quinientos metros más abajo, en dirección al poblado. Cien metros más allá se encontraba el extranjero. Una roca le presionaba las piernas, y había sangre en su rostro. Sin embargo, había tenido suerte en la caída. Tan sólo diez metros más y se hubiera despeñado, practicando el salto del ángel hasta el fondo del valle. Estaba inconsciente, pero no presentaba ninguna anomalía importante en sus constantes vitales. La roca era grande, casi demasiado para una sola persona. Tendría que concentrar la energía en sus extremidades, en las inferiores como punto de apoyo, en las superiores como palanca. Inspiró profundamente, asió la roca, y con un grito bajo y breve que resonó en las montañas, ejerció una fuerza ascendente que liberó las piernas del extranjero.

Se arrodilló junto a él y le palpó las piernas. Milagrosamente, no había huesos rotos, pero había perdido bastante sangre tanto por la herida en la cabeza como por la que tenía en las piernas. Por suerte, el extranjero era robusto, tenía una salud de hierro. Sólo sería necesario ayudar un poco a su organismo, acelerando la coagulación de las heridas, la liberación de endorfinas, el ataque de los glóbulos blancos a las posibles infecciones.

Inspiró profundamente y entró en resonancia fácilmente. Las situaciones de urgencia siempre aceleraban el proceso de integración. Ahora venía la parte más difícil, entrar en resonancia con la conciencia dispersa de un ser no integrado. Primero tenía que concentrar el campo del extranjero, estructurarlo y proporcionarle la simetría adecuada. La presión tenía que ser sutil, ya que en caso contrario la estructura podía derivar peligrosamente a algo que el extranjero había llamado atractor Klein, un constructo topológico parecido a una botella retorcida sobre sí misma. Después intentaría integrar los dos campos en uno solo para poder ordenar las acciones necesarias en el cuerpo del extranjero.

Empezó extendiendo su propio campo alrededor del extranjero. Después fue

contrayéndolo, concentrándolo lentamente, presionando aquí, liberando allí, conteniendo más allá. Casi lo había conseguido, el campo del extranjero ya era claramente elipsoidal, aunque presentaba una protuberancia en el sector superior, bastante densa, más negra que azul, más un olor de petróleo que de almizcle, más un Do sostenido que un Re bemol, más como asparto que como piel de melocotón, más como hiel que como sal. Era necesario eliminar esa zona, pero primero debía integrar su campo al suyo. Comenzó a interpenetrarlo enviando señales de reconocimiento. Qué extraño era integrarse con alguien inconsciente, alguien que no tenía un control adecuado de su campo de percepción. Qué extraño, y qué problemático, ya que por ese motivo no podía esperar ayuda de su parte en el proceso.

La integración se produjo. Simultáneamente, para reducir las posibilidades de riesgo, envió las señales de curación, separó la protuberancia oscura y conectó con el núcleo de conciencia del extranjero para que su cuerpo no actuase en defensa de la intrusión. Este núcleo poseía una estructura realmente simétrica y bella. La verdad es que al extranjero le faltaba tan sólo práctica para conectar sus dos hemisferios, práctica para integrar su campo de percepción. Retiró gradualmente su influencia y finalmente deshizo la integración. El campo del extranjero estaba muy activo, fluctuando entre varios elipsoides, todos azules, almizclados, rebemolados, melocotonados, salados.

Se contrajo nuevamente a su núcleo, manteniendo un ligero contacto de seguridad, y observó el proceso de curación. La tensión arterial disminuyó para reducir el derrame de sangre. El bazo suministraba parte de su reserva sanguínea al sistema circulatorio. Multitud de glóbulos blancos, diez veces más que en situaciones normales, se formaban y se dirigían a los diferentes campos de batalla. Los trombocitos reventaban al contacto con el aire, y provocaban la conversión de la protrombina en trombina, que reaccionaba con el fibrinógeno. Se produjo la fibrina, que coaguló los glóbulos rojos y cerró los vasos linfáticos. Los vasos capilares se dilataron y escaparon los fagocitos, que destruían a los microorganismos invasores. Aparecieron después los fibroblastos, formando el nuevo tejido. Más tarde, las fibras nerviosas y musculares penetraban en el tejido, produciendo la cicatrización.

Inspiró profundamente y abrió los ojos. Ahora sólo era necesario esperar. Se sentó en una roca cercana y contempló el paisaje. El perro había desaparecido. Posiblemente había ido al poblado a pedir ayuda. Lo divisó algo más abajo y lo llamó, con un silbido intenso y agudo, como el extranjero hacía siempre. El perro giró la cabeza, escuchó la llamada e inició el regreso pausadamente, sin urgencia.

Observó al extranjero. La respiración era tranquila y profunda. Las heridas ya casi no se distinguían. El extranjero abrió los ojos lentamente, y sonrió con una sonrisa dulce, agradecida.

—Zurab, si no lo hubiese experimentado, no lo creería. Ha sido algo fantástico,

alucinante. Quería comunicarme, pero no podía superar el muro. —El extranjero cambió su sonrisa por una mueca de dolor.

—Mejor que no te esfuerces en hablar, extranjero. Todavía estás un poco débil y debes recuperar fuerzas —dijo Zurab, sonriendo.

—Sé que soy extranjero en este país, pero ¿por qué no me llamas por mi nombre? No es muy difícil de pronunciar —respondió el extranjero.

—Dick es el nombre que otros eligieron por ti para ti. Es el nombre que te definía según ellos, pero no es el nombre que te define a ti según tú mismo. Hasta que no consigas definirte y llamarte por tu nombre, prefiero llamarte extranjero —sentenció Zurab.

—Eso es casi Zen, ¿lo sabías? Tienes una extraña filosofía de la vida, Zurab. Supongo que de alguna manera estoy de acuerdo contigo, pero he vivido tanto tiempo llamándome Dick, respondiendo a ese nombre, que cualquier otro me parecería artificial.

—Te aseguro que cuando sepas quién eres por ti mismo, y no quién eres por los demás, encontrarás tu nombre, y cualquier otro te parecerá artificial.

—Explícame cómo conseguiste tu nombre. Explícame cómo conseguiste... integrarte —dijo el extranjero.

Zurab desvió la mirada hacia el poblado, y su voz se hizo más profunda, más grave.

—Tus dos preguntas están relacionadas, pero una de ellas me obligaría a contarte gran parte de la historia de nuestro pueblo, así que te la explicaré otro día, cuando estés repuesto, alrededor del fuego y disfrutando de una buena cena. Sabes que mi nombre es Zurab Apsni. Quizá no sepas que esta región la conocemos con el nombre de Apsni, la Tierra del Alma. Existen leyendas sobre nuestra larga vida y también sobre otras características más mentales que físicas. Incluso los occidentales habéis llegado a oírlas, distorsionadas por la transmisión en idiomas diferentes, especialmente en relatos de algo que llamáis ciencia-ficción. Explicarte qué es la integración es un problema básico de comunicación. Si me limito a utilizar el lenguaje oral, en una semana podría haberte contado gran cantidad de metáforas y analogías, de parábolas y paradojas, pero aun así estarías bastante lejos de la comprensión. Y si fueras capaz de entender la comunicación integrada, el lenguaje gestual, el olfativo, de escuchar los armónicos de mi voz y percibir las tensiones musculares de mi cuerpo, la expresión de mis ojos, ya no necesitarías ninguna explicación, te bastaría con preguntarte a ti mismo. Si yo no supiera caminar, ni pudiese ver y no tuviese control consciente de mis piernas ¿cómo me explicarías qué significa caminar y cómo hacerlo? Zurab es el nombre de un antepasado materno, alguien que no pudo controlar el proceso y se volvió loco al sufrir una sobrecarga sensorial. Elegí ese nombre como un recordatorio constante del control y la

estabilidad. Elegí llamarme Zurab Apsni el día que conseguí extender mi conciencia al valle, a la vegetación, a los animales, a las rocas, al río, y me uní a ellos, para recordar que no soy una entidad individual aislada sino una manifestación local de algo más complejo. Llámalo Dios, Universo, Conciencia Última, Nada, Nirvana, Energía, Vacío, Alma. Cómo los llames es indiferente, tan sólo importa cómo se llama ella/él/ello a sí mismo, tan solo importa el hecho de que tú mismo eres parte de esa entidad, ¡eres esa entidad!

Zurab observó la atención del extranjero, intensamente concentrado en sus palabras, la mirada centrada, el cuerpo ligeramente en tensión.

—Bien, creo que necesitaré algún tiempo para absorberlo. Lo que me has contado parece más claro que un *koán*, pero no por ello menos paradójico —dijo el extranjero.

—¿Un *koán*? Te refieres a cosas como: ¿qué ruido hace una palmada realizada con una sola mano? O enviar a alguien a recoger agua de un río con un cazo agujereado. No, no es tan sencillo como eso pero tampoco es tan complejo. Tan sólo es diferente. Vamos, te ayudaré a levantarte y bajaremos al poblado. Está oscureciendo.

—Zurab, ¿me enseñarás cómo conectar mis percepciones, cómo integrarme? —pidió el extranjero, casi suplicante, la mirada ansiosa, el cuerpo en tensión, la nariz aleteando, irradiando esperanza y deseo por los poros de su cuerpo.

—Ya casi lo has conseguido por ti mismo. No necesitarás demasiada ayuda, pero sí mucha práctica. Y cuando lo hayas logrado, espero que me digas cómo he de llamarte. Bajemos al poblado.

Siguiendo al perro, que ya se les había adelantado, bajaron hacia el valle dos seres humanos, uno de ellos volviendo a casa, el otro dirigiéndose tentativamente a su nacimiento.

TRIÁNGULO

Mary Greenaway entró en el despacho de Luis Alfredo para pedirle algunos datos que le interesaban del trabajo de éste acerca del proceso de autorregulación térmica en los seres vivos. De esta manera, podría llevar a buen fin el diseño de algunas teorías, relacionadas directamente con el proyecto que ella misma había denominado Proyecto Dinosaurio. A Luis Alfredo le parecía una mujer muy atractiva, pero había algo en ella que no acababa de gustarle. Ese algo también lo había percibido en Eric, al igual que en otras tantas personas del amplio complejo de Geneptics Brasil. Habían pasado tres meses desde aquel extraño encuentro con Eric. Durante todo este tiempo Luis Alfredo había continuado con sus experimentos, algo modificados, pues Eric le permitió realizar los cambios que él había sugerido.

—Luis Alfredo, podrías facilitarme los datos de los experimentos 28, 35 y 56 del mes de abril. Tú eres el único que tiene acceso a esos datos, y agradecería mucho tu ayuda —dijo Mary con voz suave y pausada.

Luis Alfredo la observó una vez más y procedió a introducir su *password* en el ordenador para entrar en el sistema. Después de una serie de menús, llegó al sitio donde quería buscar. Tecléo una serie de comandos y al cabo de unos segundos, comenzaron a imprimirse los datos en la impresora que estaba cerca de la puerta del despacho. Ambos se dirigieron a la impresora, para recoger el material impreso. Mary, al entrar, había dejado la puerta entreabierta.

Entonces, Luis Alfredo la vio. Era una mujer morena, bastante guapa, de esbelta figura, cabello rizado, amplia sonrisa y negra mirada. No sabía por qué, pero le había cautivado. Iba acompañada por un hombre vestido deportivamente. Más tarde, se enteraría que era un redactor de programas para televisión.

—¿Qué miras? —le preguntó Mary.

—A esa mujer —contestó él—. ¿Sabes quién es?

—No, no lo sé. Pero tal vez sea la periodista que estaban esperando desde hace unos cuantos días, para que cubra ciertos acontecimientos de gran importancia para Geneptics.

Él salió al pasillo para observarla mejor. La mujer se percató de su mirada y se la devolvió con una amplia sonrisa. Traía colgado en su pecho un carnet que la acreditaba como visitante. En un momento, ella cambió la dirección de su mirada, Luis Alfredo se percató entonces de que Eric había salido de su despacho y se dirigía

hacia ella. Al llegar junto a ella, la saludó con un estrechón de manos y un beso en cada mejilla. *Muy a la europea*, pensó Luis Alfredo. La tomó del brazo, y los tres, Eric, la mujer y el hombre se encaminaron al despacho de Eric.

Luis Alfredo los veía acercarse por el pasillo, y decidió regresar al despacho. No había acabado de girarse, cuando la grave voz de Eric lo detuvo en seco.

—Luis Alfredo —le dijo— quiero que conozcas a la señorita Karen Daniela Foster. Ha venido desde Londres, y estará con nosotros un buen tiempo compartiendo nuestros triunfos y derrotas en el campo científico. También será la encargada de difundir nuestros avances a la población mundial, a través de los medios de comunicación, especialmente la televisión.

Luis Alfredo se hundió en sus negros ojos. Se sentía hechizado, tanto que le pareció que actuaba tontamente frente a ella. Se ruborizó, pero se controló. Le tomó la mano, y le dio un beso en la mejilla derecha.

—Bienvenida a Rio, ésta es su casa y yo su amigo incondicional —le dijo.

Ella, por su parte, lo miró de forma pícara y dejó escapar una risita. Eric observaba a Karen, no podía negar que era una mujer atractiva, y que incluso le hacía experimentar sensaciones que nunca antes había sentido frente a una mujer de su entorno social. Luis Alfredo, por su parte, desvió la mirada de Karen hacia el tercer integrante del trío saludándolo muy informalmente. Karen se lo presentó.

—Este es Peter, mi compañero y redactor de los programas que presentaba en la BBC.

Eric se aprovechó para comentar a Karen que Luis Alfredo era uno de sus mejores científicos.

—Tan sólo en un mes, ha logrado progresos importantes en algunos de los proyectos que aquí desarrollamos, y que ya tendrás tiempo de observar por ti misma.

Luis Alfredo lo había escuchado y le dijo a Eric:

—Honor que me hace, señor.

Ella por su parte les observaba a ambos. Los dos parecían ser hombres muy interesantes y bastante consagrados a sus labores. Pero lo que le parecía más curioso era que ambos le atrajeran de una forma difícil de explicarse en ese momento.

Alejó estas ideas de su cabeza, y dirigió su mirada a la persona de la que hasta ese momento nadie se había percatado. Luis Alfredo fue quien se apresuró a presentarla.

—La doctora Mary Greenaway, una de nuestros mejores exponentes en el área de la Física y de las Matemáticas. —Mary le dirigió una mirada de complicidad a Luis Alfredo, y éste le sonrió.

—Encantada —dijo Karen.

—Igualmente —respondió Mary.

—Espero que nos veamos pronto —dijeron ambas al unísono. La situación fue tan divertida que todos se echaron a reír. Unos momentos después, el grupo se dirigió

a la sala de reuniones. Allí les esperaba una gran variedad de deliciosos bocadillos y refrescantes bebidas. Luis Alfredo aprovechó un descuido de Eric para acercarse a Karen y conversar con ella.

—Oye, tienes algunos rasgos latinos bastante definidos, ¿posees acaso algún tipo de ascendencia latina? —le preguntó.

—Sí, soy brasileña de nacimiento. Mi madre también lo es, pero no mi padre. Él es inglés. Se casó con mi madre al son de tambores y en la espesa jungla amazónica hace veinticinco años. Al cabo de un año, yo ya estaba en camino.

—O sea, que tienes veinticuatro —dijo él.

—Vaya, que inteligente eres —se rió ella—. A propósito, lo de la jungla y los tambores era una broma.

—¿Ah, sí? Y yo que me lo había creído. Sabes Karen, de ti me lo creería todo.

—Eso puede ser peligroso, Luis Alfredo ¿no crees?

—Y qué, vale la pena arriesgarse.

Eric observaba desde una distancia prudente la conversación entre Luis Alfredo y Karen. Le parecía que eran bastante afines. No sabía por qué, pero se sentía algo molesto con Luis Alfredo por su actitud hacia ella. *Pero ¿por qué tiene que molestarme?* se preguntaba. No era posible que se sintiera celoso. Eso era imposible. *Se supone que los humanos eptificados no nos dejamos arrastrar por las pasiones, como lo hacen los seres humanos convencionales*, se decía a sí mismo. Tendría que hablar con Fremont en la primera ocasión que tuviera. *¿Sería acaso Karen una prueba a la que lo estaba sometiendo ese viejo zorro?* Si era así, le demostraría quién era él. Pero no dejaba de ser agradable esa sensación de gusto por una mujer. Era algo delicioso.

Después de una media hora, la reunión comenzó a disolverse. Todos volvían a sus lugares de trabajo. Eric se acercó a Karen, le dijo a Luis Alfredo que los disculpara, y comenzó a guiarla junto con Peter, hacia lo que sería su oficina provisional. Karen, antes de irse, dirigió una sugestiva mirada a Luis Alfredo.

—Espero volver a verte.

—Eso tenlo por seguro —le dijo él.

Luis Alfredo se dio cuenta de la mirada que le había dirigido Eric: era una mirada de desafío. Luis Alfredo no entendió el significado de esa mirada y se quedó pensativo.

A Karen le causaba cierta gracia la situación. Ahora era Eric quien trataba de ser galante con ella. Nunca lo hubiera esperado de este hombre, que siempre le había parecido enigmático. Eric se esforzaba por parecer simpático, pero se notaba que le costaba. Su galantería no era tan natural como la de Luis Alfredo.

—Espero me aceptes una invitación a cenar, pon tú la fecha y la hora —le dijo Eric.

—Gracias, Eric, lo tendré en cuenta.

—Bien, aquí estamos, ésta es tu oficina.

Karen pensó para sí misma, *vaya, vaya, eso sí es una oficina, nada que ver con el cuartito que tengo en la BBC*. Sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de Eric, quien, una vez más, se dirigía muy cortésmente a ella y a su ayudante.

—Espero que les guste. Seremos vecinos, yo estoy aquí al lado, en el siguiente despacho. Por ahora hasta luego. Ya nos veremos.

Dirigió una mirada a Karen guiñándole el ojo derecho, y salió del despacho. Por primera vez, observó Karen que Eric había hecho algo bastante natural. A ella le había gustado esa última mirada, *después de todo no es un ser sobrenatural*, pensó ella, y sin darse cuenta, en su rostro se dibujó una sonrisa.

—Muy bien, Peter, a trabajar. No nos pagan para holgazanear.

—De acuerdo —dijo él, y se pusieron a organizar su lugar de trabajo.

Dos horas más tarde, Karen empezaba a visitar las instalaciones de Geneptics Brasil, siempre acompañada por su fiel compañero Peter.

No hay camino hacia la libertad, la libertad es el camino.

MAHATMA GANDHI

RAZONES

Habían pasado seis meses desde que Karen había conocido a Luis Alfredo y Eric. Era sábado, y como hacían habitualmente, pasaban juntos el fin de semana, en el apartamento de alguno de los dos. Luis Alfredo y Karen parecían entenderse bastante bien. Se gustaban. Luis Alfredo se había enamorado desde el primer momento en que la vio. Por su parte, Eric se sentía muy contrariado con esa relación y se había dedicado a hacerle la vida imposible a Luis Alfredo, de una manera muy sutil. Pero con ella se comportaba muy amable, y no descuidaba detalle para hacerle entender que la amaba. Karen estaba contenta de tener a Luis Alfredo a su lado, aunque Eric no dejaba de atraerle. Incluso no podía olvidar aquel encuentro con Eric en el ascensor hacía quince días, cuando él lo detuvo y la tomó entre sus brazos para besarla apasionadamente. Ella no había opuesto la menor resistencia, en cierto modo le había gustado la actitud de Eric, pero se sentía tan avergonzada que no pudo mirar a Luis Alfredo a la cara durante muchos días.

Terminó contándole lo de Eric. Él se puso furioso y entendió, en cierto modo, lo coartado que le hacía sentir Eric cuando él expresaba sus opiniones en la reunión de cada viernes. *Está claro, se dijo, está celoso porque yo la tengo a ella. Él lo tiene todo menos a ella, y eso le encoleriza.* Karen y Luis Alfredo habían desarrollado una relación tan especial que se contaban todo, intercambiaban opiniones e incluso comentaban de vez en cuando acerca del personal de la empresa.

Más de una vez habían hablado del tema. De lo extraños que eran en ocasiones Eric, Mary y otros miembros del equipo de la División. Coincidían en que se tornaban irritables, descontrolados e incoherentes cuando se encontraban en medios bastante calurosos. Karen le había contado a Eric acerca de la reunión donde había conocido a Norman Fremont, pero centró su comentario en lo frío que estaba el ambiente del recinto donde se celebraba dicho acto. Luis Alfredo recordó el encuentro con Eric aquella noche de febrero de 1997.

—Sudaba y se veía malhumorado a la entrada del edificio —le comentó a Karen—. Cuando le encontré en el despacho, su expresión era otra, algo más tranquila. Recuerdo incluso que se quejó del calor, dijo algo como que el infierno era menos cálido, y que deseaba tomar una refrescante ducha. Después en el auto, camino a su hotel, puso el aire acondicionado a tope. En ese momento, fue otro, su voz se relajó, comenzó a hablar, a contar anécdotas e incluso hizo algunos chistes. Y Mary, aquel

día que el sistema de refrigeración de su sección falló, se volvió insoportable. Casi me pega cuando fui a llevarle los datos que me había pedido, imagínate, me gritó que por qué me había demorado, cuando hacía sólo unos tres minutos habíamos hablado por el intercomunicador.

—No sé, Luis Alfredo —dijo Karen—, todo esto es muy raro. ¿No te has fijado que más o menos cada 15 días Eric y Mary desaparecen de sus despachos? Cuando se les busca, sus secretarias sólo responden que están en una reunión de directivos. Y si es así, ¿por qué no te invitan a esas reuniones? Ya hace tres meses que formas parte de la mesa directiva. Parece que se reunieran a deliberar sobre algo que no quieren que los demás sepan.

—Eso es cierto —respondió Luis Alfredo—. Pensé que yo era el único que me daba cuenta de esas desapariciones. Además, ahora que lo mencionas, hay otro hecho curioso por parte de Mary. No es una persona con conocimientos avanzados de Genética y, de repente, se ha interesado por mis investigaciones acerca de la autorregulación térmica en los seres vivos. Periódicamente, me pide prestados los resultados de mis estudios, pero sólo de aquellos en los que he tenido más éxito. Me parece muy extraño, porque yo ni siquiera sé para qué diablos los quiere y para qué le sirven. No le encuentro sentido. ¿Sabes qué pienso de todo esto, Karen? Creo que aquí se está cociendo algo grande, que no se cómo explicar ahora.

—Vamos, Luis Alfredo. ¿No te estarás volviendo algo paranoico? ¿No estarás creando una tormenta en un vaso de agua? No dejes que tus celos te cieguen en contra de Eric.

—¿Celos?, no lo creo —dijo él pensativamente. La miró y le sonrió—. Qué te parece si cambiamos de tema, no me gustaría que nuestra velada se estropeará.

—Estoy de acuerdo —aceptó ella, a la vez que se dirigía al bar, y volvía con dos copas en una de sus manos y una botella del mejor champaña en la otra.

Se bebieron toda la botella, charlaron de otras cosas, fueron al dormitorio, hicieron el amor y luego el sueño les venció. Pero el sueño de Luis Alfredo era intranquilo...

Escuchaba sus propios pasos. Eran tan fuertes como el sonido de los tambores aborígenes de la zona en una noche tranquila. Veía cómo los árboles caían a su paso por el denso bosque, lleno de sonidos extraños, al igual que de una espesa neblina. No sabía por qué o para qué estaba allí, pero no tenía miedo. Tenía sed. Entonces, percibió el olor del agua. Pero ¿cómo es posible? se preguntó. Se dejó guiar por el olor y llegó a un pequeño lago. Pero antes de llegar a él, pudo ver por encima de los árboles, cómo algunos animales que estaban allí salían corriendo asustados, y no entendía por qué. Dios mío, soy más alto que un árbol, se dijo. Llegó a la orilla, y se inclinó para beber un poco. Dio un salto hacia atrás horrorizado. Había visto unos filosos dientes, una gran cabeza como en forma de huevo, y unas manos pequeñas

con garras en vez de uñas. Esperaba que algo surgiera del agua, pero nada salió. Se quedó allí unos instantes, esperando, cavilando, y entonces lo comprendió. Él era la causa por la cual los animales se habían asustado. Él era esa extraña criatura que había visto, no dentro del agua sino reflejada en ella.

Estaba desconcertado, por su cabeza cruzaban un sinfín de ideas. ¿Qué me ha ocurrido, en qué me he convertido? Soy una horrible bestia, se decía a sí mismo. Pasó la noche sentado junto al lago. No sentía frío. Su piel era lo bastante fuerte como para sentirlo. Una vez hubo amanecido, una extraña fuerza le obligó a ponerse en marcha, estaba como hipnotizado. Hacia dónde iba, no lo sabía. Pero era consciente de que allá adonde iba, le esperaba algo peligroso. Una sensación de muerte comenzó a invadirle. No podía detenerse, recorría kilómetros en cuestión de segundos, era imparable.

Comenzó a sentir un frío que le calaba los huesos, el verde bosque había desaparecido. Ahora caminaba por un vasto terreno comparable sólo con los paisajes que había visto alguna vez por televisión, acerca de los polos terrestres. Los latidos de su corazón comenzaron a disminuir. Se sentía cansado. La extraña fuerza que le había llevado hasta allí comenzaba a disminuir. Sus pasos se volvieron torpes, cada vez estaba más cansado. Estoy muriendo, pensó. Pero ¿por qué?, no lo entiendo. Y ¿qué hago en este vasto y frío desierto? Siguió caminando hacia donde ahora la débil fuerza lo llevaba, no podía evitarlo. Y de pronto apareció ante él un cañón, tan profundo que no podía ver el fondo. Caminaba hacia él, su instinto de supervivencia comenzó a actuar, trataba con todas sus fuerzas de resistirse. ¡Oh, Dios!, pensaba, me va a arrojar al fondo. Empezó a llorar, e imploraba ayuda.

Sintió cómo sus signos vitales disminuían, no sólo era el precipicio, su mismo cuerpo moría, su respiración se hizo agitada, dio un paso y otro, y sin darse cuenta cayó. Cerró los ojos para no ver y a la vez gritó con las pocas fuerzas que aún le quedaban. De repente sintió que una mano le cogía, evitando que cayera. Abrió los ojos y sólo pudo ver un resplandor, una luz muy blanca, que envolvía a ese algo que le sostenía.

Su vista se aclaró un poco, trató de ver mejor a su salvador, pero no pudo. Tenía figura humana, de eso estaba seguro, pero no podía verle la cara. Estaba aún más confuso, pero se sentía feliz. Estaba muriendo, y algo le daba la oportunidad de vivir. El ser le llevó a tierra firme. Pero esta tierra era diferente, no tenía nada que ver con el denso bosque o el vasto terreno gélido por donde había pasado. Ahora estaba en una tierra hermosa, bastante primaveral, y ya no era una bestia, era de nuevo un hombre.

En ese momento, Luis Alfredo despertó. Estaba sudando. Su corazón latía agitadamente. Miró a Karen, la cual dormía plácidamente. Entonces pensó, nunca antes había soñado así. ¿Qué me está pasando? ¿Tendrá algún significado este

*sueño? Dios, ¿me estaré volviendo loco? Es mejor que trate de dormir de nuevo.
Mañana será otro día.*

El mayor desorden de la mente consiste en creer que las cosas son de cierta manera porque nosotros deseamos que así sea.

JACQUES BENIGNE BOSSUET

ESTRATEGIA

El segundo sótano del edificio de Geneptics mantiene una refrigeración importante, a pesar de que en el exterior la temperatura está agradablemente suavizada por la brisa. Norman Fremont preside la reunión, esta vez utilizando la holopresencia. Eric, al igual que seis meses atrás, actúa de secretario de la reunión. Pero no están ni Yang Qian ni Boris Mikhailow. También está Mary Greenaway, y le acompaña la holoimagen de Gunnar Christensen, el ingeniero director del Proyecto Dinosaurio.

En este momento Gunnar está hablando, utilizando varias holoimágenes para explicar el estado del proyecto. La imagen actual presenta un conjunto de cabañas en una zona limpia de árboles y vegetación.

—El interior de la selva amazónica parecía una localización segura para nuestros propósitos, pero creo que deberemos idear una tapadera más consistente o seremos detectados fácilmente por la red de satélites de vigilancia de la ONU. Tendremos que construir un anillo de almacenamiento de 79 metros, y los dispositivos de control y mantenimiento.

—¿Por qué tenemos que construir un anillo? —Norman Fremont le interrumpe, algo sorprendido. Nunca le han gustado las situaciones imprevistas, y ahora parece que tiene que afrontar una bastante problemática.

Gunnar introduce algunas órdenes en su holosimulador. La imagen cambia rápidamente, mostrando una gran zona deforestada, en la que sólo se aprecian algunas cabañas. A intervalos regulares, formando un círculo, unas rocas de aspecto metálico delimitan una especie de doble circuito tubular, con algo parecido a un abrelatas en uno de los extremos.

—Al principio conseguíamos los antiprotones gracias a algunos contactos de alto nivel que tenemos en el CERN, en Ginebra. Hasta el momento disponemos de más de quinientos millones de antiprotones, enfriados a cuatro Kelvin con helio y estabilizados con campos electromagnéticos. Sabemos que son estables durante un mínimo de tres meses. Pero, según Mary, debemos almacenar y comprimir mil veces más. Podremos conseguir rápidamente los antiprotones del Tevatrón del Fermilab, en Chicago, también tenemos gente de confianza allí. Pero para enfriarlos y estabilizarlos deberemos construir una réplica del anillo LEAR de baja energía que

tienen en el CERN.

En este momento interviene Mary, consciente de que Norman, visiblemente contrariado, parece haberse perdido en las explicaciones de Gunnar.

—El problema no es tan grave como parece a primera vista, Norman. Gracias a este anillo, el proyecto entrará en su recta final en menos de dos meses. Podemos explicar que estamos tratando de producir antihidrógeno para poner a prueba la invariancia de la paridad, la conjugación de carga y la inversión temporal, la llamada invariancia PCT. Tenemos la suficiente influencia en el consejo científico de la CEE para incluir estos experimentos en el programa EUROTOP, incluso para que parezca que ya llevamos más de un año en ese programa.

—De acuerdo, Mary. Encárgate de hacer las gestiones necesarias. ¿Algún otro problema que pueda retrasar el proyecto? —Norman contrae ligeramente los músculos faciales y dirige su vista a Gunnar.

Con un gesto, Gunnar modifica las holoimágenes, mostrando parte del paisaje denso, verde, relajante, de la selva amazónica. Es una jugada ciertamente inteligente. Se ha dado cuenta que a Norman Fremont le cuesta aceptar que en cualquier proyecto de gran envergadura existen problemas imprevistos de todo tipo, infinitas variaciones de la omnipresente ley de Murphy. Gunnar cree que pueden existir problemas con los campos electromagnéticos estabilizadores cuando se intente elevar la densidad de los antiprotones para formar el agujero rojo. Pero ve a Mary muy segura de sí misma, aunque la teoría la haya desarrollado otra persona. Además, empieza a creer que tiende a exagerar las posibles situaciones problemáticas.

—No, no parece haber motivos para retrasar las operaciones. Creo que la solución de Mary es bastante original. Supongo que dentro de dos meses, en diciembre, empezaremos a formar el agujero rojo. —Gunnar se retira a un segundo plano y espera.

—Entonces todo está aclarado. Espero recibir noticias más alentadoras dentro de un par de meses. —Norman dio así por terminada la reunión, y su holoimagen desapareció de la sala. Eric salió también de la sala de reuniones.

Gunnar se dirigió entonces a Mary, después de eliminar sus holosimulaciones con un gesto breve y seco.

—¡Es que me saca de quicio! Y ni siquiera ha preguntado cómo íbamos a utilizar el agujero rojo sobre el campo geomagnético terrestre.

—Tranquilízate, Gunnar. Es un hombre viejo y cansado que se siente culpable por ser quien originó el problema. Además, en la exposición del proyecto está todo explicado, y existe un holofilm que Norman puede consultar si lo desea. Tú regresa y hazte cargo de la instalación del anillo, yo me encargaré de coordinar todo desde aquí y de informar a Norman.

—Está bien, de acuerdo. Pero quiero decirte algo, Mary. No estoy muy seguro de

que podamos mantener la estabilidad del campo electromagnético hasta superar el umbral de densidad y formar el agujero rojo. Estoy preocupado por ello.

—Tonterías, Gunnar. Hemos hecho pruebas controladas en el laboratorio, y las ecuaciones de la teoría de George son muy claras al respecto. No habrá ningún problema. —Mary fue tajante en su respuesta.

Gunnar se encoge levemente de hombros, saluda a Mary, y desactiva su holoimagen. Mary se dirige al ascensor, y teclea HOMODINO para poder acceder a él.

No debéis confiar demasiado en vuestra realidad tal como la sentís hoy porque, al igual que la de ayer, puede resultaros una ilusión mañana.

LUIGI PIRANDELLO

CONTACTOS

Se dirigió a la salida del aeropuerto, pero una larga cola de gente le separaba de ella. Estaba tranquilo, no sentía calor. Había aprendido de Zurab la forma de mantener estable su temperatura interna. Una fina capa de sudor cubría su cuerpo y mantenía un suave gradiente de temperatura con el medio ambiente. Mientras se desplazaba entre el río humano, ajustó las correas de su mochila. Hizo una señal a Roger, el perro alsaciano que le acompañaba, para que se mantuviera a su lado. A la vez, se dedicó a observar el comportamiento de algunas de las personas que se movían con él. Casi todas aquellas a las que observaba sudaban a mares, algunas se veían cansadas e irritadas. En otras podía observar la ansiedad de sus miradas por encontrar a alguien conocido que hubiese ido a buscarles al aeropuerto.

Había gran cantidad de turistas, cargados con maletas, que intentaban controlar a la vez su equipaje y sus alborotadores descendientes, que hacían todo lo posible por volver locos a sus padres. Era sorprendente la energía que emanaba de esa gente pequeña. Era una energía indómita, poco estructurada, realmente muy bella. Uno de los chicos, que debía tener unos ocho años, le impresionó intensamente, tanto que concentró sus sentidos en él. No existía un patrón de resonancia, sino una continua fluctuación de colores cálidos, de olores densos, de sonidos graves, de texturas aterciopeladas y de gustos dulces. La dinámica de fluctuación era evidentemente compleja, pero no parecía existir ninguna estructura de referencia, ningún atractor.

Cuatro o cinco personas más adelante, detectó un campo de conciencia que le llamó la atención. Pertenecía a un hombre alto y rubio, de apariencia nórdica, que arrastraba una maleta y llevaba un portafolios en su mano izquierda. Externamente se veía sudoroso y cansado, algo desorientado. Continuamente giraba la cabeza buscando algo, quizás un cartel con su nombre. Pero lo que realmente había llamado su atención era que poseía un patrón de resonancia altamente estructurado. Era de un rojo intenso, aunque presentaba pequeñas zonas amarillentas en la parte superior. Era un olor a pimienta, tenía una textura basáltica y una acidez cítrica. Sin embargo, estaba extrañado. No recibía ninguna percepción sonora, y además percibía una estructura híbrida entre una esfera irregular y una espiral retorcida.

Se percató de que el nórdico parecía haberle detectado, y se recluyó rápidamente en su núcleo, retornando a un esquema de percepción algo más relajado. Vio cómo el

nórdico se giraba y le dirigía una mirada. Mantuvo el contacto visual unos segundos y después paseó su mirada indiferente por el resto de la gente, que ya se acercaba a la salida.

A eso de las 8.30 p.m. se encontraba ya en el cuarto de un pequeño hotel que había localizado al este de la ciudad. Percibió a lo lejos un relámpago, que le hizo pensar en lo bochornosa que podría llegar a ser la noche si se presentaba una tormenta. No tenía hambre, quería dormir para poder salir muy temprano a la mañana siguiente para recorrer la ciudad. Esperaba encontrar un sitio tranquilo donde poder realizar sus ejercicios, aunque no estaba muy seguro de que pudiese hallarlo en una ciudad tan bulliciosa como Rio. Se quedó dormido, abstraído en sus pensamientos. Su sueño era placentero y relajado, tanto que ni siquiera fue exaltado por la estrepitosa fuerza de la lluvia y los sonoros truenos que se sintieron esa noche en la ciudad.

Una semana más tarde, al despuntar el alba, salió del hotel y se dirigió paseando hacia las afueras de la ciudad. Mientras se acercaba al pequeño bosque donde solía realizar sus ejercicios, recordaba las sensaciones que emanaban de la aglomeración urbana que estaba dejando atrás. *Sólo el techo azul del cielo presentaba batalla a la granítica y uniforme solidez. Aquí y allá, algunos árboles solitarios luchaban por captar energía en un aire lleno de contaminantes, en una tierra falta de nutrientes. Su color era básicamente marrón, y el verde de las hojas recibía su nombre casi por mantener la tradición del recuerdo. Toda la ciudad hervía con los preparativos del carnaval, y se paladeaba una alegría desbordante, a duras penas contenida. Pero en algunas calles la pobreza se podía ver, aunque pocos se atreviesen a mirarla de frente.*

Con un gesto apenas perceptible, relegó ese recuerdo a una zona algo apartada en su mente. Se encontraba ya en la zona del bosque que se había convertido en su santuario particular. Como cada día, se sentó en la clásica posición del loto. También como cada día, pensó que debía encontrar una postura diferente, una que no dejase sus tobillos hechos gelatina. Inspiró de forma intensa, y espiró lentamente, hasta vaciar sus pulmones de la polución urbana acumulada. Aguantó la respiración largo tiempo, casi hasta el límite de la hipoxia. Después realizó una inspiración suave, lenta y profunda. Su cuerpo se relajó, sus manos descansaban sobre sus rodillas.

Extendió rápidamente su percepción a la vegetación circundante, mojándose con el húmedo rocío de las hojas. Sentíase libado en lo más hondo de su ser, y liberaba de sus estambres la semilla que representaba su inmortalidad. *Qué feo eres visto tan de cerca, insecto.* Saltó hasta la copa de los árboles, y sintió cómo el tonificante Señor de la Luz y el Calor despertaba cada una de sus hojas. Sintió el peso de los nidos de aves que moraban entre sus ramas, pió exigiendo rojos y apetitosos gusanos.

Y conoció el terror de verse enfrentado a un enorme pico blancoamarrillento que se acercaba ávido de alimento. Se retrajo al nivel del suelo, ligeramente alterado por

la última sensación. Casi podía sentir el dolor en su cintura, como si se fuese a partir en dos. Decidió que era mejor dejarlo por ese día. Se contrajo a su núcleo y eliminó las sensaciones dolorosas de su cuerpo.

Se levantó y se dirigió al camino, iniciando el regreso al hotel. Caminaba sin prisas, sintiendo en cada poro de su piel la presión que ejercían la luz y el calor, intentando penetrar su escudo. A su espalda, escuchó el suave zumbido de un motor eléctrico. El automóvil le rebasó, pero redujo su marcha unos metros más adelante. Cuando llegó a su altura, el conductor se dirigió a él a través de una ventanilla mínimamente abierta.

—Buenos días. ¿Quiere que le acerque a la ciudad? —Los ojos grisazulados le miraron con una mezcla de cortesía y abstracción.

—Pensaba regresar caminando, pero creo que aceptaré su ofrecimiento. —Se sentía todavía algo extraño después de su episodio con el pájaro y el gusano.

El coche arrancó suavemente y se dirigió a la ciudad. Durante parte del trayecto ninguno de los dos ocupantes del coche habló. De una forma casi espontánea, dirigió sus sentidos sobre el ocupante. Y entonces, al percibir la estructura esférica, irregular, rodeada por aquella espiral, la recordó. *Es una estructura tan extraña. Esa espiral parece aprisionar la esfera. Y no parece facilitar el contacto, casi ni se da cuenta de mi propia estructura. Tengo que actuar con cuidado, sutilmente.*

Notaba que el conductor estaba algo tenso, aquella tensión que precede a una pregunta sobre algo que el emisor considera importante.

—¿Realmente pensaba volver a la ciudad caminando, bajo este calor tan intenso? —La mirada que le dirigía era profunda, interrogativa.

—Sí. La verdad es que el calor no me afecta en absoluto, y tampoco el frío. —Le pareció una pregunta casi banal, una forma de iniciar una conversación cortés.

—Pues le envidio. Si no fuese por mi trabajo, creo que viviría siempre en los países nórdicos. Por cierto, no me he presentado. Me llamo Eric y trabajo para la sede de Geneptics aquí en Brasil.

—Encantado. Me llamo Seliac y soy... Supongo que podríamos llamarlo un trotamundos. Me gusta visitar lugares exóticos, aprender nuevas costumbres... —dijo Seliac, con la mirada soñadora.

—¿Seliac? Es un nombre bastante exótico también, pero usted parece ser inglés —dijo Eric con una expresión de extrañeza.

—No, no soy inglés, sino irlandés, del condado de Cork, al sudoeste de la vieja Irlanda. Y, si bien nací como Richard O'Domhnaill, ahora me llamo Seliac Eshba. —La respuesta fue cortés pero algo seca, un residuo casi genético del eterno enfrentamiento con los ingleses.

—Qué casualidad, ¡yo estuve hace unos años en ese mismo condado! Es una zona muy bella, tan verde, tan húmeda. Y la gente, es fácil comunicarse con ellos... Y

¿qué le trae por aquí? ¿Tal vez las cataratas de Iguazú?

—Ya las he visto, son realmente preciosas. Mi próximo viaje será seguir el río Amazonas desde el delta hasta... No sé exactamente dónde terminaré el viaje. Supongo que dependerá del tiempo que pase en la selva, o en los poblados indígenas... Ya hemos llegado, éste es mi hotel.

—De acuerdo, entonces. Aquí le dejo. —Eric detuvo el vehículo cerca de un hotel, hacia las afueras de la ciudad.

—Adiós, y gracias. *Gura maith agat* —se despidió Seliac.

—¡Slán! Adiós, ha sido un placer —respondió Eric.

Seliac entró en el vestíbulo del hotel, mientras el coche de Eric se dirigía hacia el centro de la ciudad.

Tres días después de su segundo encuentro con aquel extraño hombre, Seliac abandonó Rio para dirigirse al punto donde comenzaría la aventura más grande de su vida, recorrer el río Amazonas desde su desembocadura en el Atlántico hasta más o menos la zona donde toca Colombia y continúa hacia Perú. *Con lo que logre ver hasta allí, será más que suficiente*, pensaba. Siempre había sido un soñador y le gustaba recorrer los parajes más insólitos. Pero esta vez no tendría consigo a Roger, que murió por culpa de un camión. *Siempre fuiste un amigo fiel, una compañía agradable. Te echaré de menos.*

Inició su viaje hacia el delta del Amazonas. Pasó por ciudades como Campos, Vitoria, Ilhéus, Feira de Santana, Salvador, Aracajú, Maceló, Recife, Natal, Fortaleza, Sobral, Sao Luís y Belém, todas ellas ciudades costeras del Brasil sobre el Atlántico. A algunas de ellas llegó en avioneta, a otras en automóvil, y a las que no se podía ni en lo uno ni en lo otro, caminando. Su viaje hasta este punto había durado algo menos de una semana, pero lo había logrado al fin.

Te lo dije, Zurab. Te dije que vendría y aquí estoy. Si pudieras verlo, pensó. Esa noche permaneció en Belém, y durmió como en los últimos días no había podido hacerlo. Tuvo sueños mágicos, soñó que era el autor de los ruidos de la selva, que creaba con sus propias manos las fuertes corrientes del Amazonas, que formaba parte de la vegetación, que era la astuta serpiente y se deslizaba por los grandes árboles, que era un pájaro y a la vez un cocodrilo, que él era cada cosa en la selva y que la selva era él.

A la mañana siguiente, se levantó muy temprano, para ir al puerto y hacer los preparativos. El día anterior había contratado los servicios de una pequeña embarcación, la cual era comandada por un zambo de perfiles indígenas y tez muy oscura llamado Taolamba, con quien haría la travesía. Compró los víveres que consideró necesarios para mantenerse unos 10 días, tiempo en el cual consideraba ya habría llegado al pueblo llamado Santarém. Por último, y antes de iniciar el viaje, se acercó al delta lo más que pudo, para observar la fuerza con la que este caudaloso río

entraba en el océano. Estaba maravillado. El río entraba al mar formando olas de más de tres metros de altura, ganándole la batalla a éste. Era una lucha entre dos grandes. El más fuerte vencía. Alguna vez había leído que el río entraba unos cuantos kilómetros en el mar, dejando sobre su superficie un sabor dulce. Taolamba le había contado que cuando el proceso era a la inversa, es decir, el mar era quien entraba, y gracias a la profundidad del río, que podía ser incluso hasta de 200 metros, era posible ver ocasionalmente tiburones en él. Taolamba se acercó a Seliac, y le dijo:

—Es hora de irnos, *senhor*. Se nos hace tarde. Además, debemos remontar las aguas del río antes de anoecer, ya que en sus últimos kilómetros, justo antes de desembocar, son más turbulentos.

—Está bien, Taolamba. Tú eres el capitán. Pongámonos en marcha ahora mismo.

Iniciaron la marcha, lenta al comienzo pero ganando poco a poco velocidad. Seliac agudizó todos y cada uno de sus sentidos, no quería perderse ni un solo detalle, no quería que nada escapara a su vista, a su olfato o a su oído. A medida que avanzaban, la selva se iba volviendo cada vez más espesa. Podía observar, entre los matorrales, los movimientos de algunos animales que huían asustados ante la cercanía de los hombres. Aparte de estos esporádicos movimientos, sólo captaba una inmensa tranquilidad. Se sentía observado por millares de ojos, podía sentirlos pero no podía ver a sus dueños.

Pasaron seis horas, el viaje aunque no lo pareciera era agotador. Seliac, Taolamba y sus dos ayudantes se sentaron juntos alrededor de una pequeña mesa que se había dispuesto en la también pequeña cubierta. La cena esa noche sería pescado de agua dulce, pues Maoui, uno de los ayudantes y también experto pescador, había logrado arrebatarse al gran río uno de sus hijos. Cerca de las 7 de la noche, Taolamba avistó un pequeño claro en la ribera del río que era protegido por unas ceibas inmensas. Dirigió hacia allí la embarcación, y al cabo de unos minutos Seliac posaba pies en tierra. *Qué bien se siente uno al pisar tierra de nuevo*, pensó. Maoui y su compañero Mantú se encargaron de hacer una pequeña fogata, alrededor de la cual dormirían todos.

—El fuego ahuyentará a los bichos y a los cazadores nocturnos —comentó Taolamba a Seliac. Esa noche, Seliac durmió al amparo de las ceibas, abrigado por el calor de la fogata y arrullado por los murmullos que proveía la selva.

Cinco días más tarde, los cuatro tripulantes de la pequeña embarcación fueron testigos de uno de los más bellos espectáculos que ofrecía la selva amazónica. Tres delfines rosados, tímidos por naturaleza, se habían acercado hasta la embarcación unos 50 metros. Seliac observaba extasiado la armonía de sus movimientos y no resistiéndose a la tentación, se zambulló en las aguas del río. Taolamba le gritó desde el puente que era peligroso. Pero para su asombro, los delfines no huyeron, por el contrario se acercaron a Seliac y jugaron con él, dejándose acariciar por éste de vez

en cuando.

Así, poco a poco, pasaban los días, rutinarios algunos, interesantes otros. En algunas ocasiones se acercaban a la orilla, bajaban a tierra y se internaban en la selva lo más que podían durante unos minutos. Normalmente, Seliac se dejaba cautivar por la hermosura y variedad de especies tanto de las plantas como de los pájaros que observaba. En ocasiones, a Taolamba le tocaba casi rogarle para que continuaran el viaje. Por fin, 25 días después del encuentro con los delfines, llegaron a Santarém. Seliac recorrió el pequeño pueblo ribereño y se dejó cautivar por la belleza de algunas de sus mujeres, entró en un pequeño restaurante, y probó algunas de las carnes que allí se servían, incluida la de serpiente. Para calmar la sed debida al calor que allí se sentía, decidió beber el jugo de tamarindo, una de las variedades de fruta tropical con las que se cuenta en los países de la América Latina. Taolamba y sus ayudantes, por el contrario, se fueron a la cantina, en busca de ron y mujeres. Permanecieron en Santarém por espacio de tres días, se aprovisionaron de combustible, comida y agua para poder continuar el viaje. Ahora Seliac y sus amigos se dirigían a Manaus.

En algunas zonas a lo largo del trayecto, donde las aguas del Amazonas estaban muy quietas, veía a los cocodrilos flotar en la superficie, tranquilos, acechando a alguna incauta víctima que se acercara a beber agua del río o se atreviera a entrar en él. *Es la ley de la selva. Aquí sólo sobrevive el más fuerte o el más astuto*, pensó Seliac. También, en algunas ocasiones, se percataba de la presencia de algunos aborígenes de la zona a lo largo de la ribera. No eran visibles a simple vista, había que ser muy buen observador, ya que éstos suelen subirse a las copas de los árboles más altos o esconderse tras el follaje para evitar ser detectados. Nunca había dicho nada a sus compañeros de viaje para no asustarles, ya que Maoui en una ocasión le había comentado acerca de las creencias de su pueblo en la existencia de razas aborígenes que aún cazaban al hombre, para que formara parte del menú. Podía olerles el miedo, y lo notaba en sus actitudes siempre alertas. Él, en cambio, en vez de estar siempre tan alerta como sus compañeros, más bien se sentía pequeño dentro de ese amplio y vasto mundo selvático que se abría paso a sus ojos cada vez que avanzaban y que no podía abarcar completamente aunque lo quisiera.

Al cabo de casi veintitrés días más, llegaron por fin a Manaus. *Cada día estoy más cerca. Cómo me hubiera gustado que estuvieras aquí*, Zurab, se dijo. Estuvieron en el pueblo cinco días, compraron lo que les hacía falta y emprendieron de nuevo su largo camino.

Continuaron su travesía, descubriendo cosas nuevas aquí y allá, siendo testigos del ciclo natural de supervivencia de las especies. Admirando la majestuosidad y exuberancia de esa gran tierra. Estaba enamorado de tanta belleza, decidió entonces quedarse un tiempo por allí. Quería aprender de sus gentes todo lo que pudiera, sus

costumbres, sus dialectos, pero lo que más quería aprender era a convivir con la naturaleza. Casi durante veintidós días, estuvieron remontando la ribera del río. Una vez llegaron al punto donde desembocan las aguas del río Ica sobre el Amazonas, cambiaron el rumbo. Viajaron unos quince kilómetros más y desembarcaron. Se adentraron en la selva unos dos kilómetros, y fue allí donde los encontró.

Al principio, los veían como seres raros, extraños. Después de una semana, ya habían sido aceptados en la comunidad. Taolamba, Maoui y Mantú tenían que regresar, pues sus mujeres e hijos les esperaban en Belém. Seliac los despidió agradecido, pues de no ser por ellos, nunca hubiera podido lograr su odisea y llegar a donde ahora estaba. A Seliac le gustaba la forma de vivir de los Yaguas. Era una tribu que vivía en armoniosa relación con su medio. La selva madre les proporcionaba el alimento, y todo lo necesario para asegurar su supervivencia. Seliac construyó su propia vivienda con la ayuda de algunos jóvenes de la tribu. Las mujeres, por su parte, le regalaban comida y lo tocaban, pues les causaba curiosidad el color de su piel. Le costó hacerse entender pero, pasadas dos semanas, ya entendía buena parte de su dialecto.

Después de algunos días, le invitaban a participar en sus ceremonias rituales. Para ello le enseñaron a diseñar las máscaras a partir de árboles tropicales de maderas fuertes, le enseñaron sus costumbres nativas e incluso, algunos, sus costumbres personales. Le enseñaron a cazar y a pescar, con la ayuda sólo de lanzas, cerbatanas, el arco y la flecha. Seliac estaba aprendiendo de esta gente lo sencillo que puede ser vivir en completa comunión con la naturaleza, sin guerras, sin odios, sólo viviendo y progresando en la medida de las capacidades de una comunidad. *Si la humanidad en vez de olvidar a los aborígenes, aprendiera de ellos, seguramente nos evitaríamos tantos dolores de cabeza*, se dijo. También le dieron a probar el «yajé», una bebida alucinógena, para que les acompañara en sus viajes fantásticos hacia la tierra de los dioses y demonios.

Seliac tenía por costumbre realizar pequeñas incursiones por la zona, no sólo para mantenerse en forma, sino también porque le interesaba conocer toda la diversidad de especies que allí habitaban. Aunque sus desplazamientos no lo alejaban más de 20 kilómetros del poblado, el círculo que implicaban contenía una explosión de especies. Ningún día era igual al anterior. A veces se acercaba al río, a veces se alejaba. Iba hacia el Norte, el Sur, el Este y el Oeste. La única constante era la frondosidad, la humedad, los mosquitos y otros insectos.

Ese día, se dirigió a la confluencia del río Ica con el Amazonas. Había pasado por allí antes de encontrar a los Yaguas, y la zona le había conquistado por su belleza. Además, en la unión de los ríos el ruido del agua era casi lo único que podía escuchar. Provocaba una profunda sensación de silencio, de relajación. En ese lugar podría intentar algo que nunca antes pensó, integrarse con el curso del río, con los peces, los

insectos acuáticos...

Empezó de forma suave, centrando su percepción en el sonido silencioso del río, en las plantas ribereñas, aislando sus sentidos de las exóticas flores. No deseaba verse afectado por su voluptuosidad, ni por las sensaciones continuamente cambiantes provocadas por los insectos que las visitaban. Lentamente, derivó hacia el río empezando por el menos caudaloso Icó, eliminando el resto de sensaciones, intentando establecer un contacto de estabilidad con algunos peces. Mantuvo un lazo de seguridad con su propio cuerpo.

Y, casi como una explosión, fue el río. Por suerte, aún mantenía parte de su individualidad, pero le costaba esfuerzo no perderse entre la infinidad del flujo turbulento del río. Era una corriente rápida, espumosa, blanca, que saltaba entre algunas rocas. Se dividía en dos, en tres, giraba incesantemente, remontaba el río y se encontraba consigo mismo. Era una corriente profunda, lenta, densa y fría. Era un pequeño salto de agua entre unas rocas oscuras, redondeadas.

Y se elevaba hasta el infinito, dispersando en miles de gotas todos los tamaños. Cambiaba de forma, hasta casi parecer una aguja que se dirigía al cielo. Descendía, llamado por la corriente, recuperando parte de su esfericidad, aplastándose. Entraba en contacto con el río, formando nuevamente parte de él. Y rebotaba, volviendo a elevarse un poco, formando una esfera casi perfecta, para regresar finalmente con sus compañeras.

Se encontraba realmente lejos, notaba débil el contacto con el cuerpo denso, sólido, estático, de donde había partido. Se extendió a los márgenes, captando los olores de las plantas, sintiendo una textura algo más estable. Captó un claro en el bosque, cerca del río.

Un conjunto de cabañas prefabricadas, producto del hombre «civilizado».

Y entonces los percibió. Había quince, quizás veinte personas. Y todas ellas tenían un punto en común, algo que le llamó la atención. No recibía percepciones sonoras, y sus estructuras, de diferentes colores, con diferentes olores y texturas, eran esferoidales, comprimidas por una espiral. *He visto antes esa estructura, recordó. Pero no entiendo cómo puede ser tan común. Incluso en el pueblo de Zurab, existían diferencias estructurales, sutiles pero claras. Y nunca percibí una doble forma como ahora. Estoy seguro de que Zurab querrá ver esto.*

Regresó a su núcleo de forma casi instantánea. Se sentía pesado, lento, después del episodio con el río. Rápidamente volvió al poblado, y mientras preparaba su mochila, comentó lo que había visto, y avisó a los Yaguas para que no se acercaran demasiado. No sabía qué podía pasar, y era mejor evitar cualquier tipo de confrontación, al menos por el momento.

El viaje hasta Rio fue veloz. Siempre que podía, utilizaba helicópteros o avionetas. A veces se veía obligado a caminar, otras veces tragaba los kilómetros en

vehículos terrestres. Dormía poco, tan sólo una hora cada día, utilizando todas las técnicas de relajación y descanso que había aprendido en Zurab, de los lamas en el Tíbet, de los tuareg, de su *sensei* en Japón...

La etapa intermedia, de Rio hasta Moscú, fue comparativamente un paseo fulgurante. Después, utilizó un helicóptero para acercarse lo más posible a Zurab. El último trayecto lo realizó a pie, pero la proximidad con la meta ponía alas en sus pies. Estaba agitado cuando encontró a Zurab. Sólo deseaba compartir ese extraño suceso.

—¡Tranquilízate! —le dijo Zurab—. Relájate y no actúes como un censor, no decidas qué es lo que debo conocer ni en qué orden. Déjame compartir tus experiencias de una forma libre. Después podemos decidir entre la acción y la inacción.

La comunicación fue intensa pero rápida. Seliac sintió como si se vaciase ante el contacto seguro y maduro de aquel ser, que parecía estar ya a años luz en su integración.

Zurab le transmitió un sentimiento complejo, mezcla de miedo, sorpresa, duda y determinación. Miedo por lo desconocido, lo extraño. Sorpresa por la uniformidad que indicaban los espiraloides, como parecía llamarlos Seliac. Duda por no saber exactamente cómo reaccionar. Y determinación por saber más, por satisfacer su curiosidad.

Para ver claro, basta con cambiar la dirección de la mirada.

ANTOINE DE SAINT-EXUPÉRY

LA CARA OCULTA

Estaba en su despacho de pie junto a la ventana. Se hallaba absorto en sus pensamientos, pensaba en ese extraño sueño que durante los últimos días se repetía cada noche. Mary y Eric no se encontraban allí en ese momento, habían salido de viaje pero él no sabía a dónde. Lo único que sabía era que estarían ausentes unos 20 días. Sentía preocupación por algo que no tenía muy claro. Tendría que hacer algo al respecto. Era el momento adecuado para averiguar. Aprovecharía la ausencia de Eric y Mary para indagar. Salió de su despacho y se dirigió al de Mary, que estaba al otro extremo del pasillo.

Entró en el despacho. Nadie le había visto. Comenzó por el escritorio, abrió uno a uno los cajones laterales, no había ningún documento extraño. Intentó abrir el de la parte central y no pudo, estaba cerrado con llave. Revisó la estantería de los libros, pero no veía nada fuera de lo normal. Escudriñó cada rincón con la mirada, pero seguía sin ver nada raro.

Empezó a impacientarse. Lo único que le faltaba revisar era el ordenador. Se sentó frente a él, tecleó el nuevo «password» que se le había asignado después de entrar a formar parte de la junta directiva. En la pantalla apareció un menú general, el cual mostraba tres opciones. Se decidió por la tercera, pero al querer escogerla, tecleó por equivocación el número cuatro. La pantalla parpadeó unos instantes y le mostró un mensaje nuevo.

En ese momento, escuchó unos pasos que se acercaban en dirección al despacho. Se levantó rápidamente de la silla y se encaminó hacia la puerta. Se ubicó detrás de ella y esperó. Alguien golpeó la puerta pero no entró. Al no haber respuesta, se alejó. Luis Alfredo dejó escapar un suspiro de alivio. Por un momento se había sentido descubierto. *Debió ser alguien que no sabe que Mary está ausente*, pensó. Regresó al ordenador para leer la pantalla que había aparecido justo antes de los pasos.

LEP 666

Fecha: 18/11/96

Hora: 4.58 p.m.

GENEPTICS INC - D.I.G.A. [BRASIL]

***** Ha escogido la opción secreta *****

Desea continuar (s/n)

¿Una opción secreta? ¿Por qué? ¿Será que esconden algo?, pensó. Le tecleó «s» al ordenador y esperó. Una nueva pantalla fue visualizada.

LEP 666

Fecha: 18/11/97

Hora: 5.00 p.m.

GENEPTICS INC - D.I.G.A. [BRASIL]

¡Hola doctora Greenaway!

Sus posibilidades de trabajo son las siguientes:

1. EVENTOS
2. PROBLEMAS
3. PICAPIEDRA

Escoja su opción.

Usuario: LA0001

¿Qué habrá detrás de cada opción? se preguntó. Decidió averiguarlo. Escogió la primera de las opciones. Después de unos segundos, apareció ante sus ojos el siguiente mensaje:

LEP 666

Fecha: 18/11/97

Hora: 5.03 p.m.

GENEPTICS INC - D.I.G.A. [BRASIL]

iiiiii ACCESO DENEGADO !!!!!!!

iiiiii USTED NO ES UN USUARIO AUTORIZADO !!!!!!!

iiiiii EL SISTEMA ABORTARÁ EN 30 SEGUNDOS !!!!!!!

Repitió de nuevo el proceso para las dos opciones restantes y el resultado fue siempre el mismo. Maldijo a la máquina, salió del sistema y volvió a su despacho. Ahora sí que estaba desconcertado. La curiosidad se apoderaba de él. No descansaría hasta averiguar qué escondían esas opciones. Abandonó nuevamente el despacho, pero esta vez se dirigió al centro de informática de la División. Una vez allí, buscó a Mac, un ingeniero de sistemas, un experto en lo que a claves se refería. Lo saludó y le comentó su problema. Tuvo que mentirle. Le dijo que Mary le había dado su «password», pero que en el momento de utilizarlo lo había olvidado y que ahora no tenía ni idea de qué hacer.

—Mary me matará si no le tengo listos los informes para cuando regrese. Ya habrás visto cómo se irrita cuando las cosas no se hacen a su modo.

—Si lo sabré yo —dijo Mac.

—¿Me ayudarás entonces? —preguntó Luis Alfredo.

—Está bien, hombre. Pero si me metes en un lío, tú respondes, ¿OK?

—Tranquilo, hermano, que no va a pasar nada —aseguró de modo tranquilizador Luis Alfredo.

Se pusieron manos a la obra. Mac intentó con cuanta palabra se le ocurría a Luis Alfredo, relacionada con la empresa y con lo que había alcanzado a ver en el terminal de Mary. Así pasaron casi una hora, ya eran las 6.30 p.m. Mac estaba cansado y quería irse a casa. Luis Alfredo le pidió que no se marchara. Al final, Mac accedió a quedarse para continuar intentándolo.

—Menuda suerte tenemos tú y yo. ¿No te parece gracioso, que precisamente hoy, que necesitamos al «System Manager», a éste le hayan dado permiso para ir al médico? —comentó Mac.

Lo intentaron durante unas horas más. Al final, se dieron por vencidos. Se fueron a casa. Luis Alfredo no pudo dormir esa noche. Esperaba con ansia el alba, para dirigirse de nuevo a Geneptics. Sólo le quedaba una opción. Hablaría con el «System Manager», un hombre bastante hosco. Tendría que inventarse algo para convencerle de que le suministrara el «password» de Mary, ya que por razones de seguridad le estaba terminantemente prohibido suministrar dicha información.

La noche fue larga para él, pero por fin amaneció. A eso de las 8 de la mañana ya se encontraba en su despacho. Media hora más tarde, se dirigió al «System Manager». Afortunadamente para él, éste se encontraba allí. En el dorso de la puerta, pudo leer Mauricio Pérez. Sin pensarlo dos veces, entró en el despacho sin siquiera golpear la puerta.

—Hola, soy Luis Alfredo Casas, director en jefe del laboratorio de Genética y miembro de la junta directiva de esta sucursal de Geneptics.

El hombre levantó la mirada de su ordenador, la dirigió a Luis Alfredo y le contestó:

—Sí, ya sé quién es usted. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Pues mire usted, tengo un pequeño problema. En estos momentos, estoy desarrollando personalmente una investigación de gran envergadura para la doctora Greenaway. Por boca de ella misma, sé de la existencia de algunos informes y datos que me son muy necesarios para el desarrollo de mi trabajo. Para tener acceso a esa información necesito entrar en su área de trabajo, por ende, para poder hacerlo necesito conocer su «password». Mi problema radica en que en estos momentos ella se encuentra de viaje.

—Pues lo siento de verás, señor Casas. Creo no poder ayudarle a resolver su problema. Este tipo de información, me está impedido suministrarla. A no ser, claro, que cuente con la autorización de alguien de los de arriba —contestó tajantemente

Mauricio.

Luis Alfredo comenzaba a perder la paciencia. Decidió entonces jugarse su última carta.

—¿Quiere decir que no reconoce mi autoridad como miembro de la junta directiva? Pero ¿qué se ha creído usted? Le ordeno que me dé la información si no quiere verse de patitas en la calle. ¿A quién cree que culparán, si yo no termino mi trabajo a tiempo, simplemente porque un imbécil no se dignó a colaborar conmigo? Vamos dígame. No será a mí, eso se lo aseguro.

Dio media vuelta y se dirigió a la puerta. No había puesto su mano en la perilla de ésta, cuando la voz de Mauricio le detuvo.

—Mire, señor Casas, no se ponga así. No es para tanto. Le daré lo que me pide. Supongo que usted arreglará las cosas personalmente con la doctora. Yo, simplemente, cumplo con mi trabajo. ¿Usted me entiende, verdad?

—Claro que le entiendo. Por otra parte, Mauricio, le felicito, ha hecho usted una sabia elección. No se preocupe por nada, si hay algún problema yo lo solucionaré — le dijo Luis Alfredo.

Mauricio se dirigió al ordenador, buscó la información, la escribió en un papel y se la entregó a Luis Alfredo. Este la recibió, se despidió del hombre y salió del despacho. Estaba eufórico. *Se ha creído mi arranque de furia*, pensaba mientras sonreía.

Por fin podría acceder a los archivos ocultos y satisfacer su curiosidad. Se dirigió al despacho de Mary, se sentó delante del ordenador, y entró en el sistema. Pidió la opción oculta, la cuarta, respondió afirmativamente, y se encontró nuevamente con las tres extrañas opciones de las cuales todavía no había podido pasar. *Supongo que no importa demasiado por dónde empieza, así que elegiré la primera.*, pensó.

La pantalla mostró un nuevo nivel de opciones. Todas ellas parecían tener como nexo el referirse a la Tierra: Clima terrestre actual, Edades del Hielo, Historia de la actividad volcánica terrestre, Teorías sobre el campo geomagnético, El efecto invernadero, La actividad magnética del Sol, Atractores y Meteorología. Luis Alfredo no entendía para qué necesitaba Mary esa información, aunque siendo física pudiera ser parte de algún proyecto personal. Probó con alguna de las opciones de ese nivel, y unas horas más tarde lo dejó, algo aburrido.

De toda esa información, sólo recordaba que parecíamos estar en la Epoca Holocena del Período Cuaternario de la Era Cenozoica, y que parecía existir una batalla entre la próxima Edad del Hielo, que ya se retrasaba según todos los indicios, y el efecto de calentamiento provocado por la descontrolada actividad industrial. Y recordaba también un párrafo sobre el campo magnético terrestre que le había parecido conciso y claro:

«... Su causa es un efecto de dínamo, no el magnetismo corriente del hierro del

núcleo (el hierro pierde sus propiedades magnéticas a las temperaturas y presiones que existen en el núcleo). La agitación del metal líquido del núcleo externo actúa esencialmente como una corriente eléctrica que se mueve por un cable: como ésta, el núcleo genera un campo magnético a su alrededor.»

En cambio, parecían existir docenas de teorías sobre su dinámica, o para comprender por qué el campo se invertía cada cierto tiempo, sin ninguna periodicidad en el tiempo.

Al día siguiente, se preparó una jarra de café muy denso, para combatir el cansancio que ya preveía. Se sentó nuevamente delante del ordenador y probó con la segunda de las opciones prohibidas. Esta vez se encontró con algo que hacía tiempo esperaba, y algo que él conocía muy bien. Todas las opciones que aparecieron a su vista tenían un común denominador, la temperatura: El sistema de autorregulación térmica en los mamíferos, Temperatura y umbral de respuesta, Hibernación y actividad enzimática, Experimentos de regulación en células humanas, Extrapolaciones en células eptificadas.

Las tres primeras opciones eran temas que no se molestó en estudiar, tan sólo les echó un rápido vistazo, para comprobar que realmente no decían nada que él no supiese ya. La penúltima era un extracto de los experimentos que él había realizado en los últimos meses. Con la última opción, en cambio, recibió casi físicamente un mazazo, al darse cuenta de lo que significaba. *Conocía los experimentos que se habían realizado en terapia génica, sabía de su potencial, pero nunca creí posible que alguien estuviese tan loco, que alguien tuviese la osadía de intentar emular a Dios.*

Cuando al día siguiente se enfrentó de nuevo con el ordenador, estaba algo asustado. Deseaba saber qué existía tras la opción llamada Picapiedra, pero a la vez le aterraba pensar en lo que podía descubrir. *Esto empieza a parecerse a uno de aquellos holofilms de ciencia-ficción que están tan de moda últimamente. ¡Pero esto es real!*, pensó, sintiendo cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal y le erizaba los pelos en la nuca. La pantalla que apareció no parecía tener ninguna relación con aquellas antiguas y clásicas animaciones bidimensionales, excepto la segunda opción: Teoría de Abramowski, Proyecto Dinosaurio, Diagramas de Pert.

Durante un par de horas se perdió entre los agujeros negros, azules, blancos y rojos. Navegó por las redes del Universo, conoció a los hiperones, a los gluones, a los bariones, llegó a asociarlos todos ellos con una inmensa familia con parentescos cruzados. Entendió relativamente poco, salvo las anotaciones realizadas por Mary, que indicaban que la teoría podía ser el análogo de la carta de despido de muchos físicos.

En el Proyecto encontró la mayoría de respuestas a sus preguntas. Su asombro y sorpresa se conjugaban con la duda, la cólera y el miedo. Le parecía casi imposible

que alguien tuviera ideas tan alucinantes. Además, aunque sabía que jugar con un planeta no era cosa sencilla, la idea básica del Proyecto le recordaba una expresión, «Esto es como matar mosquitos a cañonazos». Aún admitiendo como irreversible el proceso de modificación genética, creía que la idea de utilizar una película polimérica como segunda piel era algo menos complejo, menos sujeto a variaciones imprevistas.

Pero fue en la última opción donde se dio cuenta de lo cerca que estaba el mundo de sufrir las consecuencias de un conjunto de ególatras esquizofrénicos. Descubrió que las instalaciones se encontraban cerca del Amazonas, a pocos kilómetros de un pueblo llamado Buenos Aires. Y descubrió, casi horrorizado, que el punto de no retorno se alcanzaría el día 5 de diciembre, es decir, 12 días más tarde. Había llegado el momento de pasar a la acción.

Karen se encontraba en Helsinki por aquellos días, pues había tenido que ir a rendir un primer informe de su trabajo personalmente ante Norman Fremont y asociados. Había viajado un día antes de que él hiciera sus primeras indagaciones en el ordenador de Mary. Le había llamado el día que había descubierto lo que para él era un complot contra la raza humana convencional. Había tratado de decírselo, pero estaba tan exaltado que Karen no le entendía nada.

—Karen, lo he descubierto. No eran impresiones mías. Realmente van contra nosotros. Quieren variar las condiciones climáticas de la Tierra para poder sobrevivir ellos sin importar que nosotros desaparezcamos —le decía con voz agitada Luis Alfredo.

—¿Ellos?, ¿que van a tratar de hacer qué? Luis Alfredo no te entiendo nada. Por favor cálmate —le decía ella.

—Ya te lo dije, los humanos eptificados. Quieren perpetuar su especie a costa de la nuestra. Dios mío Karen, es tan difícil de explicar. Por favor vuelve, necesito que lo veas tú misma. Podría ser el reportaje más grande de tu vida, si es que lo impedimos a tiempo.

—Está bien, trataré de estar allí en un día o dos. Por favor no hagas nada de lo que puedas arrepentirte. Espérame.

Mañana estará de regreso, gracias a Dios. Menos mal que no le dije nada acerca de que Fremont es uno de ellos, se dijo a sí mismo. Día y medio más tarde, Luis Alfredo la recogía en el aeropuerto. La abrazó como nunca antes.

—No me pidas explicaciones ahora. Cuando llegemos a casa, te enterarás tú misma. Sacarás tus propias conclusiones y entonces decidiremos algo.

Ella sólo atinó a decirle que estaba de acuerdo. Subieron al automóvil y Luis Alfredo condujo lo más rápido que pudo a su apartamento. Karen nunca le había visto así. Realmente, daba la sensación de sentirse amenazado. *¿Qué será aquello tan terrible que ha descubierto Luis?* se preguntó a sí misma. Durante el recorrido no

hubo comentarios. Luis Alfredo estaba perdido en sus pensamientos. Karen le observaba sin decir nada. Por fin llegaron al apartamento. Luis Alfredo descargó la maleta de ella, la tomó de la cintura y la condujo a la sala. Había documentos impresos por todas partes, ceniceros llenos de colillas, incluso podían verse dos o tres jarras donde alguna vez había existido café, cerca del teléfono.

—Bien —dijo él—, esto es lo que quiero que veas. Sólo léelo y cuando creas que ya tienes suficiente lo comentamos ¿OK?

—De acuerdo —dijo ella, y se dispuso a leer. Se sentía cansada por el viaje, pero no le importaba mucho.

Tres días más tarde, Karen estaba tan estupefacta como Luis Alfredo. Ahora entendía el porqué de sus actitudes. Realmente era difícil de imaginar toda aquella locura, tan difícil era, que aún le costaba trabajo digerirlo.

—¿Y qué podemos hacer nosotros al respecto, Luis? Me siento tan impotente.

—No te aflijas, corazón. Lo he estado pensando desde antes que volvieras, y creo tener la solución. No soy un experto, pero si todo lo que he averiguado es correcto, saldremos adelante. Por ahora, prepara una maleta pequeña con las cosas que consideres necesarias. Nos vamos a Buenos Aires en Colombia. No permitiré que esos bastardos se salgan con la suya. Lo juro.

—¿Y qué es lo que has pensado? Vamos, cuéntamelo. Me muero de curiosidad, cariño.

—Te lo contaré en el camino, preciosa. Ahora tengo que hacer unas cuantas llamadas, para que nos tengan listo el transporte en cada ciudad adonde vamos. Descansa, mi reina, los siguientes cinco días serán bastante duros. El viaje es largo y cansado —contestó él.

Al día siguiente, hacia el mediodía, volaron a Brasilia. Pasaron allí la noche. Luis Alfredo aprovechó para hacer los últimos arreglos con las personas que les llevarían a la Amazonia Colombiana. Al siguiente día, fueron al aeropuerto donde les esperaba una avioneta Cessna bimotor para llevarles a Cuiabá. Allí hicieron escala de nuevo. Luis Alfredo no hacía otra cosa que pulir los detalles de su plan. No tenía idea de cómo acabaría todo aquello, pero tenía que intentarlo. *O ellos o nosotros*, pensaba. Karen se dedicaba a descansar. Luis Alfredo aún no le había contado su plan, pero ella estaba tranquila. Sabía que tarde o temprano lo haría. Continuaron su viaje hacia Porto Velho.

—Tan sólo faltan cuatro días para que comience la fiesta. Cuando estemos en Manaus, te contaré mi plan —le dijo a Karen.

Dos días más tarde, se encontraban en Manaus. *Un día más y estarían cerca de su destino*, pensaba Luis Alfredo. Karen acababa de salir de la ducha. Luis Alfredo entró en la habitación, se dirigió a una pequeña mesa situada en una de las esquinas, y

observó a Karen mientras se vestía. Una vez hubo terminado, le dijo que se acercara. La tomó en sus brazos, la besó tiernamente y le dijo:

—Lo prometido es deuda, cariño.

Ella supo inmediatamente a qué se refería. Se sentó junto a él, y éste comenzó a explicarle su idea.

—Es algo muy difícil de entender, pero creo haber descubierto una forma de dar al traste con sus aspiraciones. El punto más importante de todo este rollo es la densidad de antipartículas. Si supera un cierto límite, el proceso se convierte en una reacción en cadena que provoca el colapso en lo que llaman un agujero rojo. Parece que lo quieren usar para desestabilizar el núcleo de la Tierra, incrementando las turbulencias que sufre de forma continua, y acelerar el proceso de inversión del campo geomagnético. De esta manera provocarían una Edad del Hielo que, de no ser por ellos, aún tardaría unos dos mil años en llegar.

Luis Alfredo tomó un respiro mientras Karen asimilaba, ayudada por lo que había leído, todo lo que él le decía. Luis Alfredo continuó:

—Utilizan un anillo para enfriar las antipartículas y las atrapan en un cilindro que existe en el centro de ese anillo. El punto de ignición está previsto para las 6.00 p.m. de pasado mañana. Si logramos bloquear el flujo de antipartículas, digamos antes de las 5.00 p.m. para estar más seguros, y anulamos el campo electromagnético que aísla las antipartículas del medio externo, podríamos acabar con este complot, al menos de momento. Es aquí donde entras tú, ya que es necesario que todo esto salga a la luz pública. Ya sé que no es muy claro, pero pienso que funcionará —concluyó Luis Alfredo.

—Estoy contigo. Y que sea lo que Dios quiera —comentó ella.

Se fueron a la cama, ya sólo les quedaba un día de viaje en avioneta hasta Buenos Aires. De ahí tendrían que ir en un campero, hasta la zona donde se encontraban los anillos. Llegaron a Buenos Aires a eso de las seis de la tarde.

Contactaron al individuo que les llevaría al otro día a través de la densa selva. Estudiaron una y otra vez los mapas de la zona. Nada parecía escapárseles.

Salieron hacia la zona de conflicto a eso de las 9 de la mañana. Luis Alfredo estaba bastante animado. En Karen, por el contrario, se incrementaba el miedo. El campero en el que viajaban era un jeep Suzuki bastante deteriorado. Su conductor era un nativo de la zona. Luis Alfredo le daba indicaciones basado en los mapas. Se adentraron en la selva, el calor era insostenible debido a la humedad de la misma. Viajaron durante tres horas más o menos, y se detuvieron a comer. Sus cuerpos estaban molidos debido a la cantidad de baches que encontraban en el camino. Les dolían los riñones y sentían como si a sus cuerpos les hubieran dado de palos.

Luis Alfredo seguía tranquilo. Todo iba según lo planeado. Descansaron y continuaron la travesía. A eso de las tres de la tarde, el follaje era tan espeso, que

parecía que fuera de noche. Diez minutos más tarde, Luis Alfredo estaba desorientado. Todo en la selva era tan parecido, que ya no estaba seguro de si iban en la dirección correcta o pasaban una y otra vez por el mismo sitio. Le dijo al nativo que se detuviera. Se apearon del jeep. Karen y Luis Alfredo revisaron los mapas. Sus instintos les decían que estaban cerca. Luis Alfredo se alejó unos metros del campero, vio una tenue luz a unos 200 metros. Corrió hacia allí. Había encontrado el claro que se describía en el mapa.

A partir de este momento continuarían a pie. Él y el nativo echaron mano de sus machetes, y comenzaron a abrirse paso a través de la jungla. Karen les seguía muy de cerca. Unos metros más adelante, Luis Alfredo se enredó con algo, no tuvo tiempo para ver lo que era, pues cayó estrepitosamente al suelo. Karen le ayudó a levantarse y se pusieron de nuevo en camino. Caminaron varios kilómetros, no tenían idea de cuántos. Karen empezaba a cansarse. Luis Alfredo se acercó a ella y le dijo:

—Vamos, mujer, ánimo. No desfallezcas ahora. Creo que estamos cerca.

—¿Estás seguro? Tengo la sensación de que no lo lograremos.

Luis Alfredo no respondió nada y continuó caminando. Unos quinientos metros más adelante, encontraron una pequeña colina, de unos sesenta metros de altura. Subieron por ella y al llegar a la cima, Luis Alfredo escudriñó el terreno que abajo se veía, y que estaba cubierto en su mayor parte por árboles de frondoso follaje. Cuando pasó su mirada por uno de los pocos claros que alcanzaba a ver, un ligero destello metálico llamó su atención. Miró su reloj para saber la hora. Éste marcaba las 3 y 52, pero estaba parado. La mica de su reloj estaba rota. Luis Alfredo recordó entonces su estrepitosa caída. Se dio la vuelta, encaró a Karen y le dijo:

—Creo que lo he visto. Está ahí abajo. Maldita sea, el reloj está dañado y no tenemos idea de la hora en estos momentos.

Karen le miró a los ojos. Su mensaje era claro. Lo intentaría de cualquier modo, tuviera o no el tiempo a su favor. Descendieron por la pequeña colina con la mirada fija hacia adelante y la densa selva a sus espaldas.

Entretanto, Seliac y Zurab, agazapados en el exterior del claro, a unos cuantos metros de las instalaciones, observaban el continuo ir y venir de gente. Los sutiles contactos que habían ido estableciendo con algunos de los operarios les habían producido asombro. No podían leerles el pensamiento, pero sí percibían una gran determinación y una inconfundible sensación de clímax contenido.

Además, Seliac reconoció la estructura toroidal como algo parecido a un acelerador de partículas, aunque no comprendía demasiado bien la función del cilindro interior que estaba suspendido sobre un pozo, justo en el centro de la rosquilla, a la cual estaba conectado. En ese momento, apareció un hombre como si fuese alguien más en el campamento. Pero la tensión de sus músculos indicaba algo

muy diferente. Saltó el anillo y se acercó hacia el cilindro central. Entonces, alguien descubrió al intruso.

—¡Eh! ¡Salga usted de ahí! ¡Esa zona es de acceso restringido!

Pero el hombre del cilindro no respondió. Se acercó a la conexión con el anillo, y resueltamente empezó a girar un volante enorme. Al cabo de poco, se oyó el claro e inconfundible ulular de una sirena de alarma. El intruso dio la vuelta y salió corriendo. El pánico ya se había generalizado.

—¡Está fuera de control! —gritó alguien.

—¡Va a estallar! —casi chilló otro.

—¡Larguémonos de aquí! —El clamor era unánime.

La energía empezaba a descontrolarse, era necesario hacer algo para evitar el desastre. Zurab hizo una señal a Seliac. La integración fue fulgurante, urgida por la necesidad.

El nuevo ser, que podría llamarse Zuliac, concentra sus sentidos sobre el extraño cilindro que está suspendido encima del pozo. La sensación es amenazante, pero aun así existe una belleza aturdidora en esa energía. En el exterior, una estructura dorada, fluctuando continuamente, zumbando gravemente. El olor es fuerte, recuerda un poco al del ozono, pero es menos denso. En el interior, algunos breves destellos indican que algo está pasando.

Al principio, los destellos se producen de forma aislada, a veces azules, a veces rojos, en algunas ocasiones radiando energías elevadas y efímeras, en otras emitiendo en longitudes de onda enormes. Pero cada vez es más frecuente que los destellos sean rojizos, que las radiaciones tengan longitudes pequeñas. Y los destellos se concentran en un espacio cada vez menor. La estructura dorada recibe mayor cantidad de impactos inquisitivos, que buscan una salida. Y cada vez le resulta más difícil resistir la presión que se ejerce desde el interior.

Zuliac percibe que la única forma de parar el proceso es enlazar con esa estructura dorada y fluctuante que mantiene encerrada a la Bestia. Se extiende suave pero decididamente hacia el campo dorado, e intenta establecer contacto. Pero la energía implicada es muy alta, y su intento se desvía en ángulo recto. *Creo que será mejor intentar una maniobra algo más sutil. Esto se parece a la reentrada de una nave espacial en la atmósfera, donde es mejor una aproximación tangencial. Y vuelve a extenderse sobre el objetivo, esta vez apuntando a un punto imaginario más lejano. No es exactamente una tangente, es más bien una secante, aunque muy suave.*

El contacto se produce, pero de pronto todo sucede a gran velocidad. La integración entre Seliac y Zurab se debilita. Zurab decide que es necesario que la fuerza contenida se aniquile rápidamente, antes de que sea demasiado tarde. Entonces desconecta a Seliac y se deja envolver por la estructura dorada, se integra suavemente con ella. Los rojizos prisioneros se ven irremediabilmente atraídos.

Desde un punto de vista diferente, Karen y Luis Alfredo alcanzan a ver cómo Seliac es lanzado unos metros hacia atrás. Y ven cómo Zurab pierde solidez, casi transparentándose. Finalmente, sólo éste se difumina en la brisa. Después, incluso la imagen en la retina pierde consistencia, y desaparece.

EL DESPERTAR

Se sentía inmerso en un medio parecido al plasma. No sentía temor aunque estaba un poco aturdido. Miró a su alrededor y vio debajo suyo algo que se asemejaba a un cono. Ordenó sus pensamientos y pronto lo comprendió todo. La energía concentrada en aquellos extraños anillos le había ayudado a alcanzar el estado del que alguna vez habían hablado con Seliac. Se había desprendido de su envoltura y ahora era uno con la Tierra, casi al nivel de las estrellas. Se dirigió a la zona donde todo había comenzado. Observó a Seliac, a la pareja que estaba a unos cuantos metros de éste, y también pudo ver cómo otras personas corrían a lo lejos en muchas direcciones. Se centró en la pareja, les contactó muy sutilmente, leyó sus pensamientos y buscó en ellos el motivo para que se hubieran desplazado hasta este lugar. Entonces lo vio todo claro, era como si estuviera leyendo en una biblioteca el tomo de algún libro. Conoció sus nombres, experimentó cada uno de sus miedos y pasiones. No culpaba a Luis Alfredo de lo que le había pasado a él, pues éste hizo lo que pensaba tenía que hacer. Su instinto humano de supervivencia le había hecho actuar.

Por Luis Alfredo también se enteró de todo lo que había detrás de la presencia de esos extraños anillos en esta parte del mundo. Ahora entendía el porqué de esas extrañas formas híbridas, que él, antes de ser lo que ahora era, y Seliac habían estado observando. No entendía cómo el hombre podía hacerse daño a sí mismo, en un búsqueda desenfadada de estados de perfección, cuando por simple naturaleza tarde o temprano los alcanzaría. *Y qué mejor ejemplo que yo mismo*, pensó. Decidió restablecer el orden. Viajó a través de las ondas electromagnéticas, irrumpió en todos los medios de comunicación tipo radio y televisión del mundo, proyectando en ellos todo lo que había leído de las mentes de Karen y Luis Alfredo. Estaba maravillado de todo lo que ahora podía hacer.

No tenía muy claro cómo lo hacía, pero lo hacía con facilidad. Cuando hubo terminado y para que no se pensara que toda esta historia era un timo, reprodujo de forma perfecta la imagen de Karen y Luis Alfredo en las pantallas de televisión. *La humanidad se encargará de juzgar a Eric y a los otros como él*, se dijo. Volvió a la selva, quería comunicarse con Seliac, Karen y Luis Alfredo. *¿Cómo la haré?*, se preguntó.

Karen y Luis Alfredo se acercaron a Seliac. Aún tenían impregnada la retina con la imagen de aquella persona desapareciendo en el aire, desintegrándose. Estaban

alucinados y no atinaban a decir nada. Unos segundos después, y de forma repentina, el viento comenzó a soplar entre las ramas de los árboles, entre la vegetación, por encima del río. Al principio luchaba por imponer su voz a la corriente de agua del cercano río, pero después unió sus fuerzas con él, y sólo hubo un sonido, grave e intenso, y a la vez tan suave como una caricia. La brisa les envolvió, jugueteó con sus cabellos, con sus ropas. Empezó a rebotar entre los árboles, en una carambola difícilmente superable. Y, poco a poco, surgió algo parecido a una voz. Atonal al principio, enriqueciéndose gradualmente en armónicos gracias a la densa selva.

A la vez, Seliac siente un contacto inquisitivo en su mente, un contacto conocido. Karen y Luis Alfredo parecen sentir algo parecido, porque su cara muestra agitación. Seliac percibe claramente un pensamiento, *Permíteme utilizar sólo el viento. Es algo muy interesante, aunque bastante difícil de controlar. Además, las personas a tu lado se retraen un poco a mi contacto.*

De repente el viento incrementa su fuerza, y la voz resuena en toda la selva, sin asustar a los pájaros ni al resto de los animales a los que alcanza.

—No debéis preocuparos por mí, ni sentir tristeza. La verdad, creo que estoy mejor yo que vosotros. Ahora soy algo más grande, también algo más difuso, y todavía debo acostumbrarme a esta situación. Ahora debo velar por una nueva vida, aún más compleja.

Karen y Luis Alfredo se miran sorprendidos. Una vez más la voz habla:

—Y vosotros Karen y Luis Alfredo, no temáis. Ahora todo está bien. Ya me entenderéis.

En medio de la voz y sin salir de su asombro, Luis Alfredo pregunta en voz alta:

—Y esa voz, ¿de dónde ha venido?

—Es de la persona que visteis desaparecer —respondió Seliac.

—Pero cómo... —susurró Karen.

—Ya os lo explicaré —concluyó Seliac.

El viento fue perdiendo fuerza, hasta convertirse en leve susurro. Seliac mantuvo el contacto un poco más. Sintió cómo se modificaba parte de su núcleo, pero no podía acceder a esa parte. *Sólo podrás absorberlo cuando estés preparado. Entonces serás capaz de reunirte conmigo.*

Notas

[1] En inglés, como es sabido, SF sirve como iniciales a «Science Fiction» y, también, a «Speculative Fiction», de ahí la referencia cruzada a la ciencia ficción y a la ficción especulativa. (*N. del E.*) <<